

MIKE TYSON
TODA LA VERDAD

«Tras *Open* de Agassi,
otras memorias inolvidables.»
The New York Times



Lectulandia

«A veces me odio.
Detesto mi vida y siento que no merezco nada.
Nunca quise ser Iron Mike. Odiaba a ese hombre.
Pero es el hombre en el que tuve que
convertirme para sobrevivir».

El boxeo, para Tyson, fue siempre una cuestión de vida o muerte. Creció sin un padre, rodeado por personas que le expresaban su amor con golpes y en un entorno callejero en el que era blanco de las burlas de los chicos mayores. Pero pudo encontrar, gracias al boxeo, la vía de escape que le permitió ser, con sólo veinte años, campeón mundial de peso pesado y no, en cambio, un delincuente juvenil. Pero el éxito le trajo, con el tiempo, problemas. Tantos, que Tyson terminó yendo a la cárcel, de donde salió con un único deseo: el de escribir sus memorias y dar forma a una biografía marcada no sólo por la miseria y el boxeo, sino también por la fama, por el dinero, por las drogas y las mujeres, todo eso que constituye la trayectoria de Tyson, la biografía de un hombre, de una leyenda dentro y fuera del ring.

«Tras *Open* de Agassi, otras memorias inolvidables». — *The New York Times*

«El relato épico de un hombre que lucha contra sus miedos». — Spike Lee

«Un libro alucinante». — *TVE, Página 2*

«Adictivo». — *The Observer*

Lectulandia

Mike Tyson
con Larry Sloman

Toda la verdad

ePub r1.0
GONZALEZ 27.05.16

Título original: *Undisputed Truth*
Mike Tyson, 2013
Traducción: Antonio Lozano

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Este libro está dedicado a todos los marginados.
A los que han sido manipulados, apartados,
sedados, perseguidos e injustamente acusados.
Y a los que no son capaces de recibir amor.*

Prólogo

La mayor parte de las seis semanas que transcurrieron entre mi condena por violación y la ejecución de la sentencia las dediqué a viajar por el país cortejando a mis numerosas amigas. Fue mi manera de despedirme. Si no estaba con ellas, me encontraba rechazando todos los ofrecimientos que me hacían otras mujeres. Allá donde estuviera, siempre se me acercaba alguna mujer para decirme: «Vamos, yo no voy a decir que me violaste. Puedes venir conmigo. Dejaré que lo grabes». Más adelante me di cuenta de que era su forma de decirme: «Sabemos que no lo hiciste». Pero yo no me lo tomaba así. Contraatacaba indignado con una respuesta brusca. Aunque a sus palabras las movían las ganas de apoyarme, yo estaba sufriendo demasiado para advertirlo. Era un tipo ignorante, furioso y amargado que debía madurar mucho.

Sin embargo, parte de esa rabia era comprensible. No era más que un crío de veinticinco años que se enfrentaba a sesenta años de cárcel por un crimen que no había cometido. Dejadme repetir aquí lo que ya dije delante del tribunal, en el momento de la sentencia, durante la vista por mi liberación anticipada, después de salir de prisión y lo que seguiré diciendo hasta que me metan bajo tierra: No violé a Desiree Washington. Ella lo sabe, Dios lo sabe y las consecuencias de sus actos es algo con lo que tendrá que vivir el resto de sus días.

Mi promotor, Don King, no dejaba de repetirme que saldría libre de cargos. Me dijo que estaba trabajando entre bambalinas para conseguir que el caso se volatilizara. Además había contratado a Vince Fuller, el mejor abogado que uno podía comprarse por un millón de dólares. Vince era su asesor legal en materia de impuestos. Don, probablemente, seguía debiéndole dinero. Pero yo supe desde el principio que no iba a obtener justicia. No estaba siendo juzgado en Nueva York o Los Ángeles; nos encontrábamos en Indianápolis, Indiana, uno de los bastiones históricos del Ku Kux Klan. Mi juez, Patricia Gifford, había sido una fiscal especializada en delitos sexuales y se la conocía como «la Juez de la Soga». Yo había sido encontrado culpable por un jurado formado por mis «semejantes», de los cuales sólo dos eran de raza negra. Otro miembro de color había sido excluido por la juez tras producirse un incendio en el hotel en el que se alojaba el jurado. Lo había inhabilitado por culpa de su «estado anímico». Sí, su estado anímico consistía en que no le gustaba la comida que le estaban sirviendo.

Desde mi punto de vista, yo no tenía semejantes. Era el campeón de los pesos pesados más joven de la historia. Era un titán, la reencarnación de Alejandro Magno. Mi estilo era impetuoso; mi defensa, inexpugnable; rebosaba ferocidad. Resulta increíble cómo la mezcla de una baja autoestima y un ego gigantesco pueden provocarte delirios de grandeza. Después del juicio, no obstante, este dios entre los hombres tuvo que arrastrar su negro culo hasta el tribunal para escuchar su sentencia.

Antes de eso probé con algunas intervenciones divinas. Calvin, un amigo de

Chicago, me habló de una mujer que practicaba magia negra y que era capaz de lanzar un conjuro para mantenerme lejos de la cárcel.

—Meas en una jarra, la llenas con billetes de quinientos dólares, la dejas bajo la cama tres días y se la llevas para que rece por ti —me dijo Calvin.

—De modo que esta tía clarividente va a sacar la pila de billetes meados de la jarra, la aclarará y se irá de compras. Si alguien te diera a ti un billete de cien dólares sobre el que se hubiera hecho pis, ¿te importaría? —le pregunté a Calvin.

Tenía reputación de tirar el dinero, pero aquello era demasiado, incluso para mí.

A continuación unos amigos intentaron que me reuniera con un sacerdote que hacía vudú. Y mira tú que se presenta un tipo trajeado. Ni siquiera parecía auténtico. Lo que necesitaba ese capullo era vivir en una ciénaga y llevar encima un dashiki. Sabía que no tenía nada para mí. Ni siquiera se había preparado una ceremonia. Se limitó a escribir algo en un trozo de papel e intentar colarme que hiciera una gilipollez a la que me negué. Pretendía que me lavara en un aceite extraño mientras rezaba y que me bebiera un agua especial. Pero lo que yo bebía era coñac Hennessy, maldita sea. Ni hablar de echarle agua a mi Hennessy.

De forma que acabé aceptando que un sacerdote de santería practicara alguna gilipollez de brujería. Una noche acudimos al juzgado con una paloma y un huevo. Lancé el huevo al suelo en el mismo instante en que el pájaro era liberado y grité: «¡Somos libres!». Pocos días después, me puse un traje gris de raya diplomática y me presenté frente al tribunal.

Una vez se hubo emitido el veredicto, el equipo de mi defensa reunió un memorando presentencia a mi favor. Era un documento impresionante. El doctor Jerome Miller, director clínico del Augustus Institute de Virginia, uno de los mayores expertos del país en agresores sexuales adultos, me había examinado y concluido que yo era «un joven sensible y considerado con problemas que se deben antes a déficits de desarrollo que a una patología». Estaba convencido de que, si recibía psicoterapia de forma regular, mi diagnóstico a largo plazo sería bastante positivo. Concluía afirmando que «una condena en prisión retrasará el proceso y, lo que es más probable, agravará la situación». Asimismo, recomendaba encarecidamente que se consideraran «otras opciones con potencial tanto para disuadir como para tratar». Por supuesto que los agentes de la libertad condicional que elaboraron el documento de la sentencia omitieron el último párrafo en su sumario. Sí que estuvieron, en cambio, muy a favor de incluir la opinión del fiscal: «Una evaluación de esta ofensa y de este ofensor han conducido al investigador jefe de este caso, un detective con experiencia en agresiones sexuales, a concluir que el acusado muestra inclinación a cometer ofensas similares en el futuro».

Mis abogados prepararon un apéndice que contenía cuarenta y ocho testimonios sobre mi carácter de gente tan diversa como el director de mi instituto, mi asistente social del norte de Nueva York, la viuda de Sugar Ray Robinson, mi madre adoptiva, Camille, mi hipnoterapeuta pugilístico y seis de mis novias (y sus respectivas

madres), quienes escribieron conmovedores informes sobre lo caballeroso que me había mostrado con ellas. Una de mis primeras novias de Catskill llegó a escribirle a la juez: «Esperé tres años para mantener relaciones sexuales con el señor Tyson y ni una sola vez me forzó a hacer nada. He aquí la razón de que lo ame, porque él ama y respeta a las mujeres».

Naturalmente, siendo como es Don, tuvo que pasarse de la raya. King hizo que el Reverendo William F. Crockett, el Ceremonioso Primer Maestro Imperial de la Orden del Antiguo Egipto Arábigo y Noble del Altar Místico de América del Norte y del Sur, me firmara una carta de apoyo. El Reverendo escribió: «Les ruego que le ahorren el encarcelamiento. Aunque no he vuelto a hablar con Mike desde el día del juicio, me consta que ya no recurre al empleo de términos profanos y vulgares, que lee la Biblia a diario, reza y entrena». Por supuesto, todo esto eran memeces. Ni siquiera me conocía.

Luego estuvo la desgarradora carta personal de Don al juez. De sus palabras uno pensaría que yo había encontrado una cura para el cáncer y un plan de paz para Oriente Próximo, además de cuidar a seis gatitos hasta restituirles la salud. Hablaba de mi trabajo para la Fundación Pide un Deseo, visitando a niños enfermos. Ponía en conocimiento de la juez Griffin que cada Acción de Gracias nos dedicábamos a repartir cuarenta mil pavos entre los hambrientos y necesitados. Recordaba la ocasión en que habíamos conocido a Simon Wiesenthal y yo había quedado tan conmovido que había donado una gran cantidad de dinero para ayudarlo a perseguir criminales de guerra nazis. Supongo que Don había olvidado que el Klan odiaba a los judíos tanto como a los negros.

La carta continuaba de esta guisa a lo largo de ocho páginas, con Don hablando elocuentemente sobre mí: «Es muy inusual que alguien de su edad muestre tanta consideración por los otros, ya no digamos el profundo nivel de compromiso y dedicación que posee. Éstas son cualidades divinas, cualidades nobles de amor, entrega y falta de egoísmo. Es un hijo de Dios: una de las personas más amables, sensibles, entregadas, amorosas y comprensivas con las que me he cruzado en mis veinte años de experiencia con boxeadores». Mierda, Don debería haberse encargado de ofrecer los argumentos concluyentes durante el juicio en vez de mi abogado. Pero fue John Solberg, el relaciones públicas de Don, quien fue directamente al grano en su carta a la juez Gifford: «Mike Tyson no es escoria», escribió.

Quizá no era escoria, pero sí que era un capullo arrogante. Me mostré tan arrogante en la sala del tribunal que me cerré a que todas las puertas me dieran un respiro. Incluso en el momento de mi caída, no fui una persona humilde. Todas esas cosas que escribieron en el informe —repartir dinero y pavos entre la gente, cuidar de las personas, proteger a los débiles y a los enfermos— las hice porque *quería ser* esa persona humilde, no porque lo *fuera*. Deseaba ser humilde de forma desesperada, pero no tenía una pizca de humildad en los huesos.

De modo que, armados con todos los testimonios sobre mi carácter, el 26 de

marzo de 1992 nos presentamos frente a la juez Patricia Gifford para escuchar la sentencia. Estábamos autorizados a presentar testigos y Vince Fuller arrancó la sesión llamando al estrado a Lloyd Bridges, director ejecutivo del Centro Residencial Riverside de Indianápolis. El equipo de mi defensa argumentaba que, en vez de pasar tiempo en prisión, mi sentencia debía suspenderse y yo cumplir un periodo de libertad condicional en un centro de rehabilitación, donde pudiera combinar terapia personalizada con servicios a la comunidad. El pastor Bridges dirigía un programa de este tipo y testificó que yo era sin duda un candidato idóneo para su centro.

Sin embargo, el ayudante del fiscal consiguió que Bridges revelara que el centro había sufrido hasta cuatro fugas recientemente. Y, una vez obtuvo del pastor la admisión de que me había entrevistado en mi mansión de Ohio y que le habíamos pagado el billete de avión, la idea ya se había ido a pique. En consecuencia, sólo cabía esperar a cuánto tiempo pensaba condenarme «la Juez de la Soga».

Fuller se acercó al estrado. Había llegado el momento de que desplegara esa magia por la que había desembolsado un millón de dólares. En vez de eso, obtuve su habitual actuación de tres al cuarto.

—Tyson acudió aquí con mucho exceso de equipaje. La prensa lo ha vilipendiado. No hay un sólo día en que no aireen sus errores. Ése no es el Tyson que yo conozco. El Tyson que yo conozco es un hombre sensible, considerado y afable. Puede que resulte terrorífico sobre un ring, pero todo termina cuando lo abandona.

Bien, esto no se acercaba ni remotamente a las hipérboles de Don King, pero no estaba mal. Excepto que Fuller había dedicado todo el juicio a presentarme como un animal salvaje, un peñazo grosero, interesado exclusivamente en mi satisfacción sexual.

Luego Fuller viró el tema hacia mi infancia paupérrima y mi adopción por parte del legendario entrenador de boxeadores Cus D'Amato.

—Pero esto lleva incorporada su ración de tragedia —declaró—. D'Amato sólo se centraba en el boxeo. Tyson, el hombre, era secundario en su búsqueda de la grandeza pugilística.

Camille, que había sido la compañera de Cus durante muchos años, se indignó ante esta declaración. Era como si Fuller estuviera meándose sobre la tumba de Cus, mi mentor. Fuller habló y habló, pero se mostró tan deslavazado como en el resto del juicio.

Llegó el momento de que me dirigiera a la sala. Me levanté y me coloqué detrás del estrado. No me había preparado bien, ni siquiera tenía unas notas conmigo. Sin embargo, llevaba en la mano ese estúpido trozo de papel del vudú. Y sabía una cosa: no iba a pedir perdón por lo que había ocurrido aquella noche en la habitación de mi hotel. Pedí disculpas a la prensa, al tribunal y al resto de concursantes de Miss Black America, donde conocí a Desiree, pero no por mis actos en la habitación.

—Mi conducta fue un poco grosera. Estoy de acuerdo con esto. No violé a nadie. No intenté violar a nadie. Lo siento.

Acto seguido me giré para mirar a Greg Garrison, el fiscal del caso o, desde mi punto de vista, el que buscaba mi final.

—Mi vida personal se ha visto encarcelada. Me han hecho daño. Esto ha sido como un enorme sueño. No he venido aquí a solicitar su clemencia, señoría. Me espero lo peor. Me han crucificado. Me he visto humillado en el mundo entero. Me han humillado socialmente. Sólo estoy feliz por las muestras de apoyo. Estoy listo para soportar lo que decida imponerme.

Me senté de vuelta en la silla de la defensa y la juez me formuló una serie de preguntas sobre mi rol como modelo para los niños.

—Jamás me enseñaron cómo llevar mi celebridad. No les digo a los niños que está bien ser Mike Tyson. Los padres son mejores modelos de conducta que yo.

Luego llegó el turno de la fiscalía. En vez del paleta de Garrison, que se había pasado el juicio argumentando en mi contra, fue su jefe, Jeffrey Modisett, fiscal del condado de Marion, quien subió al estrado. Dedicó diez minutos a decir que los hombres con dinero y fama no debían ser objeto de privilegios especiales. A continuación leyó una carta de Desiree Washington: «En las primeras horas de la mañana del 19 de julio de 1991, tuvo lugar un ataque sobre mi cuerpo y mi mente. Fui físicamente vencida hasta el extremo de que se me quitó lo más íntimo de mi ser. El lugar en el que estuvo mi yo durante dieciocho años lo ocupa hoy una sensación de frío y vacío. No soy capaz de hablar de lo que me deparará el futuro. Sólo puedo decir que cada día después de haber sido violada ha supuesto una lucha para aprender a recobrar la confianza, a sonreír como solía hacerlo y a encontrar a la Desiree Lynn Washington que me fue robada, y que también les fue robada a aquellos que me quieren, el 19 de julio de 1991. En aquellas ocasiones en que me sentí enfurecida por el dolor que me había causado mi atacante, Dios me concedió la sabiduría de ver que él estaba psicológicamente enfermo. Aunque algunos días lloro al reconocer el dolor en mis propios ojos, también soy capaz de sentir lástima por mi atacante. Ha sido mi deseo, y sigue siéndolo, que pueda rehabilitarse».

Modisett dejó a un lado la carta.

—Desde el día de su condena, Tyson sigue sin entenderlo. El mundo está pendiente de comprobar si tenemos o no un sistema de justicia. Es responsabilidad suya admitir su problema. Curemos a este hombre enfermo. Mike Tyson, el violador, necesita estar alejado de las calles.

Acto seguido, recomendó que pasara entre ocho y diez años curándome entre barrotes.

Llegó el turno de que Jim Voyles hablara en mi favor. Voyles era un abogado local al que Fuller había contratado para ejercer de asesor. Era un tipo estupendo, compasivo, inteligente y divertido. Era el único abogado de mi equipo que sentía que me comprendía. Además, era amigo de la juez Gifford y un individuo cercano con el que un jurado de Indianápolis podía conectar.

—Quedémonos con este tipo —le dije a Don al arrancar el juicio.

Voyles podría haberme allanado las cosas, pero Don y Fuller lo trataron como a un idiota. No dejaron que hiciera nada. Lo arrinconaron. Jim también se sentía frustrado. A un amigo le definió su papel como el de «uno de los portadores de lápices mejor pagados del mundo». Ahora tenía al fin la oportunidad de argumentar delante de la sala. Defendió con mucha pasión primar la rehabilitación sobre el encarcelamiento, pero sus palabras cayeron en saco roto. La juez Gifford estaba preparada para tomar su decisión.

Empezó alabando mi trabajo comunitario y el modo en que trataba a los niños, así como el hecho de «compartir» mis «recursos». Enseguida, no obstante, comenzó a hablar enérgicamente sobre «cita con violación», asegurando que era un término que detestaba.

—Hemos conseguido que quedara implícito que resulte correcto que uno proceda a hacer con una mujer lo que desee si la conoce o está saliendo con ella. La ley es muy clara cuando define violación. Jamás menciona nada al respecto de si un acusado y su víctima tienen o no algún tipo de relación. La palabra «cita» en la expresión «cita con violación» no rebaja el hecho de que sigue siendo una violación.

Mientras se producía este sermón, mi mente divagaba. La verdad es que aquello no tenía nada que ver conmigo. No había habido una cita si no, como habría dicho el gran comediante Bill Bellamy, un «polvo de mutuo acuerdo». No diré más. Entonces volví a prestar atención.

—Vista su actitud, siento que corre el riesgo de reincidir —dijo la juez y me miró a los ojos—. No contaba con antecedentes. Se le han concedido muchos dones. Pero ha cometido un traspié.

Hizo una pausa.

—En primera instancia, lo condeno a diez años —dijo.

«Jodida cabrona», murmuré para mis adentros. Empecé a no sentir nada. Ésos eran los años por violación. «Joder, quizá debería haberme bebido esa agua especial del vudú», pensé.

—En segunda instancia, lo condeno a diez años.

Don King y mis amigos en la sala exhalaban un suspiro bien audible. Esos años eran por haber usado los dedos.

—En tercera instancia, lo sentencio a diez años.

Éstos fueron por utilizar mi lengua. Durante veinte minutos. Probablemente se trataba de un récord mundial, el *cunnilingus* más largo jamás practicado durante una violación.

—Las sentencias procederán de forma simultánea —prosiguió—. Le impongo la fianza máxima de treinta mil dólares. Dejo en suspenso cuatro de estos años y lo pongo en libertad provisional durante cuatro años. A lo largo de este período, ingresará en un programa psicoanalítico con el doctor Jerome Miller y cumplirá cien horas de trabajo comunitario con jóvenes delincuentes.

En ese momento, Fuller pegó un salto y arguyó que se me debería otorgar la

libertad bajo fianza mientras Alan Dershowitz, el célebre abogado defensor, preparaba mi apelación. Dershowitz se hallaba presente en la sala, siguiendo la sentencia. Una vez Fuller terminó con su petición, Garrison, el vaquero paleta, se dirigió al auditorio. Mucha gente sostendría más adelante que fui víctima de racismo. Sin embargo, pienso que a individuos como Modisett y Garrison lo que más les importaba eran los focos. En realidad les era indiferente cómo se resolvía legalmente el caso; sólo estaban poseídos por el deseo de que sus nombres salieran en los periódicos y de aparentar importancia.

De manera que Garrison se incorporó y sostuvo que yo era un «violador culpable y violento que puede reincidir». Dijo: «Si no encierran al acusado, estarán despreciando la seriedad del delito, rebajando la aplicación de la ley, poniendo en peligro a otras personas y permitiendo a un hombre culpable que continúe con su estilo de vida».

La juez Gifford estuvo de acuerdo. Sin fianza. Esto significaba que me dirigía directamente a prisión. Gifford estaba a punto de dar por concluido el proceso cuando una conmoción sacudió la sala. Un Dershowitz encabritado había agarrado su maletín y abandonado ruidosamente la sala al grito de: «Me marchó para conseguir que se haga justicia». Se produjo una cierta confusión, pero la juez golpeó su mesa con el mazo. Se había acabado. La policía del condado se me acercó para ponerme bajo custodia. Me levanté, me saqué el reloj, el cinturón y la cartera para entregárselos a Fuller. Dos amigas que estaban en la primera fila lloraban desconsoladamente. «Te queremos, Mike», me dijeron entre sollozos. Camille se incorporó y se acercó a la mesa de la defensa. Nos dimos un abrazo de despedida. A continuación, Jim Voyles y yo fuimos conducidos fuera de la sala por la policía, utilizando la puerta trasera.

Me llevaron a la zona de registros que había en el piso de abajo. Me cachearon, me tomaron las huellas dactilares y completaron el proceso de costumbre. Una nube de periodistas me esperaba a la salida, rodeando el vehículo que me conduciría a la cárcel.

—Cuando salgamos no olvides colocarte el abrigo por encima de las esposas —me avisó Voyles.

¿Lo decía en serio? Poco a poco la insensibilidad me abandonaba y su lugar lo ocupaba la furia. ¿Debería avergonzarme que me vieran esposado? Ésa era mi medalla al honor. Si ocultaba las esposas, era un capullo. Jim pensó que esconderlas me evitaría sentir vergüenza, pero eso habría sido lo vergonzoso. Tenían que verme llevando esos trozos de acero. La gente que entendía debía verme con esos trozos de acero. El resto podía irse a tomar por culo. Me dirigía a una escuela de guerreros.

Abandonamos el juzgado camino del coche y levanté orgulloso mis esposas. Sonreí con suficiencia, como diciendo: «¿Podéis creer esta mierda?». Mi foto acabó en las portadas de diarios de todo el mundo. Me metí en el coche policial y Jim se escurrió junto a mí en el asiento trasero.

—Bueno, granjero, sólo quedamos tú y yo —bromeé.

Nos llevaron a un centro de diagnóstico para determinar el nivel de la prisión a la que me enviarían. Me desnudaron, hicieron que me inclinara y me realizaron una exploración rectal. Me dieron algo parecido a un pijama y unas pantuflas. Acto seguido, fui enviado al Centro para Jóvenes Indiana en Plainfield, unas instalaciones para delincuentes de nivel dos y tres. Una vez llegamos a destino, la rabia me consumía. Iba a enseñarle a esos cabrones cómo se cumplía una condena. A mi manera. Resulta extraño, pero necesité mucho tiempo para darme cuenta de que aquella mujer blanca tan menuda metida a juez, la que me había enviado a prisión, probablemente me había salvado la vida.

1

Estábamos a la greña con unos tipos llamados The Puma Boys. Era 1976 y yo vivía en Brownsville, Brooklyn, y estos tipos eran de mi barrio. Por aquel entonces andaba con una pandilla de Rutland Road llamada The Cats, un grupito de caribeños del barrio vecino de Crown Heights. Formábamos un grupo dedicado a robar y algunos de nuestros amigos pandilleros tuvo un altercado con los Puma Boys, de modo que nos dirigíamos al parque a servirles de refuerzo. Normalmente no llevábamos armas, pero esta vez debíamos ayudar a unos amigos, por lo que robamos un lote: algunas pistolas, una .357 Magnum, un rifle de largo alcance M1 con una bayoneta de la Primera Guerra Mundial acoplada. Uno nunca sabía lo que se iba a encontrar al colarse en las casas ajenas.

Andábamos por la calle blandiendo nuestras armas sin que nadie nos detuviera, ni un poli a la vista que nos parara los pies. Ni siquiera disponíamos de una bolsa en la que meter el rifle, así que nos lo íbamos turnando cada pocas manzanas.

—¡Eh, por ahí va! —dijo Ron, mi amigo haitiano—. El tipo con los Pumas rojos y el jersey rojo de cuello alto.

Ron había detectado al individuo que buscábamos. Cuando empezamos a correr, la multitud que había en el parque se dispersó como el Mar Rojo cuando Moisés dividió las aguas. Hicieron bien porque, bum, uno de mis amigos abrió fuego. Al oír el disparo todo el mundo salió en estampida.

Seguimos caminando y advertí que algunos de los Puma Boys se habían puesto a resguardo entre los coches aparcados en la calle. Tenía el rifle M1 conmigo y, al girarme bruscamente, descubrí a un tiarrón apuntándome con una pistola.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —me dijo. Era mi hermano mayor, Rodney.
—Lárgate cagando leches.

Proseguí mi camino, dejé el parque atrás y regresé a casa. Tenía diez años.

Con frecuencia digo que yo era la oveja negra de la familia pero, pensándolo bien, en realidad fui un niño dócil durante la mayor parte de mi infancia. Nací en el Cumberland Hospital, en el área de Fort Greene de Brooklyn, Nueva York, el 30 de junio de 1966. Mis primeras recuerdos son de encontrarme en el hospital, pues siempre estaba enfermo con complicaciones pulmonares. Para llamar la atención una vez metí el pulgar en un recipiente de lejía y me lo llevé a la boca. Salimos pitando hacia el hospital. Recuerdo que mi madrina me regaló un arma de juguete mientras permanecí ingresado, pero creo que la rompí a las primeras de cambio.

No sé mucho acerca de mis orígenes familiares. Mi madre, Lorna Mae, era neoyorquina, si bien nació en el sur, en Virginia. Mi hermano visitó en una ocasión la zona en la que ella creció y dijo que ahí no había otra cosa que cámpings de autocaravanas. De modo que en verdad soy un negro originario de un cámping de

autocaravana. En los años treinta mi abuela Bertha y mi tía abuela solían trabajar para una señora blanca. Por entonces era muy infrecuente que los blancos emplearan a gente de raza negra. En señal de agradecimiento, Bertha y su hermana le pusieron a sus hijas el nombre de la señora: Lorna. Más adelante Bertha destinó el dinero que había ganado con su trabajo enviando a sus hijos a la universidad.

Puede que el gen familiar para noquear lo heredara de mi abuela. La madre de mi prima Lorna me contó que el marido de la familia para la que trabajaba Bertha no dejaba de pegar a su mujer, algo que Bertha no aprobaba. Hablamos de una mujer imponente.

—No le ponga las manos encima —le dijo al marido.

Él se lo tomó a broma y ella le soltó un puñetazo que le hizo caer de culo. Cuando al día siguiente volvió a ver a Bertha, le dijo:

—¿Cómo se encuentra, señora Price?

Dejó de pegar a su mujer y se convirtió en otro hombre.

A todo el mundo le gustaba mi madre. Cuando yo nací, trabajaba como celadora de prisiones en el Centro de Detención para Mujeres de Manhattan, pero estaba estudiando de cara a ser maestra. En el momento en que conoció a mi padre, había completado tres años universitarios. Él cayó enfermo, por lo que tuvo que abandonar los estudios con el fin de cuidarlo. Para una persona con semejante formación, no tenía mucho gusto en materia masculina.

Casi no sé nada acerca de mi familia paterna. De hecho, apenas llegué a conocer a mi padre. O al hombre que me dijeron que era mi padre. En mi partida de nacimiento ponía que mi progenitor era Percel Tyson. El problema era que ni mi hermano ni mi hermana ni yo jamás vimos a este individuo.

A los tres se nos dijo que nuestro padre biológico era Jimmy «Curlee» Kirkpatrick Jr. Sin embargo, raramente aparecía. Con el transcurso del tiempo escuché rumores de que Curlee era un chulo que solía extorsionar a las mujeres. De la noche a la mañana comenzó a presentarse como diácono de la iglesia. Por eso, cada vez que oigo que alguien se hace llamar reverendo, coloco una barra tras el cargo. Me digo «Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo». Si meditas en profundidad sobre el asunto, descubres que estos tipos religiosos realmente tienen el carisma de un chulo. Pueden conseguir que cualquiera acuda a misa a hacer lo que ellos le pidan. Por esta razón yo siempre pienso en términos de «Sí, Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo».

De vez en cuando Curlee venía en coche allá donde estuviéramos. Mi madre y él jamás se cruzaban una palabra. Él se limitaba a hacer sonar el claxon y nosotros salíamos a su encuentro. Los niños nos acomodábamos en su Cadillac pensando que nos llevaría de excursión a Coney Island o Brighton Beach, pero lo que hacía era darnos una vuelta corta, devolvernos a nuestro bloque de apartamentos, ofrecernos algo de dinero, darle un beso a mi hermana, estrecharnos la mano a mi hermano y a mí, y sanseacabó. Quizá volviera a verlo al cabo de un año.

negras». Pensaba que las iglesias negras eran la mejor red social de base para la gente de color. Adoraba al Reverendo Martin Luther King. Cus no dejaba de ayudar al prójimo; dedicaba a ello todo su dinero.

—El dinero es algo que arrojar desde los trenes —me decía—. El dinero significa seguridad y, para mí, la seguridad significa la muerte, de modo que jamás me he preocupado por él. Todo aquello que aprecio no podría comprarlo con dinero. El dinero nunca me ha impresionado. Hay mucho dinero en las manos equivocadas, por lo que tenerlo no significa nada. Lo cierto es que yo no era irresponsable con el dinero. Se lo daba a la gente en apuros. No consideraba que eso significara malgastarlo.

Tampoco creía en pagar impuestos a un gobierno de derechas. Se declaró en bancarrota tras deberle 200 mil dólares a Hacienda.

Cómo se introdujo Cus en el mundo del boxeo era todo un misterio. Salió de la nada para proclamar: «Soy entrenador de boxeo». Nadie había oído hablar de él. No tenía la menor idea sobre contratos o luchadores, pero aseguraba ser representante. Acabó haciendo de representante y entrenador de un peso pesado prometedor llamado Floyd Patterson, el cual también era un pobre chaval crecido en Brooklyn. Por aquel entonces el boxeo estaba bajo las órdenes de un grupo llamado el IBC, el International Boxing Club, propiedad de unos empresarios ricos que ejercían un control absoluto sobre la organización de los combates de boxeo. Pero Cus encontró la forma de guiar a Floyd hacia el campeonato y, a continuación, fue detrás del IBC. Esto implicaba plantarle cara a la mafia porque Frankie Carbo, un soldado de la familia Lucchese, estaba compinchado con el IBC. Cus ayudó a destronar al IBC y Carbo acabó en prisión acusado de conspiración y extorsión y por ejercer de representante sin licencia.

Cus, sin embargo, acabó con el corazón roto cuando Roy Cohn, un abogado de derechas, le robó a Patterson. Atrajo al boxeador, recientemente convertido al catolicismo, organizándole un encuentro con el Cardenal de Nueva York, Spellman. Cus jamás volvió a pisar una iglesia católica. Después de esto, sus niveles de paranoia aumentaron. Aseguró que un individuo había intentado empujarlo a las vías del metro. Dejó de ir a bares por temor a que le echaran alcohol en la bebida. Llegó a coser los bolsillos interiores de sus abrigos para que nadie metiera drogas en ellos con el fin de incriminarlo. Acabó por instalarse en Catskill.

Hasta dentro de casa se mostraba paranoico. Nadie tenía permiso para entrar en su habitación y colocaba cerillas en la puerta para comprobar si alguien lo había hecho en su ausencia. Si me veía cerca de su habitación, me decía: «¿Qué haces aquí arriba?».

—Vivo aquí arriba, Cus —le respondía.

Una vez salí junto a Tom Patti y Frankie, otros boxeadores que se alojaban también en la casa. Cus no le daba llaves a nadie porque no se fiaba de que no acabáramos perdiéndolas y no quería que un desconocido tuviera acceso a ellas. Al

regresar a casa y llamar a la puerta, no hubo respuesta. Miré por la ventana y Cus se había quedado dormido en su sillón de felpa con la televisión a todo trapo, ya que estaba medio sordo. Tom pensó que el momento de volver a llamar sería cuando el programa diera paso a los anuncios, en esa ventana de escasos segundos de silencio. Así que, en ese preciso instante, todos golpeamos y gritamos a la vez: «¡¡Cus!! ¡¡Cus!!». En una milésima de segundo hizo un giro de ciento ochenta grados, se tiró al suelo, doblándose por la cintura, se agarró al sillón con la mano izquierda y se preparó para dar un salto y golpear al intruso con la derecha. Nosotros nos retorcíamos de la risa en el suelo.

En otra ocasión, uno de los *sparrings* que se había quedado a dormir se escabulló por la noche para ir a la ciudad. Tom y yo nos levantamos temprano y bajamos a la cocina a desayunar. Nos encontramos a Cus reptando como un soldado por la sala de estar con su rifle en la mano. El chico había regresado a casa y llamado a la ventana y Cus probablemente se imaginó que era un tipo del IBC que venía a por él. Tom y yo pasamos por encima suyo en dirección a la cocina para prepararnos unos cereales.

Podría no parar de contar historias sobre Cus. Era uno entre un millón. Pero la mejor descripción que jamás me he encontrado sobre él apareció en una entrevista que el gran escritor Gay Talese le concedió a Paul Zuckerman, un joven que estaba documentándose porque iba a escribir un libro sobre Cus:

«Fue un soldado romano con dos mil años de retraso. A los soldados les gusta la guerra, la necesitan, ésa es la atmósfera en la que se sienten más a gusto. En tiempos de paz se muestran inquietos y creen que no sirven para nada. Le entusiasma armar follón. Cus, al igual que Patton, se sentía vivo en medio del desconcierto, de las intrigas, cuando se respiraba un aire de batalla inminente. Entonces era cuando se sentía más conectado consigo mismo, cuando sus terminaciones nerviosas y su energía cerebral estaban más despiertas, cuando un estado de agitación lo acercaba a la plenitud. Y, en el caso de no encontrarse en esa situación, debía provocarla o acentuarla. Si aquello hervía a fuego lento, debía subir el fuego a plena potencia. Le daba un subidón. Era un activista, necesitaba la acción».

Cus era un general y yo era su soldado. Y estábamos listos para la guerra.

Yo era un negro inútil colgado del Thorazine al que habían diagnosticado como retrasado y entonces aparece este hombre blanco mayor para acogerlo y concederle un ego. Cus me dijo en una ocasión: «Mike, si un psiquiatra te pregunta si oyes voces en tu cabeza tú le dices que no, pero son las voces las que te hacen decirlo, ¿no es así?». Cus era un tipo muy profundo. Nadie me hizo ser más consciente de que era un hombre negro. Era implacable, arrojándomelo a la cara como habría hecho un negro resentido. Me decía: «Se creen mejores que tú, Mike». Si veía a alguien conduciendo un Fiat o un Rolls Royce, me miraba y me decía: «Tú también podrías conseguir uno. Enricherse no es lo más difícil de conseguir en esta vida. Eres muy superior a esa

gente. Ellos jamás serían capaces de hacer lo que tú. Tú lo llevas dentro. ¿Acaso crees que te lo diría si no lo creyese? Probablemente podría convertirte en un luchador mejor, pero no en un campeón».

Guau. Siempre me había creído una mierda. Mi madre me había dicho que no valía para nada. Nadie me había dedicado palabras elogiosas. Y aquí está este tipo diciéndome: «Me apuesto a que, si te lo propusieras, podrías ganar un Oscar. Podrías ser tan buen actor como boxeador. ¿Quieres ser corredor de coches? Me apuesto a que serías el mejor corredor de coches del planeta; eres más duro y más listo que los otros. Serías capaz de conquistar cuanto desearas. No uses las palabras “no podría”. No puedes usar las palabras “no podría”».

Cus quería al boxeador más malvado jamás creado por Dios, alguien que aterrorizara a sus contrincantes antes de subir siquiera al cuadrilátero. Me entrenó para ser absolutamente feroz, tanto dentro como fuera del cuadrilátero. Por entonces esto es lo que necesitaba. Era muy inseguro y temeroso. Estaba traumatizado por lo mucho que se habían metido conmigo de más pequeño. Odiaba la humillación que comportaba que abusaran de uno. Esa sensación se te queda pegada durante el resto de tu vida. Es una sensación terrible, desesperada. Por este motivo siempre proyectaba la imagen de un cabrón malvado y feroz. Pero Cus me dio la confianza necesaria para no tener que preocuparme nunca más por sufrir abusos. Nadie iba a volver a maltratarme físicamente.

Era mucho más que un entrenador de boxeo. Me inculcó un montón de valores. Era una especie de gurú, soltándome en todo momento cosas que me hicieran pensar: «No importa lo que uno diga, no importan las excusas ni las explicaciones que uno dé, lo que al final haya llevado a cabo una persona es lo que siempre pretendió hacer». O también: «Yo no soy un creador. Yo me dedico a descubrir y revelar. Mi trabajo es avivar las chispas. Alimentar el fuego hasta que se convierte en una hoguera poderosa».

Era capaz de impartir sabidurías en las situaciones más mundanas. Camille estaba muy encima de los chicos para que hiciéramos las tareas del hogar. Yo las odiaba; estaba volcado en el boxeo. Un día Cus se me acercó.

—Ya sabes que Camille insiste en que hagas las tareas, a mí no podría importarme menos pero debes cumplir con ellas porque harán que mejores como boxeador.

—¿Cómo va a convertirme en un boxeador mejor sacar la basura? —le preguntaba burlonamente.

—Porque hacer algo que odias como si lo adoraras es una actividad óptima para alguien que aspira a la grandeza.

Después de eso Camille nunca tuvo que recordarme que debía hacer mis tareas.

Un día Cus me llamó a la habitación en la que se encontraba.

—¿Te dan miedo los hombres blancos? —me preguntó de la nada—. ¿Eres uno de éstos? ¿Te dan miedo los bigotes y las barbas? Me he encontrado con luchadores

negros temerosos de golpear a blancos. Será mejor que no seas uno de ellos.

Qué raro. Tenía a Cus lanzándome a la cara que no me sintiera intimidado, pero me sentía intimidado por la forma en que me decía que no debía sentirme intimidado.

Cus siempre hablaba en serio, nada de sonrisas. No me trataba como a un adolescente. Siempre me hizo sentir que teníamos entre manos una misión que cumplir. Entrenar día sí, día también, con la mente puesta en una sola cosa. Me marcó un objetivo. Excepto cuando pensaba en robar, jamás en mi vida había albergado una sensación igual.

De tanto en cuanto ocurrían cosas que hacían que nuestro objetivo pareciera más tangible. Una vez Wilfred Benítez vino a entrenar a Catskill. Yo me sentía abrumado. Era un fan. Lo había visto combatir por televisión y se te saltaban los ojos. Se diría que poseía un radar, golpeaba con los ojos cerrados. Un verdadero maestro. Se trajo con él su cinturón de campeón. Tom Patti, otro de los boxeadores de Cus, estaba a mi lado. Benitez sacó una pequeña maleta y en su interior apareció el cinturón. Me dejó tocarlo. Aquello fue como contemplar el Santo Grial.

—Ostras, Tommy, mira esto, es el cinturón, tío —dije—. Tengo que conseguir uno de estos. Voy a entrenarme a tope. Si un día lo gano, no me lo voy a sacar jamás de la cintura.

Era muy feliz de estar en presencia de Benítez. Resultó inspirador, hizo que quisiera aumentar mi compromiso y dedicación.

Gracias a Cus también tuve la oportunidad de hablar con Ali. En octubre de 1980 nos llevaron a todos a Albany para ver la retransmisión del combate con el que Ali buscaba recuperar el título en manos de Larry Holmes. Ali recibió una tunda. Cus estaba cabreado como una mona, nunca lo había visto tan enfadado. Después del combate tuvo que poner cara de póker para conceder entrevistas y estrechar algunas manos pero, una vez de regreso en el coche, podíamos sentir la energía negativa que irradiaba. Nadie abrió la boca durante el trayecto de cuarenta y cinco minutos que nos devolvió a casa.

A la mañana siguiente, el asistente de Ali, Gene Kilroy, lo puso al teléfono con Cus.

—¿Cómo dejaste que ese holgazán te ganara? Es un holgazán, Muhammad, es un holgazán. No, es un holgazán. No me digas eso, es un holgazán. ¿Cómo dejaste que ese holgazán te golpeará así?

Yo estaba escuchando y, cada vez que Cus soltaba la palabra «holgazán», me dolía en el alma. Me puse a llorar. Aquel fue un día triste en mi vida.

Entonces Cus giró la cabeza hacia mí.

—Tengo aquí a un chaval negro. Sólo es un crío, pero algún día llegará a ser campeón del mundo de los pesos pesados. Su nombre es Mike Tyson. Hazme el favor de hablar con él, Muhammad. Quiero que le digas que me escuche.

Cus me alargó el teléfono.

—Siento lo que le ocurrió —le dije. Yo era un renacuajo estúpido.

—Estaba enfermo —me dijo Ali—. Me tomé una medicina que me debilitó y por eso me ganó Holmes. Voy a recuperarme y entonces regresaré y venceré a Holmes.

—No se preocupe, campeón, le dije. Cuando sea mayor, me encargaré de él por usted.

Mucha gente da por hecho que Ali era mi boxeador favorito. Pero debo decir que era Roberto Duran. Ali siempre me pareció atractivo y elocuente. Yo era bajo y feo y tenía un problema de dicción. Cuando vi combatir a Duran, me encontré con un tipo de la calle. A los rivales les soltaba cosas como: «Chúpame la jodida polla, cabronazo. La próxima vez vas a ir a la jodida morgue». Tras vencer a Sugar Ray Leonard en el primer combate, se acercó hasta el lugar donde estaba sentado Wilfred Benítez para decirle: «Que te jodan. Te faltan compasión y pelotas para combatir contra mí».

Tío, este tipo es como yo, pensé. Eso es lo que yo quería hacer. No se avergonzaba de ser como era. Me sentía identificado como ser humano. A medida que mi carrera fue progresando y la gente fue elogiándome por ser un salvaje, supe que el hecho de que me llamaran un animal era el mayor cumplido que podía recibir. Cuando regresaba a la ciudad, me dejaba caer por el Victor's Café porque había oído decir que Duran lo frecuentaba. Me sentaba solo a una mesa y me dedicaba a mirar las fotografías de Duran que colgaban de las paredes. Ahí colgaban mis propios sueños.

Me entristeció verlo abandonar el combate de revancha No Más contra Leonard. Lo vi junto a Cus en Albany y me enfadé tanto que acabé llorando. Pero Cus ya lo había visto venir: «No va a poder hacerlo una segunda vez».

Cuando me instalé en casa de Cus, ya llevaba tiempo metido en sus rutinas. Empezó a entrenarme duramente cada día. Jamás tuve el privilegio de disfrutar del boxeo como si fuera un deporte o algo que practicar por diversión. Cus era un extremista pero yo no le iba a la zaga. Por entonces quería ser Aquiles. Soy de ese tipo de personas sobre la que hacen bromas. «No le des una cuerda a un negro o querrá ser un vaquero». Yo era un chaval sin esperanzas. Pero dame una pizca de esperanza y ponte a cubierto. La propulsaré hasta la luna.

Por lo general Cus tenía que despertar a los luchadores por la mañana pero, cuando se levantaba para hacerlo, yo ya había regresado de correr. Cus solía poner la mesa para el desayuno, pero yo empecé a hacerlo tras volver de hacer ejercicio. Rugía: «¿Quién ha puesto la mesa?». Le molestaba que yo mostrara más dedicación que él. Luego Cus me preparaba el desayuno. Lanzaba a la sartén todo un bloque de beicon, unas veinte tiras, y freía los huevos en ese mismo aceite. Yo no era de café, así que bebía té. Aunque estuviera enfadado conmigo, no había mañana que no me preparara el desayuno.

Pienso que ambos éramos conscientes que nos encontrábamos en una carrera

contrarreloj. Cus ya tenía más de setenta años, no era pues ningún jovenzuelo, de manera que no paraba de meterme cucharadas de sabiduría. Cucharada, cucharada, cucharada, todo para adentro. Si no dejas de tragártelo, aprenderás, a menos que seas un idiota. Mis aptitudes como boxeador crecieron, pero mi madurez y capacidad para razonar no estaban a la par. No es como si estuviera acudiendo a una escuela para que me formaran el carácter con la idea de que me convirtiera en un miembro productivo y bondadoso de la comunidad. No, cuanto hacía estaba encaminado a que fuera el campeón del mundo de los pesos pesados. A Cus no le pasaba desapercibido. Me decía: «Dios, ojalá pudiera dedicarte más tiempo». Sin embargo, proseguía señalando: «Llevo sesenta años en esto de los combates y jamás he visto a nadie tan interesado como tú. No haces otra cosa que hablar de combatir».

Yo era un extremista. Si se ponía a nevar, Cus me entrenaba dentro de casa. Por la noche me quedaba despierto durante horas practicando boxeo de sombra en mi habitación. Mi vida dependía de que tuviera éxito. Si no lo conseguía, sería un mierda que no serviría para nada. También lo hacía por Cus. Había tenido una vida difícil y llena de desengaños. De manera que yo estaba ahí para defender el ego y el orgullo de ese viejo italiano. ¿Quién coño me creía que era?

Cuando no estaba entrenando, dedicaba al menos diez horas diarias a mirar grabaciones de antiguos combates. Ése era el regalo que me hacía los fines de semana. Me pasaba toda la noche mirándolos solo en el cuarto de arriba. Subía el volumen y el ruido se escampaba por la vieja casa. Entonces Cus subía a mi encuentro.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Sólo estoy mirando las grabaciones —le decía.

—Ey, ya te estás yendo a la cama. La gente quiere dormir —me decía.

A continuación volvía a bajar las escaleras y yo le oía murmurar: «Jamás he conocido a un chaval así. Mirando las grabaciones por la noche y despertando a toda la jodida casa».

En ocasiones las veíamos juntos y Cus me daba consejos sobre cómo podría vencer a Dempsey, Jeffries y Louis.

A veces estaba tan concentrado que me metía en la cama con los guantes puestos. Era un animal que soñaba con un Mike Tyson que se convertía en un gran luchador. Sacrifiqué todo por ese objetivo. Nada de mujeres, nada de comida. Padecía un desorden alimenticio; por entonces era adicto a la comida. Y estaba atravesando la pubertad. Me estaba saliendo acné, tenía las hormonas revolucionadas y hubiese querido pasarme el día comiendo helado, pero no podía perder de vista mi objetivo. Yo le hablaba a Cus de chicas y él desdeñaba el asunto, diciéndome que iba a tener todas las mujeres que quisiera. Una vez me puse en plan lúgubre.

—Cus, jamás voy a estar con una chica, ¿verdad?

Cus envió a alguien a buscar un bate de béisbol en miniatura. Mostrándomelo, me dijo: «Vas a tener tantas chicas que necesitarás uno de éstos para sacártelas de

encima».

De manera que cuanto hacía era pajearme y entrenar, pajearme y entrenar. Pensé que, después de proclamarme campeón, ya conseguiría el dinero y las mujeres que necesitara.

En el gimnasio Cus empleaba técnicas inusuales y nada ortodoxas. Algunas personas se reían de su estilo, pero eso era porque eran incapaces de entenderlo. Lo llamaban el estilo cu-cú. Estaba muy orientado a defenderse. Uno mantenía las manos delante de la cara como si se escondiera dentro de un caparazón. Tus manos y codos se mueven contigo de tal forma que, cuando el rival suelta un puñetazo, tú lo bloqueas al tiempo que te echas hacia delante, y seguidamente contraatacas.

Los ataques de Cus empezaban por una buena defensa. Creía en la importancia suprema de que a uno no le golpearan. Para que aprendiéramos a esquivar los golpes utilizaba un saco específico de tela relleno de arena y atado a una cuerda. Debías ir moviendo la cabeza para sortearlo a medida que dabas vueltas a su alrededor. Acabé siendo todo un experto.

También utilizaba una cosa llamada Willie en honor al boxeador Willie Pastrano. Era un colchón cubierto de tela y envuelto alrededor de un marco. En su exterior había el esbozo de un torso. El cuerpo se dividía en diferentes zonas, cada una de las cuales llevaba un número asociado. Los impares representaban golpes de izquierda y los pares, de derecha. Cus ponía una cinta de cassette en la que iba cantando varias secuencias de números. Oías «cinco, cuatro» e inmediatamente soltabas un gancho de izquierda al cuerpo y un *uppercut* de derechas a la barbilla. La idea era que, cuanto más repitieras estas acciones en respuesta a los números, más instintivas y robóticas se volverían, por lo que no necesitarías pensar de forma consciente en ellas. Al cabo de un tiempo podrías soltar puñetazos con los ojos cerrados.

Cus creía que los luchadores recibían golpes de derecha porque eran muy hieráticos y mantenían los guantes muy abajo. Así que me enseñó a desplazarme dibujando una «u», no únicamente de arriba a abajo. Me tenía en constante movimiento, hacia los lados y luego hacia delante, hacia los lados y luego hacia delante. Cuando golpeabas, Cus pensaba que conseguías el máximo efecto si conseguías que dos golpes sonaran como uno solo. Cuanto más te acercaras a ese sonido, más crecían las probabilidades de que la descarga acabara en KO.

Aunque enfatizara los aspectos defensivos, Cus sabía que un boxeador defensivo podía resultar aburrido.

«El boxeo es un espectáculo de manera que, para tener éxito, un luchador no sólo debe vencer, sino hacerlo de un modo excitante. Debe soltar puñetazos que lleven malas intenciones», nos decía siempre. Quería que realizara contragolpes agresivos, obligando a mis rivales a golpear o a correr. Cus intentaba en todo momento manipular al oponente sobre el cuadrilátero. Si no cesabas de eludir sus golpes, acababan frustrados y perdían confianza. Entonces estaban hundidos. Esquiva el golpe y contraataca. Muévete y atiza al mismo tiempo. Fuerza la situación. Era de la

un campeón que sólo pudo retener el título un año. Cus me taladró con la mirada y me dijo: «Ser campeón durante un año vale más que toda una vida en las sombras».

Al empezar a estudiar la vida de los grandes boxeadores de antaño, vi que compartían muchas de las cosas sobre las que Cus me había estado sermoneando. Todos eran unos cabronazos de cuidado. Dempsey, Mickey Walker, incluso Joe Louis era malvado si bien era también introvertido. Me entrené para ser malo como la tiña. De camino al colegio solía meterme con todo el mundo. En el fondo sabía que debía comportarme así porque, en el caso de fracasar, Cus se desharía de mí y acabaría siendo un muerto de hambre.

Volvía loco a Cus acribillándolo a todas horas con preguntas acerca de ellos. Me consta que le gustaba hablar de boxeo, pero sospecho que a veces yo me pasaba de la raya. Me leí todos sus libros sobre boxeo de modo que, cuando estábamos sentados a la mesa cenando y Cus les contaba a los otros chicos historias de boxeo, yo acababa sus frases cuando tenía un lapsus con un nombre o una fecha.

Decía: «Este chaval lo sabe todo. Da la impresión de que estuvo ahí».

Me tomaba en serio la historia del boxeo porque aprendí mucho de los viejos boxeadores. ¿Qué debía hacer para ser como ese tipo? ¿Qué disciplina seguía aquel otro? Cus me contaba lo despiadados y malvados que eran fuera del cuadrilátero pero, una vez en él, estaban calmados y relajados. Me emocionaba escucharlo hablar de ellos, ver el aprecio que les profesaba. Deseaba con intensidad que alguien hablara así de mí. Quería formar parte de ese mundo. Veía los combates por televisión, a los boxeadores golpeando con una sonrisa en la cara y unos cuerpos castigados y yo quería tener esas caras y esos cuerpos.

Hablábamos de todos los grandes. Me enamoré de Jack Johnson. Menudo tipo tan valiente. En sentido estricto fue el primer representante del Orgullo Negro. Yo adoraba su arrogancia. En una ocasión, hacia el cambio de siglo, le pararon por exceso de velocidad. La multa era de unos diez dólares y al poli le entregó un billete de veinte diciéndole: «Mejor quédate uno de estos porque voy a regresar de la misma forma».

Era un maestro de la manipulación. Cuando entrenaba se envolvía el pene, antes de colocarse los leotardos, para que pareciera más grande e intimidar a sus rivales blancos. Durante los combates se dedicaba a humillar a sus oponentes. Era un provocador nato. Les decía: «Te doy diez mil dólares si eres capaz de partirme el labio». Durante los asaltos, se reía en la cara de sus rivales. Mientras les daba una paliza, se dedicaba a decirle a su mujer blanca cuánto la amaba. Me habría encantado pasar tiempo con él. Hablaba varios idiomas y socializaba con las familias reales de Rusia e Inglaterra. Dempsey fue el primer campeón en embolsarse un millón de dólares. Trajo espectáculo y glamur al boxeo. Era con quien más podía identificarme, ya que en realidad era una persona muy insegura, siempre temerosa, aunque por sistema encontraba el modo de superar esos sentimientos y alcanzar sus objetivos.

A quien Cus adoraba más era a Henry Armstrong. Atacaba sin parar a sus

oponentes hasta agotarlos.

—Ataque continuo, sin descansos —me contó Cus—. Defenderse bien a base de mover la cabeza, eso es lo que haría Armstrong. Hacer añicos la fuerza de voluntad del rival, destruirlo anímicamente; que descubra que las causas que le mueven son mentira.

Cus sabía hacerme sentir capaz de conquistar el mundo, pero también sabía hacerme sentir como la mierda. A veces me decía: «Permites que tu mente te domine». Ése era su código secreto y no escrito de decirme: «Eres un debilucho de mierda. Te falta disciplina para llegar a ser uno de los grandes». Los grandes podían realizar el mejor combate de sus vidas aunque acabaran de secuestrarles un hijo o de perder a su madre. Los grandes eran emocionalmente independientes. Los artistas también son así, no sólo los boxeadores. Algunos de los más legendarios sobre los que había leído podían ir colocados hasta las cejas y, pese a ello, llevar a cabo una actuación memorable. Ni siquiera podían caminar, pero rebosaban disciplina y determinación. A veces iban directos del escenario al hospital. Yo quería ser uno de esos luchadores y artistas.

Siempre estaba luchando con mi peso. En mi cabeza estaba como un cerdo aunque al verme nadie lo habría dicho. Al entrenar me untaba la piel con una crema para adelgazar y llevaba un recubrimiento de plástico durante una o dos semanas, el cual sólo me quitaba para darme un baño caliente por las noches, también encaminado a rebajar peso sudando la gota gorda. Luego me acostaba y, a la mañana siguiente, me lo volvía a poner, salía a correr con él y ya no me lo quitaba en todo el día.

Cus encontraba en mi peso otro motivo para meterse conmigo.

—Se te está poniendo el culo gordo —me decía—. Estás perdiendo el interés, ¿verdad? Ya no quieres seguir haciendo esto, ¿no es así, Mike? Es demasiado duro para ti, ¿me equivoco? Te pensabas que aquí venías para pasarlo bien, ¿a que sí? Te creías de regreso en Brownsville correteando y divirtiéndote un poco. Dime.

Imaginaos oír esto. Justo cuando estaba a punto de disfrutar de un helado, un capricho que sólo me permitía los fines de semana, tenía que oír esto. «Sólo unos pocos serían capaces de conseguirlo, por eso es tan especial. Jesús. De verdad que te creía capaz».

A veces Cus me echaba una reprimenda sin venir a cuento. Me hacía trizas, echando pestes de mi forma de ser. «Con tu comportamiento y conducta infantiles jamás alcanzarás la cima que nos proponemos». Yo en ocasiones me ponía a gritar: «¡Odio a todos los que estáis aquí! ¡Agggggghhhhh!». Cus me estaba despedazando.

A veces le seguía el rollo a sus comentarios alentadores y le decía cosas como: «Voy a hacer todo lo posible por ganar. Daré mi vida por ser un campeón, Cus». Y él, en vez de contestarme: «Lo conseguirás, Mike», se colocaba a un palmo de mi cara y

me decía: «Ten cuidado con lo que pides, podrías conseguirlo».

Incluso llegaba a criticar mi forma de vestir. Durante las vacaciones tenían invitados en casa, a la hermana de Camille o a algún otro. Yo me ponía una camisa y unos pantalones bonitos, un cinturón y una corbata que Camille me ayudaba a anudarme. Solía estar tranquilo sentado, recibiendo los cumplidos de todas las damas («Oh, qué guapo estás, Mike») cuando Cus irrumpía en la habitación.

—¿Por qué te has vestido así? Los pantalones te aprietan tanto que se te marcan las pelotas y el culo. ¿Qué coño te pasa?

Camille salía en mi defensa, pero Cus no quería saber nada.

—No me digas una palabra de lo que opinas de este asunto. *Camil-ee*, por favor. ¿De acuerdo? No hay nada bonito en esas ropas.

Cus jamás me lanzaba insultos del tipo «hijo de puta». Se limitaba a llamarme «pusilánime y holgazán». Esto era el equivalente pugilístico a llamarme sucio y asqueroso negrata que no sirve para nada. Conseguía hacerme llorar como un bebé. Él sabía que, diciéndome esas cosas, conseguiría dejarme el ánimo por los suelos.

Recibía tantos mensajes contradictorios que empezaba a sentirme inseguro acerca de lo que en realidad pensaba de mí como boxeador. En una ocasión Tom Patti y yo salíamos del gimnasio y Cus se había demorado un segundo. Así que me metí en el asiento trasero y me agaché para esconderme.

—Dile a Cus que he regresado andando a casa. Cuando entre en el coche quiero que le preguntes lo que de verdad piensa de mí.

Tom estuvo de acuerdo. Cus entró en el coche.

—¿Dónde demonios está Mike? —preguntó.

—Creo que se queda en el pueblo —dijo Tom.

—Bueno, andando. Ya encontrará la manera de volver.

Empezó a conducir y yo iba susurrándole a Tom desde el asiento trasero, porque Cus estaba medio sordo y no oía nada.

—Ey, Tom. Pregúntale a Cus si piensa que golpeo duro —le dije.

—Ey, Cus, ¿dirías que Mike golpea duro? —preguntó Tom.

—¡Que si golpea duro! Escúchame, ese chaval golpea tan duro que podría atravesar una pared. No sólo golpea duro, golpea con eficacia. Puede noquear a un luchador con cualquiera de las dos manos —dijo Cus.

—Pregúntale a Cus si cree que de verdad podría llegar lejos en el futuro —murmuré.

Tom repitió la pregunta.

—Tommy, si Mike mantiene la cabeza clara y se concentra en su objetivo, se convertirá en uno de los mejores boxeadores, si no en *el* mejor boxeador de la historia.

Yo estaba entusiasmado de oír aquello. A estas alturas, ya habíamos llegado a casa. Al salir, Cus me pilló estirado en el asiento trasero.

—Sabías que estaba ahí, ¿no es verdad? —le preguntó a Tom.

Tom se hizo el inocente.

—No me vengas con chorradas. Sabías que estaba ahí. Dejadme que os diga que sois un par de listillos.

A Cus no le pareció gracioso, pero a nosotros sí.

Lo más divertido de todo es que no era capaz de controlar sus emociones. Cus era un tipo resentido, resentido y resentido que clamaba venganza. Roy Cohn, Cardinal Spellman, estos tipos lo atormentaban en sueños. ¿J. Edgar. Hoover?: «Agg, desearía meterle una bala en la cabeza, eso es lo que se merece». No paraba de hablar de matar a gente, ¡aunque algunos de ellos ya estaban muertos! Pero los odiaba. Una vez le hice un cumplido a Larry Holmes que lo volvió majara.

—¿Qué quieres decir? No es nadie. Debes hundirlo. Nuestro objetivo es hundirlo y desposeerlo del campeonato. Para ti no es nadie.

A veces Cus gritaba como un poseso a gente que aparecía por televisión. Nunca hubieras dicho que se trataba de un viejo feroz, pero era así. Si no eras su esclavo, odiaba tu estampa. Siempre estaba en modo confrontación. Se pasaba el día farfullando: «Ah, este hijo de puta. Ah, no me puedo creer que este tío de, ya sabes su nombre, el de tal y cual. Menudo hijo de puta».

La pobre Camille le decía: «Cus, cálmate, cálmate, Cus. Si no te va a subir la presión sanguínea».

Cus dirigía aquella casa con mano de hierro, pero lo curioso del asunto es que era propiedad de Camille. Cus no tenía dinero. Nunca le preocupó y el que tuvo siempre lo repartió. Camille quería vender la casa porque resultaba muy cara de mantener, pero él la convenció de que no. Le dijo que conseguiría un número estable de luchadores y que las cosas mejorarían. Ya estaba perdiendo la esperanza cuando yo aparecí.

No creo que, por mucho que lo deseara, Cus imaginara que conseguiría un nuevo campeón ni en un millón de años. La mayoría de los hombres que llegaban ahí ya eran luchadores afianzados que sólo querían mantenerse lejos de las mujeres y de las tentaciones de la ciudad. Además el estilo de Cus no le gustaba a nadie en aquellos momentos. Creían que estaba pasado de moda. Entonces aparecí yo sin tener idea de nada, un lienzo en blanco. Cus era feliz. Yo no sabía por qué este blanco estaba tan feliz conmigo. Me miraba y le entraba la risa histérica. Por teléfono le decía a la gente: «Me ha vuelto a impactar un rayo. Tengo a otro campeón de los pesos pesados».

Ni siquiera había participado en un combate amateur. No sé cómo pero, de algún modo, vio algo en mí.

Jamás olvidaré mi primer combate amateur. Era un pequeño gimnasio en el Bronx, propiedad de un antiguo boxeador de Cus llamado Nelson Cuevas. El lugar era un agujero. Estaba en el segundo piso de un edificio situado a tocar de una línea elevada de metro. Las vías estaban tan cerca que prácticamente podías sacar la mano por la ventana y tocar el tren. A este tipo de combates se los llamaba «fumaderos» porque el aire estaba tan cargado con humo de cigarrillos que apenas podías ver al tipo que tenías al lado.

Los «fumaderos» eran peleas no autorizadas, lo que básicamente significa que estaban fuera de la ley. No había médicos ni ambulancia esperándote fuera. Si al público no le gustaba tu actuación, no te abucheaba, sino que empezaban a darse mamporrazos entre ellos para enseñarte cómo se hacía. Todos los asistentes vestían de punta en blanco, ya fueran gánsters o traficantes de droga. Y todos apostaban. Recuerdo que le pregunté a un tipo: «Si gano, ¿me comprarás una empanada de salchicha?». Los que apostaban por ti y ganaban solían comprarte algo de comer.

Justo antes de salir a pelear, estaba tan nervioso que casi me marché. Le daba vueltas a toda la preparación que había llevado a cabo con Cus. Pese a las horas y más horas de *sparring*, la idea de subirme a un cuadrilátero a combatir me intimidaba completamente. ¿Y si fallaba y perdía? Me había visto envuelto en un millón de peleas en las calles de Brooklyn, pero esta sensación era del todo distinta. No conoces a tu contrincante; no tienes nada contra él. Me encontraba con mi entrenador, Teddy Atlas, y le dije que bajaba un momento a la tienda. Una vez fuera me senté en una esquina, junto a las escaleras que conducían al metro. Por un instante pensé que debía subirme al maldito tren y regresar a Brownsville. Pero entonces todas las lecciones de Cus comenzaron a fluir hacia mi mente y empecé a relajarme, mi orgullo y mi ego asomaron la cabeza, de modo que me levanté y volví al gimnasio. Iba a haber combate.

Mi rival era un puertorriqueño de gran tamaño con un vertiginoso peinado afro. Tenía dieciocho años, cuatro más que yo. Peleamos duro durante dos asaltos, pero en el tercero lo arrojé contra las cuerdas inferiores y luego le di otro golpe que hizo volar su protector bucal hasta la sexta fila. Quedó frito.

Estaba en éxtasis. Fue amor a primera pelea. No sabía cómo celebrarlo. De manera que le puse un pie encima. Levanté los brazos y coloqué un pie sobre el jodido yaciente.

—¡Sal de ahí, coño! ¿Qué coño te crees que haces pisándole? —me dijo el árbitro.

Cus se encontraba en Catskill esperando noticias junto al teléfono. Teddy lo llamó para explicarle lo ocurrido. Cus estaba tan emocionado que le pidió a su amigo Don, que había venido con nosotros, que le hiciera otra crónica a la mañana siguiente.

Cada semana iba a los fumaderos. Entraba en los vestuarios y me encontraba a un

grupito de chavales mirándose los unos a los otros. Les decía mi peso y en cuántas peleas había participado. Normalmente les decía que tenía más de catorce años. No había muchos chicos de catorce años que pesaran 91 kilos. Así que siempre estaba peleando contra chicos mayores.

Aquellos fumaderos significaban mucho para mí, mucho más que para el resto de chavales. Tal y como yo lo veía, había nacido en un infierno del que cada combate ganado suponía alejarse un paso más. El resto de luchadores no eran tan malvados como yo. De no contar con estos fumaderos, probablemente habría acabado muerto en una cuneta.

Durante algún combate Teddy llegó a pasar a la acción. Una noche estábamos en el gimnasio de Nelson y un tipo lo empujó y Teddy le dio un puñetazo en la cara. Nelson se sumó a la pelea agarrando uno de los trofeos que había por ahí, los cuales estaban fabricados de mármol con una figura de hojalata de un luchador sobre un pedestal, y empezó a golpearle la cabeza al tipo. Si hubiera acudido la policía, lo habrían acusado de intento de asesinato. Teddy siempre andaba metido en peleas. No sé si salía en mi defensa o si los otros estaban celosos de que contara con el mejor boxeador, el caso es que siempre le faltó cabeza para no responder a las provocaciones. Fuimos a Ohio y Teddy acabó a hostias con otros entrenadores.

Comenzamos a ir fumaderos a lo largo de toda la costa noreste. Antes de subirnos al coche, Cus siempre se nos acercaba.

—Unos amigos míos van a estar viendo la pelea. Yo esperaré junto al teléfono. Espero que cuando me llamen los hayas dejado eufóricos y alucinando —me decía.

No se me iba de la cabeza. «Eufóricos y alucinando». Aquello me ponía a cien y entraba en ebullición durante las seis horas que duraba el viaje. No descansaba ni un minuto. No podía esperar a subirme al cuadrilátero para machacar a esos cabrones. Un tipo acudió a un combate con su mujer y su bebé y le hice papilla.

Cus vino a mi quinto combate, un fumadero en Scranton. Luchaba contra un tío llamado Billy O'Rourke en el Scranton Catholic Youth Center. Billy tenía diecisiete años y yo dije ser de la misma edad porque era un combate amateur. Antes de empezar, Cus se acercó a O'Rourke y le dijo: «Mi chico es un asesino. No quería que te hiciese daño».

Aquel fue mi rival más duro hasta el momento. En el primer asalto no dejé de tumbarlo, pero ese jodido blanquito psicópata siempre se levantaba. No sólo se levantaba, sino que lo hacía la mar de fresco. Cuanto más lo lanzaba a la lona, más se incorporaba hecho unas pascuas. En el primer asalto lo había machacado, pero el segundo había sido una guerra abierta. Combatíamos a tres asaltos y Teddy no quería arriesgarse a tomar la decisión equivocada.

«Escúchame, siempre estás hablando de ser grande y de estos boxeadores locos y de cómo quieres ser un campeón. Ahora es el momento. Métete ahí y no dejes de soltar puñetazos y de mover la cabeza».

Salté del taburete a por él y en ese tercer asalto lo envié a la lona dos veces.

Sangraba por todos lados. Al final del combate, me arrinconó contra las cuerdas. Pero, bam, bam, bam, salí de ahí y lo tumbé. El público se volvió loco. Fue el mejor combate de aquella noche.

Cus estaba satisfecho con mi actuación, pero me dijo: «Un asalto más y te habría agotado».

En mayo y junio de 1981 fui tras mi primer campeonato: las Olimpiadas Juveniles. En aquel momento llevaría unos diez combates. Primero debías ganar un torneo local, luego uno regional y seguidamente competías en Colorado por el título nacional.

Gané todos los torneos regionales, con lo cual tuve que volar junto a Teddy a Colorado, mientras que el miedo a los aviones hizo que Cus optara por el tren. Cuando entraba en los vestuarios recordaba cómo se habían comportado mis héroes. Los otros chavales se me acercaban a estrecharme la mano y yo les hacía una mueca y les daba la espalda. Sólo estaba actuando. Si me hablaban, me limitaba a quedarme mirándolos. Cus insistía en manipular al oponente creando caos y confusión, al tiempo que por dentro se mantenía la calma. Yo creaba tal caos que a unos cuantos de los otros luchadores les bastaba echarme una mirada para dejarse ganar con tal de no tener que enfrentarse luego conmigo. Gané todos mis combates por KO en el primer asalto. Gané la medalla de oro tumbando a Joe Cortez en ocho segundos, un récord que creo que sigue vigente. Empezaba mi periplo.

Tras conseguir esa medalla de oro, me convertí en un héroe local. A Cus le encantaba la atención que estaba recibiendo. Adoraba los focos. Yo, sin embargo, no dejaba de pensar en la locura que suponía todo aquello. Apenas tenía quince años y la mitad de los amigos que había dejado en Brownsville estaban muertos, desaparecidos, borrados del mapa. No contaba con muchos amigos en Catskill. No me interesaba el colegio. Cus y yo ya teníamos claro dónde queríamos llegar, de modo que el colegio nos parecía una distracción de ese objetivo. No me importaba lo que me enseñaban, pero sí que estaba ansioso por aprender. Cus me animaba a hacerlo y así leí algunos de los libros de la biblioteca. Obras de Oscar Wilde, Charles Darwin, Maquiavelo, Tolstói, Dumas y Adam Smith. Leí un libro sobre Alejandro Magno. Adoraba la historia. Al leer historia, aprendía sobre la naturaleza humana. Aprendía sobre el corazón humano.

No me metí en muchos líos en el colegio con la excepción de golpear a un puñado de estudiantes y que me expulsaran temporalmente. Ahí no me sentía cómodo. Algunos se reían de mí, pero ninguno me tocaba las narices. Cus le había comentado al director de mi instituto, el señor Bordick, que yo era especial y que merecía «algunas concesiones». El señor Bordick era un buen hombre y, siempre que surgía un problema, Cus se acercaba a la escuela a desplegar su gesticulación italiana y conseguía que me readmitiera. Ya de vuelta en casa, me pasaba las tardes en el gimnasio, de cinco a siete. Luego leía libros de boxeo, veía películas o conversaba con Cus. Los fines de semana me levantaba a las cinco de la madrugada, corría unos

Broad, un peso pesado muy duro, y John Tate, el ex campeón de los pesos pesados de la WBA. Yo sabía que una victoria rápida me dejaría en muy buen lugar a ojos del mundo pugilístico. Long rebosaba confianza antes del combate. Había declarado al reportero Al Bernstein de la ESPN que podía golpear mejor que yo. Le apodaban Long «el Maestro del Desastre», pero su noche se tornó desastrosa desde el momento en que sonó la campana de inicio.

Fui a por él con rapidez y fiereza y necesité pocos segundos para tumbarlo con un golpe de izquierda al pulmón. Al cabo de nada, un *uppercut* de derecha lo mandó a la lona y lo rematé con una combinación de *uppercut* de derecha y gancho de izquierda. Necesité menos de un minuto y medio para proclamarme vencedor.

Al Bernstein me entrevistó tras el combate.

—Esta mañana pensaba de veras que Donnie Long te iba a suponer un duro rival. ¡No ha sido así! —dijo Al.

—Bueno, como ya te dije antes, si lo tumbo en uno o dos asaltos, ¿seguirás pensando lo mismo?

—Pensaba que lo sería, pero supongo que me equivoqué —dijo Al.

—Ah, *ahora* resulta que no lo era... —me reí.

—No, era un tipo duro, sólo quiero decir que, según parece, no lo suficiente para ti porque lo has vencido.

—Yo lo supe desde el principio, pero el resto parecía no saber que no era rival, no era rival. Son muchos los que se han acercado a mirar, Jesse Ferguson lo ha hecho, los Frazier lo han hecho. Que vengan y tomen nota, porque Mike Tyson está aquí esperándolos, que vengan a recibir lo suyo.

Por aquel entonces vivía casi en un exceso de concentración. No tocaba con los pies en el suelo. En una entrevista que concedí a *Sports Illustrated* declaré: «Lo que más me molesta es verme rodeado de gente que se lo está pasando muy bien, yendo de fiesta y cosas así. Te reblandece. Los que sólo quieren divertirse no pueden llegar a nada». Me creía más fuerte que esos debiluchos que salían de parranda. Quería formar parte de ese círculo de celebridades del Columbus, pero luchaba contra la tentación de acudir a fiestas.

Seguía sin practicar sexo. La última vez que había mantenido relaciones había sido con la becaria durante las Olimpiadas. No es que no quisiera, pero me sentía raro en compañía de las mujeres. No sabía cómo llegar a ellas. «Ey, hola, ¿quieres rollo?». No sabía cómo decir aquello. Por esta época había cerrado mi participación en un combate en el Madison Square Garden que serviría de calentamiento para el principal de la velada. Mi reputación me precedía, por lo que mi rival no se presentó. Abandoné el Garden y puse rumbo hacia un prostíbulo de la calle cuarenta y dos. Lo conocía desde que, siendo un crío, daba vueltas por Times Square.

Entré y tomé asiento en una de las sillas de la salita exterior. Había una gran pantalla de televisión en la que pasaban películas pornográficas. Las chicas se acercaban y se sentaban a tu lado, preguntándote: «¿Quieres una cita?». Si

descartabas a una, te venía otra. Yo era el más joven en aquella salita, así que les parecía mono. Me decanté por una chica cubana y nos dirigimos a una de las habitaciones del fondo.

Freud habría tenido mucho trabajo con aquella situación. Ahí estaba yo, preparado para volcar mi agresividad y machacar a mi oponente sobre el cuadrilátero cuando el combate se cancela y salgo en busca de sexo. Me sentía extremadamente excitado. Durante nuestra cita, la espalda empezó a dolerle. Me dijo: «Ey, tenemos que parar. Me ha dado algo en la espalda». Yo aún no había acabado, con lo cual le pedí que me devolviera el dinero. Cambió de tema preguntándome por la camiseta de Edwin Rosario que llevaba puesta. Le dolía demasiado para continuar, así que me dijo: «Charlemos». Así lo hicimos durante un rato y luego me marché con mi camiseta.

Después de aquello, Cus empezó a acelerar mi ritmo. Dieciséis días después del combate contra Long, luché contra Robert Colay y le lancé dos ganchos de izquierda. El primero falló, pero el segundo lo noqueó. Se había acabado en treinta y siete segundos. Una semana más tarde, combatí contra Sterling Benjamin en Latham, al norte de Nueva York. Lo noqueé con un gancho corto de izquierda y, tras una cuenta de ochos segundos, lo arrollé lanzándole golpes devastadores al cuerpo y *uppercuts*. Se derrumbó sobre la lona. El árbitro detuvo la pelea. El público estaba como loco y me giré para encararlos, pasé los guantes por las cuerdas superiores y, con las palmas hacia arriba, los saludé a la manera de un gladiador.

Pero más allá de mi undécima victoria profesional, tenía otros asuntos en la cabeza. Cus estaba muy enfermo. Lo había estado desde que me mudara con él y Camille. Siempre estaba tosiendo, pero fui consciente de que la situación había empeorado cuando no nos acompañó a una serie de combates. Se quedó en casa en los de Long y Colay, pero sí que vino a Latham a verme luchar contra Benjamin. Había dentro de él un viejo italiano demasiado tozudo como para perderse un combate en su terruño. No confiaba en los médicos y fue uno de los primeros partidarios de las vitaminas, de lo que hoy llamamos «medicina alternativa» y de la terapia nutricional.

Conocía la enfermedad de Cus, pero en mi mente estaba claro que iba a sobrevivir hasta verme convertido en el campeón del que siempre hablábamos. Iba a quedarse el tiempo necesario para ver cómo me llegaba el éxito. Sin embargo, cuando charlábamos en privado, a veces me decía: «Quizás ya no esté por aquí, por lo que debes prestarme atención». Yo pensaba que sólo pretendía asustarme para asegurarse de que actuaba correctamente. Cus siempre estaba diciendo cosas para generarme ansiedad.

Lo ingresaron en un hospital de Albany, pero Jimmy Jacobs hizo que lo trasladaran al Mount Sinai, en la ciudad. Fui a visitarlo junto a Steve Lott. Cus estaba sentado en la cama comiéndose un helado. Charlamos durante unos minutos y luego Cus le pidió a Steve que abandonara la habitación para que pudiéramos hablar en

privado.

Fue entonces cuando me contó que se estaba muriendo de una neumonía. Yo no podía creérmelo. No parecía seriamente enfermo. Estaba musculoso. Mostraba energía y ganas de divertirse. Él intentaba calmarme, pero yo estaba aterrorizado.

—No quiero hacer esta mierda sin ti —le dije, intentando tragarme las lágrimas—. No voy a hacerlo.

—Bueno, si no peleas vas a descubrir que las personas pueden volver de la tumba, porque te voy a estar rondando durante el resto de tus días.

—De acuerdo —le dije. Entonces me agarró de la mano.

—El mundo debe verte, Mike. Vas a ser el campeón del mundo ahí afuera, el más grande —me dijo.

Se echó a llorar. Fue la primera vez que lo vi hacerlo. Pensé que lloraba por no poderme ver convertido en campeón de los pesos pesados después de todo lo que habíamos pasado juntos. Pero no tardé en darme cuenta de que lo hacía por Camille. Me había olvidado completamente de que había otra persona que significaba más para él que yo. Me contó que se arrepentía de no haberse casado con Camille. Había tenido problemas con Hacienda que temía traspasárselos.

—Hazme un único favor, Mike —me dijo—. Asegúrate de cuidar de Camille.

Abandoné la habitación en estado de shock. Me alojaba en el apartamento de Steve y Jimmy vivía en el mismo edificio. Ese mismo día, más tarde, Jimmy vino a buscarme para que lo acompañara al banco a depositar un cheque de 120 mil dólares por mis últimos combates. A estas alturas, mi nombre salía en la prensa y había aparecido en la portada de *Sports Illustrated* con lo cual los desconocidos me paraban por la calle para desearme lo mejor. Me paseaba con aires de chulito, luciendo buen aspecto. Conocía a todas las empleadas del banco y normalmente flirteábamos.

Pero aquel día, justo antes de entrar en el banco, Jimmy me paró.

—Cus no va a pasar de esta noche, Mike. Dicen que le quedan pocas horas.

Empecé a llorar como si se acabara el mundo. Así era. Mi mundo desaparecía. Todas las chicas del banco no apartaban sus ojos de mí.

—¿Hay algún problema? —nos preguntó el encargado.

—Acabamos de saber que un amigo muy querido se está muriendo y para Mike ha supuesto un golpe durísimo —dijo Jimmy. Se mostró tranquilo y sereno. Lo soltó así, boom, sin emoción alguna, tal y como Cus le había enseñado a hacerlo. Mientras tanto, yo seguía llorando igual que un soldado que hubiera perdido a su general durante una misión. No creo que volviera nunca a aquel banco, me sentía muy avergonzado.

El funeral de Cus se celebró en el norte. Yo fui uno de los portadores de su féretro. Acudió todo el mundillo del boxeo. Fue muy triste. Mi cabeza enferma sólo podía pensar en alcanzar el éxito por él. Habría hecho cualquier cosa con tal de ganar el título y garantizar así el legado de Cus. Empecé a sentir pena por mí mismo, a pensar que sin Cus mi vida sería una mierda. Camille mantuvo la compostura pero, al

regresar a la casa, ambos lloramos.

Poco después del funeral, Jim Jacobs organizó un acto en recuerdo de Cus en su viejo gimnasio, el Gramercy Gym, en la ciudad. Vinieron todos los grandes. Norman Mailer dijo que su influencia sobre el boxeo fue tan importante como la de Hemingway sobre los jóvenes escritores americanos. Gay Talese dijo que había sido un honor conocerlo.

—Me enseñó un montón de cosas, ya no sólo sobre boxeo, que era un arte que podía llegar a dominarse, sino sobre la vida y cómo vivirla, lo cual no resulta tan fácil de dominar —dijo Pete Hamill.

Jim Jacobs bordó el retrato de Cus en su discurso, «Cus d'Amato se oponía con violencia a la ignorancia y la corrupción en el boxeo. Se mostraba tan inflexible con sus enemigos como comprensivo, compasivo e increíblemente tolerante con sus amigos».

Yo me bloqueé emocionalmente tras la muerte de Cus. Me volví despiadado. Intentaba demostrarme a mí mismo que era un hombre, no un niño. Una semana después del funeral, volé a Texas para combatir contra Eddie Richardson. Jimmy y Cayton ni siquiera me dejaron hacer el duelo, así que me llevé conmigo una foto de Cus. Cada noche seguía hablándole.

—Mañana pelearé contra este tipo llamado Richardson, Cus —le dije—. ¿Qué crees que debería hacer?

Aunque permanecía activo, había perdido el ánimo, ya no creía en mí. No me quedaban energías para practicar el bien. No creo que nunca me sobrepusiera a su muerte. Cuando falleció estaba rabioso con él. Lleno de amargura. Si se hubiese ido al médico con tiempo, seguiría vivo para poder protegerme. Pero era tozudo y no quiso tratarse y había muerto, dejándome solo y a la merced de esos animales del mundo del boxeo que estaban deseando aprovecharse de mí. Tras su muerte, ya nada me importaba. Básicamente peleaba por dinero. No tenía un sueño. Estaría bien ganar el título, pero sólo deseaba tomar algo de vino, divertirme, salir de fiesta y castigarme un poco.

Antes, sin embargo, castigué a Richardson. El primer puñetazo que le lancé, un derechazo, lo noqueó. Aguantó un minuto más hasta que le solté un zurdazo de un salto y, al ser tan alto, acabó cayendo al otro lado del cuadrilátero.

A continuación me esperaba Conroy Nelson, quien años atrás había perdido contra Trevor Berbick en la lucha por el título canadiense. Seguía en el número dos del ránking de los pesos pesados de Canadá y era un tipo duro, con experiencia y un cuerpo de Adonis. Todos los comentaristas estaban convencidos de que iba a ser el que finalmente me pusiera a prueba. El primer asalto me limité a golpearle en el cuerpo. Casi se va al suelo en dos o tres ocasiones. Al empezar el segundo, boom, boom, boom, le arreé el cuerpo y luego le lancé un derechazo elevado que le rompió la nariz y un gancho de izquierda a la barbilla que lo envió a la lona. Cuando el árbitro detuvo el combate, di vueltas por el cuadrilátero con los brazos bien estirados,

impregnándome de la adulación de los fans con los que compartía raíces.

Mi siguiente combate fue el 16 de diciembre en el Felt Forum, en el Madison Square Garden. Vinieron a verme todos mis amigos de Brownsville. Yo estaba demasiado concentrado como para reparar que me encontraba en Nueva York y pensar en pasármelo bien. No podía esperar a sacarme de encima esos combates y contar al fin con mi oportunidad de alcanzar el título para Cus. Mi rival aquella noche fue Sammy Scaff. La entrevista que concedí al acabar el combate duró más que éste. Scaff era un obrero de Kentucky, torpe y de 113 kilos de peso, y lo cacé con dos fantásticos ganchos de izquierda a la cabeza que convirtieron su cara en un amasijo de sangre y le buscaron un nuevo emplazamiento a su nariz. Tras el combate, John Condon, responsable de boxeo en la MSG que había ejercido de comentarista de apoyo, me preguntó cómo era un día cualquiera en la vida de Mike Tyson.

—Mike Tyson no es más que un luchador que trabaja duro y que lleva una vida aburrida. Cualquiera que diga: «Me gustaría estar en su piel», las cientos de personas que lo piensen no saben de la misa la mitad. Si estuvieran en mi sitio, llorarían como unos bebés. No podrían soportarlo.

Para mi próximo combate nos hallábamos de vuelta en Latham. Era el evento principal de la noche y mis fans abarrotaban el recinto. Mi contrincante era Mark Young, un tipo de aspecto duro. Cuando nos reunimos en el centro del cuadrilátero a recibir instrucciones, pude notar su energía. En ese momento los luchadores siempre nos miramos fijamente a los ojos, pero eso no significa nada, puede ser pura fachada. La energía la percibes o no emanando de su espíritu, de su alma y luego regresas a tu rincón y te dices: «Ah, mierda» o «Ese tío es una nenaza». Aquella noche fue: «Ah, mierda, éste ha venido a pelear». Kevin también pudo sentirlo.

—Golpéale con *jabs* fuertes y mueve la cabeza —me dijo Kevin—. No te olvides de mover la cabeza, ha venido a pelear.

Sonó la campana y se acercó con determinación. Era un salvaje y yo empecé a soltar *jabs* fuertes y a mover la cabeza. Llevábamos poco más de un minuto cuando lanzó un derechazo bestial, yo fui retorciendo el cuerpo alrededor del suyo y le lancé furtivamente un feroz *uppercut* de derecha y, boom, voló y luego cayó de morros en la lona. Ray Mancini, comentarista de televisión, elogió mucho mis habilidades, pero afirmó que ya iba siendo hora de que mis representantes me buscaran un rival digno.

Jimmy, sin embargo, no se apartó de su plan. Dos semanas después, me encontraba en Albany peleando contra Dave Jaco. Tenía un registro digno de 19-5 con 14 KO, incluyendo uno de técnico contra Razor Ruddock. Era blanco, alto y delgado. No aparentaba gran cosa, pero era realmente duro de pelar. Yo no dejaba de tumbarlo y él de levantarse. A la tercera ocasión que se fue al suelo durante el primer asalto, pararon el combate.

Aquella noche celebré la victoria junto a unos amigos. Sobre las ocho de la mañana del día siguiente, llamé a la puerta de Camille. Me abrió, entré y me senté. No dije una palabra.

—¿Cómo te fue? —me preguntó.

—Bien, aunque no dejaba de buscar a alguien que no estaba ahí —le respondí, mientras las lágrimas comenzaron a inundarme el rostro—. Cus no estaba ahí. Todo el mundo me dice que lo hago bien, que lo hago bien, pero nadie me dice si lo hago mal. No importaba lo bien que hubiese combatido pues lo más probable es que Cus me hubiera encontrado algún defecto.

Cuando esa misma semana fui entrevistado por *Sports Illustrated*, describí más a fondo cómo me sentía.

—Echo terriblemente de menos a Cus. Era mi espina dorsal. Todo aquello en lo que trabajamos está empezando a dar buenos frutos. ¿Pero en el fondo a quién le importa? Me gusta lo que hago, pero las victorias no me hacen feliz. Peleo con todo mi corazón, lo hago lo mejor que puedo pero, una vez terminado el combate, no hay un Cus que me diga cómo he estado ni una madre a la que enseñarle los recortes de periódico.

Tras el combate con Ferguson, salimos de fiesta. Por aquella época yo bebía profusamente. Nunca durante los entrenamientos pero, una vez había terminado la pelea, empezaba la hora de la autodestrucción. Era un alcohólico de tomo y lomo. Siempre bebía lejos de los focos de la ciudad. Salíamos de juerga por Abany, a un bar llamado September's que era de un amigo. Aquel era nuestro campamento base. Por motivos de trabajo a veces acudían a él gente de la ciudad de Nueva York o de Boston o Los Ángeles. Se hacían los importantes, como si pudieran pisotear a los pobrecitos del norte, y nosotros los zurrábamos de lo lindo. Yo no quería pelearme con nadie y ser llevado frente a los tribunales, pero contaba con gente que lo hacía por mí. Yo instigaba las peleas diciendo cosas como: «Pega a ese cabrón. ¿Quién coño se cree que es?». Nos poníamos las botas con aquellos forasteros.

Mi siguiente combate tuvo lugar el 10 de marzo, contra Steve Zouski en el Nassau Coliseum. Zouski nunca había acabado en la lona en sus anteriores peleas, pero yo encadené diversos *uppercuts* en el tercer asalto y lo noqueé. Sin embargo, no estaba impresionado con mi actuación. Para empezar porque me había caído de una escalera en mi corral para palomas en casa de Camille y me había hecho un corte en la oreja. Zouski me golpeó en la oreja en repetidas ocasiones y el dolor me había acompañado toda la pelea, afectando a mi equilibrio. Durante la entrevista posterior al combate, aludí a mi otro problema.

—No me ha gustado mi actuación —le conté a Randy Gordon, que había estado retransmitiendo la pelea—. Tengo un montón de problemas que estoy intentando resolver.

Cayton le aclaró luego a la prensa que me había referido a problemas sentimentales, pero eso era absurdo. Por entonces no tenía novia. Me sentía deprimido porque muchos de mis amigos de Brownsville estaban siendo asesinados.

Era una barbarie. Amigos matando a otros amigos por dinero.

Tras el combate, uno de los organizadores vio que tenía un bulto grande en la oreja. De modo que, al día siguiente, Tommy hizo que me lo viera un especialista, quien dictaminó que mi cartílago había sufrido una infección aguda y me ingresó de inmediato en el Mount Sinai del Upper East Side. Temía que pudiera perder la oreja si no recibía atención médica. Tuve que quedarme diez días en el hospital y seguir tratamiento dos veces al día en una cámara hiperbárica, donde se me suministraban antibióticos en el cartílago.

Los médicos del Mount Sinai me dijeron que sería aconsejable que saliera a tomar un poco de aire fresco. Así que cada día, tras mi segundo tratamiento, a las tres de la tarde concretamente, Tom Patti y mi amigo de la infancia Duran me recogían en una limusina o andábamos hasta Times Square, donde nos dábamos una vuelta y nos hacíamos fotos con todas las prostitutas y con los tipos que les vendían fotos a los turistas con serpientes de pitón rodeándoles el cuello. Nos lo pasábamos de miedo, salíamos toda la noche. Regresaba al hospital a las cuatro de la madrugada y volvía locas a las enfermeras. «Esto no es un hotel, es un hospital». Cuando les enseñaba a los médicos las fotos con las prostitutas y las pitones también ponían el grito en el cielo: «No, no, no te dijimos que salieras toda la noche. Nos referíamos a que te acercaras a Central Park a mirar a los pájaros y las ardillas para que te diera un poco el aire».

Aquello ocurría casi dos meses antes de mi combate contra James Tillis al norte de Nueva York. Cuando llegó la hora de pelear, estaba en baja forma por culpa de la enfermedad y también porque había estado bebiendo y saliendo a saco. La pelea se prolongó durante diez duros asaltos y me sentí afortunado de vencer a los puntos. Lo tumbé una vez, lo que probablemente decantó la puntuación a mi favor, pero había sido el rival más complicado contra el que me había enfrentado hasta la fecha. Me había golpeado con tal saña el cuerpo que tras la pelea no podía caminar. Tuve que quedarme en el hotel. Ni siquiera pude conducir de vuelta. Aquella noche descubrí en qué consistía pelear. En diversas ocasiones a lo largo de la pelea, deseé ir al suelo para conseguir un respiro, pero no dejé de agarrarme y abrazarme a él en un intento por recuperar el resuello.

Al día siguiente Jimmy Jacobs le dio la vuelta a la tortilla.

—El combate sólo le ha supuesto un obstáculo. Ahora hemos podido comprobar que es capaz de llegar hasta el final de uno —le dijo a la prensa.

Era un maestro a la hora de manipular a la prensa, ya no hablemos del público. Clayton y él idearon una campaña publicitaria sin precedentes. Ningún actor del planeta había disfrutado de una cobertura igual en los medios. Ahora todos lo hacen, pero entonces se revelaron unos auténticos innovadores.

Menos de tres semanas después, combatí contra Mitch Green en el Garden. Fue un majara hijo de puta. Intentó desestabilizarme antes de la pelea declarando al *Daily News* que tenía diecinueve años, pero aparentaba cuarenta. Cuando Marv Albert me

funeral para pasar lista. No le importa estar muerto, sólo que nadie haya faltado a la cita.

De manera que saqué veinticinco mil dólares en efectivo de mi cartera y le dije: «Bergie, amigo, no te preocupes por ello. Aquí va tu lugar en la pared». Iceberg cogió el dinero y dijo: «Gua, tío». Pero ni una sola vez dijo «Gracias». Por cosas así lo quería. Fue auténtico hasta el final. Creo que esperaba que fuera yo el que dijera «Gracias» por permitirle entregarme mi dinero. A la mayoría de proxenetas no les importa nadie, pero sabía que él era diferente. Si no hubiese creído que era una buena persona, jamás le habría entregado el dinero.

Alrededor de una semana después de que Robin y yo nos casáramos, pasé una noche en Catskill. Al despertarme, vi que había nevado, por lo que llamé a Bill Cayton para decirle que me sería imposible bajar a la ciudad. Me había pedido que firmara un nuevo contrato de representación en el que se habían introducido cambios para garantizar que, si Jim o Bill morían, sus viudas obtendrían su parte de los beneficios. Aquello parecía un asunto menor, pero se me deberían haber disparado las alarmas cuando Bill hizo que un inspector de policía viniera a recogerme en un coche oficial para conducirme a la ciudad. Deseaban desesperadamente que firmara aquellos papeles.

Jimmy y Bill se encontraban ahí, acompañados de José Torres. Torres iba a ser desposeído del cargo de comisario de boxeo de Nueva York, pero supongo que estaba ahí para echarles una mano a sus amigos Jimmy y Bill.

Mi siguiente combate era contra Tony Tubbs en Japón. Si me pensaba que en Estados Unidos me trataban como a una celebridad, lo de Japón pasaba de castaño oscuro. Cuando mi avión aterrizó, se desató la histeria con miles de fans agasajándome. Éramos la atracción principal del Tokio Dome, un nuevo recinto con capacidad para sesenta y cinco mil personas. Una hora después de ponerse las entradas a la venta, ya se había vendido el 80% del aforo. El promotor japonés, el señor Honda, había escogido personalmente a Tony Tubbs porque pensaba que era quien tenía más posibilidades de resistir hasta el final del combate y complacer así a la audiencia. Don King llegó a prometerle un plus de cincuenta mil dólares si se presentaba con menos de 107 kilos. Pero Tony atravesaba problemas por entonces y no lo consiguió.

Robin se vino conmigo a Tokio y Larry Merchant la entrevistó antes de la pelea.

—Las mentes más curiosas quieren saber una cosa: ¿cómo pudo una mujer que estudió en la Universidad Sarah Lawrence y en la Facultad de Medicina de Harvard acabar enamorándose de un hombre que se graduó en la escuela de los mamporrazos? —le preguntó.

—Dios, a mí también me gustaría saberlo. Tenemos mucho en común. Familias tradicionales. Fue amor a primera vista. Al principio resultó complicado, pero lo

superamos y acabamos casándonos.

¿Familias tradicionales? Sí, tradicionales para Iceberg Slim quizás. Pero es que a Robin le encantaba chupar cámara.

La pelea no se alargó mucho. Tanteé a Tubbs en el primer asalto y me alegró ver que no iba a intentar agarrárame. Con semejante peso le habría resultado difícil correr. De hecho, en el segundo asalto intercambiamos algunos golpes y lo dejé aturdido con un golpe de izquierda a la sien. A continuación, descargué una batería de puñetazos despiadados al cuerpo y, cuando consiguió salirse de las cuerdas, lo noqueé con un gancho de izquierda.

Al ser entrevistado por Larry Merchant después del combate, adopté mi pose habitual de megalómano.

—Me niego a que me hagan daño, a ser noqueado. ¡Me niego a perder!

En el avión de regreso a Nueva York, Robin se puso toda mandona. Arrinconó a Bill Cayton y, según el testimonio de él, le dijo: «Soy la señora de Mike Tyson y a partir de ahora voy a tomar el control». Exigió ver todos los contratos que me ligaban a Bill y Jim. Si quería repasar los papeles, a mí ya me parecía bien. De haber estado Jimmy ahí, la situación se hubiese manejado con más mano izquierda. Tenía más habilidad que Bill en el trato con la gente. Jimmy, sin embargo, no había podido viajar ya que se encontraba hospitalizado en Nueva York. Me había mentido contándome que no podía asistir a la pelea, al encontrarse tras la pista de unas grabaciones de boxeadores negros del cambio de siglo que eran una rareza.

Nadie me había dicho que Jim estaba gravemente enfermo, por lo que, cuando a los pocos días de regresar a Nueva York recibí en mi limusina una llamada de Robin, me llevé un disgusto de lo más inesperado.

—Michael, Jimmy ha muerto —me dijo.

Me quedé hecho polvo. Conocía a Jimmy desde hacía mucho tiempo. Al estar muy unidos, sentía que Cus me había confiado a él. Si Cus era como un padre para mí, Jimmy era como un hermano. De manera que pueden imaginarse cuánto se agravó mi dolor al enterarme de que Jimmy llevaba nueve años padeciendo una leucemia linfática crónica de la que me había mantenido al margen. Peor aún, todos habían estado mintiéndome al decirme que no estaba tan enfermo. Quizás por eso Bill había insistido tanto en que un policía me escoltara a firmar el contrato antes de que volara hacia mi pelea contra Tubbs.

Al día siguiente volé a Los Ángeles para asistir al funeral. La marcha de Jim provocó que los buitres comenzaran a volar en círculos en busca de carne fresca: la mía. Don King se hallaba ahí y los dos hicimos de porteadores del ataúd de Jim. Me sorprendió que Bill hubiera escogido a Don cuando lo había intentado apartar de la promoción de mis combates. Me apuesto algo a que Don lo había engatusado diciéndole que lo ayudaría a manejarme. No es que yo me sintiera particularmente cercano a Cayton. Durante la ceremonia fúnebre, Don y José Torres se quedaron en la parte de atrás de la capilla, probablemente haciendo negocios. Estoy convencido de

que José estaba maniobrando para conseguir representarme. Pronto iba a quedarse sin trabajo.

Mientras atendía el funeral, Robin y su madre montaban un numerito en las oficinas neoyorquinas de Merrill Lynch que gestionaban mis cuentas. Bert Sugar, el gran escritor de boxeo, se encontraba presente en ese momento y pudo ver cómo Robin y su madre les gritaban a los empleados de Lynch.

«Dadnos nuestro dinero», exigían. Cuando mi ejecutivo de cuentas se negó, Robin lo llamó «cabrón». Querían retirar cinco millones de dólares en efectivo para comprarnos una mansión en Nueva Jersey que la madre de Robin había escogido. Antes de que volara a Los Ángeles, Ruth me hizo firmar un papel por el que otorgaba poderes legales a Robin de cara a que retirara el dinero. La mañana del funeral, Robin me llamó desde las oficinas de Lynch y me puso al teléfono con el ejecutivo. Me explicó que mi dinero estaba colocado en fondos de inversión a corto plazo, libres de impuestos, que vencían el 14 de abril. Aquellos intereses iban a poder cubrir la mayoría de mis cargas impositivas de 1988, por lo que era reticente a sacar el dinero. Lo escuché y le dije que les diera el dinero. Estaba enamorado. Era el Gran Pringado.

Ruth nos había encontrado una bonita casa en Bernardsville, Nueva Jersey, a cincuenta kilómetros al oeste de Nueva York pero, debido al tráfico, se diría que se hallaba a quinientos kilómetros de la ciudad. Era una enorme casa de piedra que en su día había pertenecido al subsecretario de Estado de Franklin Delano Roosevelt. La decoré con el asesoramiento de una mujer española y entre los dos escogimos un mobiliario de lo más opulento y lujoso. Cada habitación era temática: una de estilo mediterráneo, otra victoriano. No me enteré en su momento, pero resulta que Ruth iba diciéndoles a mis amigos que, si querían hacernos un regalo de bodas, andábamos necesitados de muebles. ¿Se dan cuenta del tipo de liantas con las que tenía que vérmelas?

No pasé mucho tiempo en aquella casa. Cuando Robin trabajaba, nos quedábamos en su domicilio de Los Ángeles. Sin embargo, de tanto en tanto organizábamos una fiesta. Ruth y Robin odiaban a mis amigos de Brownsville. Eran tan estiradas que no querían rebajarse a tratar con gente de barrio. Robin llegó una vez al extremo de alquilar lavabos desmontables para evitar que mis amigos entraran en la casa a mear.

El mismo día que desencadenaron un terremoto en las oficinas de Merrill Lynch, notificaron a la oficina de Cayton que exigían tener acceso a todos mis registros financieros. Después de casarnos fue como si se hubiera activado un interruptor. Robin se volvió más exigente. Nada podía contentarla. Ella y su madre deseaban ejercer un control creciente sobre mí. Yo me harté de aquello y me dediqué a follarme a más y más mujeres.

No sólo eran Robin y su madre. Ahora que Jimmy no estaba, todo el mundo rivalizaba para controlarme. Las mujeres tuvieron una reunión conmigo y su abogado, Michael Winston. Obtuvieron todos los registros financieros, pero no entendieron una sola palabra, por lo que se los enseñamos a Don King. Aquello fue la

palanca que necesitaba. Empezó a envenenar la mente de Robin y Ruth sobre Cayton, ya que éste maniobraba para apartarlo de mis futuras promociones.

La verdad es que yo vivía bastante ajeno a todas estas intrigas que me rodeaban. En junio iba a disputar uno de los combates más importantes de mi carrera, un enfrentamiento con Michael Spinks, considerado por algunos el campeón de los pesos pesados del pueblo llano. Había tenido que renunciar a su cinturón de la IBC al retirarse del torneo unificado. Yo me entrenaba para la cita. No me interesaba repasar línea por línea ningún jodido contrato. El Pringado.

Los tres acudimos a las oficinas de Merryl Lynch y transferimos diez millones de dólares a otro banco para que ellas pudieran tener derecho a extender cuantos cheques desearan de esa cuenta. Esto ocurría después de que me hubiera gastado mas de medio millón de dólares en joyas, ropa y pieles para ambas, a lo que hay que añadir otros ochenta y cinco mil dólares en un BMW para Robin.

Justo antes de disponerme a rodar un anuncio para Diet Pepsi, Ruth hizo parar máquinas y llevó a cabo una maniobra extorsionadora con Cayton. Aceptó rebajar su parte de los beneficios de un tercio a un 25%. Lo cual, todo sea dicho, estaba bien. La mayoría de representantes no obtenían más de un 10 o un 15%, mientras que él se estaba embolsando un tercio de mis ingresos publicitarios.

A finales de mayo, Ruth hizo que su perro de presa, Winston, presentara una demanda civil para deshacerse de Cayton como mi representante. Lo cierto es que yo no me oponía. A fin de cuentas, todos me habían estado mintiendo sobre la enfermedad de Jimmy. No podía fiarme de esos tipos. Sentía que debía empezar de cero. La idea de que fuera saltando de las manos de Jimmy a las de Bill como si fuera un bien de su propiedad me ponía enfermo. No sabía por dónde tirar. Los combates me seguían provocando sentimientos enfrentados. Cuando tenía una pelea programada, meditaba en la retirada. Cuando no la tenía, ansiaba combatir. Tenía la cabeza hecha un lío.

Robin aseguraba haber sufrido un aborto espontáneo. En teoría llevaba tres meses embarazada cuando nos casamos. Ahora estábamos en junio y no había engordado ni un gramo. Lo siguiente que supe es que yacía en la cama asegurando que había perdido a nuestro bebé. Visto con perspectiva, me alegro de que no tuviéramos un hijo, aunque por entonces una parte de mí lo deseaba. De todas formas, ella no deseaba un hijo mío. Se habría muerto de haber salido un negrito con el pelo tan rizado como su papá.

Toda esta presión me estaba socavando. Participé en una rueda de prensa con periodistas especializados en boxeo en la que se me fue la pinza.

—Arruináis las vidas de la gente. Soy un gilipollas por el simple hecho de estar hablando con vosotros. Debería arrancaros la cabeza. Mi mujer y mi suegra están siendo despedazadas. Cuando estoy sobre el cuadrilátero, se me acaban los problemas. Es fácil olvidarte de ellos cuando alguien te está lanzando puñetazos a la cabeza. La gente metida en el negocio de las peleas es muy mala. Creía que las

personas de donde yo venía eran criminales, pero estos tipos son peores de lo que jamás podría llegar a ser la gente de mi barrio. No velan por mis intereses, me aseguran que lo hacen, pero no es así. Me dicen: «He hecho esto por ti y lo otro también», pero mienten. Todo lo que hacen, lo hacen por ellos. De todo lo que consigo, ellos se llevan un porcentaje mayor.

Robin y su madre me la habían jugado desde el principio. Me tenían pillado, pero no pudieron aguantar lo suficiente y quedarse más tiempo casadas conmigo. Probablemente era demasiado intenso para ellas. Probablemente pensaban: «Si resistimos un poco más, conseguiremos el dinero pero, Dios mío, este tío está demasiado chalado».

De manera que empezaron a ejecutar su Plan B.

El 13 de junio, dos semanas antes de mi gran pelea contra Spinks, Wally Matthews del *Newsday* recibió una llamada de una tal Olga. Olga era la asistente de Ruth, su esclava, pero afirmaba ser vicepresidenta de la presunta empresa de Ruth. Bueno, dejémoslo en que tenía una oficina. Una oficina financiada por el principal inversor de su empresa; Dave Winfield. Ruth obtuvo ese dinero antes de demandarlo por un supuesto contagio de herpes. Olga le contó a Matthews que Ruth y Robin estaban siendo crucificadas en la prensa y que deseaban dejar las cosas claras. Yo abusaba físicamente de ambas, aseguró Olga. Pero no era mi culpa. Simplemente no sabía relacionarme.

Puesto que Wally era un periodista serio, le dijo que iba a necesitar que alguien realizara declaraciones, a lo que Olga le respondió que volvería a contactarlo. Al día siguiente, lo llamó para decirle que ni Robin ni Ruth iban a hablar, pero que estaban de acuerdo en que el tema saliera publicado. Wally le dijo que aquello no era suficiente; seguía necesitando declaraciones. Esa misma noche volvió a llamarlo con el número de teléfono de la hermana de Robin en Portugal, donde se encontraba asistiendo a un torneo de tenis. Stephanie lo confirmó todo. Declaró que me había presentado borracho en la *sitcom* que Robin rodaba en Los Ángeles, que me dedicaba a romper luces, que insultaba a Robin y le pegaba en la cabeza con el puño cerrado. «Sabe cómo y dónde pegarle sin causarle daños aparentes». Claro, como si yo fuera un puto maestro de kung fu. Pero Stephanie añadió que no era mi culpa porque NO SABÍA SOCIALIZAR.

En ese momento Wally sintió que lo estaban engatusando. Sonaba a que Olga y Stephanie estaban leyendo del mismo guión. De manera que Ruth la Implacable lo invitó a su «oficina». Wally acudió y se encontró con un lugar oscuro y pavoroso como la gruta de una bruja. Hasta las paredes eran de color negro. Winston, su abogado/perrito faldero, se encontraba ahí y le indicó a Wally que no podía utilizar su grabadora. Pero mi hombre era un tipo hábil y astuto. Metió una mano en el bolsillo y encendió la grabadora que llevaba escondida. Ruth dijo que quería hacer público el asunto por culpa de Cayton. Deseaba que yo entendiera que se trataba de negocios, por cuanto velaba porque a Robin y nuestros hijos no les faltara de nada.

—He llegado a querer de verdad a Mike —le dijo a Wally—. No hay duda de que él nos quiere a Robin y a mí.

Cayton, sin embargo, había envenenado a la prensa contra ella, lo que había degenerado en amenazas de muerte y llamadas obscenas. Estuvo una hora dale que te pego. Y, de repente, sorpresa, sorpresa, Robin apareció en la oficina/gruta.

—Oh, mamá. No sabía que tenías compañía —dijo con entusiasmo—. ¡No sabía que la prensa estaba aquí!

En pocos segundos le caían las lágrimas. Sí, sollozó, Mike le había pegado.

—¿De modo que es cierto? —preguntó Wally.

—No puedes citarme, esto debe ser *off the record* —dijo Robin.

Pero a continuación dijo: «Mike ha cambiado una barbaridad en el año y cinco meses que lo conozco. De verdad pienso que Michael NO SABE RELACIONARSE. Sólo tiene veintiún años y es muy joven para su edad».

Al día siguiente, Wally me llamó a Atlantic City, donde estaba entrenándome, para obtener mis reacciones a la historia de Robin y mi suegra. Me dejó un mensaje y le devolví la llamada.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué es tan urgente? ¿Estoy en apuros?

Escuché cómo Wally me detallaba las acusaciones de maltratos físicos vertidas por Ruth y Robin. Por descontado, desmentí esa gilipollez. Acto seguido, me preguntó cómo me sentía frente a estas revelaciones de mi familia.

—Estupendamente. Me has abierto los ojos a un montón de cosas. No puedes soltar cosas feas de una persona, llamarlo cabrón, y luego decir que lo quieres. Lo que básicamente están diciendo es que soy un inútil. No lo entiendo. Quizás no soy su hombre. ¿Me entiendes? Quizás no soy lo suficientemente hombre para ellas. Ya me las apañaré. Siempre encuentro la manera de apañármelas.

Robin también acudió a una emisora local de Nueva York y, en las noticias de las cinco, declaró que había descubierto que me habían volado veinte millones de dólares de mis cuentas. También aseguró que unos detectives privados estaban siguiendo a su madre y que Cayton le había ofrecido al padre Clements cincuenta mil dólares para ayudarnos a obtener el divorcio. Y, a continuación, soltó algo increíble: «Michael lo ha orquestado todo».

¿Qué cojones había hecho yo? Esas dos eran unas sinvergüenzas de lo más repugnantes. Además de ir detrás de mi dinero, creo que estaban tan centradas en sí mismas que deseaban ser mucho más de lo que eran. Querían ser la cara del producto, mi cara.

El artículo de Wally iba a llegar a los quioscos el domingo, de modo que el sábado ambas mujeres vinieron a mi centro de entrenamiento. No querían que leyera la historia sin prepararme de antemano. Aseguraron que se las había malinterpretado. Y El Gran Pringado se las creyó.

—Bill estará muerto y enterrado de aquí a diez años, pero yo seguiré con mi mujer —declaré a la prensa—. Está intentando avergonzarme y que parezca que no

puedo meter en cintura a mi mujer y que las dos son cazafortunas.

Robin se encontraba a mi lado y aportó su grano de arena.

—Están intentando destruirnos; quieren sacar a la luz con quién me acuesto en vez de preocuparse de los asuntos de Mike. Hoy hemos tomado una determinación con respecto a Cayton.

—Es una serpiente, un individuo despiadado —dije.

—Bill está acabado —juró Robin.

Mientras tanto, Ruth la Implacable era citada en otro artículo: «Soy su madre sustituta, no su representante. Soy el pegamento que mantiene unida a esta familia. Si yo caigo, lo hacemos todos».

Menudas putas delirantes. En paralelo, Don acechaba entre bastidores, esperando a que las mujeres le dieran el golpe de gracia a Cayton para lanzarse a ocupar su sitio. Llegó a decirme que esas dos se estaban pasando con el numerito. Mientras todo esto ocurría, José Torres seguía intentando colarse lentamente en la foto y representarme. No cabe duda de que yo era la gallina de los huevos de oro. Michael Fuchs de la HBO me describió como una «caja registradora en calzones». Deseché la idea de que José Torres me representara en un artículo del *New York Post*, de modo que se las arregló para conseguir de Time Warner un adelanto de 350 mil dólares, una cifra muy elevada por entonces, por los derechos de un libro. Cuatro años antes, José le había prometido a Cus que iba a escribir un libro sobre cómo me moldearon para que acabara siendo un campeón. Se suponía que José debía compartir los beneficios de la obra con Camille, pero ahora resultaba que había vendido por su cuenta a un editor los derechos por una biografía autorizada de mi persona.

Dios, me sentía perdido. Pero este cúmulo de distracciones hizo que me centrara más al subir al cuadrilátero, donde podía alejarme de tanta gilipollez. Durante los *sparrings* noqueaba a diestra y siniestra. Justo antes de la pelea, volvía a ser el mismo de siempre. Al periodista del *Boston Globe* le dije: «Voy a destrozar a Spinks. Los voy a destrozar a todos. Cuando combato contra alguien, deseo comerle la moral. Deseo arrebatarse su hombría. Deseo arrancarle el corazón y mostrárselo. La gente dice que eso es primitivo, que soy un animal. Pero luego pagan quinientos dólares para verlo. Soy un guerrero. Si no fuera boxeador, andaría por ahí transgrediendo la ley. Está en mi naturaleza».

Me imagino que tanta bravuconería empezó a afectar a Spinks.

—Sentir un poco de pánico en la vida es positivo —le dijo a los medios en la rueda de prensa previa al combate.

Rebosaba de confianza antes de medirme a Spinks. Sin embargo, continuaba sin recibir el respeto que merecía por parte de la gente de la calle, la cual llevaba siguiendo los logros de Spinks más tiempo que los míos. Mientras paseaba por Nueva York o Los Ángeles los días antes de la pelea, se me acercaba gente a hablarme.

—Spinks te va a tumbar, negro. Te va a patear el culo.

—¿Acaso te drogas? —les decía—. Tienes que ser un extraterrestre para creerte

algo así.

Sólo eran individuos llenos de odio.

Me dijeron que Robert Duran quería acudir a la pelea y me sentí muy emocionado. Le pedí a Don que le diera dos entradas si aceptaba visitarme en el vestuario para conocerlo. Hizo algo mejor. El día en cuestión se acercó a mi habitación de hotel. Estaba tan feliz de poder conocer a mi héroe que supe que iba a ganar. Vino acompañado de su amigo Luis de Cubas, quien empezó a darme consejos del tipo: «Ve por él tan pronto suene la campana». Duran intervenía: «Cierra la jodida boca. Tómate tu tiempo, chico. Usa tu *jab*. Resguárdate detrás de tu *jab*».

La noche del combate la corte de Spinks intentó desestabilizarme. Butch Lewis, su representante, vino a ver cómo vendaban mis guantes.

—No, no, tenéis que sacarle el guante y volver a venderlo —dijo Lewis cuando Kevin ya había acabado—. Hay un bulto en la venda.

—No pienso hacer nada. Que te jodan —le dije.

—No te tengo miedo —me dijo Lewis. Vuelve a vender ese guante.

—Soy Dios, no tengo por qué hacer nada —le dije con desdén.

—Bien, pues esto sí que lo vas a hacer, Dios —dijo Butch.

—Que te jodan —dijo Rooney.

Acabamos llamando a Larry Hazzard, el comisario de boxeo de Nueva Jersey, y a Eddie Futch, el entrenador de Spinks. Ambos dieron el visto bueno al vendaje.

Pero yo estaba cabreado.

Spinks fue el primero en subir al cuadrilátero. Decidí que quería desquiciarlo mentalmente un poco, así que entré en el recinto con música de funeral. Me dirigí lentamente hacia el cuadrilátero. Miraba al público como si quisiera matarlos a todos. Sólo quería generar una ominosa atmósfera de miedo. Mientras avanzaba era cien por cien consciente de la presencia del público. Mi concentración se dirigía por completo a proyectar mi imagen de asesino. Pero también quería fusionarme con el público. Empecé a realizar mis ejercicios extracorporales con la idea de fusionarnos y de cara a que, una vez en el cuadrilátero, me bastara levantar los brazos para que todos se quedaran extasiados. Acto seguido, sería testigo de cómo la energía de mi rival se evaporaba lentamente.

Robin hizo que Winston le entregara a Cayton, que se encontraba en uno de los laterales del cuadrilátero, una demanda judicial. Llevaba puesto un vestido corto de color rojo eléctrico y se sentó junto a Don. Por descontado que éste se mostró entusiasmado cuando le comentó lo de la demanda. Norman Mailer también había acudido. Luego escribió algo interesante: «Tyson tenía un aspecto ausente, no temeroso ni preocupado, sino encerrado en una pequeña parte de sí mismo, como si arrastrara un problema que no había sido capaz de solucionar». Norman llevaba razón, pero tenía más de un problema.

Tan pronto subí al cuadrilátero y posé los ojos en Spinks, supe que tenía que golpearlo. En el momento de recibir las instrucciones, ni me dirigió la mirada.

Mientras aguardábamos a que sonara la campana, Kevin me comentó que se había apostado su porción de los beneficios a que lo noqueaba en el primer asalto. Apenas sonó la campana, me lancé hacia él. Lo acosé durante un rato, intercambiamos algunos golpes y supe que no iba a hacerme daño, ni siquiera notaba sus puñetazos. Cuando llevábamos un minuto, lo puse contra las cuerdas y le solté un *uppercut* con la izquierda y lo tumbé con un derechazo al cuerpo. Ésa era la primera vez en su carrera que Spinks iba a la lona. Tuve la certeza de que el combate se había acabado ahí, porque llevaba toda la semana tumbando a mis *sparrings* con puñetazos al cuerpo. Y además Spinks había acabado en el suelo con un golpe que ni siquiera me había parecido tan contundente. Se incorporó de inmediato, recibió el conteo de ocho segundos y reemprendimos la pelea. Tres segundos después, lanzó un puñetazo salvaje, yo desenfundé un *uppercut* con la derecha y sanseacabó. Regresé a mi rincón con las manos extendidas, palmas en alto. Esto era algo que hacían todos los grandes boxeadores, un gesto con el que se demostraba humildad, pero en mi cabeza seguía siendo el más grande.

En la rueda de prensa posterior al combate, declaré que era capaz de tumbar a cualquier hombre del planeta y que, hasta donde yo sabía, aquella bien podía haber sido mi última pelea. Creía ambas cosas. Ciertamente no quería volver a boxear hasta no tener resueltos todos los asuntos personales. A esas alturas ya era consciente que debía deshacerme de las mujeres y de mi equipo de representantes. Necesitaba volver a empezar, aire fresco.

Tras la pelea se organizó una fiesta a la que asistieron muchas celebridades: Stallone, Bruce Willis y Brigitte Nielsen. Al atravesar el salón, vi a mi hermana Denis siendo el centro de atención en una mesa. *Oh, oh, mejor me largo porque sé que va a avergonzarme*, pensé. Intenté escabullirme, pero me alcanzó su resonante voz: «¡Mike!». Seguí caminando como si no la hubiera oído. «¡Mike! Mike, cabronazo, será mejor que vengas aquí ahora mismo». Regresé a la mesa.

—Mike, consígueme una Diet Coke. ¡Y rapidito! —me dijo mi hermana.

—Sí, Niecey —le dije.

Hay cosas que nunca cambian.

Dediqué mi victoria a Jimmy Jacobs. Después tuve que hacer mi visita de rigor a la tumba de Cus. Cada vez que defendía mi título, acudía ahí con una enorme botella de champagne y lo celebraba con Cus. A Cus le pirraba el champagne. A Rooney le encantaba meterse conmigo por esa tradición.

—Deja de colocar la maldita botella junto a la tumba de Cus —me decía. Cada vez que veía una botella de Dom Pérignon junto a la tumba, sabía que era mía.

Después de la pelea contra Spinks, la situación se volvió bastante loca. Cayton se sentía indignado con la demanda, pero a nadie de la prensa se le ocurrió que estaba mal que Jim y Bill me zarandearan como si fuera un objeto de su propiedad. Si

alguien había sido de verdad traicionado, era yo. Tras la muerte de Jim, no iba a aceptar de ninguna manera que Cayton me representara. De haber seguido Cus con vida, habría desaparecido mucho tiempo atrás. A Cus no le gustaba Cayton porque había trabajado con la IBC, su enemigo mortal.

Las mujeres habían reclutado a Donald Trump para que las aconsejara, pero aquello se reveló una mala decisión. No era un entendido en boxeo. No sabía nada acerca de negociar bolsas, derechos auxiliares, derechos extranjeros, acuerdos televisivos. Ya había demasiada gente lucrándose a mi costa como para permitir que se alargaran estas disputas. En julio Bill renegoció su contrato a la baja, pasando a un 20% en sus comisiones de representación y a un 16% en cuestiones de promoción y publicidad. Uno de los motivos que llevó a todo el mundo a llegar a un acuerdo fue que mi bolsa del combate contra Spinks se había visto retenida para cubrir las demandas judiciales. Al fin cobré mi cheque de diez millones de dólares y Bill consiguió sus cinco.

Recibía presiones de todos lados para regresar al cuadrilátero, pero yo no tenía prisa alguna. Se suponía que debía combatir contra Frank Bruno en Londres, pero en la rueda de prensa organizada para anunciar el acuerdo con Clayton, los dejé a todos boquiabiertos.

—Creo que voy a pasar de la pelea contra Bruno y tomarme entre seis y ocho semanas de relax. Ahora simplemente no me apetece pelear —dije.

Por entonces pasaba cada vez más tiempo con Don King. Había visitado Cleveland en mayo y me había quedado en su casa unos días. Don había conseguido que firmara un acuerdo promocional con él, pero lo mantuvimos en secreto hasta después de la pelea contra Spinks. Nos la había jugado a todos a la perfección.

Ese año Don me llevó a ver un concierto de Michael Jackson. Don había organizado actos promocionales para él y su padre, de modo que me condujo al *backstage* al acabar el show. Ya había saludado a Joe Jackson en algunas de mis peleas, puesto que era aficionado a las apuestas. De modo que nos encontrábamos en el *backstage* y Michael estaba solo, de pie en un rincón, a la espera de que lo recogiera su chófer. Nadie se le podía acercar. Sin embargo, vio cómo me rodeaban algunas personas a la caza de un autógrafo. Quería estrecharle la mano antes de que se subiera al vehículo, por lo que me acerqué hasta él.

—¿Cómo está, señor Jackson? Es un placer conocerlo —le dije.

Hizo una pausa de unos segundos y me inspeccionó con la mirada.

—Te conozco de algún sitio, ¿no es cierto?

Aquella noche se cagó en mí. Sabía quién era yo, pero fui incapaz de enfadarme, pensé que había sido bonito. No podía esperar a utilizar esa frase con alguien.

Cuando Don King vino a Nueva York el 16 de agosto, soltó la bomba de que había firmado conmigo un contrato exclusivo de promoción. Bill armó en cólera y amenazó con una demanda. A estas alturas, las mujeres ya no pintaban prácticamente nada. Habían perdido su batalla por hacerse con el control de mis negocios. De

¡Mira cómo hablas! ¡Menudo maricón!

Entonces vivía en el mundo amable y educado propio de los blancos, con el que esperaba conseguir contratos promocionales, pero, agazapado en mi interior, habitaba un asesino sediento de sangre. Intenté canalizar la situación apelando a mi elocuente lado judío, aprendido de hombres de negocios como Jimmy Jacobs.

—A ver Mitch, párate a pensar en lo que estás haciendo. No creo que el camino que buscas emprender resulte a largo plazo beneficioso para tu salud. Recuerda que ya te tumbé cuando nos citamos en el cuadrilátero —le dije—. Necesitas dirigirte con efecto inmediato a la salida más cercana.

—¡No me tumbaste! —gritó—. No comí. Ese cabrón de Don King no me dio comida.

De verdad que no quería seguir discutiendo porque no deseaba matar a ese tonto del culo. Así que recogí mi ropa y salí. Aquel negro tarado me siguió a la acera sin parar de vociferar y desvariar. Entonces tuve una epifanía. *Yo era Mike Tyson, el indiscutible campeón mundial de los pesos pesados. No tenía por qué aguantar esa mierda.*

Se me acercó a un palmo de la cara y empezó a arañarme. Al bajar la vista, vi que me había desgarrado el bolsillo de la camisa. Hasta aquí podíamos llegar. Le di un fuerte golpe en el ojo. Yo iba bebido y no advertí que él iba a tope de polvo de ángel, lo que significaba que no iba a ser capaz de devolverme el golpe. Era como pelear contra un crío de diez años. Lo arrastré calle arriba y no dejaba de chillar. Peleó mejor sobre el cuadrilátero de lo que lo hizo aquella noche.

Yo no paraba de lanzar puñetazos y de machacar a este tipo que zigzagueaba y se tambaleaba de un lado a otro, siempre a punto de caer sin acabar haciéndolo. Así que me marqué una patada a lo Bruce Lee en *Enter the Dragon* que le dio en el culo y lo tumbó. Mi amigo Tom, que solía hacerme de chófer cuando había bebido, intentó apartarme de su lado.

—Ey, Mike, creo que has matado a este negro —me dijo.

—Bueno, quizás no debería haberme tocado las pelotas —dije. Ya nos habíamos dado la vuelta para dirigirnos al coche cuando ese zombi salido de *La Noche de los Muertos Vivientes* se levanta igual que Jason en la jodida *Viernes 13* y me suelta una patada en la entrepierna.

—¡Que te jodan, maricón!

Aquello no había estado bien. Le salté al cuello y empecé a soltarle puñetazos hasta tirarlo al suelo, donde le agarré la cabeza y se la estampé contra el asfalto hasta que perdió el conocimiento. Cansado, me encaminé hacia el coche. Conducía un Rolls Royce Corniche de color amarillo canario. En 1988 estaba valorado en 350 dólares. Entré y esperé a que Tom se colocara al volante. Tom subió.

—Conduce ya, larguémonos de aquí —le dije.

—Ni hablar. Tenemos a ese negro chiflado bajo las ruedas —dijo Tom.

Miré por la ventana y Mitch volvió a emerger a la superficie. Gritaba y chillaba y

golpeaba la ventana. Arrancó de cuajo uno de los retrovisores. Cincuenta mil dólares al garete. Había conseguido enfurecerme a tope.

Abrí la puerta, le agarré la cabeza y le dediqué mi golpe maestro, un *uppercut* con la derecha. ¡Boom! Mitch salió volando por los aires y cayó de cabeza como un muñeco de trapo. Todo el mundo que se ha visto envuelto en una pelea callejera sabe que, cuando tu cabeza golpea dos veces contra el suelo, el primer rebote te deja inconsciente y el segundo te despierta. Bueno, Mitch sólo había rebotado una vez y comenzó a salirle una asquerosidad blancuzca de la boca. A estas alturas, estábamos rodeados de proxenetas, prostitutas y drogatas que no dejaban de emitir «Oooooooooos». Me asusté. Pensé que estaba muerto. Le había hundido las cuencas oculares, roto la nariz, fracturado algunas costillas y tenía un ojo cerrado por vacaciones, pero yo no me sentía satisfecho. Gracias a Dios por el numeroso público porque, de no estar ahí, le habría torcido el cuello y matado al gilipollas. No soy nada dulce cuando bebo.

Ésta es la última vez que tendré que preocuparme por Mitch, pensé. Error. Unos días después, tenía una cita con una exótica y sexy chica de África central llamada Egipto, Somalia o uno de esos países. Ya saben, de las que lucen turbante y vestidos floreados. Comíamos en la terraza de una cafetería que te hacía sentir como en un París para negros cuando, al mirar en dirección a la calle, vi a un tipo voluminoso montado en una bicicleta de diez velocidades.

Ése no puede ser Mitch Green, porque sé que ese cabrón es un puto zombi que no puede salir a la calle de día, pensé para mis adentros. A punto de girar la esquina, se dio la vuelta y cruzamos la mirada. Oh, mierda. Dio marcha atrás y se acercó a la camarera, que se parecía a Queen Latifah en la película *Jungle Fever*.

—¿El de ahí es Mike Tyson? —preguntó.

—Sí, es Mike Tyson —le dijo a Mitch—. ¡Ey, campeón! —gritó en mi dirección señalando a Mitch. Me miró con expresión de «Tú te apañas con éste».

¿Por qué hizo eso aquella chica? ¿Por qué? Mitch arremetió contra nuestra mesa.

—Puto maricón. No me pateaste el culo. Sólo me alcanzaste con un puñetazo a traición —dijo.

—Ah, ¿así que te golpeé una vez y me bastó para fulminarte, hundiéndote un lado de la cara, rompiéndote dientes, costillas y lo demás?

Estábamos a punto de enzarzarnos de nuevo cuando la hermana Egipto/Somalia me colocó una mano en el brazo. Brazo al final del cual sostenía un cuchillo de carne. Aún no era vegetariano.

—No te alteres. No te precipites, hermano. Eres demasiado valioso para nosotros. Éste es el tipo de trampa que te tiende el hombre blanco. No quieres acabar en la jaula del hombre blanco.

Si ya me hubiese acostado con ella, habría saltado sobre ese negro para rajarlo con mi cuchillo. Pero aún no lo había hecho, por lo que lo dejé correr y me alejé de Mitch. Volvió a montarse en su bicicleta, pero ya había corrido la voz y algunos de

mis amigos del barrio lo persiguieron y dispararon para asustarlo. Al final no me llevé el gato al agua con Egipto/Somalia.

Sí que atraje mucha atención con esa pelea. Al día siguiente tuve que presentarme en los juzgados al recibir una citación por un simple asalto, una falta. Además me había fracturado la mano con ese contundente *uppercut*, con lo cual mi siguiente pelea con Bruno tuvo que aplazarse.

Ahora tenía a los medios de comunicación en mi contra. Primero te elevan a los altares y luego te arrastran por el fango. Así son las cosas. No importaba que me hubiera visto desafiado y asaltado por un consumidor de polvo de ángel que estaba fuera de control. Todo el mundo quería saber qué hacía en Harlem a las cuatro de la madrugada. Empezaron a indagar en mi pasado para encontrar cualquier porquería en mis años en Catskill, inventándose historias delirantes sobre episodios violentos que habían sido silenciados. Incluso mi amigo Wally Matthews cargó contra mí en *Newsday*.

—En su calidad de indiscutible Campeón Mundial de los Pesos Pesados, millonario y atleta destacado, que lucha por ser un ejemplo para la juventud, especialmente para los jóvenes negros menos afortunados, Tyson debería ser más sensato. Supone una mancha más en su crecientemente mancillada imagen personal.

Violento. Monstruo. Antisocial. Qué iba a ser lo próximo, ¿paciente en un psiquiátrico? Esto es lo que tramaban las Dos Implacables. El 4 de septiembre me encontraba en Catskill con Camille. Últimamente no había visto mucho a Robin e Implacable, pero de tanto en tanto me había ido tomando esas malditas pastillas que me había recetado McCurtis. Camille era contraria a que me las tomara; consideraba que me dejaban atontado y ausente. A mí me gustaba un poco esa sensación de aturdimiento, pero ella me urgió a pedir una segunda opinión. Mientras estuve ahí, Robin no dejó de llamarme a todas horas para decirme: «¿Qué se te ha perdido allá arriba? ¿Por qué no estás con nosotras?» y ese tipo de gilipolleces.

—Que te jodan. No quiero volver a hablar contigo. Quiero el divorcio. Quiero suicidarme —le dije un día antes de colgarle. Estaba hecho una furia y me subí al coche para ir al pueblo a hacer unas compras. Había llovido y el camino de acceso a la casa estaba embarrado. Para alcanzar la carretera principal uno debía recorrer quince metros en un ángulo de diez grados. Encendí el motor del enorme BMW y pisé el acelerador, pero las ruedas se quedaron atascadas dando vueltas en el fango, de modo que pisé más a fondo el acelerador y salí derrapando en dirección a un árbol. Planeaba estamparme contra él para llamar la atención, jamás con la intención de matarme. Me golpeé la cabeza contra el volante y lo siguiente que supe fue que tenía a Camille abofeteándome la cara e intentando practicarme el boca a boca para reanimarme.

Genial, mi «intento de suicidio» simulado se volvió en mi contra. No quería morir, ni siquiera hacerme daño. Sólo buscaba atención. Seguía amando a Robin y deseaba que se sintiera mal por todo el daño que me había causado. Llegado a ese

punto, aún seguía con una mentalidad adictiva. Me tomo el veneno y me quedo esperando a que se muera mi enemigo.

Puesto que perdí el conocimiento durante un rato, Camille llamó a una ambulancia que me llevó al hospital local de Catskill. Alguien debió avisar a Robin pues, mientras me acomodaba en la habitación y cenaba algo de comida china que le había pedido a Jay que me fuera a buscar, entró de una estampida en el hospital, seguida por cámaras de televisión y otra ambulancia. Llegaba dispuesta a solucionarlo todo, justo a tiempo para las noticias de las cinco.

—¿Has visto qué mierda me has obligado a hacer? —le gruñí.

Los doctores dictaminaron que sufría una contusión en el pecho y un severo trauma encefálico, por lo que decidí que me trasladaran al Hospital Presbiteriano de Nueva York. Por descontado, Robin se mantuvo pegada a mi camilla, apartando dramáticamente a los fotógrafos mientras procuraba quedar en el centro de sus objetivos. Al llegar a la ciudad, Robin y su madre entregaron al hospital una lista de visitantes autorizados. En ella estaban Donald e Ivana Trump, Howard Rubenstein, el relaciones públicas, y sus abogados. No eran mis amigos aunque, de todos modos, mis amigos nunca se acercaban cuando aquellas Dos Víboras andaban cerca.

Sin embargo, recibí una visita inesperada. Tenía la ventana abierta cuando oí que se producía algún jaleo en la acera. Me asomé y mis ojos no daban crédito a lo que veían. Era Mitch Green en medio de una nube de medios de comunicación. Iba descamisado, haciendo boxeo de sombra y gritando: «¡Nenaza Tyson es un mariquita! Voy a patearle el culo». No podía librarme de ese payaso. Si alguna vez ha existido un negro que se parezca al monstruo de Frankenstein, ése ha sido Mitch Green.

Cuando al día siguiente abrí el *Daily News*, entendí el motivo de que el relaciones públicas estuviera en la lista de invitados. Llevaba un largo artículo firmado por un tal McAlary, a quien no conocía y que no era un entendido en boxeo. En él aseguraba que mi accidente había sido un firme intento de suicidio.

Afirmaba que le había dicho a Robin: «Voy a salir a matarme. Voy a salir a estamparme con el coche». También se leía que, una semana antes, la había amenazado de muerte. «Amigos» anónimos declaraban que me había comprado dos escopetas en Catskill con la intención de suicidarme. Sentado junto a mi lecho, un afligido Givens me había oído decirle: «Te dije que lo haría. Y, tan pronto como salga de aquí, volveré a hacerlo». McAlary escribía que las dos mujeres me suplicaban que fuera a ver al doctor McCurtis y que «algunas fuentes sostienen que McCurtis tenía intención de que Tyson fuera ingresado para realizarle una evaluación psiquiátrica».

BINGO. No era necesario ser un estudiante de Medicina de Harvard para ver que aquellas dos mujeres estaban confabulando para hacerme pasar por un psicópata fuera de control, que necesitaba ser ingresado y que mi fortuna pasara a estar bajo su control.

McAlary llegó a decir que llevaba enfermo muchos años y que había estado

medicándome hasta que Cus me lo prohibió porque sólo le importaba tenerme peleando. Una patraña asquerosa. McAlary escribió que sólo Trump, Rubenstein y Parcher, su abogado, entendían de verdad mis necesidades y estaban más interesados en mi bienestar que en mi próximo combate. El campamento de Robin debía de haber filtrado esta memez a la prensa. Y la Implacable debía haber desenterrado esa mierda de que conocía el modo de golpear a Robin sin dejar señales, puesto que se incluía en el artículo. En efecto, soy un sofisticado Fu Manchú negro la mar de hijo puta. Así que se supone que yo, Iron Mike, sé cómo pegar a la gente sin dejar marcas. Claro, yo, que he cimentado toda mi carrera sobre el arte de romper huesos. Cuanto más profundizabas en ese artículo, más saltaba a la vista que las Dos Implacables habían dejado sus huellas de cabo a rabo. Supongo que estaban intentando conseguir una demanda de divorcio basada en mi crueldad mental antes de que yo presentara la mía.

McCurtis llamaba sin descanso a Camille para pedirle que se asegurara de que me tomaba mi medicación. Escasos días después, volé a Moscú con Robin, su madre y su publicista porque iban a rodar su *sitcom* ahí. Siempre me había fascinado la historia de Rusia, por lo que decidí apuntarme al viaje. Solía escuchar a Cus y Norman Mailer hablar sobre Tolstói, de modo que me convertí en un gran fan de la cultura rusa y de sus boxeadores.

Antes de partir, tuvimos que responder a las preguntas de los periodistas. Me mofé de la historia de mi intento de suicidio.

—Amo a mi mujer. No pego a mi mujer. No voy a dejar nunca a mi mujer y mi mujer nunca me va a dejar a mí.

Estaba en modo El Pringado.

—Nadie, repito, nadie va a cargarse nuestro matrimonio —dijo Robin—. Sigo en él, amo a Michael y voy a cuidarlo. Michael me ama demasiado como para matarse y dejarme sola.

Sí, seguiría en él hasta que consiguiera el dinero.

Cuando regresamos de Moscú, empezaron a filtrarse a la prensa un montón de cuentos sobre cómo había estado fuera de control. Supuestamente había corrido por los pasillos del hotel pegando alaridos, me había quedado colgando de una cornisa y amenazado con matarme. Imagino que olvidaron que nos encontrábamos en Rusia y que sus policías me habrían dado una buena tunda si hubiera hecho algo parecido. Las mujeres llegaron a intentar que me detuvieran en Rusia, pero no lo consiguieron. Nos hallábamos en la recepción de nuestro hotel cuando Robin y su madre comenzaron a gritarle a un guardia de seguridad que me arrestara. El tipo se me acercó y me dijo: «Venga, no pasa nada. Estas mujeres son unas liantas».

Sacó una botella de vodka y bebimos juntos.

Cuando los periodistas estadounidenses indagaron en busca de pruebas que corroboraran los cuentos demenciales de Robin, entrevistaron a uno de los productores de su serie, el cual dijo: «Mike se comportó como un perfecto caballero en Rusia».

Un miembro del equipo de maquillaje de la serie le dijo a una amiga que aquella historia de que yo le pegaba a Robin era una gran mentira.

—He leído en los diarios que han reproducido declaraciones de Robin asegurando lo mucho que le pega y apaliza. Yo la maquillo, la veo. Esa mujer no tenía morados. No comprendo cómo está saliéndose con la suya.

Pocos días después de volver de Rusia, Ruth y Robin consiguieron finalmente arrastrarme a visitar al doctor McCurtis. Tras llevar una hora explicándome cuán enfermo estaba, empecé a creerle. Tenía diplomas colgando de la pared. Si hubiese sido yo el que le hubiera dicho que era un boxeador pésimo, ¿acaso él me lo hubiera rebatido? De manera que ya habían conseguido convencerme de que era un maníaco-depresivo. El doctor no había dejado de taladrarme al respecto. Mirad, yo sabía que siempre había sido una persona tendente a la depresión y, en ocasiones, había sufrido ataques maníacos de energía que me habían tenido varios días sin dormir. Toda mi vida había sido así. Por tanto, me convencieron de que me tomara los medicamentos y me hicieron desfilar delante de las cámaras.

—Nací con esta enfermedad. No puedo evitarlo. Quizás por esto tenga éxito en lo que hago. Es como atravesar una metamorfosis, pasando de sentirme muy muy deprimido a muy muy nervioso, siendo esta última frase abrumadora. Ya saben que estoy en contra de las drogas, pero es como ir colocado y ser incapaz de dormir durante tres o cuatro días y estar constantemente acelerado. Simplemente te vuelves paranoico, es anormal —dije.

—Lleva años sintiéndose así y todos han mirado hacia otro lado —dijo Robin metiendo baza—. Michael necesita que lo protejan mucho. Aquí no se trata de colocarle una tiritita. A quién le importa si vuelve o no a combatir; este hombre tiene toda la vida por delante. Vamos a afrontar juntos su tratamiento.

Ahora que volvía a ser un zombie gracias a esas pastillas, las Dos Implacables decidieron que tenían que deshacerse de Camille. Tras la muerte de Jimmy, yo me había hecho cargo de sus gastos. Ambas le dijeron a Camille que, si yo iba a pagar todas las facturas de su casa, esta debía estar a su nombre. Cuando me lo dijeron, me puse como una moto. Le dije a Robin: «¿Has perdido la puta cabeza, zorra?». Al día siguiente, Robin llamó a Camille para ordenarle que se mantuviera lejos de mí. En aquel momento no me enteré.

Todo el mundo me pregunta sobre aquel programa infame llamado 20/20. Recientemente Barbara Walters seguía mostrándose preocupada ante la posibilidad de haber roto nuestro matrimonio. Si esto hubiese sido cierto, habría deseado que nos entrevistara mucho antes. Lo más divertido del asunto es que no hace mucho averigüé que Robin ni siquiera debería haber acudido. Hubo un segmento con Cayton que se rodó en su oficina. A continuación, el equipo de filmación acudió a mi casa a grabarnos a la Implacable y a mí, por separado. Cuando el equipo se disponía a recoger sus bártulos, Robin se llevó a Barbara a un lado y le contó que continuaba sin tener toda la verdad.

Me imagino que a Robin le constaba que Barbara mordería el anzuelo.

Yo no tenía ni idea de lo que ella iba a decir cuando me sentaron en un sillón que quedaba a su espalda. Volvieron a encender las cámaras. La cosa empezó de forma inocua.

—Eres una actriz con una licenciatura universitaria y culta. Él es un hombre que no acabó el instituto y que estuvo ingresado en un correccional de menores. Por lo menos en la superficie, sois dos personas muy diferentes. ¿Por qué lo amas? —le preguntó Barbara a Robin.

—Porque es listo y amable; posee un lado increíblemente dulce. Porque Michael me quiere más que a nada en el mundo. Siento que me necesita, lo que me gusta, eso me gusta —respondió efusivamente.

—Por eso la amo, realmente siente que es capaz de protegerme —añadí. Podía oír a Cus gritar: «¡Bastardo mentiroso!».

—¿No hubo un acuerdo pre matrimonial? —dijo Barbara.

—¿Por qué debería haberlo habido? —dijo Robin—. Nos casamos para estar siempre juntos. No para planear un divorcio.

A continuación, Barbara me preguntó qué pensaba sobre lo que Robin acababa de decir.

—Si vas a casarte con alguien, es porque confías en esa persona; de eso se trata el matrimonio, de estar juntos durante el resto de vuestros días. Tengo muchos millones, a mi mujer le basta con pedírmelos y se le dará todo lo que tengo. Si lo desea ahora mismo, que lo coja, puede irse en este mismo instante, agarrar cuanto tengo y largarse. Tiene el derecho a hacerlo, tiene el poder de hacerlo. Sigue conmigo, aguanta mis gilipolleces y la amo.

Acto seguido, el clima cambió.

—Robin, pasemos a algunas de las cosas que hemos leído: que te ha pegado, que os ha perseguido a ti y a tu madre en Rusia. Que Mike posee un temperamento muy volátil. ¿Es cierto? —preguntó Barbara.

—Un temperamento extremadamente volátil. Tiene un lado que da miedo. Michael intimida, por decirlo con suavidad. Creo que llega un momento en que se muestra incapaz de controlar su temperamento, lo cual nos da miedo; a mí, a mi madre y a todos los que lo rodean; resulta terrorífico.

No iba drogado en ese momento, pero la sensación fue como si lo fuera. No podía creermelo las barbaridades que estaba soltando.

—¿Qué ocurre entonces? —la espoleó Barbara.

—Pierde el control, lanza cosas, chilla...

—¿Te pega?

—Me sacude, me empuja, me zarandea. A veces pienso que intenta asustarme. En ocasiones llegué a pensar que podría soportarlo, sólo recientemente he comenzado a tener miedo. Y me refiero a mucho, mucho miedo. Michael es maníaco-depresivo, lo es, es un hecho.

¿Os podéis imaginar estar ahí sentado escuchando esa mierda de tu mujer, consciente de que hay millones de personas viéndolo desde casa? Oírla decir que nuestro matrimonio había sido «una tortura, un puro infierno, peor que nada que hubiera podido imaginar». Yo estaba que echaba humo, si bien procuraba mantener la calma. Aquella era la traición definitiva.

—No sé lo que sería Mike Tyson sin mi madre. Ella ha sido el pegamento que nos ha mantenido unidos —continuó Robin—. Si hubiéramos abandonado a Michel, porque yo vengo en un *pack* con mi madre y mi hermana, así es como soy, no cabe duda de que se hubiera quedado solo y no quiero que eso ocurra. La situación podría haberse puesto tan y tan fea que pienso que, quizás un día, podría haber actuado con más determinación y acabado matándose o hiriendo a alguien. No tengo dudas de que eso es lo que hubiera ocurrido, me parece incuestionable.

No supe qué decir. Jamás había tenido que lidiar con algo de semejante magnitud. Cuando ahora pienso sobre ello, no puedo creermelo que me quedara ahí sentado sin abrir la boca. Pero está claro que, si hubiese empezado a aplastarle la jodida cara y a perder la cabeza delante de las cámaras, hubieran conseguido lo que querían. Así que mantuve la calma. Me consta que esperaban que arrancara a despotricar y maldecir. Supongo que ése era el plan. Les estalló en la cara.

Mis amigos estaban indignados con lo que Robin había dicho en el programa. Recibí cientos de llamadas encolerizadas. Días después seguía enfadado. Robin, Ruth y yo nos encontrábamos en la casa de Nueva Jersey cuando me puse hecho tal basilisco que empecé a romper vasos y platos y a lanzar y hacer añicos botellas de champagne vacías. Olga estaba ahí y llamó a la policía. Los agentes acudieron y los recibí en la puerta. Fui educado y les dije que todo estaba bajo control. Sólo deseaba que me dejaran en paz. Los agentes se dividieron y uno se quedó conmigo mientras su compañero se marchó con Robin. Le mostró los desperfectos que había ocasionado en la cocina. El que estaba conmigo me dijo que Robin estaba preocupada por mí a resultas de estos destrozos.

—Soy el dueño de esta casa y de todo lo que hay en ella —empecé a gritar—. Puedo hacer lo que se me antoje con mi propiedad. Si deseo romper algo, no hay nadie que pueda impedírmelo.

A continuación, cogí un elemento decorativo de metal de la chimenea y lo lancé contra el cristal que quedaba al lado de la puerta de entrada. En ese instante llamó su compinche McCurtis.

—¿Desea hablar con su médico? —me preguntó el poli.

Lo ignoré y me fui a la habitación contigua. El amable doctor le dijo al policía que Robin y su gente debían abandonar la casa, al tiempo que yo debía ser ingresado para una evaluación psiquiátrica. La policía reunió a las mujeres y salieron al camino de la entrada con la intención de que Robin se metiera en un coche oficial y acudiera a la comisaría a presentar una denuncia. Yo salí hecho una furia.

—Que os jodan a todos. Sois basura. Largaos de mi propiedad, iros a tomar por

culo —grité.

Luego me subí a mi Rolls Royce y empecé a conducir por las zonas más alejadas y boscosas de mi propiedad. Ni siquiera estaban asfaltadas. Sólo quería alejarme de todos ellos.

Al día siguiente, Robin y su madre se fueron a Los Ángeles. Mi amigo Mark Breland, el boxeador, quería que arreglara las cosas con Bill Cayton y que nos diéramos un apretón de manos. Shelly Finkel y Cayton le habían lavado el cerebro a Mark. Le contaron que estaba fatal, convenciéndolo de que hablara conmigo. De modo que fui a ver a Cayton, quien estaba tan preocupado con la etiqueta maníaco-depresiva que me habían colgado que me había montado una cita con el Doctor Abraham Halpern, director de Psiquiatría en el New York United Hospital Medical Center de Port Chester, uno de los mejores especialistas del mundo.

Halpern me examinó durante una hora. A continuación, llamó a Camille, Steve Lott y Bill Cayton. Estaba convencido de que yo no era un maníaco-depresivo. Intentó ponerse en contacto con las Dos Implacables, pero tenían el teléfono desconectado. Cuando Halpern llamó a McCurtis para pedirle explicaciones sobre por qué me había diagnosticado como tal, McCurtis empezó a dar marcha atrás. Dijo que no era un maníaco-depresivo absoluto, que simplemente tenía un desorden anímico, algo que bautizó «El Síndrome del Boxeador». Freud debería tomar nota.

Me sentí aliviado de que un psiquiatra más prestigioso descartara que fuera maníaco-depresivo, pero seguía preguntándome el motivo de que Bill le hubiese insistido tanto a Mark de que quería verme. No tenía nada que decirme. Fui a verlo con la presunción de que algo gordo iba a ocurrir y, una vez frente a frente, se mostró de lo más ambiguo. Mi relación con Bill había llegado a su fin.

Cuando se despejó toda la bruma, Don seguía plantado ahí de pie. No me engañaba con respecto a él. Siempre que Robin me preguntaba por él, le decía: «Mira, sé cómo controlar a una serpiente. Este tipo es una serpiente, pero sé cómo controlar a una serpiente». Don también tenía sus cosas buenas. Dos días después de que las mujeres se hubiesen ido a la costa, me llevó de ruta por todos y cada uno de los bancos donde tenía cuentas y a ver a mis agentes de bolsa. Hizo que retiraran el nombre de Robin de las cuentas y que me las restituyeran a mí. Hablamos de quince millones de dólares. Llegamos justo a tiempo de prevenir el pago de un cheque por valor de 581,812.60 dólares que Robin le había extendido a Robin Givens Productions.

Los empleados de los bancos odiaban tanto la estampa de esas dos que estaban encantados de ayudarnos. Nos quedamos a celebrarlo con los directores y la plantilla, descorchando botellas de champagne y pidiendo pizzas. «Que os jodan, zorras», gritamos al unísono antes de vaciar nuestras burbujeantes copas.

Con aquella aparición en el programa 20/20 a Robin y a su madre les salió el tiro por la culata. Después de que nos separáramos, acudí a un espectáculo de wrestling en Chicago y, al entrar en el recinto, el público se puso en pie para ovacionarme. La gente se me acercaba para comentarme lo sucia que les había parecido la jugada que me habían hecho en el programa de Barbara Walters. También recibí toneladas de sexo por compasión. Las mujeres venían a decirme: «Oh, Dios, no puedo creerme lo que te hizo esa arpía. Por favor, déjame que te abrace, déjame chuparte la polla, déjame que te cuide». Yo les decía: «No, señora, estoy bien, no. Bueno, sólo chupe un poquito, señora, no mucho». Aquel año fue una locura.

La relación me dejó un profundo trauma. Menuda sangre fría la de aquellas dos. Era mi primera relación y quería borrarla, pero el amor te deja una mancha oscura en el corazón. Una cicatriz bien honda. En cualquier caso, uno debe tomar riesgos si desea seguir creciendo como persona. En eso consiste la vida. Y yo siempre podía contar con los periódicos para desfogarme.

Estaba introduciendo cambios en todos los órdenes de mi vida. Técnicamente Bill seguía siendo mi representante, pero ya no contaba para nada. Quizás las cosas fueran diferentes si Jimmy siguiera con vida, pero tras su muerte nadie podía impedirme hacer lo que deseara. Echando la vista atrás, no creo que Jimmy y Bill fueran el demonio. Creo que eran hombres de negocios y que tenían más experiencia que yo. Yo estaba por otras cosas y se aprovecharon de ello. Eran unos obsesos del control. Cuando me hice mayor, quise liberarme. Hacer las cosas a mi manera. No importaba si triunfaba o fracasaba; sólo deseaba hacerlo por mí mismo.

Y entonces me enredé con otro miserable, Don King. Don es un cabrón reptiliano, falso y despreciable. Se suponía que iba a ser mi hermano negro, pero fue un malvado. Iba a ser mi mentor, pero cuanto le interesaba era el dinero. Era un hombre realmente avaricioso. Pensaba que podría manejar a alguien como King, pero fue más astuto que yo. No le llegaba ni a las suelas de los zapatos.

Conocí a Don a través de Jimmy y Cayton. Así que la culpa de que me involucrara con él fue mayoritariamente suya. Cuando reflexiono sobre ello, advierto cómo Jimmy y esos tipos permitieron que Don se percatara de lo blandos que eran conmigo. Lo involucraron en nuestros asuntos y descubrió una vía de entrada. Sin querer sonar egocéntrico, cuanto rodeaba a Tyson sobrepasaba a Jimmy y Bill; quizás también lo habría hecho con Cus. Jamás habían lidiado con nada parecido. En toda la historia del boxeo nadie había conseguido ganar tanto dinero en tan poco tiempo como yo. No sé cómo lo habría llevado él. Yo era como una tía sexy y buenorra a la que todo el mundo se quería follar, ¿me entendéis? Don simplemente llegó hasta mí primero. Si no hubiera sido él, hubiera sido Bob Arum o algún otro.

Tras la muerte de Cus y Jim, toda esta gente me la resbalaba. De manera que pensé: *Me iré con quien me haga la mayor oferta, con quien me dé cuanto deseo.*

Para mí era un juego. Ahí cada uno pensaba en sí mismo, de modo que yo iba a hacer lo propio. Todos mis amigos de infancia estaban muriendo o ya estaban muertos, por lo que sólo me quedaba divertirme. No me imaginaba disfrutando de una larga vida. Era demasiado irritable. Si me pillabas de un humor de perros, podía acabar disparándote. Vivía una existencia de fantasía, viajando de país en país, acostándome con bellas desconocidas. Toda esta mierda empezó a pasarme factura.

Don me dio la libertad de hacer lo que quisiera. Él se encargaba de mis negocios y cerraba acuerdos a mi espalda, pero yo no era su putita. Fue muy astuto a la hora de inculcarme la idea de que éramos yo y él contra el mundo. «Hombre negro, hombre blanco, hombre negro, hombre blanco». Siempre estaba soltando memeces; decía que los blancos cabrones no servían para nada y que sólo buscaban exterminarnos a todos. De hecho empecé a creermelo alguna de estas pamplinas. Caí en su trampa. Contaminó mi discernimiento.

Cualquiera que se hubiera fijado en Don, en su pelo, en lo bocazas que era, en su estilo extravagante de tipo estupendo salido del gueto, se habría dado cuenta que era un mamón enfermo. Pero por entonces yo andaba confundido. Bromas a un lado, en el caso de que Cus no hubiera muerto, se habría decantado por King para que me promocionara. Cus odiaba a Bob Arum, el rival de King. No conozco los motivos. No me parecía que Arum pudiera ser peor que Don, pero Cus me dijo: «No puede haber nadie peor que Arum».

Recibí muchas críticas por irme con Don. Una noche me encontraba en el Columbus con mi amigo Brian Hamill. De Niro estaba en una mesa vecina. Brian me reprochaba que hubiera contratado a King.

—¿Qué coño haces involucrándote con Don King? —casi me gritaba. No lo decía para que De Niro pudiera oírlo, aunque a Bobby le llegaba todo.

—¿Eres consciente de a cuántos boxeadores negros ha robado? Ya conoces la historia.

—Brian, tengo tanto dinero que me la sopla —le dije.

Entonces era verdad. No sabía cuánto iba a durar el viaje. Vivía al día. Lo que sí sabía era que me encantaba ser el campeón y que no había nadie mejor cualificado para el trabajo. Destruiría cuanto se me pusiera por delante. Si compartíamos oficio y pesabas como yo, eras hombre muerto. Mi trabajo consistía en hacer daño a la gente. Jone y Bill habían intentado suavizarlo, pero Don se había subido al carro. Cuando se me empezó a ver con Don, boom, la percepción pública de mí cambió. Ahora era un mal tipo.

En octubre de 1988, Don me llevó a Venezuela para asistir a la convención de la WBA. Luego fuimos a México para el bautismo del hijo de Julio Chávez. Aquel viaje me supuso toda una revelación. Un día fuimos de excursión a las pirámides y se me acercó un niño pidiendo limosna. Los guías que me acompañaban me dijeron: «No, Mike, no le des dinero». Pero ¿cómo no hacerlo? Unos pocos cientos de dólares no significaban nada para mí, pero eran todo un mundo para él. Así que le di el dinero y

se mostró agradecidísimo. Yo pensaba: *Gua, qué buen chaval*, y, al tocarle el cabello, noté que estaba duro como una roca. Daba la sensación de no habérselo lavado en años. Podrías utilizarlo como un arma. A continuación nos dirigimos a Culiacán, donde me encontré a más chicos mendigando. Le compré ropa a uno de ellos y, en un abrir y cerrar de ojos, trajo a tres amigos, a los que se sumaron veinte primos, todos ellos reclamándome ropa. Me gustó el gesto del chico, que no buscara sólo su provecho, sino que llamara a sus amigos y familiares. Cada vez que aparecían de nuevo, yo les compraba algo.

Me sentí igual que aquella vez que compré zapatillas deportivas para los chicos de la calle en Brooklyn. Esos chavales nunca habían salido de Culiacán y yo los vestí y pasamos un rato juntos. Quien no se hubiera gastado dinero en ellos tenía garantizado el billete al infierno. Cuando llegó la hora de marcharme, estaba rodeado de cincuenta niños bien vestidos.

Antes de visitar México, llevaba una pesada carga sobre los hombros. Jamás había conocido a nadie más pobre que yo. No podía imaginarme a nadie siendo más pobre de lo que yo había sido. La pobreza que vi ahí me dejó sin palabras. De hecho, aquella gente me dio rabia porque, al ser más pobre que yo, me impedía seguir sintiendo lástima de mí mismo. La vergüenza que me provocaba ser pobre había sido el factor más determinante de mi éxito. Esa vergüenza me causó más daño que cualquier otra cosa en la vida. Muchos de mis problemas tenían su raíz en pensar que se me debían muchas cosas por haber crecido en la miseria. Cus siempre estaba intentando que me trascendiera a mí mismo, que me separara de mi ego, que saliera de mi cabeza. Pero era difícil. Ey, yo merecía ese coche, yo merecía esa mansión, yo merecía esa zorra. Tras unirme a Don, debía poseer los coches de gama más alta y a montones. Me compraba los mejores Lamborghinis y hasta un Hummer a prueba de balas que había pertenecido a un príncipe saudí. Visitaba la fábrica de Rolls-Royce en Bristol, donde estaban customizándome un Rolls.

Cus no hubiera aprobado nada de esto. Consideraba que un tío con un descapotable era un cerdo egoísta. Si nos cruzábamos con un coche bonito, se producía la siguiente secuencia.

—Gua, qué coche más chulo, Cus —le decía.

—Qué va, ése es un egoísta —decía Cus.

—¿Por qué es egoísta? —le preguntaba.

—Conduce un vehículo de dos plazas para no tener que llevar más que a sus amigos.

Cus era dueño de una furgoneta destartalada en la que cabían hasta doce personas. Así era él.

En 1988 yo habría podido protagonizar un gran *reality-show*. Lo digo con absoluta modestia. Fui yo quien creó ese *look* ostentoso con mis limusinas extra largas y mi colección de Rolls y Lamborghinis. P. Diddy y el resto se esforzaban por ganarme terreno, pero fui yo quien fijó las reglas. Fui pionero estableciendo modas

que luego seguirían los reyes del hip hop. Fui el primero en comprar Rolls-Royce y Ferraris. ¿Qué otro negro los compraba legalmente en 1985? Y no hablamos sólo de uno. Poseía flotas enteras. Las estrellas emergentes del hip hop organizaban fiestas después de mis combates. Ni siquiera sabían lo que era un Bentley. Pensaban que era un coche de viejos. Ya en los ochenta yo los vaciaba y los llenaba de productos de Gucci y de neveras. Llegué a instalar un jacuzzi en una de mis limusinas. Me consta que fui el primero en tener fax en el coche y poder decir: «Así que tienes el contrato. Bien, estamos en el coche. Envíamelo por fax».

Compraba artículos de joyería por valor de dos y tres millones de dólares. A una amiga le regalé una joya de más de un millón de dólares. Después de cada combate, mi círculo salía a festejar vistiendo abrigos de piel y conduciendo grandes Rolls-Royce. Cuando me compré la casa de Bernardsville, Nueva Jersey, invité a mi amigo EB y le dije: «Nadie cuenta con un picadero más atractivo». Todo el mundo estaba celoso de mí porque les restregaba mi fortuna por la cara. Pero también compartía. Si me sentaba a comer, todos los que me rodeaban comían. Los celos, sin embargo, persistían. Todas mis casas estaban tomadas por Versace de los pies a la cabeza: muebles, paredes, edredones, sábanas, toallas, ceniceros, vasos y platos.

Conocía a Versace por mediación de una periodista italiana que fue a entrevistarme a Catskill. Era una mujer muy atractiva que me sacaba algunos años. Me la llevé arriba y, al ir a acostarnos, vi que llevaba ropa interior de Versace.

—Le hago de modelo —me dijo—. Puedo conseguirte toda la ropa que quieras. Os presentaré.

Versace era el más *cool*. Se ofreció a enviarme ropa, pero me podía la impaciencia.

—Si puedes esperar, te lo enviaré todo gratis —solía decirme.

—Tú envíame lo que puedas que yo saldré a comprar lo que pueda, ¿ok? —le decía.

Vivía en un mundo de fantasía. Cuando viajaba a París o a Londres a comprar ropa, todos los dependientes salían corriendo de las tiendas detrás de mí.

«¡Campeón!, ¡Campeón!», me gritaban, intentando que los acompañara dentro. Me subía a un Concorde para ir a visitar a una amiga y, al pasear juntos por la calle, toda la ciudad se paralizaba. Nos tenían que arrastrar literalmente al interior de las tiendas porque la muchedumbre se nos comía.

En Las Vegas la situación era todavía peor. Si visitaba las galerías comerciales del hotel Caesars, tenían que cerrarlas para mí. Tanta atención me envanecía. Mientras echaba un vistazo a la ropa, no pensaba *gracias por todo esto*; miraba a los dependientes con cara de malas pulgas. Ni siquiera me tomaba la molestia de entrar en el cambiador. Me quedaba en ropa interior en medio de la tienda. La turba me había dejado la ropa hecha jirones. Cientos de personas pegaban la cara al cristal del escaparate para ver cómo me probaba las prendas. Si detectaba a una chica entre la multitud que me gustara, le decía a uno de los dependientes: «Déjela entrar, por

favor».

Iba de este palo.

—¿Quieres quedarte conmigo y ayudarme a escoger cosas? ¿Necesitas algo? —le preguntaba. Al acabar con las compras, me había dejado trescientos mil dólares en efectivo en esa única visita. Versace se enfadaba conmigo.

—Este tío se gasta demasiado dinero —le decía a quien fuera que nos acompañara. Pero él no era quien para hablar. Despilfarraba aún más que yo.

Me divierte que se hable tanto de lo mucho que le gusta a Kanye West vestir a sus chicas. Yo hacía lo mismo. Siempre disfruté haciéndolo. Creo que se remonta a mi infancia. Solía ver cómo mi madre vestía a las prostitutas que venían a verla. Les probaba diversos conjuntos y pelucas. Lo mismo hice luego yo. No porque me importara tanto el estilo, sino por haberlo presenciado. Llegué a enseñar a Don cómo debía vestirse. Por entonces su gusto parecía salido directamente de la película *Super Fly*.

—Negro, no puedes andar con nosotros vistiendo así. Tenemos que ofrecer una determinada imagen, Don, somos negros elegantes. Tú vas hecho un pordiosero —le dije—. Eres un tío importante y debes vestir de otra manera. Versace es el futuro, Don.

Yo di forma a toda esa imagen de gangsta rap. Yo le mostré al mundo esa actitud. Fui el representante de esa era. Hasta a Don le asustó la imagen que proyectaba por aquella época. Hacia finales de 1988 intentó suavizarla haciendo que Jesse Jackson me bautizara en Chicago. Menuda pantomima. Después de la ceremonia, me llevé a una de las chicas del coro a la habitación y me la follé.

Me obligaron a declarar a la revista *Jet* que había vuelto a nacer: «No olviden esto: Salgan al encuentro de Dios, no de las estrellas, pues el cielo puede estar nublado y no hay nada para uno en las nubes. Busquen a Dios, busquen estrecharle las manos». Todo mamarrachadas. Por entonces la única espiritualidad que tenía residía en la punta de la polla.

A finales de los ochenta pasé mucho tiempo en Los Ángeles. Tenía un apartamento en Century City, Wilshire. Un amigo organizó una fiesta con motivo de la botadura de su barco y ahí conocí a una bella mujer llamada Hope. Venía acompañada de una amiga. Llegaron a última hora, por lo que ya no quedaba nada para comer. Yo me encontraba sentado a una mesa frente a un plato lleno de comida. Hope apareció de la nada y se puso a imitar a Andrew. Dice Clay:

—Escucha, mi amiga te la chupará si nos compras algo para cenar. Yo y mi amiga estamos muertas de hambre.

Me pareció hilarante. Las invité a que se sentaran a mi lado y compartimos la comida. No sentí que quisiera acostarse conmigo, de modo que nos limitamos a ser amigos íntimos. Tenía un montón de amigas y yo le decía: «Hope, de verdad que me gusta mucho esa chica». Y ella me montaba una cita. Me convertí en su hermano mayor. Los hombres siempre le andaban causando problemas. Yo le echaba un

vistazo a uno y le decía: «Hope, ése es homosexual» o «Ése nunca va a cuidar de ti». Me mostraba de lo más perceptivo con la gente. Con la excepción de las mujeres que entraban en mi vida.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Por entonces Hope iba a empezar la universidad y no contaba con mucho dinero, así que le dejé ocupar la habitación de invitados de mi apartamento. Sólo éramos amigos platónicos. Ella estaba tan buena que nadie se lo creía.

—Mike, te la estas follando. Sé que lo estás haciendo —me decían todos mis amigos—. Si te vi follarte a esa zorra tan fea, cómo no vas a estar follándote a ésta.

Me convertí en súper protector de Hope. Uno de nuestros sitios de marcha favoritos era un club llamado RnB Live. En él fue donde Hope conoció a Wesley Snipes. Encontrándome yo fuera de la ciudad, empezaron a salir juntos. Cuando regresé a Los Ángeles, un día vino a verme llorando. Wesley le había roto el corazón; ya no quería volver a verla.

—Mira, Hope, esto es lo que ocurre cuando te lías con este tipo de gente. Te conviene un hombre normal —le dije.

Pero Hope no quería oír nada de esto. Lo que deseaba oír era: «¿Por qué lloras, Hope? Voy a partirle la cara».

No le di a Hope lo que buscaba, por lo que me dijo: «Por cierto, Wesley no podía entender qué hacía andando contigo. Me preguntó: “¿Qué se te ha perdido con un tío como Tyson?”».

Sabía que era mentira.

Unos días después quedé con Hope en el RnB. Nos sentamos a charlar y le pregunté cómo le iba la universidad. En ese momento vimos entrar en el local a Wesley Snipes. Me excusé y me acerqué a él. Wesley levantó los ojos, me miró y le entró el pánico.

—Mike, no me pegues en la cara, por favor. Vivo de ella —me dijo.

—Tío, no te preocupes por lo tuyo con Hope. Simplemente está dolida.

Ambos nos reímos del asunto.

Por esa época en que andaba con Hope, empecé a frecuentar a un tipo increíble llamado Kevin Sawyer. Poseía una empresa de buscas en Los Ángeles y su tienda se había erigido en punto de encuentro de todos los apostadores, estafadores y proxenetas. Jamie Fox y Joe Torry trabajaron ahí antes de ser famosos. Era un lugar para hacer negocios. La gente entraba a comprarse un busca y me encontraba ahí jugando a los dados en mi ropa de Versace y luciendo relojes de diamantes, con el Rolls aparcado a la entrada.

Kevin era un mujeriego increíble. Desbordaba carisma y, pese a tartamudear, las mujeres lo adoraban. Yo, Kevin y mi amigo Craig Boogie competíamos por ver quién era capaz de conseguir más mujeres en un solo día. El clima sexual de entonces era

una locura. Me topaba con chicas por las calles y me bastaba decirles «Venga, vamos» para que se vinieran conmigo. En los clubs me descubría tocando, lamiendo la espalda y recorriendo con la lengua la piel de mujeres que no conocía. Esto no era obstáculo para que me las llevara a casa, donde dejaba que mis amigos también se las follaran. Mi reputación comenzó a crecer. Yo era el tipo con el que podías salir de compras para acabar luego en su casa practicando el sexo.

Una vez iba en coche con Boogie por Filadelfia. Me encontraba en la ciudad entrenando para el combate contra Buster Mathis Jr. Vi a una belleza andando por la calle. No me fue necesario abrir la boca; la chica saltó al asiento trasero.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

En otra ocasión me hallaba en un taxi en Nueva York con una chica que acababa de conocer. Empezó a sacarse la ropa y a follarme. No hablamos de una limusina, sino de un taxi corriente y moliente. Yo pensé: *Guau. Ok, vamos allá.*

En mi cabeza yo estaba llamado a esto. Todos mis héroes habían tenido montones de mujeres. Alguien debería haberme dicho: «Esto va a acabar muy mal». Pero no contaba con nadie que lo hiciera.

Empecé a grabar vídeos porno en casa. Boogie era el director, colocaba la cámara en el lugar apropiado y luego se escondía en un armario a mirar. Empezaron a llamarme «El Desplaza Úteros» y «El Pulverizador de Pelvis». Antes de destruirlas, les enseñaba las cintas a mis amigos. Dios, si alguna de ellas se hubiese filtrado habría dejado la grabación de Kardashian en una película no apta para menores de trece años.

Por aquella época bebía mucho y salía de fiesta allá donde me encontrara. Tenía una amiga en Chicago llamada Carmen. Era una dulce chica católica de buena familia, demasiado dulce para moverse en mis ambientes. Una noche me encontraba con ella y Eric Brown, al que todos llamaban EB, en un club. Tuvo lugar un concurso a ver quién era la mujer que bailaba de forma más sexy sobre el escenario, durante el cual un tipo le faltó al respecto a Carmen. Yo no dije nada, a pesar de echar humo. Me imagino que el tipo pensó que le había vacilado a Mike Tyson, pero yo lo seguí subrepticamente a los lavabos.

—Escucha, tío. Yo no voy de protector de ninguna tía. Pero jamás vuelvas a intentar joderme. El hecho de ser campeón no cambia nada. Podemos pelear aquí mismo.

El hombre parecía aterrorizado. En ese preciso momento apareció EB con un miembro de la seguridad del club y me apartaron del tipo. Iba bastante borracho, por lo que salí corriendo del lugar y me metí de un salto en el coche. Aquella noche iba en mi limusina extra larga con jacuzzi en la parte trasera. Le pedí al chófer que me llevara a la zona sur de la ciudad. Al enterarse de que me había largado, EB se puso de los nervios, de modo que llamó por teléfono al conductor.

—¿Dónde estáis?

—En la Sesenta y siete con... —respondió.

—¡Qué! Ni siquiera yo me acerco por ahí —dijo EB preocupado.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó el conductor.

—Reunámonos en el Ritz-Carlton —dijo EB.

Regresamos al hotel. No era consciente de que unos treinta vehículos venían siguiéndonos desde el momento en que habíamos abandonado el club, todos ellos repletos de mujeres. Cuando salí de la limusina delante del Ritz, EB me estaba esperando. Lo primero que hice fue acercarme a los coches, sacar mi fajo de dinero y empezar a arrojar billetes de cien por la ventanilla de cada uno de ellos.

—¿Qué diablos estás haciendo, Mike? —dijo EB.

—Esto es todo lo que quieren. Dinero —dije.

Entré en el hotel con EB a mi lado.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Velar por ti —respondió EB.

—No necesito que nadie vele por mí. Vine a este mundo yo solito y lo abandonaré de la misma manera —dije.

—Bueno, pienso quedarme contigo esta noche, así que ya puedes enfadarte —dijo EB.

Nos metimos en el ascensor para subir a la habitación.

Me había entrado el apetito, así que, al salir del ascensor, nos dirigimos al restaurante. Un hombrecito blanco se nos acercó para decirnos: «Lo siento, señor Tyson, el restaurante está cerrado».

Lo agarré por el cuello, lo levanté y le dije: «Dame de comer, no me trates como a un negrata».

Daba la impresión de que, cada vez que salía, levantaba una tormenta. A veces ni siquiera era mi culpa. Una vez conocí a una chica española en Nueva York. Era policía de tráfico en un barrio de viviendas sociales, pero yo sabía que arreglándose un poco estaría arrebatadora. De modo que le proporcioné un cambio radical de imagen y ropa bonita y, en efecto, quedó guapísima. Esa noche la invité, junto a algunas de mis amigas, al China Club, un club muy de moda por entonces. Nos sentamos a una mesa. Yo y ocho mujeres. Parecía un seductor. Era de esperar que algún tipo acabaría acercándose a la mesa a hablar con ellas. No le di importancia. Estaba relajado. El tipo en cuestión ni siquiera se puso a hablar con mi chica, la poli, pero de golpe ella pegó un salto levantando ambas manos. «¡Quieto ahí! No te acerques más. Estas damas no desean tus atenciones», le dijo al hombre.

Yo miraba la escena pensando: *¿Qué cojones está pasando aquí?*

Al tipo lo acompañaban unos amigos que, sentados a la mesa contigua, comenzaron a reírse de ella. Lo siguiente que supe fue que la chica se acercó al que se reía de forma más escandalosa, lo levantó y, ¡pam!, le soltó una patada en toda la cabeza. Estaba en modo combate.

Lo normal sería pensar que las chicas a mi mesa estarían contentas de que hubiera salido en su defensa, pero la verdad es que les entró miedo.

—Debes decirle a esta zorra que se largue, Mike —me pidió una de mis amigas—. ¿Y si la prensa se entera de esto, Mike?

—Cielo, todo el mundo te tiene miedo —le dije a la poli—. Deberías irte.

No me lo podía creer. Acababa de abofetear y patear a un grandullón cuando ni él ni sus amigos habían hecho nada malo. Oh, Dios mío.

Uno de los motivos por los que estaba convencido de que no iba a vivir mucho tiempo es que me creía el ser más malvado sobre la tierra, tanto dentro de un cuadrilátero como fuera de él. Cuando le añades el alcohol a un ego tan gigantesco, cualquier cosa puede suceder. Siempre tenía alguna misión, pero ¿qué andaba buscando y qué problema había? Siempre estaba enfadado con el mundo. Siempre me sentía vacío. Incluso después de visitar México, acarreaba sobre los hombros la carga de haber sido pobre, de la muerte de mi madre y de carecer de vida familiar. Convertirme en el campeón del mundo sólo aceleró e intensificó estas sensaciones.

Luego creé el personaje de Iron Mike, ese monstruo del que los medios de comunicación se hicieron eco, provocando que el mundo entero le tuviera miedo. Yo era el tipo que podía conseguir que las mujeres abandonaran a sus hombres por una noche para ponerles los cuernos. Esta imagen de malote hijo de puta resultaba embriagadora, pero por dentro seguía siendo una nenaza, el niño que tenía miedo de que se metieran con él.

Pero debía meterme en ese papel, no sabía qué otra cosa hacer. Una noche me encontraba en el club Bentley's de Nueva York. Había bebido y me creía un tipo duro. Intentaba ligarme a una mujer y a su marido no le gustó y me apuntó con una pistola.

—Adelante, dispárame, cabrón. Jodido negro. Voy a follarme a tu mujer —le dije.

Decía sandeces en un inglés incomprensible. Pongo a Alá por testigo de lo agradecido que me siento por el hecho de que a aquel tipo le faltaran agallas para matarme. No paró de insultarme, pero no utilizó los dedos, sólo la lengua.

Cuando empecé a trabajar con Don, recluté a dos amigos de Albany, Rory Holloway y John Horne. Siempre procuraban mantenerme alejado de los ambientes gangster rap, pero yo adoraba a los raperos. Por aquella época esos tipos me fueron de ayuda, comprendían mi dolor. Una noche estaba en un club de Los Ángeles con John Horne y James Anderson, mi guardaespaldas en ese momento. Nos acompañaba Felipe, el gerente del local. Yo compartía un privado con el primo de Felipe, Michael. Al entrar en el club un individuo nos gritó: «Ey, Mike, cuando quieras a un verdadero guardaespaldas ve a ver a la banda de los Long Beach Crip».

Horne se pensó que era una especie de comediante e hizo una bromita sobre cómo en una ocasión había paseado con su mujer por un barrio de los Crip vistiendo un mono de color rojo. Creyó que a los tipos les haría gracia, pero el que había hablado ni siquiera le dejó terminar la frase.

—Estás mintiendo. Jamás has pisado mi jodido barrio vistiendo de rojo.

Ya estaba liada.

Se había producido un malentendido y el tipo y sus amigos sacaron sus armas.

—Llévate a tu hombre, Mike, llévatelo —dijo el tipo.

No sabía qué hacer. Empecé a soltar chorradas para calmar los ánimos y le extendí la mano.

—Choca esos cinco, negro —le dije—. Mi amigo se cree un comediante.

Conseguí apaciguarlo. Ese tío, Tracy Brown, acabaría convirtiéndose en uno de mis mejores amigos. Era un tío guay. Pasó quince años en prisión, volvió a casa y lo mataron. Fue como tener un encanto de hermano.

Al principio yo era mi propio guardaespaldas. Pero la cosa no acabó de funcionar. No podía dedicarme a pegar a la gente porque desearan un autógrafo y me pillaran de malas pulgas. Así que me agencié unos guardaespaldas de verdad. No para protegerme de la gente, sino para proteger a la gente de mí. Tenía un amigo llamado Anthony Pitts. Solíamos salir juntos por Los Ángeles. Yo sabía que se le daría bien el trabajo porque una noche estábamos viendo un partido de los Lakers en unos asientos a pie de pista cuando un fan maleducado y fuera de control tropezó y chocó contra él sin pedirle perdón. Anthony se levantó y de un golpe lo tumbó en el suelo. El partido estaba en juego y aquel tipo yacía frito sobre la cancha. La policía vino para llevárselo y ¡tuvimos que saltar por encima de su cuerpo porque el juego no se detenía!

Anthony decidió que yo necesitaba a un guardaespaldas de verdad cierta noche en que nos hallábamos charlando con un grupito de mujeres en el exterior de un club de Los Ángeles. Nos acompañaba mi amigo Johnny, de raza blanca. Mi presencia había atraído a un amplio abanico de mujeres atractivas y jóvenes cuando oí a alguien gritar: «¡Que te jodan, Mike Tyson!». De golpe todo el club salió en tromba a la calle. Agarré a la chica con la que estaba hablando, nos dirigimos corriendo a la limusina y sonó un ¡bam! El tipo llevaba un arma con la que me había disparado, pero falló; a la chica le dio en una pierna. Yo era un cerdo tan egoísta que seguí intentando meter a la chica herida en el coche para llevármela a casa. Su amiga gritaba: «Le han disparado por tu culpa, Mike. Era a ti a quien querían dar». Yo sólo deseaba largarme de ahí pero mi chófer no estaba al volante. Miré por la ventanilla trasera y me lo encontré escondido y hecho un ovillo. En ese momento Anthony decidió que sería mi guardaespaldas. Nos fuimos dejando atrás a la chica. Me supo mal que le dispararan. No hace falta decir que nunca volvió a dirigirme la palabra.

Con tanto alcohol y tanta fiesta mi peso se disparó hasta los 115 kilos aquel diciembre. Mi próximo combate iba a ser contra Frank Bruno, pero no tendría lugar hasta finales de febrero de 1989. Entonces me quedé sin entrenador. Kevin estaba todo el día en los periódicos soltando gilipolleces negativas, afirmando que yo no sabía lo que estaba haciendo. Era muy anti Don, siempre pro Cayton. Pensé que su odio a Don lo estaba cegando. En verdad Kevin se despidió a sí mismo. No quería

seguir con nosotros. Reclamaba la vuelta del equipo de Cayton al completo. Teníamos la intención de contratarlo por la misma tarifa, pero no lo aceptó. Luego me demandó.

Contraté a mi compañero de habitación en Catskill, Jay Bright, como mi nuevo entrenador. Yo deseaba que Jay ganara algo de dinero porque formaba parte de la familia de Cus. También fichamos a Aaron Snowell, que aseguraba haber entrenado a Tim Witherspoon. Tim me contó más tarde que Aaron se había limitado a acompañarlo a correr y a subir el cubo al cuadrilátero, pero me daba igual. Yo era un dios pugilístico. Mis rivales debían morir de miedo ante la mera perspectiva de tener que pelear contra mí. ¡Oh, Dios!

Antes de ponerme a entrenar, había una serie de asuntos legales que necesitaba resolver. En enero una mujer presentó una demanda por la que me reclamaba un millón de dólares por haberle tocado el culo en Bentley, un club nocturno a escasas manzanas de mi piso de Manhattan. Anthony estaba conmigo en aquel momento y me sugirió que dijera que no le había tocado el culo sino que, encontrándome detrás suyo en el instante en que había perdido el equilibrio, me había precipitado sobre ella intentando evitar la caída. A Anthony siempre se le ocurrían modos plausibles de negar los hechos. Y con frecuencia cargaba con las culpas. Otra vez que estábamos en el Bentley y que le metí mano a una chica, intercedió en el momento preciso en que ésta se giró.

—No, no, he sido yo, cielo. Lo siento. Te he confundido con mi ex novia —le dijo a la chica. Distendió la situación.

La primera mujer, sin embargo, decidió llevarme a los tribunales y planeaba hacer que una amiga, que había sido testigo de los hechos, testificara a su favor. La había visto en los tribunales el día antes de que tuviera que testificar en mi contra, por lo que salí en su búsqueda y, por increíble que suene, me la encontré esa misma noche acompañada de un amigo mío.

—Ey, tú eres la chica del juicio —le dije acercándome a ella.

—No te metas conmigo —me dijo.

—Ey, no quiero meterme contigo —le dije con calma—. No estoy enfadado contigo. Lo estoy con tu amiga. No le hice nada.

Me imaginé que, si conseguía follármela, al día siguiente no podría testificar en mi contra.

—Ey, no hay ningún problema, hermana. ¿Por qué tú y yo no vamos a dar una vuelta en mi Rolls?

Mi estrategia surtió efecto. La chica no testificó.

En junio también tuve que acudir a los tribunales para realizar una declaración jurada con relación a una demanda de Cayton contra Don King. Thomas Puccio, un abogado famoso, representaba a Cayton. Me preguntó sobre el pago por el combate contra Spinks y le comenté que no recordaba si me habían pagado o no. Cuando Puccio demostró que yo había recibido íntegramente doce millones de dólares, fui

incapaz de acordarme del uso que le había dado a ese dinero. Por aquel entonces ni siquiera tenía un contable propio; utilizaba el de Don. No había nadie que me explicara cómo debía protegerme. Todos mis amigos dependían de mí. Concentraba al mayor número de amigos perdedores de toda la Historia.

La declaración jurada se puso interesante cuando Puccio me preguntó por Jimmy y la versión revisada del contrato de representación que había firmado justo antes de su muerte.

—Tenía una confianza absoluta, incondicional y total, con cada fibra de mi cuerpo, en Jim —testifiqué—. Firmé ese acuerdo porque Jimmy me lo pidió. Siempre confié en él, jamás imaginé que escucharlo me conduciría hasta aquí, que hoy estaría en esta sala. No entendí que Cayton fuera mi representante porque Jimmy, por alguna razón que se me escapa, me hubiera hecho firmar esto. Como ya he dicho, confiaba en él y firmé. Quería pelear por la gloria de Jim, lo amaba. Podría haberme informado del hecho de que el señor Cayton iba a ser mi representante, cosa que no hizo.

Puccio, de todos modos, no dejó de presionarme. Me atosigó con los términos específicos de mi contrato con King. Yo no tenía ni idea de lo que ponía en ese contrato. ¿Os creéis que me leo esa mierda?

—Me está estresando —le dije a Puccio.

La verdad es que estaba más interesado en llevarme al huerto a la joven y sexy asistente de Puccio, Joanna Crispi. Le dije que tenía un culo muy bonito y no paré de intentar llamar su atención. Lamento que tengáis que leer esto. ¿En qué estaba pensando? Me consta que no se puede hacer algo así. Pero yo lo hice.

Mi propio litigio con Robin seguía su curso, pero ello no era obstáculo para que continuáramos viéndonos. Cada vez que visitaba Los Ángeles acudía a verla para echar un polvo rápido. En una ocasión acudí a su casa en mi Lamborghini Countach. Llamé a la puerta y no respondió nadie. Qué raro. Así que me dirigí de regreso al coche cuando, de pronto, vi que Robin llegaba en un bonito BMW descapotable. Debí haberlo reconocido, fui yo el que le compró ese jodido coche. *Genial, al final voy a poder mojar*, pensé, pero entonces distinguí una silueta blanca con una ondulante melena rubia en el asiento del copiloto. Mierda, probablemente era una de sus amigas de la serie *Head of the Class*. Cuando me fijé un poco más, descubrí que se trataba de un hombre. Alguien a quien quizás se la estaba chupando. Aparcaron y salieron del vehículo y vi que se trataba de Brad Pitt. Deberíais haber visto la cara que puso Brad cuando me encontró ahí plantado delante de la casa. Parecía listo para recibir los últimos sacramentos. Además, parecía ir colocado hasta las cejas. Se puso hecho un flan: «Colega, no me pegues, no me pegues. Sólo estábamos repasando unas líneas de diálogo. No ha dejado de hablar de ti».

—Por favor, Michael, por favor, no hagas nada, Michael —decía llorando Robin. Estaba muerta de miedo. Pero yo no pensaba pegar a nadie. No tenía intención de ir a la cárcel por su culpa; sólo pretendía echar unos polvos antes del divorcio.

—Vuelve más tarde —me dijo—. Estaré en casa, vuelve más tarde.

Así fueron las cosas. Aquel día Brad me ganó la mano, con lo cual regresé al día siguiente.

El divorcio completó su curso el 14 de febrero. Irónico, ¿no? Robin consiguió algo de dinero en efectivo y todas las joyas que le había comprado, las cuales sumaban una fortuna. La Implacable utilizó parte del botín de Robin para fundar una productora de cine independiente en Nueva York llamada Never Blue Productions. Mi amigo Jeff Wald, el productor de Hollywood, me recomendó que contratara a Howard Weitzman como abogado para el caso. Era una bestia. En un momento del proceso, Robin había sostenido que un cuantioso cheque a su nombre era válido porque en el pie podía leerse «Regalo de Mike Tyson». Lo que no sabía era que el banco había microfilmado cada cheque. Howard amplió el cheque original microfilmado y lo enganchó a una cartulina bien grande para demostrarle al tribunal que Robin había escrito esas palabras sobre él mismo después de haber sido aprobado.

Ya me había librado oficialmente de Robin, pero en vez de sentirme eufórico, estaba abatido. No quería seguir casado con ella pero me sentía humillado por todo el proceso. Me sentía medio hombre. Había sufrido el lado oscuro del amor —la traición— y estaba avergonzado de que millones de personas hubiesen sido testigos. Aquella era la primera vez que me había mostrado vulnerable enfrente de alguien. Ahí estaba una persona por la que habría dado la vida y que ahora no me importaba si se caía muerta. ¿Cómo puede el amor cambiar de semejante manera? Ahora que soy una persona más consciente de las cosas, cuando reflexiono sobre aquellos tiempos advierto que Robin e Implacable eran seres deplorables. Eran capaces de hacer cualquier cosa por dinero, cualquier cosa. Se habrían follado a una rata. Carecían de límites. Se habrían manchado las manos de sangre por dinero. Eran personas malvadas.

Había llegado la hora de volver a pelear. La industria pugilística al completo aguardaba mi regreso. Le habíamos devuelto al deporte la capacidad de ser un gran espectáculo que arrastrara a las masas. Las entradas para mis combates se agotaban al minuto. Todo el mundo acudía a Las Vegas para dejarse caer por el MGM Grand. Cuando íbamos aquello parecía una lata de sardinas. Se corría la voz que planeaba visitar las galerías comerciales del MGM Grand con la idea de gastarme doscientos cincuenta mil dólares la noche antes del combate y el lugar se llenaba de dobles de Mike Tyson. Imitaban mi forma de andar. Mientras yo dormía a pierna suelta en mi habitación, mucha gente aseguraba haberme visto. Ahí se daban cita los mayores apostadores del planeta. Billonarios, actores, actrices, estafadores, todos estaban ahí. En los asientos a pie de pista veías a prostitutas sentadas al lado de senadores estadounidenses.

Pero yo no estaba en forma, sobre todo mental, para combatir. Bruno debería

haberme metido una paliza. Ya no me importaba lo que hacía. Estaba harto de pelear. El sistema de Cus había abandonado mi cabeza. Disimulé a fuerza de bien. En una de las primeras ruedas de prensa antes del combate, intenté sonar optimista.

—Me siento feliz de encontrarme de vuelta. Últimamente he hecho frente a muchas distracciones, pero creo que es realmente bueno para uno tener que encarar algo así. De hecho, ya había atravesado por un dolor de estas características, sólo que esta vez se ha hecho público —dije—. Sé que he aprendido mucho sobre mí mismo y sobre cómo plantarle cara a la adversidad. Mi principal objetivo ahora es regresar a lo más alto. No me importa si soy famoso o me reconocen por la calle. No puedes estar arriba si no rindes y mi plan es volver a rendir y volver a estar en lo más alto.

Los periodistas, sin embargo, sólo se mostraban interesados en mi romance de cuento de hadas con Robin y lo ocurrido con él.

—Ey, atravesé una etapa, me enamoré, puede que vuelva a hacerlo, pero no de la misma manera.

A medida que se acercaba el día de la pelea, me puse más bravucón.

—La gente se refiere a mí como «pobre tipo». Es un insulto. Desprecio la compasión. La jodí y cometí errores. «Pobre tipo» me hace parecer una víctima. No tengo nada de pobrecito.

Unas semanas antes del combate enviamos a Rory y John Horne al Hilton. Al cabo de pocos días, lucían relojes de oro y joyas adquiridas a mi cargo en las tiendas del hotel. Me dijeron que habían llegado al extremo de robar toallas del hotel.

No me entrené muy duro para el combate. Estando con Cus había practicado *sparring* con Bruno a los dieciséis años y lo había podido dominar. No tenía una estrategia pensada. Sabía que podía neutralizar su *jab* y que era incapaz de hacerme daño con sus golpes más potentes. En el momento de pesarnos, Bruno intentó sostenerme la mirada, de modo que me bajé los shorts y le enseñé mi vello púbico.

Al empezar la pelea me sentí un poco oxidado, si bien conseguí golpear con fuerza. Lo tumbé con mi primer puñetazo. Luego me volví un poco temerario al intentar acabar por la vía rápida. No anticipé su velocidad, así que me metió un gancho de izquierda y un derechazo corto. La gente habló mucho sobre cómo había conseguido que me tambaleara, pero no fue nada. Apenas un contratiempo del que me recuperé de inmediato. Casi lo noqueo al final del segundo asalto. Después se me agarró tras cada golpe castigador que le dediqué. A falta de un minuto para que finalizara el quinto asalto, hice que se tambaleara y me pasé los siguientes cuarenta segundos acosándolo. Estaba a punto de caer y lo llevé contra las cuerdas, soltándole un demoledor *uppercut* de derecha. Richard Steele detuvo la pelea. Pudo acabarla de pie.

Mi próxima pelea estaba programada para julio, pero la HBO quería ofrecerme un contrato vitalicio. Yo no dejaba de ser su esclavo negro. Me necesitaban igual que al

capataz de una plantación. Imaginaos el panorama: esos trajeados peleándose por desgarrarme el alma.

Empecé a entrenarme para la pelea en Ohio. Acababa de comprarme una casa junto a la de Don. El 31 de mayo, los tipos de la HBO acudieron a la casa de Don para hablar de la propuesta de acuerdo. Yo no me presenté. La noche anterior había salido de fiesta.

King citó a la prensa y pintó nuestra relación de color de rosa.

—Éste es un asunto de familia, donde prevalecen el compañerismo, la solidaridad y la unión. Mike entiende que debe mejorar. Mi trabajo consiste en ser honesto con él. Se le ha de permitir que cometa sus propios errores —dijo—. Como cualquier persona, necesita crecer; aquí de lo que se trata es de que Mike crezca y no veo el momento de conseguir que se independice de mí.

El cabronazo estaba imitando a Cus.

—No intento castrarlo, decidir qué le conviene y qué no. Es él quien decide, yo no soy su padre sino el corazón del padre del que tantos niños del gueto carecen. Puedo identificarme con lo que Mike Tyson está sufriendo.

¿Qué puedo decir sobre este tipo? No reconocería la verdad aunque se diera de morros con ella. Si alguna vez suelta una verdad, es por puro accidente.

Llegada la hora del almuerzo, seguía sin presentarme, por lo que dieron inicio a la reunión sin mí. Yo aterricé sobre las cuatro de la tarde vistiendo unos *lederhosen* a rayas blancas y negras que Dapper Dan había confeccionado para mí.

La reunión me la soplaban. En Ohio me aburría de la muerte. A veces cogía una pistola y me ponía a disparar a los coches aparcados en la propiedad de Don. Uno de los motivos de que estuviera en Ohio era porque me habían prohibido la entrada a muchos clubs de la ciudad. Hasta conseguí que echaran a Paulie Herman, inversor del China Club, de su propio club. Estábamos ahí una noche en la que me vi involucrado en un incidente con una mujer. Creo que me puse todo mandón con una camarera; me enfurecí porque tardaba mucho en traernos el champagne. Se quejó de mí al jefe y éste vino a nuestra mesa y nos puso de patitas en la calle. De modo que nos fuimos al Columbus y Paulie abrió el local y bebimos ahí.

Hope pasaba mucho tiempo conmigo en Ohio. Yo tenía a mujeres entrando y saliendo, pero era agradable que alguien como Hope cuidara de mí cuando se marchaban. La despertaba en mitad de la noche, ella nos preparaba unos sándwichs y nos limitábamos a charlar. Recuerdo confesarle: «Mucha gente no lo sabe, pero ni siquiera sé hacerme un sándwich». Siempre tenía a alguien cerca para hacerme las cosas. Fue una época solitaria y deprimente.

Un presunto amigo vino entonces a clavarme una puñalada por la espalda. Finalmente el libro de José Torres vio la luz. En un principio debía ser una biografía autorizada pero, al unirme a Don, nos retiramos del proyecto. Lo siguiente que supe es que ahí había un libro donde «se contaba todo», repleto de mierda, mentiras y distorsiones sobre mí. En un pasaje del libro salíamos hablando sobre sexo y mujeres

mientras dábamos un paseo y supuestamente le dije: «Me gusta oírlas gritar de dolor, verlas sangrar. Me procura placer». Jamás he dicho eso sobre las mujeres. Me refería a mis rivales sobre el cuadrilátero. Torres era un perverso. El libro estaba lleno de errores como aquél.

Cuando se publicó el libro, no me tomé la molestia de negar esos cuentos, pero sí que hice un comentario sobre la traición de Torres.

—Tienes un amigo que te abraza y te dice cuánto te quiere y que moriría por ti, hasta que resulta que necesita dinero, por lo que te raja la garganta y deja que te mueras desangrado.

Ya que estamos con el tema de la sangre, debo decir que por aquella época empezó a preocuparme el tema del SIDA. Mi siguiente pelea iba a tener lugar el 21 de julio en Atlantic City. La preparación de cara al combate incluía hacerse un test del SIDA. Dada la frecuencia con que sangran los boxeadores, se intentaba proteger a los árbitros, al personal de los rincones y al otro boxeador. Me daba miedo hacerme la prueba. No paraba de acostarme con chicas malas, así que pensaba que lo había contraído. Acudieron a hacerme el test y me negué.

—Hazte el jodido test, Mike —me rogaba Don—. No tienes esa mierda.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Qué síntomas demuestran que no lo tengo?

Lo que Don no sabía es que un amigo mío de la infancia había muerto de SIDA. Ambos habíamos mantenido relaciones sexuales sin protección con la misma chica. Ella también falleció de lo mismo. Los tres solíamos frecuentar un club, cuyo portero estaba al tanto de que la chica y yo éramos íntimos. Siempre que acudía, se quedaba mirándome.

—Ey, Mike. ¿Cómo andas? Parece que has perdido peso.

Me constaba que, a mis espaldas, estaba diciéndole a la gente que estaba enfermo de SIDA.

Por entonces el SIDA circulaba por todas partes. Uno de mis ídolos de infancia lo había contraído. Lo llamábamos Pop, ni siquiera sabíamos su verdadero nombre. Era un homosexual extravagante, unos cinco años mayor que yo. Se agenciaba un montón de pasta porque, al vestir siempre de forma imaculada con abrigos de piel, anillos y diamantes, los empleados de las tiendas no pensaban que fuera a robar nada. Pop sólo buscaba la compañía de mujeres cuando se sentía abatido. No le gustaba que fuéramos con él porque llamábamos mucho la atención, pero siempre se mostraba generoso y nos daba parte de lo que conseguía.

Mi siguiente combate era contra Carl «The Truth» Williams. Era un perdedor con un historial de 12-1, con lo cual no creía que me fuera a suponer una amenaza. Con el fin de despertar interés por la pelea y ganar algo de dinero rápido, Don había montado una línea 900. Al llamar, se suponía que te daban información exclusiva sobre mí. En realidad no era más que una cinta con una grabación en la que Don me entrevistaba.

—Si vences a Carl Williams, ¿cuál va a ser tu próximo contrincante?

—No lo sé —respondía.

Y la gente pagaba por esta gilipollez.

La pelea en sí no duró tanto como esa llamada a un 900.

Williams no dejó de lanzarme *jabs* de izquierda y yo me desplacé hacia un lado y simultáneamente le lancé un gancho con la izquierda que le impactó de lleno en la barbilla. Se fue al suelo y se incorporó ayudándose de las cuerdas para recuperar el equilibrio. El árbitro le hizo una pregunta y, al no gustarle su respuesta, detuvo la pelea. El combate había durado dos segundos más que el que había disputado contra Spinks. Me sorprendió que el árbitro lo parara. No pensé que Williams estuviera en tan mal estado. Pero, tal y como le dije a Larry Merchant tras la pelea, no habría parado de acosarlo. Tener a alguien malherido siempre me hacía sacar la parte más peligrosa de mí.

Merchant me preguntó quién iba a ser mi siguiente rival, ofreciendo una lista de nombres que incluía a Holyfield, Douglas y Dokes.

—Que vayan pasando todos. Nadie puede hacerme sombra. Soy el mejor boxeador del mundo —dije.

—Don me ha prometido que, si tumbaba a este tipo, iba a pagarme cien mil dólares —le conté a Larry. Don maniobró para entrar en el plano—. ¿Cuándo va a ocurrir?

—Después de la rueda de prensa —respondió Don.

—Oh, sí. Oh, sí —dije emocionado—. A mi iglesia le irá bien el dinero.

Recogimos el botín y lo metimos en una bolsa y Craig Boogie y yo nos dirigimos directamente a Mount Vernon a ver a Heavy D y Al B. Sure! Pasamos un rato en casa de los padres de Heavy y luego nos fuimos a la ciudad a pulirnos el dinero en nuestras iglesias predilectas: primero en Columbus y, a continuación, en todos los clubs que se extendían entre Harlem y el centro. Después de aquella pelea, estuve un mes saliendo de fiesta por Nueva York.

Por descontado, regresé de inmediato a Brownsville, a repartir por el barrio parte de mi fortuna. En ocasiones era Brownsville la que venía a mi encuentro en la ciudad. Una vez estaba atravesando Madison Avenue en mi limusina junto a mi viejo amigo Gordy. Miré por la ventana y vi andando a toda prisa a un hombre y una mujer que lucían abrigos de visón largos y carísimos. Los perseguía un empleado de una de esas tiendas tan exclusivas de Madison Avenue.

—Ey, ¡vuelvan aquí! ¡Vuelvan aquí! —gritaba el empleado.

Al fijarme con más detenimiento, advertí que se trataba de Pop y su amiga Karen. Gordy y yo nos partimos el culo de la risa al comprobar que, aún teniendo SIDA, Pop seguía a lo suyo.

Durante los años en que estuvo operativo el equipo Tyson, debo admitir que realmente me superé a mí mismo. Mi cabeza no operaba de acuerdo a la lógica. Creía

de veras que era un campeón bárbaro. «Si no te gusta lo que te digo, te destruiré, te arrancaré el alma». Yo era Clodoveo, era Carlomagno, era un pérfido hijo de puta. Uno de mis guardaespaldas comenzó a pensar que su nombre era «cabronazo» porque no dejaba de oír «Cabronazo, consígueme esto» o «En marcha, cabronazo».

Lo que tenía montado en Ohio era un campamento salvaje. Iba repartiendo hostias a todo el mundo. Era de ese tipo de dictadores. A nadie se le despedía, sólo recibía una tunda. Recuerdo pegarle a King en la cabeza con tanta fuerza que EB dijo que parecía haber visto polvo salir de su melena afro.

Un domingo le dije a Don: «Tío, jamás he visto un millón de dólares en metálico. Será mejor que me lo consigas».

—¡Pero si el banco está cerrado, Mike! —dijo Don.

—Tienes contactos. ¡Consigue que te abran un banco y que te den un millón de dólares! En metálico —le advertí.

Tío, estaba bien jodido. No paraba de inventarme cosas, buscando motivos para golpear a Don en la cabeza.

—No lo hagas, Mike. Don va a hacer que te maten, Don es de los que consigue que maten a gente —me decía todo el mundo.

—¿Acaso todos le tenéis miedo? —decía y luego, ¡bam!, le soltaba una patada en la cabeza.

Un día Ali y un grupito de personas se encontraban en la casa de Don en Las Vegas. Yo estaba acostumbrado a escuchar historias según las cuales Ali, Larry Holmes y muchos otros boxeadores temían a Don porque lo creían capaz de mandarlos asesinar. Puesto que los respetaba, quería que supieran que no existían motivos para tener miedo de Don. Solía hacer comentarios deplorables sobre él delante de todo el mundo para demostrar su poca valía. No sé si éste era el motivo real de que le tocara las narices. Yo era un joven inmaduro y simplemente me apetecía.

Rory y John venían a hablar conmigo.

—Escucha, Mike, el hombre tiene más de sesenta años. Si sigues pegándole, vas a causarle daños cerebrales. Nos ha pedido que te llamemos para hacerte saber que va a dejar de venir si continúas pegándole, así que relájate.

De manera que tuve que relajarme.

Todos se pensaban que estaba loco. No me entrenaba. Salía demasiado de fiesta. Pero sin haber entrenado apenas, seguía tumbando a mis rivales. ¿Sabéis qué? Durante aquel período de tiempo quizás sí que estuve chiflado. Hoy en día me siento muy lejos de aquella persona. Pienso: *Guau, joder, sí que estaba como una cabra.*

No miento cuando afirmo que me creía el ser más perverso sobre el planeta Tierra. Pegaba a Don como si yo fuera el jodido John Gotti. Don intentaba que fuera a ver a un médico. Me decía: «Mike, necesitas visitar a un psiquiatra, hermano. Hay algo que no te funciona bien». De hecho, consiguió que fuera a ver al Doctor Alvin Poussaint, que trataba a Bill Cosby, un distinguido profesor de psiquiatría en la

Harvard Medical School. Un individuo erudito y sentencioso. Pouissant me preguntó qué problema tenía y empecé a largarle gilipolleces propias de un tarado: «Que os jodan. No me importa vivir o morir, no me importa una mierda». Aquel tipo era tan burgués y presuntuoso que me revolvió las tripas. Acabó largándose por patas. Salió corriendo de casa para nunca regresar.

Cuando pienso en todas las cosas terribles que Don me ha hecho a lo largo de los años, continúo con ganas de matarlo. Es un mentiroso y un traidor de tomo y lomo. No es un tipo duro. Jamás lo ha sido. Todo lo que ha hecho en plan tipo duro es porque ha pagado a alguien para que lo hiciera por él.

Por aquel entonces no me importaba lo que pensarán sobre mí. Me limitaba a vivir al día de la forma que más me placía. Era como un vaquero jugándose la vida. Había deseado convertirme en un villano y lo había conseguido. La revista *Boxing Illustrated* publicó un artículo titulado: «¿Va Mike Tyson camino de ser el campeón de los pesos pesados más impopular de la Historia?». Dave Anderson, de *The New York Times*, publicó una columna en la que se preguntaba: «¿Quién hay ahí afuera que pueda detener a Tyson?». La prensa se volvía en mi contra y a mí me encantaba. Era irritante. Necesitaba poder pelearme con más gente.

Don cerró un trato para que mi siguiente combate fuera contra Razor Ruddock. Los hoteles estadounidenses no estaban interesados en desembolsar mucho dinero para alojar la cita. Trump estaba quemado tras mi veloz KO contra Williams. De modo que Don encontró a unos individuos en Edmonton, Canadá, dispuestos a pagar una tarifa de 2,6 millones de dólares. El evento se fijó para el 18 de noviembre. Tras salir de marcha por Nueva York, volé a Los Ángeles para que no se parara la fiesta. No estaba muy interesado en pelear contra Ruddock. Lo había visto enfrentarse con brillantez a Michael Weaver, pero no había vuelto a alcanzar ese nivel. Se convirtió en un artista del noqueo. En el combate anterior al nuestro había ido a la lona en el segundo asalto, levantándose para acabar venciendo de forma impresionante en el séptimo.

En septiembre comencé a prepararme para el combate en Las Vegas, pero no me sentía motivado. Ya no quería seguir peleando. A mediados de octubre trasladamos el campamento a Edmonton. No me entrenaba. Sólo me dedicaba a acostarme con mujeres. No me apetecía ni salir de la habitación. Hacía que mis amigos me buscaran una mujer al azar y me la trajeran ahí. No me importaba su aspecto ni su nombre. Al acabar se marchaba y entraba otra escogida aleatoriamente. Finalmente le pedí a Don que buscara alguna excusa para aplazar el combate. Utilizamos mi bronquitis. Me habría resultado sencillo pelear con ella, pero a un médico le habría bastado con echar un vistazo a una radiografía para asustarse. El 26 de octubre aplazamos la pelea y volamos de vuelta a Las Vegas. Don había encontrado a un médico dispuesto a certificar que padecía una pleuresía. ¿Pleuresía? ¿Qué cojones es una pleuresía? Temía que se tratara de una enfermedad venérea.

Don empezó a mover los hilos de cara a buscarme un contrincante más acorde.

Decidió llevarme a Japón en enero para luchar contra Buster Douglas, que se imaginaba que sería un pelele. Luego cerró un acuerdo con la gente de Evander Holyfield para que combatiéramos en junio de 1990 en el Trump Plaza. Yo me llevaría una bolsa de 25 millones de dólares. A Cayton, que seguía siendo oficialmente mi representante, le alegró la noticia.

Así que volví a volcarme en la fiesta. En noviembre pude conocer a algunas de las mayores celebridades imaginables al participar en los actos conmemorativos del sesenta aniversario de Sammy Davis Jr. en el mundo del espectáculo. Me lo pasé en grande. Hablé con George Burns y Milton Berle sobre Fanny Brice, Ruby Keeler y Al Jolson. George era tan mayor que había llegado a trabajar con Fanny. Me vi con todo el grupito del Rat Pack. Les caí muy bien.

Sin embargo, departir con ellos no fue nada en comparación con conocer a mis ídolos pugilísticos. De todas las celebridades que me presentaron por esta época ninguna me quitó más el aliento que Max Schmeling. Tenía ochenta y largos cuando lo conocí. Resultó fascinante hablar con él de boxeo. Hablamos de Dempsey y Mickey Walker. Me contó que Joe Louis no había sido sólo el mejor boxeador sino también la mejor persona. Al enterarse de que Joe Louis estaba en la bancarrota, viajó de Alemania a Harlem en su búsqueda. ¿Os podéis imaginar a un hombre blanco y mayor recorriendo todos los clubs de Harlem para dar con Joe Louis? Cuando lo conocí, Schmeling era billionario, poseía todos los derechos de Pepsi en Alemania. Lo que de todos modos se antojaba más fascinante de él es que seguía amando el boxeo. Allá donde fuera, siempre lo acompañaban las cintas con sus añejos combates.

Yo adoraba a los viejos campeones. Cuando me enteré que Joey Maxim, el antiguo campeón de los pesos ligeros, trabajaba en la recepción de un hotel de Las Vegas, me pasaba cada semana para verlo y hablar de su carrera. Le enfurecía que, durante los combates celebrados en el Hilton, nunca anunciaran su presencia en la primera fila de espectadores, por lo que me aseguré de que empezaran a hacerlo. A hombres como él nunca los consideré unos desgraciados o gente sin suerte. Para mí él era más grande que yo. Yo no era un tipo importante que le estuviera haciendo un favor visitándolo; estaba maravillado de poder pasar tiempo con él. Me sentía feliz por el simple hecho de verlo y poder tocarlo. La noche en que regresé a casa tras nuestro primer encuentro, me eché a llorar.

El 8 de enero de 1990 me subí en un avión con destino a Tokio. Pataleé y grité. No quería combatir: por entonces sólo me interesaba salir de fiesta y follar. A mi regreso había ganado más de trece kilos. King estaba tan preocupado que me ofreció un bonus si recuperaba mi antiguo peso para la pelea que se celebraría en un mes.

Buster Douglas no me parecía un gran desafío. Ni siquiera me tomé la molestia de ver sus antiguos combates. No me había costado ganar a todos aquellos que lo habían vencido. Estando yo en las peleas menores, lo había visto luchar por el campeonato

de la ESPN y perder a manos de Jesse Ferguson, a quien yo había noqueado en mi primera pelea para la ABC. Me sentía como mis héroes Mickey Walker y Harry Greb. Leí que Greb era tan arrogante que les aseguraba a sus rivales que no había entrenado porque «no merece la pena que me ponga a sudar por ti». De modo que seguí su ejemplo. No entrené en absoluto para el combate. Anthony Pitts estaba conmigo y madrugaba para salir a correr con mi compañero de *sparring*, Greg Page. A mí no me apetecía. Anthony me decía que se encontraba a Buster cavando con sus botas del ejército, los mocos colgándole de la nariz, y saliendo a correr.

No podía comer, puesto que tenía sobrepeso y quería conseguir el bonus de Don. Me dedicaba a tomarme una sopa teóricamente quemagrasas. Luego las mujeres de la limpieza me servían de plato principal. Resultaba irónico ya que las japonesas dan la impresión de ser muy tímidas e introvertidas. Afortunadamente fui a toparme con unas señoritas locales en absoluto convencionales. La gente me preguntaba si había aprendido algunos trucos sexuales de ellas, pero no tuve tiempo de aprender nada. Aquello no consistía en un curso de aprendizaje sexual, sino en un tipo intentando pasarlo de puta madre.

A las empleadas de la limpieza ni siquiera tuve que pagarles para follármelas. Lo que sí hice fue darles cuantiosas propinas en esos billetes suyos con pinta de haber salido del Monopoly. Supongo que estaban agradecidas porque regresaban y a veces se traían a alguna amiga.

—A mi amiga le gustaría conocerlo, señor Tyson. Agradecería poder acompañarnos.

Además de practicar el sexo con las mujeres de la limpieza, me citaba con una joven japonesa con la que me había acostado durante mi visita previa al país con motivo del combate contra Tony Tubbs. Robin salía de compras y yo me escabullía con ella por las escaleras a la planta de arriba.

Le pedí que volviéramos a hacer lo mismo. Había demasiada gente por mi planta y no quería que Don, Rory, John o Anthony controlaran lo que hacía. Podrían haberla asustado, se mostraba muy tímida con gente de por medio. En los dos años que llevaba sin verla, había madurado una barbaridad.

De modo que en esto consistió mi entrenamiento de cara a la pelea contra Douglas. De tanto en tanto me presentaba a hacer ejercicio y *sparrings*. Diez días antes del combate, me encontraba haciendo un *sparring* con Greg Page cuando me crucé por delante de uno de sus ganchos de derecha y acabé en el suelo.

—¿Qué cojones estás haciendo? —me preguntó Greg más tarde.

Unos días después, Don abrió al público una de mis sesiones de *sparring* con las entradas a sesenta dólares. Por descontado yo jamás vi un céntimo de ese dinero. En aquel momento ni siquiera sabía que le estaba cobrando a la gente. Estaba planeado que hiciéramos dos asaltos, pero yo tenía tan mal aspecto que Aaron Snowell y Jay lo pararon cuando llevábamos uno y dieron la sesión por finalizada. Don estaba que trinaba. Quería su dinero. No tenía ni idea de que estuviera tan bajo de forma. No

sabía absolutamente nada sobre boxeo. Era incapaz de distinguir a un tipo en forma de uno fuera de forma. No sabía siquiera cómo se ata un guante de boxeo.

El día previo al combate arrojé un peso de casi cien kilos, mi récord antes de una pelea. Aún así, conseguí mi bonus. Ese mismo día también disfruté de la compañía simultánea de dos empleadas de la limpieza. Y luego de dos chicas más, por separado, llegada la noche.

No había estado al corriente pero resulta que Douglas se sentía muy motivado para hacer una buena pelea. En julio de 1989 había vuelto a nacer. Luego su mujer lo abandonó y su madre soltera contrajo una enfermedad que a principios de enero, mientras él se hallaba entrenando, había acabado con ella. Yo no sabía nada de eso ni me importaba. HBO estaba aireando a los cuatro vientos que Douglas iba a dedicarle la pelea a su madre, pero yo era tan arrogante por entonces que hubiera sido capaz de declarar que esa noche él iba a unirse a ella.

Combatimos a las nueve de la mañana por la diferencia horaria con Estados Unidos. La mitad de los sesenta y tres mil asientos del recinto estaban vacíos. Don era un promotor lamentable. Desde el momento en que me uní a él, todo empezó a irse a pique. Era un nubarrón sobre mi cabeza.

A aquel cuadrilátero no se subió el Mike Tyson de costumbre. Para cualquier observador resultaba evidente que yo no quería estar ahí. Arrancó el combate y lo hice de pena. Soltaba puñetazos con mucha fuerza porque era consciente de que, si lo enganchaba bien, no iba a volver a levantarse. No me importaba lo grandullón que fuera. Pero yo apenas golpeaba. Fue el combate en el que lancé el menor porcentaje de golpes. Él recurría a su *jab* y al alcance de sus brazos para impedir mis ataques y, cuando intentaba golpearle en el cuerpo, me agarraba. Aquella noche hizo una gran pelea, aunque yo era un blanco fácil. No estaba moviendo la cabeza en absoluto.

Yo no le intimidaba. De hecho, era él quien seguía golpeando tras sonar la campana y en los descansos. Jugaba sucio, pero formaba parte del boxeo, todo el mundo lo hacía. Tras el tercer asalto regresé a mi rincón. Aaron y Jay estaban de los nervios.

—No estás acortando las distancias —dijo Aaron—. Debes meterte dentro, si te quedas donde estás no vas a dar pie con bola.

No me digas. ¿Por qué no intentas *tú* meterte dentro? Aquel tipo me sacaba una ventaja de treinta centímetros al estirar los brazos.

—Vuelve a hacer lo que sabes —dijo Jay—. Hazlo. Que fluya.

Qué fácil decirlo cuando no estás siendo golpeado. Yo no apartaba la vista del suelo.

Douglas me sacudió bien en el cuarto y en el quinto. Durante el quinto comenzó a hinchárseme un ojo pero, al acudir al rincón, no disponían de End-Swell para mantenérmelo abierto. Cuando vi que llenaban una especie de condón extra largo con agua helada y me lo colocaban sobre el ojo, no podía creérmelo.

En el sexto asalto estaba exhausto. Tenía el ojo izquierdo completamente cerrado.

Buster, sin embargo, también aparentaba estar cansado, especialmente al inicio del séptimo. Pero no encontraba la forma de alcanzarlo. En el octavo consiguió que me tambaleara y me tuvo contra las cuerdas los últimos veinte segundos. A esas alturas buscaba conectar un solo golpe. Seguía trastabillando por culpa de sus puñetazos, era incapaz de concentrarme pero vi una forma de entrarle. Durante todo el combate había sido capaz de eludir todos mis intentos de acercarme y yo me había mostrado incapaz de acortar distancias pero, a esas alturas, él también estaba agotado y no podía moverse. Así que le lancé uno de mis característicos *uppercuts* y cayó a la lona.

Entonces me jodieron. Quien controlaba el tiempo era japonés y el árbitro era mexicano. No hablaban el mismo idioma y eran incapaces de coordinarse en el conteo. Cuando el árbitro cantó «cinco», Douglas llevaba de verdad ocho segundos en la lona. Así que obtuvo un conteo bien largo. Yo tuve que quedarme con la pajita corta. Esto forma parte del boxeo, pero no quita que me sintiera agraviado. La WBA tenía que estar teóricamente de nuestro lado. Sabía que iba a ganar porque mis rivales luchaban contra mí y los árbitros. Don siempre untaba a los árbitros. Por lo menos eso me contó. Quizás aquella noche se olvidó de pagarle al árbitro.

En cualquier caso, no deseo restarle méritos a Douglas. Demostró mucho coraje y agallas. Le propiné un golpe demoledor. Cualquier otro habría visto su cabeza volar hacia la estación espacial. Yo estaba tan para el arrastre que durante el asalto siguiente al noqueo no pude mantener el tipo. Él volvió con fuerzas renovadas. Cuando dio inicio el décimo, le metí un derechazo directamente a la mandíbula, pero él respondió con una avalancha de golpes a la cabeza, empezando por un *uppercut* de derecha. Mi insensibilidad era tal que no notaba los golpes, sólo los oía. Mi equilibrio estaba herido de muerte. Me fui a la lona.

Cuando impacté contra el suelo, se me salió el protector bucal y, mientras el árbitro llevaba a cabo el conteo, intenté ponerme en pie al mismo tiempo que lo agarraba. Actuaba por puro instinto. No me enteraba de nada. Tras llegar a diez, el árbitro me abrazó. Regresé a mi rincón completamente aturdido. Iba masticando el protector, si bien no era consciente de qué era aquello.

—¿Qué ha ocurrido? —les pregunté a los de mi rincón.

—El árbitro ha contado hasta diez, campeón —dijo Aaron.

Sabía que era inevitable. Desde el principio de la pelea había estado jodido. No realicé la entrevista posterior al combate para la HBO. Aún resonaban campanas dentro de mi cabeza. Por lo menos sufría una conmoción cerebral.

En cuestión de minutos, Don había organizado una reunión con la WBC y el cuerpo arbitral de la WBA. Acto seguido, convocó su propia rueda de prensa.

—El primer noqueo invalida al segundo noqueo —declaró indignado. Jose Sulaiman, el presidente de la WBC, suspendió el reconocimiento de un campeón puesto que el árbitro no había recogido el conteo llevado a cabo por el controlador del tiempo. El árbitro reconoció haber cometido una equivocación. Sulaiman reclamó de inmediato una revancha. A esas alturas yo había recuperado suficientemente la

conciencia para sumarme a la rueda de prensa. Lucía gafas de sol para ocultar el ojo a la virulé y apretaba un apósito blanco contra mi cara hinchada.

—Hace años que me conocéis, chicos, jamás me quejo o armo bulla. Le he noqueado antes de que él me hiciera lo mismo. Quiero ser campeón del mundo. Eso es a lo que aspiran todos los jóvenes —dije.

Regresé a la habitación del hotel. No había ninguna empleada de la limpieza esperándome. Resultaba extraño haber dejado de ser el campeón del mundo de los pesos pesados. En mi mente, sin embargo, sabía que había sido derrotado por pura chiripa. Me constaba que Dios no se metía con los animales pequeños, que sus rayos sólo impactaban contra los animales grandes, los únicos que conseguían irritarlo. Los animales menores no conseguían molestar a Dios. Dios debía atar en corto a los animales grandes para que no se acomodasen en sus tronos. Me estiré en la cama y pensé que mi grandeza había llegado a tal extremo que Dios estaba celoso de mí.

El viaje de regreso de Tokio se hizo muy largo. Mi ojo seguía mal, con lo cual tuve que llevar unas gafas de sol bien grandes que Anthony Pitts me había dejado. Durante el trayecto hablé con él.

—Me imagino que ahora vas a dejarme —le comenté. El adicto que llevaba dentro me decía: «Estoy condenado. Mi mundo se ha acabado».

—Mike, nunca voy a dejarte —me dijo—. Tú no puedes despedirme y yo no puedo largarme; estamos atrapados el uno con el otro. Espera y verás cómo al bajarte la hinchazón te encontrarás bien.

Tras aterrizar nos fuimos directamente a casa de Camille. Soy un tipo raro, siempre acabo volviendo a las esencias. Al hogar con mis mamás. A la mañana siguiente, Anthony se levantó a las siete y al bajar las escaleras me encontró haciendo abdominales y flexiones.

—Ah, ¿resulta que ahora sí que quieres entrenar? Después de la maldita pelea —me dijo.

—Tío, sólo intento no perder la concentración —dije.

Más tarde hablé con Camille. Había seguido la pelea desde la primera fila y tuvo la impresión de que yo estaba aturdido.

—No lanzaste ningún golpe contundente —dijo—. Parecía que desearas perder. Quizás ya te hayas cansado del tema.

Probablemente llevaba razón. Yo creía en la teoría de Cus de que lo único malo de una derrota era no aprender nada de ella. Cus siempre me estaba recordando que combatir era una metáfora de la vida. No importa si pierdes; lo que importa es lo que haces tras haber perdido. ¿Vas a permanecer hundido o a levantarte e intentarlo de nuevo? Más adelante le contaría a la gente que mi mejor combate fue contra Douglas porque me demostré a mí mismo que podía ser lo suficientemente hombre como para recibir una paliza y recuperarme.

De manera que me dediqué a pasar tiempo en Catskill, a jugar con mis palomas y a leer sobre mis héroes. Leí cómo Tony Zale supo regresar tras su pelea contra Rocky Graziano, cómo Joe Louis regresó para machacar a Max Schmeling, cómo Ali regresó del exilio, cómo Sugar Ray Robinson se encabritaba sólo con ver la palabra «ex» y su nombre en la misma frase. Mi narcisismo se puso de nuevo en marcha y pensé que yo pertenecía a la misma dinastía que esos tipos. Sabía que era inevitable que recuperara aquellos cinturones. Iba a marcharme a un lugar desvencijado en el que aprendería a ser un maestro en lo mío de cara a volver siendo aún mejor, igual que le ocurría a los protagonistas de todas esas películas de kárate de los Hermanos Shaw. Menuda gilipollez, ¿verdad? No era más que una rata de alcantarilla con delirios de grandeza.

Mientras tanto, el mundillo pugilístico atravesaba una tormenta. El día siguiente a la pelea todos los periódicos de gran tirada se mostraban indignados de que Douglas

no fuera reconocido como el nuevo campeón. Tan pronto puso un pie en Estados Unidos, Jose Sulaiman se retractó. Don se vio obligado a suplicar que tuviera lugar un combate de revancha de inmediato. Conspiraba para que Evander Holyfield, el legítimo aspirante, aceptara una bonita suma por echarse a un lado y dejarme participar en aquél. Sin embargo, la gente de Holyfield sabía que, si Evander ganaba a Buster, Don se vería apartado del mundo de los pesos pesados.

¡Guau! Me encantó esta memez.

Me acordé de estas palabras en una entrevista que concedí a la ESPN. Me preguntaron por qué a la gente le fascinaba tanto mi vida.

—Creo que a muchas personas les gustaría ver cómo me autodestruyo. Desean poder verme algún día entrando esposado en un coche policial o yendo a la cárcel. Igual que le ha ocurrido al hijo de Marlon Brando. A la gente le entusiasma decir: «A esto me refería, ya te dije que se lo estaba buscando». Pero ni estoy en prisión ni estoy en Brownsville, no cumplí con las previsiones.

Don me hizo participar en una serie de ruedas de prensa en las que intenté mostrar mi mejor cara, aunque la honestidad pugnaba por salir.

—Nadie es invencible —les dije. A veces el rival consigue comerte la moral. Buster me pateó el culo. No me entrené para ese combate. No me lo tomé en serio. Me estaba follando a esas japonesas como quien come uvas. Podrían haberme confundido con Calígula allá en Japón.

En Los Ángeles conseguí que la prensa se desternillara de risa al contarles cómo me dediqué a revisar desde casa la cinta de la pelea.

—Estoy sentado ahí diciéndome a mí mismo: «Eh, tío, ¡agáchate!». Pero el tío de la pantalla no se agacha. Yo le grito: «¡Agáchate, estúpido!». Pero ese estúpido no me escucha.

Un periodista me preguntó si sentía pulsiones suicidas tras perder el cinturón.

—¡Ey! Tengo mucho dinero que gastarme antes que quitarme la vida. Cada día debes lidiar con cosas así. ¿Si he llorado? ¡Ojalá pudiera hacerlo! La última vez que lo hice fue cuando obtuve el divorcio. Entonces sí que lloras. De hecho, ¿os puedo contar algo? Supuso una liberación, eso fue. Librarme de una gran presión.

El divorcio me dejó jodido. Desearía no haber dicho nunca aquello, de modo que, si lo hice en su momento, fue porque seguía muy afectado.

La gente intentaba buscar excusas a mi derrota, excusas que yo no les compraba. Incluso Larry Merchant, quien no siempre se había mostrado respetuoso conmigo, le echó la culpa a que tuviera un ojo cerrado durante la pelea, en el marco de una entrevista que me hizo para un especial de la HBO emitido una semana después de los hechos.

—Siempre te queda el otro ojo. Úsalo. Uno debe pelear hasta el final —dije—. El corazón seguía latiéndome.

De regreso de Los Ángeles fui directamente a mi refugio en Catskill, si bien ahora medio mundo subía hasta ahí con la intención de entrevistarme. Uno se topaba con

periodistas de Brasil, Inglaterra, Escandinavia y Japón merodeando por Catskill y Albany, visitando los sitios que yo frecuentaba, por ejemplo September's. Llamaban a la puerta de Camille y ella se encaraba con ellos.

—No os atreváis a volver. Dejadlo en paz, ¡no es más que un crío! —les gritaba. Deberíais sentir os avergonzados.

Buster Douglas había ganado el combate, pero nadie estaba prestándole atención; sólo me buscaban a mí. Llegaron a hacer un vídeo musical con mi caída y mi torpe búsqueda del protector bucal. Resultaba irónico. Mi inconsciente deseaba perder para escapar de esa olla a presión, pero ni siquiera eso funcionó.

—Ahora no puedo dejarlo, soy una puta de este deporte —le dije a un periodista—. Ahora debo demostrar algo. De hecho, me pregunto si ahora no soy más grande que antes por el hecho de haber perdido.

En medio de toda esta confusión, mi hermana falleció. Era la única persona que no temía ponerme a raya. Siempre fue mi protectora, hasta el momento mismo de su muerte. Era bastante obesa y su marido me contó que la noche antes de morir había esnifado cocaína. De verdad deseo que no lo hiciera porque se sintiera deprimida por mi culpa. Mantuve con ella una larga conversación telefónica la noche antes de que muriera.

—Ve a hablar con tu padre —me dijo—. Y haz que le echen un vistazo a tu ojo.

Siempre estuvo cerca de Jimmy, nuestro padre biológico. Deseaba que él y yo empezáramos a tener una relación. Menuda era mi hermana. Yo intentaba darle dinero pero ella se resistía. Estaba a gusto con su vida en el gueto. Jamás me pidió nada.

Su marcha me entristeció, si bien a esas alturas me había acostumbrado a la muerte y la entendía implícitamente. Su funeral tuvo lugar en Brooklyn y fue presidido por el reverendo Al Sharpton. Solíamos reírnos del reverendo Al y meternos con él por su gordura y su peinado, pero era un héroe gigantesco en nuestra comunidad. Estábamos orgullosos de él. Si reflexionabas sobre dónde procedía y hasta dónde había llegado no te quedaba más remedio que considerarlo un milagro. La otra noche vi un documental en la PBS sobre la historia de Broadway en el que apareció Milton Berle hablando sobre cómo fue crecer en la pobreza en Brooklyn. Declaró que tener un trabajo modesto y pésimamente pagado no suponía un fracaso. Sí que lo era, en cambio, regresar a Williamsburg o Brownsville. Aquello me dolió en el alma.

Después de perder el título, tuve que ir a visitar a mis amigos en Brownsville. Lo cierto es que no quería volver con el rabo entre las piernas, pero mis amigos estuvieron fantásticos. Fueron puro amor. Pasé mucho tiempo con mi amiga Jackie Rowe. Solíamos trapichear juntos cuando yo era niño. Mis amigos y yo robábamos en algún lugar y luego nos dirigíamos a casa de Jackie a repartir el botín. Jackie era una persona grandota, descarada y directa, un poco como mi hermana. De hecho, empezó a referirse a sí misma como «mi hermana» tras morir Niecey.

después del combate.

Vivimos momentos dramáticos en el vuelo a Copenhague, camino de la pelea contra Brian Nielsen. Crocodile empezó a vomitar y se desmayó. Había sufrido una sobredosis. Se lo llevaron corriendo al hospital. Pasaron tres días y lo dábamos por muerto. Sin embargo, el día que tocaba subirse a la báscula se presentó como si nada hubiera pasado. Crocodile era de esos tipos que podía drogarse día y noche, parar en seco de cara a entrenar a un boxeador durante seis semanas, y luego retomar el hábito tan pancho.

—Eh, tío, ¿qué has estado haciendo? —solía preguntarle.

—No me he vuelto a colocar desde la última vez que nos vimos —me decía.

—Mira, yo no he podido parar desde la última vez que nos vimos. Joder, ¿cómo te lo haces?

Cuando estoy en modo drogas, sólo me detiene el hecho de ser arrestado. Darrow nos acompañó en aquel viaje. Al poco de llegar, uno de esos moteros grandotes de Dinamarca le dijo algo a la mujer de Anthony Pitt. Darrow se dio media vuelta y, ¡bam!, lo dejó frito de un puñetazo. Reaccionó más rápido que el propio Anthony.

—No podría estar mejor —dije—. Estoy acompañado de mi abogado y mi jodido guardaespaldas al mismo tiempo.

Dinamarca se volvió loca con nuestra llegada. Las entradas para el combate se agotaron al instante. Yo llevaba más de un año sin pelear por lo que me imaginaba que nos iríamos a varios asaltos. Nielsen era por entonces el campeón de la IBC, aunque esto no significaba apenas nada. Lo llamaban Super Brian y su registro era de 62-1, pero la verdad es que nunca se había enfrentado a boxeadores de gran calibre que estuvieran en plenitud de facultades. Había vencido a Bonecrusher Smith, Tim Witherspoon y Larry Holmes, pero cuando ya estaban de bajada. Con todo, era un tiarrón de más de 1,90 metros y 118 kilos, por lo que me enfrentaba a una mole. En el primer asalto lo castigué a base de golpes al cuerpo y, cuando faltaban pocos segundos para finalizar el tercero, lo tumbé con una serie letal de combinaciones. Cayó como si fuera una secuoya. Si las cuerdas no hubieran amortiguado su caída, creo que habría partido el cuadrilátero en dos. Era la segunda vez en toda sus carrera que se iba a la lona. Yo estaba pasándomelo pipa. En apariencia había ganado algunos kilos con la idea de contrarrestar el volumen de mi rival, pero lo cierto es que no me había entrenado mucho. Me presenté con más de 108 kilos, mi peso récord, por lo que estaba deseoso de llevar a cabo algunos asaltos.

A lo largo de seis asaltos, fui soltándole golpes por todo el cuadrilátero. Al principio del séptimo, no se movió de su taburete. Se había hecho un corte sobre el ojo izquierdo en el que yo había hurgado con saña toda la noche. Le dijo al árbitro que no podía ver, pero lo cierto es que estaba exhausto. De todos modos, era un tipo majo. A nadie le gustaba porque era muy arrogante, pero yo me identificaba con él.

Tras el combate, nos zambullimos de cabeza a la fiesta. Crocodile y yo nos agenciamos algo de hierba y alcohol e hicimos que vinieran unas chicas a mi inmensa

suite. Eran chicas normales y corrientes, nada de prostitutas o bailarinas, sino oficinistas con un horario de 9 a 5. El vibrante ambiente sexual en Dinamarca, un país repleto de clubs, era excesivamente demencial incluso para mí. Al igual que en Alemania o los Balcanes, su idea del sexo era demasiado agresiva.

Crocodile estaba completamente desatado. Un momento estaba follándose a la hija del promotor y, al siguiente, se había metido en un lavabo con una chica palestina. Yo los seguí dentro y, tocándole en un hombro, le dije: «Ey... ey, hermano». Empezamos a hacer relevos. Regresamos a la habitación y ahí nos aguardaba un montón de chicas con las que empezamos a practicar el sexo. Yo estaba en una punta de la habitación y Croc en la otra, cuando oí que una chica le decía: «Te quiero, Crocodile».

—¿Cómo vas a quererlo —grité yo desde el otro lado— si sólo hace una semana que lo conoces?

Llegué a beneficiarme de la guardaespaldas forzuda que dirigía el equipo de seguridad que había contratado el promotor danés. Tenía una pinta de lo más fiera. Llevaba el pelo recogido en una coleta y Crocodile alucinó cuando, al entrar en mi habitación, se la encontró con el pelo suelto, vestida con sólo una de mis camisetas y en actitud femenina. Se pilló de mí. Llegó a seguirme hasta los Estados Unidos, pero yo no continué con la relación.

Monica pidió el divorcio. Supongo que ya había tenido bastante de verme tontear por ahí. La verdad es que no había parado. Llamarla para decirle que pensaba que tenía SIDA no creo que ayudara. Y el hecho de que acabara de tener un hijo con una *stripper* de Phoenix fue la guinda del pastel. No podía culparla. ¿Qué tipo de matrimonio era aquel en el que podía follarme a cinco chicas diferentes en una misma noche y luego limitarme a enviarle dinero? Me pregunto si llegamos a enamorarnos.

Había conocido a la madre de mi hija, Shelley, en un cub de *striptease* de Phoenix. Me gustaba mucho. Mantenía su casa inmaculada y juntos hicimos un montón de cosas. Era una loca del *fitness*, por lo que, cuando me ponía a hacer ejercicio y salía a correr, ella se apuntaba. Si yo hacía ocho kilómetros, ella hacía dieciséis. Siempre podía más que yo. En una ocasión, mi asistente, Darryl, y yo estábamos lanzando una pelota medicinal de siete kilos y Sherryl decidió sumarse. Ella y yo la lanzamos doscientas cincuenta veces. El dolor me hizo parar, pero ella siguió con Darryl. Aquella mexicana de cuarenta kilos de peso debió completar quinientos lanzamientos. Nos dejó para el arrastre.

Shelley se esforzó por conseguir que nuestra relación funcionase. Solía hablar con Hope para pedirle consejo de cara a hacerme feliz. Cuando se quedó embarazada de Miguel, yo no tenía la menor idea de cómo iba a poder cuidar de otro niño. En aquel momento estaba arruinado y lleno de deudas. No paró de decirme que iba abortar, pero no lo hizo.

Tenía programado un importante combate con Lennox por el título. La pelea estaba fijada para abril, de modo que tenía escaso margen para dejar la coca y la hierba y ponerme a entrenar en serio. Seguía bajo los efectos de la cocaína cuando volé a Nueva York para participar el 22 de enero en una multitudinaria rueda de prensa con Lennox. Nos colocaron sobre un gran escenario en el Hudson Theatre, encarándonos y subiéndonos a unas plataformas ligeramente elevadas. El presentador de Showtime, Jimmy Lennon Jr., hizo los honores como si se tratara de un combate de verdad. Tan pronto anunciaron el nombre de Lewis, perdí la cabeza. Le eché una mirada y quise pegarle una hostia a ese cabrón. Me bajé de la plataforma y fui a plantarle cara. Supongo que Lewis ya había previsto que yo liaría alguna, porque tenía escondidos cerca suyo a diez cabrones del tamaño de un tanque. Al acercarme se me lanzaron todos encima. Yo me había presentado con un puñado de guardaespaldas, con Anthony, Rick, mis entrenadores y Shelly Finkel. El equipo de Lewis debió pensarse que, al ver a aquellos armarios, echaríamos a correr.

Maniobré para plantarme delante de Lewis y uno de sus guardaespaldas me empujó, por lo que le solté un gancho de izquierda. A continuación, Lewis me metió un derechazo y Anthony le devolvió otro a Lennox. Se lió parda. En un momento

dado, me encontré en el suelo con Lennox. Era tan alto que, al caer, no había aterrizado junto a su cara, sino junto a una de sus piernas. Así que le pegué un mordisco en el muslo. Luego aseguraría que conservó las marcas de mis dientes durante un tiempo.

Nos separaron y ya no pude acercarme a él, pero sí que vi al guardaespaldas que me había empujado y le escupí en la cara. Anthony me contó que yo estaba tan cegado por la rabia que llegué a agarrar un extintor y amenazarlo con estampárselo.

Aquel 22 de enero, el Departamento de Policía de Las Vegas comunicó que, durante el registro de mi casa, había hallado pruebas que respaldaban las acusaciones de la mujer según las cuales la había violado y mantenido secuestrada. Ahora sólo quedaba esperar a ver si el fiscal del distrito presentaba cargos contra mi persona.

Paralelamente, Darrow Soll ya estaba manos a la obra. Obtuvo declaraciones juradas de todas las personas que se habían cruzado con esta mujer en mi casa. Se puso en contacto con los jardineros, los encargados de regar las plantas y las sirvientas, con todos los que la habían visto. Testificaron sin excepción que la joven se había mostrado encantada de pasear libremente con sólo una camiseta encima.

A estas alturas, la chica se había retractado y acudido a mi amigo Mack para decirle que se había visto forzada, tanto por la policía como por su novio, a presentar una denuncia. Su padrastro también le había confesado a Mack que ella había mentido.

Un día me encontraba en la peluquería cuando entró a hacerse las cejas una señora de raza negra que trabajaba para el FBI.

Al verme me dijo: «He visto tus cintas y te dejan muy bien».

Necesité un momento para entender que estaba refiriéndose a los vídeos porno caseros que la policía me había confiscado.

—Umm, mmm, mmm —dijo—. Eres de lo que no hay, chaval.

Gracias a la intermediación de Darrow, todo el asunto se paralizó. La fiscalía del distrito le plantó cara a la policía y, tras estudiar las presuntas pruebas que le habían facilitado, decidió no presentar cargos. En el ínterin, mi nombre había quedado manchado un vez más sin motivo alguno.

A raíz de los disturbios durante la rueda de prensa con Lewis, la comisión pugilística de Nevada decidió por 4 votos a 1 negarme la licencia para combatir en su suelo. ¿Por qué todas las culpas recaían en mí? En la anterior rueda de prensa protagonizada por Lewis, mientras filmaban en directo una entrevista con la ESPN, Hasim Rahman y él se habían enzarzado en una trifulca a tortazo limpio mucho peor que nuestro altercado neoyorquino. A la espera de encontrar un nuevo escenario, el combate se aplazó hasta junio. Conseguí más tiempo para seguir dándole a las drogas.

En febrero un senador de Texas declaró que, en el caso de dejarme caer de nuevo por su estado, debería ser arrestado ya que no me había registrado en tanto que delincuente sexual cuando estuve entrenándome en San Antonio en 2001.

Era una gilipollez; me había registrado pero ¿por qué dejar que la verdad lo

estropeará? Cuando se anunció que el combate tendría lugar en Memphis, tanto las autoridades de Tennessee como las de Mississippi comunicaron que antes de la cita debía registrarme como delincuente sexual. ¿Por qué era semejante paria en mi propio país? En el extranjero la gente sabía lo que hacía. Siempre que salía de Estados Unidos, me trataban como a un héroe, especialmente en los países comunistas.

Montamos el campo de entrenamiento en Hawaii. Esto os debería dar una pista del grado de motivación que sentía. Me encontraba en el epicentro de una de las hierbas más nocivas del mundo. Fumaba hasta freírme el cerebro. Ni siquiera el objetivo de recuperar el cinturón significaba gran cosa por entonces. No estaba en absoluto por la labor. No hay duda de que estaba realmente jodido. De ahí que le diera a la hierba. Los residuos de la cocaína tampoco abandonan el organismo así como así, en especial desde el punto de vista psicológico.

Shelly se había deshecho de Crocodile y Tommy Brooks, y habían fichado a un nuevo entrenador, Ronnie Shields. Crocodile asistió al combate y pasó a saludarme antes de que empezara. Me agarré a él y le di un fuerte abrazo.

—Croc, estoy tan cansado —le dije—, tan cansado.

Durante las presentaciones dividieron en dos el cuadrilátero por medio de veinte miembros de seguridad que, ataviados con camisetas amarillas, formaron un muro de contención entre Lewis y yo. Arrancó la pelea y yo me mostré agresivo durante el primer asalto, acosándolo por todo el cuadrilátero y obligándolo a agarrarme tanto que recibió una advertencia del árbitro. Sin embargo, tras ese primer asalto ocurrió algo extraño. Simplemente dejé de pelear. Fue como si se me hubiera bloqueado la mente. Ronnie Shields y mi otro entrenador, Stacy McKinley, me gritaban órdenes de forma simultánea, pero yo era incapaz de oír una sola palabra.

Hacía un calor infernal en el recinto y me deshidraté. No podía ponerme en marcha. Asalto tras asalto me quedé inmóvil delante de él a recibir sus golpes. Era consciente de mi incapacidad de vencer a nadie y menos a un boxeador de un nivel tan extraordinario como Lennox. En los últimos cinco años sólo había peleado diecinueve asaltos. Tantos años esnifando cocaína, bebiendo, fumando hierba y follando con una aberrante cantidad de mujeres estaban pasándome finalmente factura.

Muchos de mis amigos más cercanos y miembros de mi círculo profesional se creyeron que había peleado bajo los efectos de las drogas. Tal había sido mi pasividad. Mi actitud había resultado lamentable y me había costado lanzar golpes. Pareció como si todos mis héroes, dioses pugilísticos y viejas glorias me hubieran dado la espalda. O como si yo les hubiera dado la espalda a ellos. Todos mis héroes habían sido unos bastardos miserables y yo los emulé al 100% a lo largo de toda mi carrera, pero lo cierto es que jamás fui uno de ellos. Ojalá lo hubiera sido, pero no es el caso.

A esas alturas llevaba años acudiendo a terapia con diferentes psiquiatras. El

objetivo último de ésta consistía en moderar mis apetitos, incluyendo mi apetito por la destrucción, el mismo que me había convertido en Iron Mike. Iron Mike me había traído demasiado dolor, demasiadas demandas judiciales, demasiado odio del público, el estigma de ser un violador, de ser el Enemigo Público Número 1. Cada golpe que recibí de Lewis en los últimos asaltos socavó aquella pose, aquel personaje. Y yo accedí gustosamente a que los hicieran trizas.

En el octavo asalto Lennox me alcanzó con un potente derechazo que me envió a la lona. Sangraba a resultas de dos cortes encima de los ojos y también por la nariz. El árbitro llegó al final del conteo. Tras el combate, Jim Gray nos entrevistó a ambos simultáneamente. En un momento dado, Emanuel Steward, el entrenador de Lennox, interrumpió a Gray.

—Sigo siendo uno de los mayores fans de Mike. Desde su combate contra Roderick Moore no ha dejado de brindarme grandes satisfacciones. Todos te debemos muchísimas emociones. Es el boxeador de los pesos pesados más excitante de los últimos cincuenta años.

—¿Hasta qué punto lamentáis que este combate no tuviera lugar muchos años atrás, cuando tú, Mike, estabas en tu mejor momento, y a ti, Lennox, tampoco te pesaban tanto los años? —preguntó Gray.

Lennox empezó a responder y yo le limpié un poco de sangre de la mejilla.

—Los boxeadores de peso pesado maduran en momentos diferentes —dijo—. Mike Tyson estaba en todo su esplendor a los diecinueve. Entonces resultaba invencible e imponía su ley. Yo soy como el buen vino. Llegué más tarde, necesité mi tiempo y sólo ahora impongo mi ley.

—Mike, ¿lamentas que este combate no se produjera años atrás?

—No estaba escrito que fuera así. Conozco a Lennox desde que él tenía dieciséis años. Lo respeto a muerte. Cuanto dije iba encaminado a promocionar el combate. Él sabe que lo quiero, también a su madre. Y si se cree que no le quiero ni lo respeto, es que está loco.

—¿Significa esto que con una buena parte de tu comportamiento sólo buscabas vender entradas y que no representaba tus auténticos sentimientos? —Gray parecía en estado de shock.

—Él sabe quién soy y que no falto el respeto. Yo respeto a este hombre como a un hermano. Es un boxeador fantástico y prolífico.

El pequeño gesto de limpiarle la sangre de la mejilla a Lennox fue recogido por todos los periodistas. Les pareció que me había comportado de forma heroica en la derrota. Por primera vez, muchos parecieron ver al ser humano detrás de la fachada. O casi.

—Tyson es un personaje despreciable. Un violador, un matón que no querías que compartiera código postal con tu hija. Pero ahora va a resultar un poco más difícil detestarlo —escribió una de mis némesis en *Sports Illustrated*.

Al minuto de acabar el combate, me zambullí de nuevo en mis vicios. Acababa de

conocer a una atractiva dominicana llamada Luz. Vino a verme pelear contra Lewis acompañada de unos amigos y empezamos a pasar tiempo juntos. Vivía en el barrio hispano de Harlem en Nueva York y aquel otoño me instalé ahí con ella. De golpe estaba de vuelta en mi hábitat. Edificios abandonados, drogadictos en las calles, individuos sufriendo sobredosis, una mujer gorda empujando por un callejón el carrito del hijo recién nacido al que le había transmitido el mono, negros bebiendo cerveza y disparándose los unos a los otros. Lo siento, pero éste es mi elemento.

No me convenía encontrarme en mi elemento pero, una vez en él, mis sentidos se agudizaron. Estaba paranoico, moviéndome todo el rato, en modo supervivencia. Al trasladarme al Harlem hispano, me transformé una vez más en Brownsville Mike. La gente me pasaba drogas. Me salían gratis. Empecé a frecuentar las madrigueras de los drogadictos. Estar en compañía de aquellas personas me hacía sentir que, en esos momentos, pertenecía a aquel lugar en un sentido profundo. Así es como me veía a mí mismo. En el barrio las cosas funcionaban de otro modo: la gente podía pasarme drogas gratis y cuidar de mí pero, en el caso de que vinieran mal dadas, yo estaría ahí para ayudar. Yo tenía mis vicios y la gente del barrio comprendía mis subidas y bajadas.

El 13 de junio de 2003 se oficializó mi divorcio. Monica se hizo con la casa de Connecticut, su casa, y 6,5 millones de dólares de mis futuras ganancias. Con el tiempo obtendría un gravamen sobre mi casa de Las Vegas. Llegados a este punto, desplegó mucha hostilidad, pero a mí no me importó concederle el dinero. Soy un hombre de la calle; mi sitio iba a estar ahí, haciendo chanchullos.

Aunque mi corazón ya no estaba con el boxeo, seguía necesitando ganar dinero. Hice que Shelly me consiguiera un combate contra Clifford Etienne el 22 de febrero. Una semana antes de la cita, salí a hacerme el tatuaje que alcanzaría más notoriedad entre todos los míos. Le pedí al artista S. Victor Whitmill, alias Paradox, que quería uno en la cara. La odiaba y deseaba literalmente desfigurármela. Sugerí escampar corazoncitos por toda ella. No era una estratagema para resultar más atractivo a las mujeres; sólo quería cubrirme el rostro. Pero Victor se negó: me dijo que tenía una cara bonita. Se le ocurrió un diseño tribal maorí y le dije que me lo pensaría. Cuantas más vueltas le daba, más atractiva me parecía la idea de ponerme un tatuaje utilizado por unos guerreros para atemorizar a sus rivales en el campo de batalla. Me decidí por él.

Para este combate entrené mucho más duro que para el de Lewis. Llegué con un peso de 102 kilos, casi cinco menos. Etienne poseía un buen registro y estaba en el *top ten* de ambas conferencias, pero su mentón era de cristal. Había caído noqueado en diez de sus veintiséis combates.

Un equipo de filmación seguía todos mi pasos para realizar un documental. Me grabaron zampándome la comida previa al combate.

—Odio a Mike Tyson. Por lo general le deseo lo peor. Por esto no me gustan mis amigos ni me gusto yo. Soy una persona de extremos. Quizás la otra vida sea mejor. De aquí que espero con ganas irme al otro barrio; detesto mi forma de vida actual. Detesto mi vida.

No sabía los motivos por los que estaba más centrado para este combate que para el de Lewis. No sabía si estaba de ida o de vuelta. Sonó la campana y cargué contra Etienne. Nos fuimos contra las cuerdas y acabamos cayendo al suelo, conmigo encima de él. Creo que uno de mis primeros golpes le había hecho daño. Nos levantamos, esquivé uno de los suyos y le lancé un contragolpe que le impactó en pleno mentón. Se fue a la lona. No me pareció un golpe lo suficientemente bueno como para tumbar a nadie, pero fue realmente preciso por lo que quién sabe. Tras completarse el conteo, lo ayudé a incorporarse y nos abrazamos. Clifford me susurró algo al oído.

Jim Gray se nos acercó para entrevistarnos.

—Te ha dicho algo al oído que nadie ha podido oír, ¿qué es exactamente lo que te ha dicho?

—Para ser honestos, me ha dicho: «Debes dejar de hacer tonterías y ponerte en serio, no eres serio, por eso estás aquí pasando el rato». Es la verdad.

—¿Entonces lleva razón? —me preguntó Jim.

—Sí, la lleva. Me siento feliz de encontrarme de regreso en Memphis y de haber ofrecido un buen espectáculo, y le estoy agradecido al hermano Clifford por haberme concedido un combate. Cuando estás peleando y muestras tu amor y respeto, la gente no entiende de qué va el asunto, pero ésa es nuestra forma de dignificar nuestro estilo de vida.

—Mike, ¿es cierto que esta semana has estado enfermo?

—Me he roto la espalda.

—¿Qué quieres decir con que te has roto la espalda?

—Tengo la espalda rota.

—¿Una vértebra o un trozo de...?

—La columna.

—¿Te lo hiciste durante un *sparring*?

—No, en un accidente de moto. Cada día hacía 2500 abdominales con pesas de veinte kilos hasta que llegó un momento en que no pude moverme. Le pregunté al médico qué me pasaba y me dijo: «Lo creas o no, tienes la espalda ligeramente rota».

—¿Ahora mismo sientes dolor? ¿Te has puesto algún tipo de inyección? ¿Cómo te lo has hecho para combatir?

—No puedo meterme inyecciones, ya sabes que van a hacerme pruebas. No sé cómo he podido, alabado sea Alá. Simplemente me siento feliz de estar combatiendo y lanzando golpes buenos y precisos.

—¿Estabas listo para encarar este combate, Mike? Quiero decir, tu entrenador, Freddie Roach, te aconsejó cuatro días antes de la cita que no lo hicieras. ¿Estabas

preparado?

—No, pero estaba obligado a hacerlo. Debo ser un hombre y pelear. He cancelado demasiados combates a lo largo de mi carrera y no quería que nadie pensara que tenía miedo. Además, necesitaba el dinero, siempre ando necesitado de dinero. Estoy agradecido de que ambos hayamos podido estar hoy aquí. Lo respeto mucho como hombre, es mi amigo.

Gray empezó a preguntarme si iba a volver a enfrentarme a Lewis. La gente especulaba al respecto: otro gran combate contra Lewis con el que ganar un montón de dinero.

—Aún no estoy listo para combatir contra él. No me interesa que me machaquen de nuevo. No sé si voy a querer seguir peleando si eso significa tener que enfrentarme a Lewis en mi próximo combate. Quiero poner mis asuntos en orden. Estoy hecho un asco; sólo deseo encauzar mi vida.

Por aquella época vivía al día. Ya estaba harto de todas las gilipolleces que me rodeaban. No sentía que pudiera confiar en ningún miembro de mi equipo y me había cansado de las maniobras maquiavélicas por el poder, de modo de que me deshice de todos mis representantes.

Ahora contaba con Shelly para encargarse de lo que quedaba de mi carrera. En mi contrato con Lennox Lewis existía una cláusula que contemplaba un nuevo enfrentamiento y él quería que se celebrara para llevarse otro succulento cheque. Sin embargo, yo no quería ver cómo me pateaba el culo dos veces. Si hubiera estado motivado y en plena forma, no me cabe duda de que yo le hubiera pateado el suyo. Pero no me interesaba el boxeo; me interesaban las drogas.

A Shelly y a la gente de Lewis se les ocurrió la idea de que podría participar en un combate de relleno en el marco de la siguiente pelea oficial de Lewis. Se me presentaría como la co estrella del evento. Me negué a que me humillaran así. Rechacé la oferta de Lewis y contraatacaron presentando una demanda por valor de 385 millones de dólares contra Don King y contra mí. Argumentaban que King me había persuadido para romper el contrato de cara a que él pudiera promocionar mis siguientes combates.

El único recurso que me quedaba era mi propia demanda contra Don. A esas alturas, Jeff Wald sabía que me había estado reuniendo con Don y estaba furioso conmigo. Me explicó que Don iría postergando todas las demandas en su contra hasta el minuto antes de ir a juicio, momento en que buscaría un acuerdo. Jeff y Dale Kinsella me insistían en que podíamos llegar a obtener hasta sesenta millones de los cien que habíamos solicitado. También cabía la posibilidad de que recuperáramos los derechos sobre los vídeos de mis combates, lo que me garantizaría ingresos durante varios años. Cuanto debía hacer era esperar a la fecha del juicio, fijada para septiembre.

Sin embargo, mis aprietos financieros eran tan graves que la gente con la que trataba a diario intentaba convencerme de que me declarara en bancarrota. Por esa

época Jackie y yo frecuentábamos a Jimmy Henchman, el empresario del mundo del rap, representante de Game y director ejecutivo de Czar Entertainment. Jimmy nos presentó a Barry Hankerson, productor discográfico que había representado a Toni Braxton y R. Kelly. Todos me presionaban para que me declarara en bancarrota. Hankerson le dijo a Jackie que mi caso se encuadraba en una «Bancarrota de Categoría 11», por lo que Jackie googleó «Bancarrota de Categoría 11». Éste era el panorama al que me enfrentaba. Jackie era una buena persona, pero la situación la superaba. Ninguno de nosotros tenía la menor idea sobre grandes finanzas y bancarrotas: nos limitábamos a divertirnos y gastar dinero.

De modo que acabé llamando a Jeff Wald para contarle que había toda esta gente sugiriéndome lo de la bancarrota.

—No te declares en bancarrota porque, al minuto siguiente, perdemos el control sobre la demanda, que recae en manos del juez. Se nos escurre de las manos —me dijo.

—De acuerdo, ¿y qué ocurre si pierdo? —le pregunté.

—No vas a perder. Está claro como el agua —me dijo.

Yo no las tenía todas conmigo. Durante mi primer testimonio bajo juramento contra Don en Florida había agarrado una jarra de agua y se la había vertido en la falda. Ahora Don contaba con aquella ofensa para utilizarla como arma arrojadiza.

Wald tenía el convencimiento de que Don estaba persuadiendo a todos mis amigos, incluyendo a Jackie, para que me empujaran a declararme en bancarrota. Comenzó a llamarme varias veces al día rogándome que no lo hiciera. Yo me resistía a creerme que mis amigos estuvieran aceptando sobornos.

De todas formas, tras repasar las montañas y montañas de facturas que tenía pendientes de liquidación, decidí presentar la declaración. Hankerson me consiguió a un abogado especializado en bancarrotas y el 1 de agosto procedimos. Ese mismo día me fui de compras por Rodeo Drive con Hankerson, Henchman y mi guardaespaldas Rick. Ey, el hecho de que me hubiese declarado en bancarrota no significaba que estuviera sin blanca. Simplemente carecía de los cien millones de dólares necesarios para liquidar mis deudas. Seguía intentando llegar a acuerdos. Los medios de comunicación armaron un gran alboroto porque me encontrara comprando en Rodeo Drive, pero no entraron conmigo en las tiendas. Algunos de los dueños de estas tiendas de ropa de lujo eran musulmanes y, con la esperanza de que me hicieran algún descuento, les deslicé durante la conversación que me había convertido al islam.

—¿Qué te parece si te doy 1500 dólares por este traje de tres mil, hermano? Ya conoces la ley sagrada del islam: Deséale a tu hermano lo mismo que desearías para ti mismo.

Al día siguiente, todos los periódicos detallaban a toda página el estado de mis finanzas. Debía unos 27 millones de dólares, 17 de ellos en concepto de impuestos atrasados al fisco estadounidense e inglés. Los 10 restantes comprendían gastos personales, incluyendo lo que le adeudaba a Monica por el divorcio, a los bancos por

mis hipotecas y a los abogados por mis abultadas minutas.

Me sentía tan abrumado y furioso por todo el asunto de la bancarrota que entregué mi casa.

—A la mierda, tomad mi jodida casa —les dije a mis abogados, quienes la sacaron a subasta. Iba tan colgado todo el santo día que era incapaz de sacar nada adelante. No hacía otra cosa que entrenar. No tenía ningún combate en perspectiva, pero de todos modos entrenaba. Eso y drogarme.

Yo era un tipo de persona de lo más flexible. Tanto podía vivir en una cuneta que en una mansión. Estaba familiarizado con todo tipo de chanchullos y ponía mi vida en riesgo. Ni siquiera encontrándome en una cuneta me sacaba mis pantalones de dos mil dólares y mis zapatos. No llevaba un centavo en los bolsillos, pero eso no me impedía ir soltando gilipolleces y lanzándole la caña a las pibas.

Me instalé una temporada en Phoenix con Shelley, la madre de mi hijo. Dave Malone se dejó caer y pasamos tiempo juntos. Estaba tan pobre que cenábamos Frosted Flakes y Twizzlers. No teníamos dinero para hacer nada, por lo que nos dedicábamos a sentarnos en el jardín trasero a observar cómo volaban mis palomas. De tanto en tanto organizaba una firma de autógrafos en algún sitio y cobraba veinticinco dólares por cada uno para salir del hoyo. Mi situación era tan paupérrima que un tipo que me había robado el número de la tarjeta de crédito se quejó por internet de no haberse podido permitir ni una cena con ella.

También existía un lado bueno. Regresé a la Costa Este y frecuenté a mi amigo Mario Costa, quien cuidaba de algunas de mis palomas en la parte trasera del Ringside Lounge, su restaurante y bar en Jersey City. Un día en que se gozaba de un maravilloso veranillo de San Martín estábamos sentados haciéndoles compañía a las palomas cuando caí dormido y Mario me dejó solo. Dos horas después me desperté y empecé a gritar: «¡Soy rico! ¡Soy rico!». Mario se acercó corriendo.

—¿Estás bien, campeón? —me preguntó.

—Soy rico, Mario —le dije—. No poseo un reloj ni dinero ni un teléfono, pero me siento muy en paz. Nadie me dice «ve aquí», «ve allá», «haz esto». Solía tener coches que jamás conducía, cuyas llaves ni siquiera sabía dónde estaban. Tenía casas en las que no vivía. Tenía a todo el mundo robándome. Ahora no tengo nada. Nadie me llama, nadie me molesta, nadie me persigue. Menuda tranquilidad. La riqueza es esto, tío.

Algunas de mis amistades arrimaron el hombro. Mi amigo Eric Brown y su hermano me dieron un adelanto de 50 mil dólares a costa de su empresa CMX Productions. Habría hecho cualquier cosa por ellos, pero nunca tuve que hacerlo. A todo esto mi amigo Craig Boogie comenzó a negociar en agosto un acuerdo con los responsables de las artes marciales mixtas K-1. Yo no tenía dónde caerme muerto, de manera que los de K-1 me consiguieron una suite en el hotel Beverly Wilshire de Los Ángeles, con todos los gastos cubiertos. Lo necesitaba. Los buenos hoteles del Strip de Las Vegas al completo ya me habían dado la patada. A cambio, participé en los

actos promocionales que me pidieron.

A las pocas semanas de instalarme en el Beverly Wilshire, acudí a Neverland a ver a Michael Jackson. Fue muy agradable pasar tiempo juntos. Por entonces Jackson llevaba una vida sencilla. Me preguntó qué había estado haciendo y le dije que tomarme las cosas con calma.

—Descansar es bueno. Descansar es muy bueno, Mike —me dijo—. Hazlo todo lo que puedas.

No sabía que él no podía dormir nada.

Fue extraño: por aquella época todo el mundo andaba diciendo que abusaba de niños, pero cuando yo estuve de visita en su rancho correteaban por ahí unos chavales con pinta de matones. No me refiero a unos pequeños gamberretes, sino a chicos que le habrían dado una paliza si hubiera intentado cualquier cosa.

En abril de 2004 hice una aparición especial junto a Ali en un gran evento organizado por K-1. Volvieron a anunciar que había firmado un contrato con ellos para combatir y que mi debut tendría lugar ese verano. Una de sus estrellas declaró en una rueda de prensa que estaba ansioso por luchar contra mí.

—Aceptaría de antemano un combate bajo las reglas pugilísticas —dijo Jerome Le Banner—, pero tan pronto suba al cuadrilátero haré lo que me dé la jodida gana... Boxeemos a la occidental o no, le patearé... Tyson ya ha mordido una oreja, pero lo que ahora va a comerse va a ser un pie del 46.

Habría estado majara si hubiera aceptado luchar contra estos monstruos. Más me convenía volver a mi suite a relajarme.

Los trámites de mi bancarrota avanzaban. En junio Don finalmente cumplió con los términos de la resolución de la demanda. El juez encargado de la bancarrota le había impuesto sólo 14 millones de dólares. Una vez más se la había jugado a todo el mundo. No conseguí derechos audiovisuales ni nada. Monica fue la primera en recibir su parte tras la resolución. Los abogados que gestionaban mi bancarrota acabaron costándome 14 millones de dólares. Obtuvieron su tajada antes que Hacienda.

Llegó el Nuevo Año y seguía sin un centavo. Shelley estaba de nuevo embarazada y en marzo tuvimos una hija a la que pusimos Exodus. Llamé al otro Shelly y le dije que necesitaba algo de dinero rápido. Me organizó un combate con un pobre diablo llamado Kevin McBride, a celebrarse el 11 de junio en Washington D. C. Era un pobre diablo gigantesco: dos metros de altura y 123 kilos.

Un periodista del *USA Today* vino a verme a mi casa de Phoenix y, tras una sesión de *sparring*, me desahugué hasta dejarlo turulato.

—Jamás seré feliz. Creo que moriré solo. Lo prefiero así. Toda mi vida he estado a solas con mis secretos y mi dolor. Estoy realmente perdido, pero intento encontrarme a mí mismo. Soy un caso de lo más triste y patético. Toda mi vida ha supuesto una pérdida de tiempo; he sido un fracasado. Únicamente deseo escapar. Me siento avergonzado de mí mismo y de mi vida. Quiero hacerme misionero. Pienso

que podría hacerlo conservando mi dignidad y sin dejar que la gente supiera que me han expulsado del país. Quiero acabar cuanto antes con el tipo de vida que llevo. Quiero encaminar mi vida hacia la labor misionera. No voy a convertirme en un fanático de Jesucristo. Pero eso es a lo que voy a consagrar mi vida. Amo a Jesús y también creo en Jesús; y eso que soy musulmán. Escucha, tengo un imam, tengo un rabino, tengo un sacerdote, tengo un reverendo; los tengo a todos. Pero no deseo ser más santo que tú. Deseo ayudar a todo el mundo y, al mismo tiempo, echar polvos. En este país no voy a poder realizar nada de provecho. Estoy tan estigmatizado que no puedo levantarme de nuevo. Después de mi último combate estaba deprimido. Empecé a frecuentar a un montón de prostitutas y cosas así. Me sentía una basura, de modo que me mezclé con la basura. Me pasaba todo el rato colocado. Pero llega un momento en que adviertes que debes dejar las drogas a un lado y encarar la realidad.

Nunca debería haberme subido a aquel cuadrilátero. Fallaba todos los golpes, me quedaba paralizado, carecía de fuelle. Fue un combate espantoso. Al final del sexto asalto y encontrándonos contra las cuerdas, McBride se apoyó en mí y me caí de culo. Me quedé ahí sentado con las piernas abiertas. Sonó la campana y apenas podía levantarme. Mientras el equipo de McBride le curaba un corte como resultado de un cabezazo, yo le comunicaba a mi nuevo entrenador, Jeff Fenech, que se había acabado. No pensaba salir a pelear el séptimo asalto.

Jim Gray se me acercó para entrevistarme.

—Mike, empecemos por ti. ¿Querías continuar?

—Bueno, me habría gustado poder continuar, pero vi que estaba recibiendo una paliza. Me di cuenta, pensé que ya no soy capaz de hacerlo, porque, um... Mantengo la habilidad para estar en forma, pero creo que ya no, que he perdido las agallas para combatir.

—¿Cuándo te has dado cuenta? ¿En qué momento de la pelea?

—No lo sé, al principio. Siento haber decepcionado a todo el mundo. Simplemente ya no tengo el corazón en ello.

—¿Pero creías tenerlo cuando aceptaste participar en este combate?

—Um, no, básicamente peleo para poder pagar las facturas. He perdido las ganas. Ahora soy más consciente de mis hijos. Me falta aquella ferocidad. Ya no soy el animal de antaño.

—¿Significa esto que no te vamos a volver a ver peleando?

—Sí, es lo más probable. No voy a combatir más. Voy a dejar de faltarle el respeto a este deporte perdiendo contra rivales de este nivel.

—¿Por qué te has mostrado tan pasivo?

—No voy a quitarle méritos a Kevin. Ya no amo esto. Desde 1990 que no amo combatir, pero Kevin... felicidades por tu carrera y buena suerte. Te deseo lo mejor y que ganes mucho dinero.

Atendí por última vez tras una pelea a los periodistas especializados en boxeo. Entré en la sala de prensa y se pusieron de pie para ovacionarme.

Les pedí que se sentaran y les repetí lo mismo que le había dicho a Jim Gray. No iba a volver a combatir porque no quería seguir siendo una vergüenza para este deporte.

A continuación, abandoné por última vez un recinto pugilístico en calidad de boxeador. Me olvidé de hacer labores de misionero y de aportar algo a la sociedad. Sólo me dije a mí mismo: Guau, esto se ha acabado. Ahora puedo salir a pasármelo en grande.

Con diez años perpetré un robo con un chico mayor que se llamaba Boo. Hizo que me escurriera por la ventana de una casa y dimos con un filón: un televisión gigante, una cadena de música buena, algunas pistolas y un poco de dinero. Boo sabía que era un canijo capaz de enredar al personal. Me hacía atraer a una habitación a tipos movidos por la idea de follarse a un niño y ahí lo esperaban él y sus amigos para darle una tunda y quedarse con su dinero.

Tras el robo, Boo me llevó al apartamento de una anciana de raza negra. Carecía de escrúpulos y con aspecto de malvada pero, a medida que fui conociéndola, descubrí que en verdad era amable y considerada. Ahí me encontré con un grupo de chicos relajándose y echando una cabezadita. Boo le entregó parte del dinero y ella un sobre que contenía unos polvos blancos. Cuando colocó los polvos en una cucharilla y la quemó con un encendedor, no pude apartar la mirada. Cuando aquella mierda empezó a burbujear, sacó una jeringuilla y aspiró el líquido a través de la aguja. Acto seguido, se ató el brazo y, cuando estaba a punto de inyectarse aquello en la vena, se dio la vuelta para mirarme.

—Gira la cabeza, cielo, gira la cabeza —me dijo.

No quería que lo viera meterse heroína.

Más tarde, saliendo de una galería de tiro, me soltó una bofetada.

—Será mejor que nunca te vea o que me entere de que has estado haciendo esta mierda porque, de lo contrario, te mato, pequeño cabronazo. ¿Me oyes?

Por descontado, aquello multiplicó mis ganas de probar la heroína. Cuando un viejo colgado de la heroína me decía que no hiciera el tonto con las drogas pensaba: *¿Y por qué? ¿Para que puedan quedársela toda para ellos?*

De joven probé la heroína una vez. Me la fumé y me sentó fatal. Acabé vomitando. Me bastaba mirar a los yonquis para que se me pasaran las ganas. Al fijarte en un adicto a la heroína comprobabas que había perdido el alma. Entendías que a ti te esperaba lo mismo.

Empecé a comprar y esnifar cocaína a los once años, pero llevaba bebiendo alcohol desde que era un bebé. Provengo de un largo linaje de borrachos. Mi madre acostumbraba a darme ginebra Gordon's o Thunderbird para que me durmiera. A los diez años, mis amigos y yo nos comprábamos botellas de Mad Dog 20/20, Bacardi 151, Brass Monkey, los brebajes más baratos que te perforan las entrañas. También empezamos a fumar maría, hachís e incluso opio y polvo de ángel. De joven llegué al extremo de tomar LSD. Cuando estábamos colocados con ácido, robábamos por el método del tirón, pero nunca acababa de funcionar. Agarrábamos y salíamos corriendo entre carcajadas.

«La poli, que viene la poli». Nos reíamos y nos escondíamos bajo los coches.

Excepto por un período de dos años y el tiempo pasado en prisión, nunca dejé de beber. No debería extrañarnos dado que todos mis modelos de conducta eran unos

bebedores empedernidos. Mickey Walker, Harry Greb. Mis héroes eran los borrachos irlandeses de raza blanca. El tipo de individuo que se dedicaba a beber y reír en los bares mientras sus contrincantes corrían y saltaban con la cuerda.

El alcohol sacaba lo peor de mí. Cuando estaba ebrio, me volvía completamente insensible a los sentimientos ajenos. Me peleaba con cualquiera, incluyendo a la policía. Todos los que me conocían decían: «No dejéis que Mike beba. Dadle algo de hierba, pero sobre todo que no beba». Si pillaba un colocón de hierba, estaba feliz y dispuesto a llorar y entregarte todo mi jodido dinero. Siempre y cuando no me dijeras que no debía pillar un colocón porque, si me pedías que parara, desatabas mi furia. Si no tenías problemas con mis colocones, acababas diciéndome: «Pero ¿estás seguro de que no necesitas esa preciosidad de Porsche que tienes ahí afuera?».

Uno de los principales motivos que me condujeron a tomar tanta cocaína fue que, a resultas de mi carrera pugilística, sufría muchísimo dolor. Cuando te ataca, te resulta imposible mostrarte amable con nadie. Conozco a algunos jugadores de hockey que me han contado lo mismo. Actúas como un león con una pata herida. Cuando un animal se ve herido, sabe que va a ser atacado por el resto de animales. Así me sentía yo cuando me atacaba el dolor, vulnerable y temeroso. De modo que te agencias un poco de coca y te encierras solo en una habitación. Entonces deseas a una mujer a tu lado, porque te sientes tan mal por tomar drogas que piensas que la compañía femenina conseguirá neutralizar la culpa.

Nunca me resultó complicado obtener cocaína, ni siquiera cuando no tenía un centavo. Conocía a muchos de los traficantes de drogas más importantes desde que eran niños y les daba algo de cariño. Ahora se habían convertido en multimillonarios y en dueños de clubs, por lo que al verme me trataban de fábula. Yo a ellos los seguía tratando como cuando eran niños. Les decía: «Tengo que marcharme a un sitio, consígueme alguno de esos paquetitos». O puede que acabaran de presentarme a un completo desconocido que, si tenía relación con un amigo traficante, ordenaba: «Dale a Mike dos bolas de ocho a mi cuenta».

Cuando empiezas con la cocaína, descubres que hay gente enganchada que conoces de toda la vida y de la que jamás habrías sospechado. En una ocasión estaba tomándome unas copas con una celebridad total y de repente me miró.

—¿Llevas algo de polvo? —me preguntó.

—¿¿Qué??

Intentaba ser discreto. ¿Cómo demonios sabía que me metía?

—Sí, tengo un poco. ¿Cómo lo has sabido? —le pregunté.

—La gente que toma reconoce a la gente que toma, Mike. Poseemos un radar.

Cuando tienes cocaína, ya puedes encontrarte en el desierto del Mojave en mitad de la jodida noche que, cuando empiezas a esnifar, aparece de la nada una zorra en bañador. Radar de coca. Las mujeres con las que me relacionaba adoraban tanto la cocaína que empezamos a bautizarla a partir de ellas. Si te apetecía un poco de coca, decías: «¿Dónde está esa maldita zorra blanca? Quiero a esa puta». También la

llamábamos «rubita» o «blanquita».

Cuando empecé fuerte con la cocaína, solía llevar medio ladrillo encima. Suponía mucho peso, pero no me importaba. Sólo quería poder compartirla y que mis amigos pillaran un buen colocón. Andaba por ahí preguntando: «¿Quieres un poco?». La tomaban personas que jamás hubiera imaginado. Lo más curioso es que aquellos cabrones se esnifaban mi droga y me abroncaban mientras lo hacían.

De repente, un tipo con el que jamás habías esnifado se revelaba todo un experto. Se metía unas rayas, se limpiaba con delicadeza la nariz y, a continuación, te miraba con cara de máxima concentración para decirte: «Puedo conseguirte un material mejor». En un abrir y cerrar de ojos era todo un conocedor.

Otras veces te topabas con tipos que no podían esperar a que probaras su cocaína.

—¿Estás listo para esta mierda, Mike? Seguro que lo estás. Bienvenido al País de las Maravillas, colega.

Me alineaba unas rayas y yo esnifaba.

—Hojas 100% peruanas —decía henchido de orgullo, como si acabara de abrir una botella de Lafite Rothschild.

Pero tenía razón. Aquella mierda era tan buena que conseguía congelarme las pupilas.

Después del combate contra McBride, un día salí con unos amigos por Los Ángeles. Me sentía bastante deprimido cuando me sonó el teléfono. Era Jeff Greene, un amigo reciente. A primer vista parecía improbable que Jeff y yo fuéramos amigos. Jeff era un hombre de negocios judío que había ganado un billón de dólares en el mercado inmobiliario. Yo era un boxeador musulmán que se había gastado casi un billón de dólares en furcias, coches y demandas judiciales. Nos conocimos a través de un amigo común y congeniamos de inmediato. Empezó a asistir a mis combates en Europa y yo a recorrer mundo a bordo de su yate. Me invitaba a cenar por el Año Nuevo Judío, obligándome a recitar pasajes de la Biblia hebrea durante el ritual del Séder.

—Ey, Mike, ¿por qué no te apuntas a subirte a mi barco en Saint-Tropez? Te enviaré un jet para que te lleve a Francia y tendré a alguien esperándote para conducirte hasta él.

Jeff estaba preocupado por si caía en la depresión de sólo pensar en cómo había salido del boxeo, por lo que se imaginó que pasar tiempo con algunas de las mujeres más bellas del planeta y salir de fiesta podía ser justamente el remedio que necesitaba.

Antes de salir hacia Saint-Tropez, llamé a Zip por si se quería apuntar.

—No, tío, no puedo ir —me dijo—. Un negro me ha disparado y quiero averiguar el motivo.

—Vamos, Zip. Volaremos en un jet privado, navegaremos en yate por todo el

Mediterráneo...

—Joder, tío. Me han disparado. Ahora le toca a otro recibir un disparo. Un disparo por otro.

—¿Vamos a ir adonde se encuentran los mejores chichis de la historia del mundo y tú me hablas de dispararle a un tipo? No importa si vas fumado o no tienes un céntimo, si estás ahí significa que vas a follar.

Pero él estaba obsesionado con obtener su venganza.

Así que fui solo y estuvo guay. No me sentí fuera de lugar. Me encontré con conocidos que me llevaron de aquí para allá. Desayunaba en el yate de Jeff y luego me montaba en uno de sus Jet Skis para darme un garbeo, durante el cual algún tipo de Wall Street solía reconocermme e invitarme a su barco.

—Ey, mi barco es más grande que el de Jeff —me decía—. Sube a bordo y únete a nuestra fiesta.

No sé que pensaban estos tíos. Yo no era un negro que estuviera en alquiler. Jeff era amigo mío. Además, su barco los superaba a todos. Hacía más de 45 metros de largo, aunque no eran suficientes para tanta diversión como albergaba.

Al principio temía no congeniar con los amigos de Jeff.

—Jeff, este es un paraíso para blancos. No sé si Don As-salamu alaykum va a poder integrarse —le decía.

Aquella supuso mi iniciación al auténtico jolgorio judío. De golpe Denise Rich me vio y se acercó para presentarme a su amiga, procurando que me sintiera cómodo. Es una dama sumamente bella, elegante y sofisticada. Nadie me incordiaba. Luego advertí que mi mente era lo único que intentaba sabotearme. Así que estoy ahí sentado, empezando a sentirme a gusto con mis nuevos amigos judíos cuando, de repente, se nos acerca un musulmán saudita y ricachón de lo más maleducado y odioso.

—Mi hijo iba a gastarse quince millones de dólares para sacarte de la cárcel cuando aquella chica dijo que la violaste —espetó. Nada de: «Señor Tyson, encantado de conocerle...».

—Oh, gracias, señor —le dije.

Denise Rich me miró apenado. Me dijo: «Lo siento mucho».

¿Qué tipo de persona hace algo así? Menudo arrogante. Imaginaos que mis nuevos amigos no hubieran sabido que había ido a la cárcel por violación. Imaginaos que me hubieran preguntado: «¿Por qué acabaste en la cárcel? ¿Fraude fiscal? ¿Uso de información privilegiada en la Bolsa?». Gracias, Don Jinete del Desierto, por compartir los detalles con toda la animada parroquia judía. No volví a dirigirle la palabra en toda la noche.

En Saint-Tropez disfruté de un encuentro azaroso mucho más placentero. Me hallaba en el yate de otro judío rico y lo pillé observando a otro tipo judío que había anclado su barco muy cerca. Se miraban igual que hacen los negros, ¿sabéis cómo nos miramos los unos a los otros? Y entonces uno de ellos dijo: «¿Harvard,

promoción del 79?».

—Sí, ¿tú no estudiaste Macroeconomía?

—Sí, ¿tú no saliste con Cindy de Hyannis Port? Yo también lo hice, durante un minuto o así.

De modo que me subo también a ese otro barco y ahora soy yo el que se fija en un tiarrón negro. Ejerce de guardaespaldas para un traficante de armas internacional muy conocido. Lo miro y lo vuelvo a mirar y me es imposible ubicarlo. Hasta que se me acerca.

—¿Spofford, promoción del 78? —me pregunta.

—Joder, negro, nos conocimos en prisión —recordé.

—Sí, me vi metido en aquella pelea con un tipo en la cantina.

—¡Claro, eras tú!

Tras abandonar Saint-Tropez, fuimos a todas partes en ese barco. Recorrimos la costa de arriba abajo y, cada vez que fondeábamos en un nuevo país, se desataba el caos cuando corría la voz de que iba en el barco de Jeff. No hay nada igual. Uno puede descender de un avión en cualquier lugar del mundo y sentirse como en casa. Tienes la oportunidad de conocer a reyes, reinas y princesas. Gozas de carta blanca, se te abren todas las puertas. Nunca tienes que hacer cola para entrar en un club, siempre te aguarda la mejor mesa en los restaurantes más exclusivos del planeta. Era un mundo maravilloso en el que vivir. Parecía un gigantesco espejismo. Pero me di cuenta de que nada de todo esto era capaz de llenar el gran agujero que había en mi alma. En verdad nunca respeté el ser campeón: todo me llegó demasiado fácil. Me esforcé mucho por alcanzar mis logros, pero los di por descontado.

Cuando amarramos en Sicilia, acudimos a una fiesta y unas cien personas se vinieron con nosotros de regreso al barco. Todos querían verme y hacerse fotos conmigo. De repente, el barco comenzó a inclinarse y hundirse. Nadie quería perderse la oportunidad de ir de fiesta con nosotros, lo que indudablemente suponía dar rienda suelta a mis fantasmas.

Hicimos una parada en Sardinia que fue el no va más. Como aficionado a la Historia, pensar en Sardinia era pensar en las Guerras Púnicas y en Aníbal. Me electrizaba el hecho de que ahí hubiesen tenido lugar guerras tan grandiosas. Jeff y yo nos dejamos caer en un lugar llamado el Club de los Billionarios. Hacía honor a su nombre. Una botella de champagne costaba unos 100 mil dólares.

Le dije en broma a Jeff: «Esta noche no debes tener miedo de que beba». De todos modos, no pararon de traernos botellas. En Sardinia nos vimos con Cavalli y Victoria Beckham. Cavalli me invitó a su barco que era tan estrafalario que cambiaba de color. Yo me dedicaba a montarme en uno de los Jet Skis de Jeff y a ir saltando de barco en barco, donde picaba algo y me tomaba una copa.

En Sardinia vivimos un incidente desagradable. Jeff invitó a un amigo inglés a su barco, que se trajo a dos chicas francesas. Todos acabamos colocados. Yo me llevé a mi habitación a una de las chicas y nos acostamos. Al acabar subí a cubierta y, al

regresar de nuevo abajo, pillé a la chica inspeccionando los camarotes. Yo estaba drogado hasta las cejas, pero me enfadé una barbaridad. Pensé: *Mierda. Si algo desaparece, me echarán a mí la culpa. Soy el único negro a bordo*. Así que la agarré del pelo y le dije: «¿Qué cojones estás haciendo?». La llevé a rastras hasta cubierta. La cocaína me había vuelto tan rabioso y paranoico que, cuando estaba a punto de lanzarla por la borda, un tipo que había en el barco pegado al nuestro gritó: «¡No, Mike, deténte!».

Ahora todo el mundo nos miraba. Agarré a las dos chicas y le pedí a la tripulación que las sacara de ahí. Aquel barco no era mío. Me sentía responsable de lo que pudieran hacer aquellas dos. Dejamos atrás Sardinia y, una vez estuvimos a unos 160 kilómetros, ya llegando a Capri, se nos acercó una patrulla costera. Parecían algo asustados, ya que llevaban una ametralladora atornillada en cubierta.

La policía costera abordó nuestro barco para investigar una supuesta agresión mía a aquella chica. Debían interrogar a un puñado de personas. Cuando me llegó el turno, dije la verdad.

—La chica estaba en los camarotes robando, por lo que la agarré...

—Espere —me dijo el poli en un inglés precario—. No, eso no es lo que ocurrió. Explíquemelo otra vez, explíqueme lo que pasó otra vez.

Entendí por dónde iba.

—Ella estaba robando en los camarotes y yo no sabía qué hacer. Salió corriendo del barco y no pude cogerla.

—Exacto, eso es lo que realmente ocurrió —dijo, apuntándolo en el informe.

Cuando aquellos polis subieron a bordo, estaba muy paranoico. Tenía una inmensa bolsa con hierba y no quería que me la descubrieran en un registro. Por eso la oculté bajo el cuerpo de mi amiga Jenny, que se encontraba tomando el sol con el culo al aire. Los policías no le sacaban los ojos de encima, pero en ningún momento le pidieron que se levantara.

Hicimos varias paradas más, incluyendo una en Turquía, donde conocí y salí por ahí con el primer ministro, pero lo que de verdad deseaba era visitar Moscú para ver a mi terapeuta. Su nombre era Marilyn Murray y era una psicóloga fantástica de setenta años a la que llevaba visitando desde 1999. La conocí un verano en que por orden judicial tuve que seguir un curso de control de la agresividad tras un altercado de tráfico. Monica me acompañó y, de paso, decidimos probar con algo de terapia matrimonial. Acudimos a un complejo situado en Phoenix. Hice una entrada digna del presidente de los Estados Unidos. Unas cuantas limusinas extra grandes, un grupo de guardaespaldas vestidos de negro que parecían del Servicio Secreto. Crucé la puerta pavoneándome con mis joyas caras, mis diamantes, mi ropa de Versace y mis zapatos de cocodrilo valorados en seis mil dólares. Nos sentamos con el terapeuta, dimos inicio a la sesión y enseguida hubiese asegurado que Monica y él habían conspirado a mis espaldas. Ambos se pusieron de acuerdo en despedirme. No dijo una palabra sobre Monica; se limitó a machacarme a mí.

—¡Que os jodan a los dos! Me la habéis jugado de antemano —les dije y salí hecho una furia.

Seis meses después volví yo solo, en taxi, jodido, arruinado y hecho trizas.

—¿Podríamos intentarlo de nuevo, por favor, señor? —pedí humildemente.

Esta vez me asignó a Marilyn. Tenía una trayectoria sumamente interesante. Era dueña de una galería de arte en Phoenix, pero empezó a enfermar de forma reiterada y acudió a terapia para tratar unos abusos ocurridos en la infancia. A los cuarenta y cinco años, volvió a estudiar y, tras graduarse en psicología, se hizo psicoterapeuta. Durante tres años estuvo trabajando de voluntaria en el sistema penitenciario de Arizona, atendiendo a agresores sexuales, violadores violentos y abusadores de niños. De modo que tenía reputación de haber lidiado con casos muy duros, con gente que había sido víctima de traumas severos.

Creyeron que me convendría. Yo llevaba muchos años acudiendo a terapia, pero todos los tipos que me habían tratado habían sido demasiado blanquitos para mi gusto. Primero pensé que Marilyn no era más que una ingenua mujer blanca que estaba convencida de poder cambiarme. Yo iba a limitarme a hacer el papel de amable hombre negro, con lo que no tendría acceso a Ike/Mike. No sabía que Marilyn era una bestia. No aceptaba ninguna gilipollez. Se las sabía todas. No imaginé que estuviera al corriente de todos los ardides para el engaño que había utilizado con los terapeutas que llevaba visitando desde niño.

De cara a tratarme debías poseer algún tipo de ferocidad animal que pudiera captar mi atención. Aunque la ocultaras bajo una apariencia diplomática o no la dejaras a la vista. Tengo que saber que el animal está ahí adentro. A veces basta con una mirada sutil. Bueno, Marilyn la poseía.

Al cabo de un tiempo, me resultó evidente que la labor de Marilyn en esta vida consistía en ayudar al prójimo. Algunas personas no pueden siquiera concebir que haya quienes consagren sus energías a preocuparse por los demás. Nos educan para creer que gente así esconde otras intenciones. Ella, en cambio, tenía una misión. Igual que Cus había dicho que: «El trabajo de mi pupilo es colocar en su sitio a hombres corpulentos, fuertes y temibles», el trabajo de Marilyn era coger a hombres corpulentos, fuertes y temibles que la sociedad había expulsado con el fin de que la sociedad los aceptara de vuelta y, en el proceso de ser acogidos nuevamente, asegurarse de que sobresalieran.

Marilyn me introdujo a un concepto denominado «estándar de normalidad». Una persona sana podía disfrutar de un estándar de normalidad alto, pero el mío estaba para el arrastre. Mi estándar de normalidad estaba compuesto de sexo, alcohol, drogas, violencia, más sexo, mas alcohol, más violencia y caos. Le conté a Marilyn que el día más terrorífico de mi vida fue aquel en el que gané el cinturón del título y Cus no estaba a mi lado. Gozaba de montañas de dinero y ni la menor idea de cómo comportarme. Y entonces los buitres y las sanguijuelas salieron a mi encuentro.

Yo era un estúpido sin un gramo de autoestima, pero todo el mundo me decía lo

maravilloso que era, así que era un estúpido narcisista sin un gramo de autoestima y un ego disparado. Marilyn era de la opinión de que seguía siendo un adicto al caos de mi infancia. Por consiguiente, cada vez que me ocurría algo positivo hacía algo para sabotearlo. Me había casado con una médico y tenía dos hijos encantadores, pero me dedicaba a ir por ahí follándome a *strippers* y poniéndome hasta el culo de drogas y alcohol. Marilyn quería acabar con mi adicción al caos y elevar mi estándar de normalidad hasta unos niveles sanos.

Acertaba completamente con sus palabras. Yo era consciente de que arrastraba mis demonios de infancia allá donde fuera. Ella deseaba actuar sobre ese niño que había influenciado por completo mi carrera pugilística, ese niño que había sido víctima de abusos, maltratos y *bullying*. Cuando me convertí en campeón del mundo, no supe cómo cuidar de él y ahora debía aprender a educarlo y darle el amor que nunca había recibido.

Marilyn fue algo más que una terapeuta, fue mi mentora. Me llevaba a cenar y al cine. Salíamos a hacer turismo y me enseñó todo sobre Phoenix. Nos hicimos íntimos. Su corazón rebosa amor, cuidados y pasión. Ni siquiera le importaba ganar dinero conmigo; sólo le importaba verme mejorar. No sé qué pudo ver en este tipejo por rehabilitar.

Justo después del 11-S, Marilyn fue invitada a Rusia a prestar sus servicios profesionales y, desde 2002 en adelante, residía en Moscú cuatro meses al año. Rusia padecía un grado de traumas y de consumo de drogas tan alto que su llegada fue un regalo del cielo. Así que en 2002 me dijo que ya no podía seguir siendo mi terapeuta y que necesitaba a alguien a quien pudiera acudir a cualquier hora. La adoraba. No quería que se marchara.

—¿Por qué tienes que irte? Quédate y hazme de madre —le rogué—. Quédate a cuidarme. De todas formas, soy la única persona a la que tratas.

En la práctica ya me hacía de madre. Luchaba por mí como una posesa. Utilizaba todas sus influencias políticas para ayudarme. Se veía en una cruzada por salvarme el culo. Lo curioso del asunto es que, por entonces, yo no quería nada de eso. No sabía que estuviera tan dañado. Marilyn tuvo que mostrarme lo jodido que estaba.

Le dije a Jeff Greene que iba a ir a Rusia y él decidió rodear con el barco los Balcanes y parar en Ucrania. Cada pocos días llamaba a Marilyn para decirle que me dirigía a verla. «Hola, Marilyn. Estoy en Saint-Tropez». «Hola, Marilyn, estoy en Sardinia». «Estoy en Estambul, nos vemos pronto».

Al llegar a los Balcanes, descubrimos que aquél era un lugar sin ley. Los gánsters operaban con absoluta impunidad. Todo aquello que nosotros hacemos y que es calificado como «gansteril» palidece por comparación. Patrullan las calles y, aunque no sepas quiénes son, dictan las leyes. En un abrir y cerrar de ojos me vi acompañado por aquellos tipos. Podríamos decir que me secuestraron y me llevaron a beber vino y a cenar, concediéndome todos mis deseos.

En un momento del viaje me encontré en Rumania con unos traficantes de drogas

y gánsters que estaban decididos a hacerme feliz.

—¿Qué te metes? —me preguntaron.

—¿Tenéis algo de cocaína? —dije.

No tocaban la cocaína. Sin embargo, hicieron una llamada y un individuo se presentó con un ladrillo enorme que colocó encima de la mesa.

—¿Esto es lo que te gusta? —me preguntaron.

Le metí mano y luego les dije que todos debían probarlo. Un grupito de ellos se me unió y empezaron a hablar tanto que no daban crédito. Menudo monstruo estoy hecho. Inicié a la mafia rumana en la cocaína.

Ucrania fue el punto más lejano al que llegamos en barco. Jeff y yo, junto a nuestro amigo Muhammad, estábamos a la mesa en un restaurante y, de la nada, miles de personas convergieron para verme. La situación se desmadró tanto que la policía tuvo que escoltarnos de regreso al hotel. Esa misma noche Muhammad y yo fuimos a conocer a unos «hombres de negocios» locales. Intentaban convencerme de que llegáramos a un acuerdo para que promocionara su marca de vodka. El líder del tinglado poseía una mansión gigantesca. Todo estaba hecho de mármol. Aquello era propio de un zar, digno de los magnates americanos más ostentosos del siglo XIX. Nos habían organizado una cena de negocios con algunos de ellos. El anfitrión se me acercó antes de pasar al comedor.

—Acompáñeme, quiero mostrarle algo.

Nos dirigimos al ala sur de la casa, cruzando por delante de una gran terraza y un salón hasta llegar a la puerta de una habitación. Al abrirla descubrí a dos mujeres guapísimas recostadas en una cama.

—Éste es el postre que le espera al final de la cena —me dijo.

Fui a buscar a Muhammad para enseñárselo.

—Vamos a pasar de la cena y saltar directamente al postre —le dije.

Nos quedamos en aquella habitación. A los ucranianos no les sentó muy bien. ¿Quién cambiaría una cena importante por estar con unas prostitutas? Les pareció de lo más extraño.

En cualquiera de estos países (Ucrania, Rusia, Bulgaria...) todo giraba en torno al sexo y al poder. Tan sólo aterrizar en Moscú procedentes de Ucrania, se me acercó gente para decirme: «¿Estás bien? ¿Necesitas una mujer? Se te ve cansado, seguro que necesitas una mujer».

¿Os imagináis a un depredador como yo en Rusia? Si te movías con la gente adecuada, se dedicaban a agarrar a una chica que andaba por la calle y, tras meterla en el coche que iba al lado del tuyo, le decían: «Te vas con él». Aquello era verdaderamente demencial.

Los tipos del vodka me dieron una suite en el Hyatt que costaba cinco mil dólares por noche y que tenía por lo menos diez mil metros cuadrados. Entre que oía el sonido del timbre y llegaba a la puerta, la persona ya se había cansado de esperar.

Los ricachones rusos son fortunas de primera o quizás de segunda generación.

Sus padres o abuelos eran por lo general campesinos, de modo que se dedican a despilfarrar a lo bestia. Había tipos que aflojaban hasta 300 mil dólares por noche para garantizarme la diversión. Y esto no implicaba salir de fiesta a lo loco, sólo gastos para ir ambientándonos. Pedían una lata gigantesca de caviar de sesenta mil dólares. Grandes botellas de Rémy Martin Louis XIII valoradas en miles de dólares. Lo que quería, lo tenía. El dinero no les suponía ningún problema.

Ya era noche cerrada cuando llegué a Moscú. Llamé a Marilyn para salir a hacer algo de turismo, antes de que todo el país se enterara de que me hallaba en la ciudad. Sólo tres paparazzi aguardaban mi llegada al aeropuerto. Mi hotel estaba situado a pocas calles de la Plaza Roja. En 2005 Rusia se parecía mucho al Viejo Oeste, sufriendo secuestros y atentados terroristas con bomba día sí, día también. Marilyn y yo nos encaminamos hacia la Plaza Roja y, ya habíamos cruzado por delante de la enorme estatua de Karl Marx junto a la Plaza de la Revolución, cuando dos enormes SUV de color negro y dos Mercedes sedán extra largos se detuvieron a nuestro lado. De ellos salieron cuatro tipos con ametralladoras Uzi. Dentro de los Mercedes había unos tiarrones con cazadoras negras blandiendo pistolas. Marilyn parecía aterrorizada, pero se nos acercaron para decirme que eran nuestros guardaespaldas, cortesía de los hombres de negocios ucranianos.

—Juraría que es la primera vez que tengo guardaespaldas que llevan Uzis —le dije a Marilyn.

De modo que ahora avanzábamos formando una procesión: Marilyn, yo, los guardaespaldas en ropa de camuflaje y los tres paparazzis que me venían siguiendo desde el hotel. Cuando la gente reparaba en semejante séquito, salía de las tiendas o de sus vehículos. Para cuando llegamos a la Plaza Roja, ya teníamos a una muchedumbre a nuestras espaldas.

A pesar del acoso, conseguimos hacer algo de turismo. Me ilusionaba mucho visitar la casa de Tolstói y la guía que nos acompañó alucinó con el hecho de que conociera los nombres de todos los hijos del escritor, así como del tipo de relación que mantenía con su esposa. También visitamos el museo Pushkin. La comitiva que nos seguía hizo imposible que nos acercáramos al Kremlin.

Marilyn y yo lo pasábamos bien durante el día y, cuando ella se retiraba, comenzaba la verdadera diversión. En Moscú podías conseguir lo que se te antojara. La ciudad era como un Nueva York pasado de esteroides. Un noche visité la impresionante mansión de un pez gordo. En una zona de la casa tenía una sauna gigantesca con bancos de madera y toallas. Junto a ella había una habitación a rebosar de mujeres, por lo menos catorce. Escogías a una y te la llevabas a la sauna. Ésta contaba con un teléfono que sólo tenías que descolgar en el caso de que se te antojara otra.

Mi interés en las palomas me llevó a conocer a auténticos miembros de la mafia rusa. Deseaba ver palomas del lugar, así que le pregunté a mi guía quiénes eran los mayores aficionados en Moscú. Me presentó a un mafioso que vivía en los suburbios

en la casa más lujosa había visto. Sólo su palomar ocupaba la misma extensión que mi casa de Las Vegas. Resultaba imposible cubrir con la vista la extensión total de su propiedad.

De todos modos, con quien me lo pasé mejor fue con un hombre de negocios kazajo y musulmán al que conocí una noche en la que yo había salido con un amigo serbio. Pensé que se encontraba en la ciudad por trabajo. Se comportaba como un individuo normal con dinero, mostrándose generoso e invitándonos. Acudimos a una mezquita en la que ambos rezamos nuestras oraciones. Más tarde, mientras fumábamos un poco de hierba, me dijo: «Poseo un *night club* en la ciudad. ¿Te apetece ir?».

Una vez en él nos condujo hasta una zona reservada en la que bajó una pantalla y, boom, aparecieron veinte preciosas jóvenes rusas. La mayor tenía probablemente veinte años. Empezaron a bailar para nosotros y me dijo: «¿Cuál quieres?».

No quería escoger a ninguna, porque corría el riesgo de quedarme con una a la que yo no le gustara y que se viera forzada a acompañarme. Seguía sintiéndome inseguro por culpa de todas las mujeres que habían organizado manifestaciones en mi contra cuando visitaba sus países con la intención de boxear.

—Escucha, hermano, tú sólo pregúntales si hay alguna interesada en venirse conmigo y la que lo esté ya me irá bien.

En aquel momento me bastaba con que respiraran.

Se echó a reír.

—De acuerdo, ¿quién quiere irse con Mike?

Los gritos resonaron por todo el club.

—¡Sí, yo, yo, yo!

Todas querían venirse conmigo al hotel.

—Ahora tendrás que escoger o todas van a querer acompañarte —me dijo.

—Está bien, ¿qué me dices de ésa? Está bien buena. Y la morenita de pelo corto también es mona. Y también me ha gustado la rubia que había en la entrada. ¿Y qué me dices de la chica en el extremo de la segunda fila?

—Mike, no te puedes llevar a cuatro chicas. ¿Qué vas a hacer con cuatro chicas? —me dijo.

—Las necesito a todas, hermano, de lo contrario no dejaré de pensar en las que no me llevé.

Así que regresé al hotel con cuatro chicas. En el trayecto nos pusimos ciegos de coca y alcohol. Nos estábamos divirtiendo cuando una de las chicas llamó a su madre para decirle: «¡Mamá, estoy con Mike Tyson!».

Se mostró emocionadísima. Me contó que su madre también estaba cañón, pero con cuatro ya era suficiente.

En Estados Unidos las chicas de alterne eran una especie completamente diferente a la rusa. Sólo les importaba satisfacerte sexualmente. Era su único propósito. Las rusas, en cambio, hablaban cuatro idiomas. Llamé a un amigo a Bélgica y una de

ellas me hizo de intérprete con la operadora. A continuación llamé a Portugal y se puso a hablar fluidamente con ellos. Llamamos a Eslovaquia y conocía el idioma a la perfección.

Yo pensaba: *¿Cómo puedo conseguir que estas chicas se vengan conmigo a Estados Unidos?* Serían capaces de dirigir una de las empresas del ránking Fortune 500. Todas poseían un título universitario. Yo tengo bastante labia gracias a las palabras que he aprendido consultando el diccionario, pero estas chicas de alterne me estaban pegando una paliza intelectual. Ohh, cómo me hubiera gustado habérmelas podido llevar de regreso a casa. A la mierda toda esa historia de la bancarrota; con estas prostitutas habría solventado en un minuto todos esos problemas.

Sólo las disfruté una noche. Por entonces era un cerdo de cuidado de modo que, a la noche siguiente, me dediqué a otras conquistas. Eran unas chicas estupendas, pero había llegado la hora de escribir un nuevo capítulo de mi historia moscovita.

Salimos toda la noche de fiesta y, a la mañana siguiente, madrugué y estuve fresco para visitar un museo con Marilyn. Ella sabía que había llegado la hora. Con ella no necesitaba abrir la boca. Le bastó echarme una mirada y me dijo: «¿Cuándo nos vamos a poner a trabajar en tu recuperación?».

Un día estábamos tomándonos un *brunch* en unos grandes almacenes en la Plaza Roja y nos vino a ver el dueño. Era un judío que también se encargaba de diseñar la vestimenta de los diferentes equipos olímpicos de Rusia.

—Esta noche organizamos una velada por estricta invitación para presentar los uniformes rusos para las Olimpiadas de Invierno de 2006. ¿Le gustaría ser nuestro invitado de honor?

Por lo general cobraba una buena pasta por una aparición de estas características, pero se me antojaba de lo más excitante poder conocer a unos atletas tan fantásticos. Le dije que me complacería mucho asistir y, en señal de agradecimiento, me paseó por las mejores tiendas de firmas italianas de los grandes almacenes, surtiéndome de una ropa increíble.

Esa noche cenamos juntos y se nos sumó Viacheslav «Slava» Fetisov, el ex jugador de hockey y, por entonces, máxima autoridad deportiva del país. No habían anunciado mi presencia por lo que, al arrancar el acto y ser presentado y llevado bajo los focos, los atletas casi provocan que se hunda el edificio. Habían montado un gran podio con forma de antorcha olímpica, sobre el cual nos sentaron a Marilyn y a mí. Los flashes de los fotógrafos la cegaron. Al acabar el acto, todos los atletas vinieron corriendo a pedirme un autógrafo, mientras unos guardaespaldas velaban por Marilyn. Aquella estampida podría haberla aplastado.

Un día Jeff, Marilyn y yo almorzábamos en el New York Café, un restaurante en el centro de Moscú al que acudían todos los capitostes. Vimos a un político checheno con el que habíamos estado de fiesta en Saint-Tropez. Ejercía de senador de Chechenia en el parlamento ruso. En Saint-Tropez y Sardinia había sido de lo más humilde, afectuoso y respetuoso. Su aspecto y maneras eran los de un verdadero

diplomático. Así que empecé a decirle «Ey, hermano», pero aquí en Moscú no era el tipo agradable que había aparentado ser en Saint-Tropez.

—Mike, no es tan amigable como en el barco. ¿Qué cojones? —dijo Jeff.

Esto me olía mal. Cuando estábamos en el barco, aquellos chechenos no paraban de soltarme pasta. Yo les decía: «Soy vuestro hermano musulmán. Por favor, dadme algo de dinero, aquí estoy en aprietos». Estaban tan forrados que dejaban unas propias desorbitantes. Bien, ahora sí que necesitaba dinero. Mi acuerdo con el ucraniano del vodka había llegado a su fin e iban a dejar de costearme la inmensa suite de hotel.

Las cosas, sin embargo, parecieron mejorar desde el momento en que el senador vino a sentarse a nuestra mesa.

—Me acompaña una persona que tiene muchas muchas ganas de conocer a Mike —nos dijo—. Es una persona muy especial.

Yo dije que por supuesto, así que nos levantamos, dejamos la comida en la mesa y seguimos al senador hasta un reservado situado en un lateral del restaurante. Había una mesa puesta alrededor de la cual tomamos asiento. Al cabo de pocos segundos, se abrió la puerta y entró Ramzan Kadyrov, el líder checheno. Yo estaba al tanto de lo ocurrido en las guerras de Chechenia durante los años previos. El padre de Ramzan, Akhmad, era uno de los señores de la guerra de Chechenia y uno de los líderes del movimiento que buscaba independizarse de Rusia. Era un combate sangriento, sangriento y los rusos nombraron a Akhmad presidente de Chechenia con la esperanza de que sofocara la rebelión. Fue asesinado un año después y escogieron a su hijo como nuevo líder. Ramzan era un gran aficionado al boxeo y se moría de ganas de conocerme.

Ramzan se sentó de cara a mí. Tenía unos veintiocho años, aunque aparentaba muchos menos. Tras charlar un rato, me rogó que visitara Chechenia. Ahora bien, lo primero que oían los ciudadanos americanos al entrar en Rusia era: NO VAYAN A CHECHENIA. En 2005 continuaba siendo un lugar muy peligroso y violento.

Mientras pensaba en esto, entró en el reservado un tipo joven, alto y fornido. Tenía toda la pinta de darle mucho a las pesas. Llevaba puesta una cazadora negra de cuero que, al abrirla, reveló dos pistolas automáticas encajadas en un inmensa correa con munición alrededor de su cintura. Era uno de los guardaespaldas de Ramzan.

—¿Crees que alguien de Arizona se creería algo de esto? —le susurré a Marilyn.

Ramzan no dejaba de insistirme que fuera a su país y quedamos en comer al día siguiente en el Hyatt, el último día que pasaría en él. Cuando les expliqué mi situación en el hotel, me ofrecieron trasladarme al Rossiya, un hotel ruso de grandes dimensiones y que no estaba pensado para el turismo, situado al lado de la Plaza Roja. Debía de tener unas diez mil habitaciones. Cuando Marilyn pasó a recogerme aquella mañana, necesitamos media hora para llegar del vestíbulo hasta nuestra habitación.

Mi tercera mañana ahí, Marilyn vino a buscarme, pero no me encontró. Me

esperó durante una hora en el vestíbulo y, tras regresar a casa, hizo una llamada desesperada a mi asistente en Las Vegas para decirle que me había perdido. No tenía la menor idea de dónde me encontraba. Esa misma noche la contactó uno de sus amigos.

—Acabo de ver a Mike por televisión. Está en Chechenia.

Aquella mañana había partido con Ramzan y su séquito. No podía renunciar a tanto dinero. Chechenia era un lugar increíble. Apenas puse un pie en él, me entregaron una metralleta. Yo estaba hecho un manojo de nervios. No es que me apeteciera especialmente disparar ningún arma pero, qué demonios, allá donde fueres haz lo que vieres. Chechenia era predominantemente musulmana, así que me entregaron un gorro kufi y se dirigieron a mí por mi nombre musulmán, Malik Abdul Aziz, que en árabe significaba «Rey y Siervo del Todopoderoso». Sólo me gusta que me llamen Abdul. Si no me llamas Abdul, límitate a Mike. Delante de la población me presentaban como un héroe musulmán. Un héroe musulmán, mis cojones: yo era un cocainómano rabioso.

La chechena era una cultura realmente primitiva. La mitad del país había perecido bajo las llamas durante las guerras contra Rusia. Donde me encontraba apenas existían comercios. Sólo terrenos, nada de edificios. Posteriormente Marilyn me contó que estaba preocupada por mí ya que había fuerzas rebeldes que se oponían al régimen de Ramzan. Sin embargo, sólo con que alguien se hubiese atrevido a mirarme mal durante mi visita, aquellos guardaespaldas le hubiesen arrancado los ojos.

Hice una aparición en su gigantesco estadio de fútbol. Su idea de la diversión consistía en ver a un tipo realizar caballitos sobre una motocicleta, al modo de Evel Knievel. Así era su cultura. Mirad, si me invitan a ver algo yo lo único que voy a decir es: «Qué magnífico». Una cosa que aprendí durante ese viaje fue a dejar que los otros llevaran las riendas. No quería mostrarme conflictivo.

Mi principal cometido fue inaugurar un torneo nacional de boxeo de cuatro días de duración, a celebrarse en honor del padre de Ramzan.

—Estoy contento de encontrarme en la República de Chechenia, un lugar del que he oído hablar y del que he leído tanto —me dirigí a la multitud—. Y estoy contento de encontrarme entre musulmanes. En la televisión hemos podido asistir a una guerra muy injusta desarrollándose durante mucho tiempo en la República de Chechenia. En América rezamos para que acabara.

A última hora de esa misma noche, regresé a Moscú. No tuve ocasión de conocer a ninguna chica chechena. Aquella visita giró exclusivamente en torno a la espiritualidad, Alá y el islam.

De vuelta en Moscú, pasé más ratos de calidad junto a Marilyn. Mi objetivo al visitar Rusia era verla y recibir un poco de terapia. De paso suponía una maniobra útil pues, si en el futuro me veía en la necesidad de que un tribunal me echara una mano, podía aducir que Marilyn me había tratado en suelo ruso.

Una noche Marilyn organizó una cena con prominentes hombres de negocios locales en un restaurante georgiano. Al día siguiente, le dije que ya no quería conocer a más peces gordos, sino verme con algunos de sus amigos cercanos. Así que Marilyn me invitó a almorzar a su casa. Me llevé una fuerte impresión al ver el edificio en el que vivía. Me recordó al bloque de viviendas en el que había crecido de niño. Los pasillos desprendían el mismo olor a meados. Le pregunté: «¿Qué diablos haces aquí, Marilyn?». Pero ahí es donde quería estar; con la gente normal. Tras el almuerzo, invitó a casa a siete de sus mejores amigos rusos. Todos eran psicólogos y curas, gente con una profesión.

Nos sentamos formando un círculo en el salón y empezaron a compartir conmigo sus historias. La mayoría procedían de hogares con problemas de alcoholismo. Gracias a haber vivido con Cus y Camille, sabía que el comunismo había tenido unos perniciosos efectos secundarios. Cuando cada uno arrancó con sus confesiones, no quise que se sintieran incómodos por mi presencia. A tenor de mi fama y de que todo le mundo me conocía, quizá daban por hecho que todo me había ido de cara. Hasta que no comencé a contar mi historia, seguramente se pensaban que no teníamos nada en común. Aquello era lo que nos unía, nuestras historias. Después de haber pasado tantos años en instituciones y hogares de acogida, estaba acostumbrado a compartir mis experiencias. Así que se las expuse. Les hablé de la violencia que me había rodeado durante la infancia, las rencillas con mi madre y el miedo y el abuso omnipresentes. Todos se sintieron más relajados.

Tenía a una mujer sentada a mi lado cuyo padre había sido un oficial del ejército ruso. Cuando era un bebé, los terroristas habían hecho saltar por los aires su hogar y su padre había muerto intentando salvarle la vida. El ataque le había provocado quemaduras graves, tenía muñones en lugar de manos y cicatrices por todo el cuerpo. En la actualidad era la directora del Departamento de Atención Psicológica de la Universidad Estatal de Moscú de Psicología y Educación.

—Aquí estoy, toda una psicóloga, pero nadie ha sido capaz de ayudarme a sobrellevar el dolor, todo el dolor psicológico, la pérdida de mi padre. Siento como si llevara toda la vida esperando a que apareciera Marilyn para ayudarme a sobrellevar el dolor —nos dijo.

Empezó a llorar y yo abandoné mi silla para sentarme a sus pies y agarrarle lo que le quedaba de manos mientras continuaba hablando. Al acabar, me quedé en el suelo.

Todos los presentes en aquella habitación establecimos un vínculo muy fuerte. Una sesión que debía durar dos horas se alargó hasta las seis. Cuando ya nos disponíamos a marcharnos, se me acercó una mujer.

—Creemos que deberías ser político o predicador —me dijo—. Podrías presentarte a las elecciones presidenciales de Rusia y ganarlas.

Sin embargo, yo sabía que Rusia no era mi lugar. En él ni siquiera existe un término para «equilibrio». En Rusia no conocen el equilibrio, sólo los extremos. De aquí que yo encajara tan bien. Era un lugar demasiado perfecto para mí y mis

demonios. Me encantaba estar ahí. Podía llevar a cabo lo que se me antojara con absoluta impunidad.

Jeff regresó a Estados Unidos y yo puse rumbo a Portugal. Llamé a mi amigo portugués Mario para que nos viéramos ahí al día siguiente, pero no podía dejarlo todo y venir a mi encuentro. Me registré en un *resort*, conseguí algo de coca y empecé a meterle. Llevaba días sin dormir, lo que, unido a la cantidad de coca consumida, me hizo perder el sentido. La dama que me acompañaba se pensó que había dejado de respirar, así que llamó al médico del hotel. Cuando llegó, yo ya me había recuperado. Insistió en que me acercara al hospital para que me hicieran una revisión, pero pasé.

No me gustaba mucho el rincón de Portugal en el que me encontraba. Demasiado estirado para mi gusto. Todo el mundo era demasiado serio. Todo el país parecía adicto al trabajo. No había nadie con quien pasar un buen rato. Al segundo día ya estaba aburrido y me largué a Amsterdam. Los holandeses sí que sabían de fiesta. Hice que se reuniera conmigo una chica a la que había conocido en Rumanía. Era una chica estupenda, pero se puso nerviosa cuando empecé a esnifar toneladas de cocaína y a invitar a prostitutas a nuestra habitación. Me dijo que no le iban las drogas y se volvió a casa. Yo continué con mis orgías y mis fiestas. Dos semanas después, ya no podía más y le pedí a Darryl que viniera a buscarme. Incluso con él a mi lado, aún alargué la marcha dos semanas, hasta que pudo convencerme de regresar.

Volé a Las Vegas y de inmediato partí a Los Ángeles. Me quedé un día y volé por mi cuenta a Nueva York. Me alojé en el hotel St. Regis. Era mi preferido porque tenía un mayordomo en la puerta las veinticuatro horas. Sólo entrar en la habitación me puse a esnifar cocaína. El subidón hizo que quisiera salir de fiesta. Abrí una maleta y comprobé que tenía toda la ropa arrugada. Me entró el pánico. Me empezó a doler la cabeza, el corazón se me aceleró y el miedo se apoderó de mí. Cuando llamé a mi mayordomo, llevaba un colocón de campeonato.

—¡NECESITO QUE ALGUIEN SUBA A PLANCHARME LOS PANTALONES YA MISMO!!!
¡¡¡YA!!! ¡¡¡YA!!!

Las personas al otro lado del teléfono estaban riéndose al ver mi estado de pánico provocado por unos pantalones. Salí del hotel a dar una vuelta mientras me los planchaban. Quería comer algo, pero la coca había neutralizado mi apetito, así que pensé que un paseo me haría bajar el colocón. Caminé por la Quinta Avenida, Times Square y regresé al hotel.

Al entrar de nuevo en mi habitación, el mayordomo estaba dando los últimos retoques. Había planchado el contenido de mis dos maletas. Seguía riéndose de mi llamada. Le di una propina enorme y salí de fiesta.

Al día siguiente volé a Florida para ver el combate que enfrentaba a Roy Jones Jr. con Antonio Tarver. Estaba drogado y cansado pero, durante toda mi estancia, Tarver no dejó de acosarme diciéndome: «Tío, tú y yo hemos de pelear». No se despegó de mi oreja.

—No, tío —acabé diciéndole—. Atravieso un momento difícil. Ni siquiera sé si quiero estar en América ahora mismo. Me siento muy deprimido. No me apetece combatir contra nadie.

Seguía enganchado a la coca. Llevaba cuatro meses consumiéndola sin descanso, desde mi llegada a Europa. Cuanto me apetecía era cagar. Cuando tienes tal cantidad de cocaína en el sistema, sueltas unas buenas cagadas porque tienes los intestinos revueltos. Todo esto no me disuadía de acercarme a los barrios de Overtown y Liberty City en Miami para agenciarme coca y prostitutas cubanas. Por descontado, cada vez que andaba por el gueto, la policía se me acercaba.

—¡Mike Tyson! ¿Qué demonios haces tú aquí, tío? Este sitio es peligroso, Mike —me decía el poli—. Sube al coche, deja que te llevemos hasta un lugar seguro.

—No, estoy bien, agente. Le agradecería que se marchara. Me está causando problemas, señor.

—Por favor, señor Tyson. Aquí no les importa que sea usted un campeón, este lugar no le conviene —insistía.

—Señor, me voy a ver en serios apuros si se queda a mi lado. Estoy bien.

Yo intentando conseguir droga y chavalas cubanas y esos tíos convirtiéndome en una amenaza. Cuando acudía a este tipo de sitios, la gente me veía y me decía: «¿Qué tal, campeón? ¿Qué andas buscando?».

Me calaban. Sabían que quería colocarme.

Desde que había bajado del cuadrilátero tras combatir contra McBride, no había parado de beber y drogarme. Una vez finalizados mis periplos por el mundo, me instalé de nuevo en Las Vegas y empecé con mis rutinas con las drogas. Procuraba levantarme sobre las diez de la noche y estar duchado, acicalado y listo para salir a eso de las once. Para entonces ya había alguien de camino a buscarme, junto al que hacía unas rayas antes de partir. Conducíamos hasta el barrio de North Vegas e íbamos de bares hasta la una, a menos que algo excitante tuviera lugar por la zona como, por ejemplo, que circulara una droga nueva. A continuación acudíamos a los clubs del Strip. Ahí todo consistía en conocer a los *maîtres*, relajarse en las suites e ir de putas. Me quedaba en ellos hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, momento de marcharnos a locales de *striptease* como el Seamless, puntos de encuentro de un buen número de personas. En estos *after-hours* uno coincidía con todo el mundo, de celebridades a bellas modelos, pasando por buscavidas profesionales.

Toda esta *beautiful people* estaba colgada de las drogas. Jamás los veías durante el día, en la consulta del dentista o en unos grandes almacenes. Sus vidas eran como la mía; se pasaban el día durmiendo y la noche de fiesta. Ya por la mañana, a veces abandonábamos juntos los *after* e íbamos a sus preciosas casas. Eran traficantes de drogas o niños ricos hechos unos malos bichos. En los clubs siempre andaban rodeados de multitud de personas a las que se lo pagaban todo.

Un momento me encontraba en un club y al siguiente en la habitación de una de estas mansiones. Ni siquiera podía recordar cómo había llegado de un lugar al otro. A

estas alturas, ya había perdido a la mujer que me acompañaba. Mi deseo era facilitar a la gente lo que deseara. Cuando las personas habían estado esnifando, por algún motivo yo les parecía encantador. Y las mujeres de estos tipos tan peligrosos decidían que les apetecía tocarme. Yo me ponía en plan: «Ey, ey, esto no está bien. Aquí se trata de mantenernos unidos».

Empezaba a ponerme nervioso. Un tipo observaba cómo su mujer me manoseaba. La sobriedad me sobrevenía de golpe ya que el subidón y el miedo son incompatibles. Ahora me sentía como un cabrón asqueroso. Percibía que ese tipo era una mala persona. Probablemente ya había estado en prisión y no temía matar a alguien. Y su mujer estaba como una regadera e insistía en tocarme.

He aprendido a tratar a las mujeres cuando se dan este tipo de situaciones. Siempre opto por rebajarme, quitarme toda importancia. Soy muy bueno haciéndolo.

—Ey, nena, soy un yonqui. Por favor, no juegues conmigo. He pillado un montón de enfermedades. Me sorprende no haberte contagiado una por el simple hecho de encontrarte en mi presencia.

Sé cómo conseguir que les entre el bajón, lo que es buenísimo para mi salud. Hay mujeres que lo son todo en la vida de un hombre. Una mujer puede colonizar una mente masculina. Es capaz de convertir a un calzonazos en un psicópata salvaje. De aquí que jamás subestime a un individuo así.

Una de las personas más interesantes que conocí por aquella época era un chulo al que llamaba Chance. Me hallaba en un club de *striptease/after* cuando se me acercó.

—Ey, señor Tyson. Guau, siempre he querido conocerte porque vas por ahí diciendo que eres el hombre más malvado del planeta, mientras que yo sostengo que soy el chulo más malvado del planeta. Tú combates igual que yo chuleo.

—¿Es eso verdad, negro? —le dije.

—Sí, tío, no bromeo. Sé lo de tu bancarrota, sé que te robaron el dinero. Ahora estás conmigo, negro. Si una cosa me sobra es dinero. ¿Ves a todos esos tipos de ahí? Están en el dique seco hasta que yo aparezco. Yo les suministro de todo.

Empecé a pasar tiempo con Chance. Poseía una bonita colección de coches: Ferraris, Maseratis y Lamborghinis. Pensé que le gustaría la cocaína, pero era un chulo de pueblo. Contaba un sinfín de mentiras para dárselas de hombre de mundo, cuando a lo único que se dedicaba era a traficar con drogas de nenazas como el éxtasis.

Yo estaba sin un céntimo, por lo que una noche le dije: «Consígueme algo de coca, negro».

—¿Quién tiene cocaína? —me dijo—. Deja que llame a mi hombre.

La siguiente vez que lo vi la traía consigo. Se había puesto en contacto con un traficante de maría que tenía un poco. Esnifé una pizca y le pasé la bolsa.

—Adelante, tío, pruébala, negro —le dije—. Es igual que el éxtasis sólo que troceado.

Se hizo unas pocas rayas y de inmediato le sentaron fatal.

—¡Ah, mi cabeza! —gritó, lanzándose al suelo—. ¡Oh, mierda, Mike! ¡Chulo herido! ¡Chulo herido!

Yo pensaba: *Oh, mierda, este tipo se nos va a morir*. Estábamos con su sobrino y le pedí que lo llevara a casa. Yo me puse en el asiento del copiloto y Chance se estiró en el asiento trasero de su Maserati, sin dejar de gemir. Yo era un drogata de tal calibre que por el camino me puse a esnifar la cocaína en mal estado. Me importaba un pimiento si estaba acabando con Chance. Lo dejamos en su casa y me llevé todo el alijo conmigo. Ey, la coca mala siempre es mejor que no tener coca. Al cabo de pocos días, Chance se había recuperado.

Por aquella época empecé a quedar con un tipo llamado Michael Politz. De hecho, ambos habíamos estado juntos en la cárcel en Maryland. Él iba entrando y saliendo de forma periódica, porque aseguraba que la loca de su novia lo freía a órdenes de alejamiento que no dejaba de violar con la intención de ver a su hija. Michael estaba completamente enchufado a la escena nocturna de Las Vegas. Era una persona moderada, no bebía ni se drogaba, así que para mí suponía una compañía sobria de lo más ideal. Yo ya ingería drogas por los dos. Una noche llegó a sus oídos una fiesta que el club de *striptease* Scores iba a organizar en la suite con bolera del Palm Hotel. La ciudad acogía una convención de cine para adultos, por lo que la fiesta estaba a reventar de guapísimas estrellas del porno. Yo me fijé en dos de ellas, pero venían acompañadas por sus novios. Mientras tanto, Michael le lanzaba la caña a una camarera muy mona. Mantuve una breve conversación con una de las chicas, aprovechando que los novios no andaban cerca, y me dirigí a ver a Michael.

—Ven —le pedí, alejándolo de la camarera. Susurrábamos como si fuéramos dos colegialas.

—Mira por encima de mis espaldas —le dije—. Ahí está el lavabo. Voy a llevarme a esas dos chicas dentro y follármelas. Esto es lo que quiero que hagas. ¿Ves a esos dos tíos? Son sus novios. Me los vas a entretener.

—¡¿Qué?! —dijo Michael.

—Todo va a ir bien, hermano, no te preocupes —le dije.

—¿Y qué ocurre si esos tíos la toman conmigo?

—No sufras, podré oírlo. Si me llega un barullo y empiezan a darte de hostias, en cuestión de segundos saldré del lavabo en tu ayuda. No va a pasar nada —lo calmé.

Tenía la cara a un centímetro de su oreja, susurrándole todo este rollo. De modo que, para tocarme las pelotas, gritó bien fuerte: «Mike, no me siento cómodo teniendo tu boca tan cerca de mi oreja».

Toda la sala pudo oírlo. Yo empecé a reír histéricamente. Aquel blanquito estaba como una cabra.

—Ahora sí que me debes una, cabronazo —le dije.

—De acuerdo, ve —me dijo.

Entré en el baño acompañado de una de las chicas, mientras Michael distraía a los tíos. Al tiempo que ellos escuchaban historias sobre mí de boca de Michael, la otra

chica se coló a hurtadillas. Cuando finalmente los tipos advirtieron que sus chicas se habían esfumado y preguntaron dónde se habían metido, Michael les dijo que probablemente los tres habíamos salido un momento fuera a fumarnos un porro.

Así era yo por entonces. Estaba bien jodido y atraía malas ondas. Al ir aumentando de peso, empezaba a parecerme a una fofa estrella del rock. Sin embargo, los subidones de coca propulsaban mi autoconfianza.

En los clubs comencé a comportarme de forma cada vez más desvergonzada con la cocaína. Una noche me encontraba con mi amigo Mack, el barbero, en el bar del Wynn Hotel. Entre firma de autógrafos y pose para fotos, hacía escapadas a los lavabos. Finalmente, los miembros de seguridad se acercaron a Mack.

—Necesita venir a recoger a su amigo —le dijeron.

Me habían pillado esnifando en el baño y querían echarme del hotel. Así eran las cosas por entonces. O me trataban como a la realeza en los *nightclubs* o me ponían de patitas en la calle después de que alguien informara haberme visto esnifando o follándome a una chica en los lavabos. Dado que conocía a muchos porteros, la mayoría me dejaban volver a entrar, aunque hubo clubs que me prohibieron totalmente el acceso.

De aquí que por sistema prefiriera ir a los clubs de *striptease*.

—¿Qué hacemos en estos clubs de baile cuando podríamos estar en un club de striptease? —les preguntaba a mis amigos—. Estas chicas llevan puesta la ropa y muestran mala disposición. En los clubs de *striptease* van desnudas y muestran buena disposición. Vayamos directos al grano.

Los dueños de los clubs de *striptease* estaban conchabados conmigo. En algunos clubs disponía de mi propio baño privado. Me pasaba horas ahí dentro y, al salir, me dirigía a hablar con los propietarios. Me comportaba como una *prima donna* de tal calibre que, al ver cómo se me acercaba un miembro del equipo de seguridad, le gritaba: «¡Aléjate de mí! Aléjate de mí, no estoy molestando a nadie».

Me volví tan descarado que llevaba mis bolsas de cocaína a la vista y con una pajita sobresaliendo, igual que si fuera un batido. A mis amigos les ofrecía un tiritito y, pensándose que les llegaría un poco, esnifaban fuerte y acababan gritando porque la bolsa estaba a rebosar. Se ponían a toser y escupir.

Empecé a salir con algunas *strippers*, lo que derivó en situaciones conflictivas. Iba colocado y, al descubrir a una de mis chicas con un cliente, me metía en medio.

—¿Por qué no me devuelves las llamadas? —le gritaba.

Ella le estaba haciendo un *lap dance* a un tipo y yo me colocaba a un palmo de su cara, acosándola.

—Ey, si hay algún problema, yo... —me decía el cliente, asustado.

—Tú ocúpate de tus asuntos, estoy hablando con ella —le gruñía.

Otras veces las chicas con las que salía se ponían celosas y empezaban a pelearse en medio del club. De modo que empezaron a denegarme la entrada durante determinados turnos.

El paso siguiente fue quedarme a dormir en los clubs de *striptease*. Llevaba conmigo una caja con pollo frito de la que empezaba a comer cuando, agotado tras días sin pegar ojo, caía dormido. Las *strippers* aprovechaban para comerse el pollo y hurgar en mis bolsillos. Al despertarme, me encaraba con las divas del tanga, no por hurgar en mis bolsillos, sino por comerse mi pollo. Cuando se produce el bajón de la cocaína, te entra un hambre terrible.

En noviembre de 2005 había perdido definitivamente el norte. Fui a Los Ángeles para asistir al preestreno de *Get Rich or Die Tryin'* de 50 Cent's. Iba hasta las cejas de cocaína y Robin se encontraba ahí. Seguramente me vio correteando, ligando con las chicas y haciendo el payaso. Al acabar la película e incorporarme, la tenía a mi lado. Me dio un abrazo y la besé. Esperaba poder volver a follármela. Pero ella reaccionó con un «Guau» y se largó. Tan pronto se hubo marchado, me di la vuelta y Naomi Campbell me agarró y me dio un abrazo. Debió verme abrazar a Robin y probablemente pensó: *No debería abrazar a esa zorra. Con toda la mierda que le tuvo que aguantar, ¿ahora va y la abraza?*

Naomi se despegó y me miró fijamente a los ojos.

—Mike, dicen por ahí que estás metiéndote demasiado. Necesitas parar. Estás jodiéndote la vida.

Estaba muy enfadada y me leyó la cartilla. No, ella siempre se había preocupado mucho por mí y viceversa. Era una verdadera amiga.

Sin embargo, no seguí sus consejos. Continué metiéndome sin descanso. Veamos: si pillas un subidón de cocaína y no tienes chicas a tu alrededor, obtienes un mal subidón. Y si cuentas con las chicas pero no tienes la cocaína, tampoco vas bien. Para conseguir una experiencia óptima, necesitas a ambas. Yo solía decir que necesitaba «una puta y unas rayas». Ahora bien, quizás penséis que tomar mucha cocaína era contraindicado para mantener relaciones sexuales, pero para eso estaban el Cialis y la Viagra.

Por esta época volví a frecuentar a Crocodile. Venía de haber estado preparando a alguien para un combate y ansiaba salir de fiesta. En una ocasión nos encontrábamos en mi habitación de hotel en Las Vegas con una famosa estrella del porno y su novio. Habíamos acordado que nos acostaríamos con ella. Un segundo después de que entraran por la puerta, Crocodile y yo comenzamos a desvestirnos. En teoría su novio estaba de acuerdo en que tuviéramos relaciones sexuales con la estrella del porno, pero al vernos desnudos se tiró atrás.

—No, por favor, no lo hagas —le gritó a su novia.

—¿Qué le pasa a nuestro amigo? —le pregunté—. Creía que le parecía bien.

—¡No! ¡No! Sólo sexo oral —suplicó.

—No, colega, queremos hacerle una visita a ese coño —le dije.

Se echó a llorar con tanta fuerza que la estrella del porno acabó levantándose.

—No puedo hacerlo. Debo irme con él —nos dijo y ambos abandonaron la habitación.

Crocodile era todo un personaje. Cada vez que me veía con una chica, automáticamente empezaba a quitarse la ropa.

—Crocodile, esta mujer es mía —le decía—. Esta vez no.

—Oh, culpa mía, culpa mía —se disculpaba.

Crocodile y yo asistimos en 2006 a una fiesta de fin de año en Phoenix. Dennis Rodman y Charles Barkley también fueron. Al final de la velada, reparé en una chica preciosa, preciosa, una de las mujeres más exquisitas que jamás había visto. Era actriz y no paraba de soltar nombres como el de Charlie Sheen. Crocodile y ella andaban muy pegados, pero no podía decir si estaban juntos o no. Mirándola le pregunté: «¿Con quién estás?». Y de golpe descubro que con Crocodile. *Esto va a ponerse interesante*, pensé.

Nos la trajimos con nosotros a una casa que yo había adquirido en Phoenix. Empezamos a hacer el tonto, pero ambos llevábamos tal colocón que, pese a que no paramos de besarla y de lamerla, nos resultó imposible conseguir una erección. De modo que salimos a un *sex shop* abierto las veinticuatro horas para comprarnos unas pelis guarras. Esto tampoco funcionó. Tío, menuda frustración. Ahí estaba la mujer más despampanante con la que me había cruzado y yo incapaz de hacer nada. Crocodile y yo parecíamos dos críos que el día de Navidad son incapaces de abrir sus regalos porque les fallan las fuerzas. Me cabreeé tanto que aquella noche no me llevé conmigo mis Cualis. Salí con la sola intención de colocarme, no pensé que pudiera follarme a ninguna.

Pude comprarme aquella casa en Phoenix porque, de tanto en tanto, conseguía ganar algo de dinero que no acababa en manos de mis acreedores. Una empresa de Japón me dio 800 mil dólares por utilizar mi imagen en una máquina de Pachinko y 100 mil extra por permitirles que no luciera calzones de color negro.

Phoenix se convirtió en mi centro de operaciones festivas. Había pasado mucho tiempo en la ciudad con Shelly Finkel, por lo que estaba bien conectado a algunas de sus mayores fortunas. Si necesitaba un lugar en el que quedarme antes de comprarme la casa, ellos me lo encontrarían. La fiesta en Phoenix carecía de las dimensiones de la de Las Vegas pero, de algún modo, era mucho más intensa. Daba la impresión de tratarse de un lugar tranquilo, pero de noche se transformaba en un pequeño animal. Ahí la fiesta era de alto nivel, con la gente reuniéndose en mansiones o en inmensas suites de hotel.

Acabé formando parte de un círculo compuesto de muchos médicos. Uno de ellos era cirujano plástico y me hacía acudir a su consulta, acomodándome en una de las habitaciones en las que examinaba a sus pacientes. Tenía la cocaína a un lado, la maría al otro y la Viagra sobre la mesa.

—Ey, doctor, estoy de bajón. No me gusta cómo me siento —le dije un día.

—No te preocupes, voy a arreglarlo —me dijo antes de ir a la habitación contigua.

Pocos minutos después, volvió a entrar con un gotero al que me conectó.

—Esto conseguirá eliminar la peor parte —me dijo.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Morfina —me dijo.

Este cirujano era un fiestero de cuidado. Una vez iba solo en su coche tomando un montón de coca cuando perdió el control. Atravesó el cristal y su rostro acabó lleno de rasguños tras impactar contra árboles y matorrales.

Al cabo de poco tiempo, fui a su casa y, cuando me abrió la puerta, me llevé un shock.

—Deberías mirarte la cara, tío —le dije—. Estás bien jodido.

La maleza le había pelado todo el rostro, convirtiéndolo en una máscara sanguinolenta. Tuvo suerte de dedicarse a la cirugía plástica.

En Phoenix me metía tanto que empecé a alucinar. Una vez que iba en mi coche con mi asistente Darryl al volante, estábamos a punto de llegar a casa de un amigo cuando le dije: «¡Mira a toda esa gente saludándonos a la entrada!». Ahí no había nadie, sólo eran las ramas mecidas por el viento.

En julio de 2006 recibí otra visita del FBI. La noche anterior había salido de parranda y, al ver a un equipo del FBI-SWAT subiendo las escaleras de la entrada a mi casa, salí corriendo hacia la puerta trasera, pero también ahí estaban esperándome.

—¿Señor Tyson? Necesitamos hablar con usted.

Pensé: *Oh, mierda. ¿A quién le toqué el culo anoche?*

—Queríamos saber qué relación tiene con este caballero de la foto. Su nombre es Dale Hausner —me dijo uno de los agentes.

Miré la foto. En ella se me veía estrecharle la mano como si fuéramos colegas.

—¿Conoce a este individuo? Escribe sobre boxeo y es fotógrafo —me dijo el agente.

—Me acuerdo de él. Vino a verme al gimnasio. Unos cuantos boxeadores mexicanos empezaron a increparlo: «Lárgate de aquí, jodido maricón —le soltó uno de ellos—. El campeón no quiere hablar contigo». Pero era Ramadán, de modo que intercedí y le expliqué al resto de boxeadores que estábamos en tiempo de paz y que debía reinar la concordia. Así que le dejé que me entrevistara. Lo lamento si lo ofendí de algún modo. No era mi intención causarle ninguna molestia.

—No, no, usted le cayó bien, Señor Tyson —me dijo el agente del FBI—. No pueden decir lo mismo las ocho personas a las que asesinó y las diecinueve contra las que disparó.

Resultó que la policía investigaba a Hausner y a su amigo por una serie de tiroteos desde un coche, llevados a cabo en Arizona entre mayo de 2005 y julio de 2006. Estuvo bien que les parara los pies a aquellos tipos y que le mostraran algo de respeto o, de lo contrario, podría haberme esperado a la salida del gimnasio para meterme una bala en la cabeza.

A finales de agosto, me salió un bolo para hacer una exhibición pugilística en el Aladdin Hotel de Las Vegas. Era una oferta fantástica. Me dieron una buena suite y

me pagaron por entrenarme en una habitación en la que habían instalado un cuadrilátero. Las miles de personas que desfilaban por el hotel podían verme dándole al saco y boxeando con un *sparring*. Me daban de comer cualquier cosa que se me antojara, carta blanca. Así que me puse a llamar a los colegas.

—Vente. Voy a pasarme un mes aquí. Puedes pedir lo que te venga en gana, paga la zorra, negro.

Por entonces llamaba al hotel «la zorra». Estaba en modo proxeneta.

Bobby Brown estaba de paso por la ciudad junto a Karrine Steffans, también conocida como Superhead, su pareja en aquel momento. Lo invité a que nos viéramos. En el pasado yo también había tonteado con Karrine, pero pensaba que no habría ningún problema. Era una chica muy cara de ver pero, una vez lo conseguías, la diversión estaba asegurada.

A Bobby no le gustó la idea. Yo no sabía que iba en serio con ella. De modo que se trajo a su padre y a unos amigos. Estos vinieron primero y los agasajé. Luego llegó Bobby. Me encontraba en el vestíbulo del hotel cuando hizo su entrada y subimos juntos en el ascensor. Al vernos juntos, la gente se volvió loca. Una mujer que iba con su marido dijo «¡Jodeer! Mike Tyson y Bobby Brown. Cariño, estos dos negros la van a liar, la van a liar». Sabían que éramos sinónimo de problemas.

Quería que Bobby y yo nos relajáramos un rato. Era genial pasar tiempo con Bobby porque, cuando estuvo casado con Whitney Houston, ella no le dejaba que saliéramos juntos, algo por lo que no la culpo.

Por esta época empezó a resultarme difícil conseguir coca. No es que Las Vegas andara escasa de material; era que los traficantes no querían surtirme. Siempre tardaban una barbaridad en conseguirme las dosis que me prometían. Yo no era un dechado de paciencia, por lo que acababa pillando en las hamburgueserías. La sequía empezó en el gueto. Primero no me permitieron la entrada en los lavabos de los bares de Westside. A continuación, los traficantes se negaron a servirme.

Me decían: «Ve a entrenar, Mike, necesitamos que te pongas a entrenar». Habíamos crecido juntos en Las Vegas, me habían visto rondar la peluquería durante años y no querían contribuir a mi caída. Cuando eran niños, yo les daba pavos gratis, en lo cual se sentían realmente unidos a mí. Impelido por la necesidad, empecé a buscarme problemas con los blancos del Strip. Los encargados de darte la bienvenida a los casinos, los porteros de los clubs, todos tenían contactos.

Estando en el Aladdin durante las semanas que duraba la exhibición, llamé a un tipo para que me trajera un «ocho» a la suite. Enviaron a un maldito negro pueblerino con el material. Estaba emocionadísimo, se pensaba que íbamos a salir juntos de fiesta con un grupo de tías. Él iba a ser el rey de la función y tenernos a todos comiendo de su mano al ser el portador de la droga. Le abrí la puerta y le dejé entrar.

—¿Traes el material? —dije.

—Sí, pero ¿dónde está la gente?

—No hay nadie. Sólo yo, negro —le dije—. Tú eres el encargado de vender la

droga, ¿no? Pues límitate a venderme la jodida droga, ¿de acuerdo?

Le arranqué el paquete de las manos.

—A la mierda con esto, no necesitas meterte, Mike —me dijo—. Eres el campeón. Te queremos, Mike.

—Ahora que lo dices, mi entrenamiento va a consistir en patearte el culo hasta que salgas por esa puerta.

Le abrí la puerta y el cabrón agarró la bolsa con coca y salió corriendo.

—¡Ve a entrenar! —me gritó.

Fui tras él, pero estaba gordo, furioso y desnudo. Sólo llevaba puesta una toalla alrededor de la cintura.

—Ya estás regresando, cabrón. ¡Voy a matarte!

Al estar en forma pudo darse a la fuga. Deseaba horrores pegarle una paliza. ¿Quién coño se había creído que era? ¿La maldita Florence Nightingale?

Empecé a intimidar a los contados traficantes que seguían vendiéndome drogas cuando andaba corto de fondos. Un día vino a verme un traficante para solicitar mi ayuda.

—Escucha, Mike. ¿Puedes echarme una mano? Por favor, dile a Crocodile que me pague lo que me debe. Le pasé un montón de coca.

Con aquello cavó su propia tumba. Sabía que era una nenaza y también que, si no conseguía que Crocodile saldara su deuda, yo no iba a tener que volver a pagarle por sus drogas nunca más.

—Claro, hablaré con Crocodile, pero dame el material que llevas encima —le dije y le arranqué la coca que sostenía.

—Oh, tío, el jefe me va a matar. Tengo que llevarle algo de dinero —me dijo.

—Tu jefe necesita conseguir ese dinero de otro negro —le dije.

—No, tío, tengo que conseguirlo de ti.

—Bien, en ese caso dile a tu jefe que venga a verme para hablar de dinero. Escucha, ¿me convertiste en un adicto y ahora quieres cobrarme, cabrón? Voy hasta las cejas de coca, negro.

En otra ocasión en que no tenía dinero para comprar, conduje hasta Summerlin, donde vivían los grandes capos de la cocaína. Los visitaba en sus fastuosas mansiones y me pasaba horas con ellos, haciéndonos fotos y unas rayas. Cuando llegaba la hora de sentarnos a negociar, intentaba jugársela. Me decían el precio y yo me indignaba.

—Ey, ¿de qué va todo esto? ¿De verdad quieres venderme esta mierda, hermano? Llevamos todo el día juntos y ahora quieres cobrarme por esa mierda.

—Aquí tienes —acababan cediendo.

No hay duda de que la cocaína es el diablo. Con las mujeres siempre me había comportado como un machista. Aunque estuviera en las últimas, jamás las dejaba invitarme a cenar. Sin embargo, cuando necesitaba dinero para drogas, me metía en el bolsillo lo que iban dejando por ahí. Ésa fue de las cosas que peor me hizo sentir en

Tras volcarme en el programa, me di cuenta de que detrás de mi deseo de satisfacer a las mujeres no estaba la necesidad de que me garantizaran lo mismo, sino de que me entregaran su amor. Utilizaba el sexo para conseguir intimidad. De cara a agenciarme esa intimidad y ese vínculo, debía acostarme con ellas. No podía obtenerlo si no había sexo de por medio, pero no se trataba del sexo en sí. Era una puta, como mi madre. Pero con una diferencia. Esta puta tenía dinero. Ey, si no puedo traerte felicidad y satisfacerte sexualmente, ¿qué te parece si te regalo este Mercedes Benz? Es un coche realmente orgásmico, ¿no te lo parece?

Suena muy trillado, pero probablemente iba detrás de alguien que me hiciera de madre. Me había pasado la vida entera buscando el amor de mi madre. Mi madre jamás le entregó su amor a un hombre. Les dio dolores de cabeza, los escaldó y los apuñaló. Nunca vi a mi madre besar a un hombre. Sí que la vi en la cama con ellos, pero jamás escuché un «Te quiero» o pillé a alguien besándole la nuca.

Aunque me subieron a un pedestal siendo muy joven, siempre me sentí atraído por las chicas de la calle. Se lo debo a mi madre. Por lo menos ella estaba ahí para velar por mí. Esas mujeres, en cambio, sólo velaban por sus bebés y yo no era uno de ellos. A esas mujeres las relaciones se les daban de forma lamentable y pésima. Igual que mi madre. Eran amorosas y compasivas con los más pequeños, pero los hombres eran para usar y tirar. Siempre me atrajo este tipo de mujer, de aquí que mi vida fuera tan miserable. ¿Que una ejecutiva desea salir conmigo? Ya puede ir olvidándose. Yo a quien quiero follarme es a la golfa.

Estando en rehabilitación, vi esa película sobre Edith Piaf titulada *La Vie en Rose*. Me recordó mucho a mi vida. La gente de la calle te coge aprecio y hay una mala persona que te enseña cosas. Alguien va y lo mata, pero a nadie le importa ya que era un mal tipo, mientras que a tus ojos era muy grande. Te has beneficiado de su compañía. Posees dinero, ropa y puedes comprarle algo a tu hermana. A mí me ocurría lo mismo que al tipo ése de la peli que le pegaba una paliza a la mujer y lo apartaban de ella. A ojos de todo el mundo, a la mujer le habían hecho un favor, pero ella no conocía otra vida, quería vivir con los chulos y las prostitutas, pues eran su familia. Me removié las entrañas ver cómo se la llevaban y ella se ponía a gritarles a las prostitutas. En ese punto me derrumbé y empecé a llorar a mares. Esto es algo que tiene la felicidad. Puedes hallarte en el infierno y ser feliz en él. Hay quienes prosperan en la miseria. Si los apartas de ella y los arrimas a la luz, los matas emocional y espiritualmente, porque sólo han sido capaces de encontrar confort en el dolor y el sufrimiento. La idea de que alguien pueda quererlos y ayudarlos sin buscar nada a cambio no podrá entrar jamás en su cabeza.

Poner freno a una adicción sexual es diferente a poner freno a una adicción a las drogas o al alcohol, pero igualmente debes aprender a decir que no. Implica mucho trabajo de autoayuda y, aunque seas un adulto, en cierto modo debes conducirte como un niño. En todo momento estás analizando lo que haces, cómo le hablas a una mujer, el tiempo que puedes dedicar a mirarla. Mi límite son tres segundos.

Una de las formas de acabar con la adicción sexual, al menos para mí, fue estar pelado. Sin dinero aquella mierda ya no era divertida. Carecer de un céntimo provoca que ni siquiera se me pase por la cabeza follarme a alguien, porque mi mente delirante reclama cierta grandeza. Debo encontrarme en una gran suite o en una bella isla. Si lo hago en un motel sórdido, toco fondo.

Resulta realmente duro controlar tu adicción al sexo. Cualquier pequeño detalle es capaz de dispararla. Me bastaba escuchar el clic, clic, clic de unos tacones de mujer andando por la calle para caer. Podía estar cruzando un callejón oscuro a las tres de la madrugada y toparme con una mujer y pensar de inmediato que debía de tratarse de una prostituta. De lo contrario, ¿qué haría por la calle a esas horas?

Volvía con mucha frecuencia a Phoenix para asistir a juicios y siempre viajaba con Seano. Era oriundo de Phoenix y la mejor compañía imaginable. Se adelantaba a mis pensamientos. Sabía que oiría el clic de los tacones y que me excitaría. Escuchar ese sonido era como si alguien llamara a mi puerta. Salíamos a comer algo y demostraba conocer a fondo mis demonios. Tras regresar de almorzar, se acercaba a hablar conmigo.

—¿Qué ocurre, Michael?

—Al entrar en ese restaurante he sentido como si todo el mundo estuviera pensando: «Fijaos en ese negrata gordo y acabado».

Establecimos unas señales. Cuando me sentía muy asustado, le agarraba un brazo con delicadeza. Así él sabía que era el momento de decirme: «No pasa nada, hermano, tranquilo».

En ocasiones todo este trabajo interior que debía realizar me superaba. La primera vez que regresamos a Arizona, Seano creyó que estaba en situación de alto riesgo, por lo que me dijo que se iba a quedar conmigo en la habitación del hotel.

—No, no vas a hacerlo —le dije—. Nadie va a quedarse en mi habitación.

—En ese caso, cojamos un avión de vuelta. Sé lo que estás tramando. Vas a hacer que alguien venga a verte y vas a darme esquinazo. Así pues, ¿qué quieres hacer?

Casi le doy una hostia, pero acabamos durmiendo pegaditos en aquella habitación de hotel.

Seano siempre era capaz de percatarse de la rabia que sentía.

—¿Qué te pasa por la cabeza en estos momentos? Quieres pegarme, ¿no es así? —me decía.

—En efecto, no me gusta nada cuando me miras con esos ojos de irlandés.

—Lo sé, hermano, lo sé, pero pongámonos a ello.

No podía evitar reírme.

—Estás jodidamente loco, Seano.

—Sí, tú también, pero vamos a solucionar el tema hablando.

Cuando me encontraba en Wonderland, era consciente de que mi vida estaba en juego. Me esforzaba de veras por vencer. En Alcohólicos Anónimos te entregaban una ficha cuando permanecías determinado tiempo sobrio. Yo las llevaba siempre

conmigo. Al ser un pavo real, debo alardear a todas horas de que estoy logrando algo. Estoy hecho así. Aquellas fichas eran como mis cinturones de boxeo. Dentro de nuestra comunidad las fichas infundían respeto. Podías poseer todo el dinero del mundo, pero si carecías de fichas significaba que no habías acumulado tiempo de sobriedad y no merecías nuestro respeto. Eso me encantaba. Ansiaba el momento en que me entregarían las fichas.

Por muy comprometido que estuviera con mi recuperación, aún encontraba la manera de saltarme ciertas reglas. Llevaba pocas semanas en el programa cuando en una de las sesiones conocí a un pibón. Su nombre era Paula y era una marroquí fantástica. Un día acudí a una sesión y me la encontré en la puerta dando la bienvenida a los participantes. Llevaba una camiseta apretada de Adidas que le marcaban unas grandes tetas en forma de torpedo y ¡100% naturales!

En aquella habitación nadie sabía quién era yo. Era el único negro. Un individuo con pinta de fiero que intimidaba. Después de atender diversas sesiones con Paula, me acerqué a hablar con ella.

—Escucha, me he leído el libro de cabo a rabo. Ya he alcanzado el octavo paso...

—Mike, no te acuerdas de mí, ¿verdad? —me interrumpió.

Me refrescó un incidente ocurrido escasos años atrás. Un día me encontraba conduciendo por Sunset Boulevard en Los Ángeles cuando vi a Paula caminando por la acera. Reduje la velocidad al mínimo y bajé la ventanilla para intentar convencerla de que se subiera. Igual que un perverso.

Ey, puedo volver a intentarlo.

—Escucha, me consta que el primer año no podemos salir con gente de Alcohólicos Anónimos, pero estoy esforzándome con lo mío. ¿Crees que podrías ser mi consejera? Quiero que seamos amigos —le dije.

Paula era cuatro años mayor que yo y llevaba dieciocho en rehabilitación. Era una de las líderes del programa y una ciega creyente en el manual. Si estallaba una crisis, lo primero que hacía era consultarlo. Consagraba su vida a Alcohólicos Anónimos. Por consiguiente, sabía bien que salir juntos supondría violar las normas, incurrir en lo que llamaban «Paso 13», dado que yo sólo llevaba en recuperación unas pocas semanas.

Empezamos a salir como amigos, pero no tardamos en hacerlo como pareja. Obtuve permiso de Wonderland para pasar las noches con ella. Nuestra relación me aportó muchísimo. Disfrutaba de una novia que llevaba dieciocho años sobria y que me ayudaba a mantenerme igual. Nunca había estado con una mujer tan recta. Me gustaban las mujeres así pero, por algún motivo, mis relaciones con ellas nunca duraban. Mis disfuncionalidades acababan asomando y echaban a perder su rectitud. Pero con Paula era diferente y todo marchaba viento en popa.

También me salté otras reglas cuando grabé un documental sobre mi vida en Wonderland. Me lo propuso mi amigo Jim Toback, un gran director con el que ya había trabajado en una película independiente llamada *Black and White*. Nunca me

creí un actor. Cumplía con mi papel por hacerle un favor a Jim. No me pagaba ni nada. Me pasé todo el rodaje fumado. Mis líneas de diálogo eran todas improvisadas, ya que de lo colocado que iba me resultaba imposible leerme el guión. Compartía una escena con Robert Downey Jr. en la que Jim me pidió que le golpeará. Iba tan colocado que no podía verlo bien y le pegaba por sistema donde no tocaba. Downey permanecía en el suelo soltándome patadas. Me decía: «¡Deja de pegarme, joder! ¡Deja de pegarme!».

Quería filmar este nuevo documental, ya que me aflojaban una buena pasta y andaba muy necesitado de dinero. Antes de preguntarle a Seano si veía con buenos ojos que participara en él, le vendí una versión tirando a pobre. Sonó como si no implicara más que una entrevista corta, cuando luego resultó que fueron horas y más horas de filmación en una casa alquilada en Beverly Hills y junto al océano en Malibú. Resulta curioso el hecho de que, si bien por entonces ya no me drogaba ni bebía, verlo ahora no me deja dudas de que seguía en la piel de un adicto. Aquel documental versaba básicamente sobre un yonqui.

Mi recuperación marchaba bien y el 24 de septiembre Seano y yo volamos a Arizona, donde me presenté frente a un tribunal para declararme culpable de un cargo de posesión de cocaína. Al cabo de un mes, regresé para escuchar la sentencia. Mientras estuve en rehabilitación, me pateé la ciudad hablando de adicción. Acudí a tribunales donde se dirimían casos de drogadicción, acudí a centros de asistencia para jóvenes, compartí mis experiencias en programas de preparación para la puesta en libertad y en prisiones. Visité todo tipo de sitios y puse horas y más horas de trabajo. Era lo mínimo que podía hacer para devolver parte de lo que se me había concedido. Además, mi hoja de servicios a la comunidad lució de lo más impresionante cuando se la presentamos al juez. Recibí cartas maravillosas de mis médicos y consejeros de rehabilitación, así como cartas de apoyo de amigos como Sugar Ray Leonard y el gran abogado Robert Shapiro. Había perdido un hijo a manos de las drogas y creado una fundación para la que organizó un combate de boxeo de cara a recaudar fondos en el que se enfrentó a Danny Bonaduce. Yo lo entrené.

El hecho de que hubiera entrado voluntariamente en rehabilitación y progresado de modo tan satisfactorio impresionó a la juez, una agradable dama de perfil liberal. Podría haber enviado mi culo a prisión durante años. En vez de eso, me sentenció a 24 horas de cárcel y a 360 horas de servicios a la comunidad, poniéndome en libertad condicional durante un período de tres años. Todo parecía de color de rosa. Monica me había sido de gran ayuda a lo largo de todo el proceso. Sin ella hubiera acabado en una cuneta. Formamos un matrimonio desastroso, pero éramos grandes amigos. Monica había organizado un bonito almuerzo para todos mis abogados, Seano y yo. Al acabar tenía planeado volar directamente a California y comprarme una casa en la que continuar con mi trabajo de rehabilitación. Quién sabe, quizás podría haber acabado casándome con Paula o alguien de rehabilitación y convertirme en uno de esos rehabilitados intransigentes que no puede soportar encontrarse en compañía de

gente que bebe o fuma hierba.

Todo iba de cara hasta que el fiscal del distrito decidió utilizarme por última vez para que sirviera de ejemplo. Descubrieron que en las proximidades de Wonderland se encontraba un colegio. Puesto que yo era un depredador/delincuente, debía acudir a las autoridades para dar cuenta de que existía tal cercanía y que me registraran. Nos dijeron que, en el caso de volar de regreso a California, el estado de Arizona iba a solicitar a la policía de Los Ángeles que me arrestara en el aeropuerto. De hecho, la culpa por no registrarme era de Wonderland. Al darnos cuenta, uno de mis abogados me dijo que podía demandar al centro. Yo no daba crédito. ¿Estos tipos se habían entregado a fondo para salvarme la vida y ahora se suponía que debía demandarlos? Ni hablar, no podía hacer esa cretinada.

Lo que sí podía hacer era volver a las drogas. Mi plan de regresar con mi comunidad de cuidadores de California había sido eliminado. Deberían haberme enviado directamente de vuelta, pero lo que hicieron fue llevarme a Phoenix y, sin aquella red de apoyo, volví a drogarme al cabo de seis semanas. Aquello supuso el fin de mi relación con Paula. Nos vimos varias veces, pero no podía funcionar. Yo empezaba a perder el norte, a reincorporarme al mundo de las drogas, mientras que ella seguía por el recto camino.

De todas formas, no había vuelto a ser un cocainómano empedernido. El personal de rehabilitación me medicaba tanto que iba todo el día medio zombi. Ahora que me disponía a empezar una nueva vida en California, decidí vender mi casa de Phoenix y comprarme una en Las Vegas. Quería estar en pleno meollo, por lo que adquirí una en Henderson. En enero invité a una de mis novias a vivir conmigo en una decisión que acabó revelándose trascendental.

Conocía a Kiki Spicer desde que ella tenía trece años. Su padrastro, Shamsud-din Ali, era un clérigo musulmán muy respetado e influyente que dirigía la mayor mezquita de Filadelfia y que tenía contactos con el aparato político demócrata de la ciudad, incluyendo al alcalde y al gobernador de Pennsylvania. Su madre, Rita, era una periodista que había cubierto muchos de mis combates. Cuando luché contra Buster Mathis en 1995, surgió un problema con el recinto de Atlantic City y el padre de Kiki medió para que se trasladara a Filadelfia. Se trajo a Kiki a la rueda de prensa anterior al combate para que me conociera y, a su conclusión, ella y su familia vinieron a la habitación de mi hotel a pasar un rato juntos. Estaba tan acostumbrado a que los padres me ofrecieran a sus hijas que pensé que eso era lo que estaba ocurriendo. Mientras mantenía una agradable charla con el imán sobre religión, mi mente enfermiza pensaba que estaba ofreciéndome a Kiki o a una de sus primas. No hay duda de que me sentía atraído por Kiki pero, ahí sentada delante de sus padres, tenía pinta de envarada e incómoda. Parecía no querer estar ahí.

No fue hasta un año más tarde que llegué a conocerla de verdad. Su padre tenía un viaje de negocios por la zona de Pittsburgh y se la llevó junto a su mujer. Me llamaron para decirme que se alojaban en un hotel que quedaba a apenas veinte

minutos de mi casa de Ohio. Al enterarme de que los acompañaba Kiki, reaccioné rápido.

—No, no vayáis a un hotel. Quedaos en mi casa —les ofrecí.

Aquí llegaba mi oportunidad de conseguir a la chica. Tras presentarse en mi casa, les insistí al imán y a Rita para que se instalaran en mi dormitorio. Yo dormiría en una de las muchas habitaciones que quedaban en el otro extremo de la casa. En una bien cerquita de la de Kiki. Cuando ella se fue a acostar, yo estaba viendo la televisión. Al cabo de poco rato, Kiki abandonó su habitación para enseñarme que en su almohada había algunos pelos. Le buscamos una de recambio y después me pidió si podía quedarse a ver la tele conmigo. Así lo hicimos durante un rato y luego estuvimos hablando durante lo que me parecieron horas. Finalmente pasé al ataque.

—Eres preciosa. Eres muy especial. ¿Puedo darte un beso?

No hace falta decir que mordió el anzuelo. Sólo tenía diecinueve años y era bastante impresionable.

Esa noche acabamos durmiendo en la misma cama, pero no se me entregó. Me gustaba, me hacía reír. Éramos como dos criaturas haciendo el tonto, dándole esquinazo a sus padres para enrollarnos. Durante los cuatro días que se alojaron en mi casa, estuvimos a punto de acostarnos, si bien eso no ocurrió. Llegado el momento de que sus padres se marcharan, Kiki me pidió que le preguntara a su padre si podía quedarse conmigo. Aquello no iba a ocurrir por nada del mundo.

—Creo que esta vez será mejor que Kiki se venga con nosotros. El imán fue diplomático.

Antes de que se fuera, le entregué un bonita cadena de la que colgaba un diamante Chopard en forma de elefante. No era caro, sólo costaba unos 65 mil dólares o algo así. Era una baratija que bien podría habérsela dado a un sin techo. Las tenía a puñados, pero a Kiki le encantó, por lo que me hizo feliz hacerla feliz. Aún albergaba la esperanza de que se me entregara antes de partir, pero no estaba escrito que fuera así.

Hablamos varias veces por teléfono. Desde su visita no dejaba de pensar en ella. No sabía si la volvería a ver; iba a todas partes acompañada de sus padres. Me imagino que mi obsesión por ella empezó a hacerse patente a los demás, ya que Don King me lanzó una advertencia.

—Mantente alejado de la hija del imán. Nos traería unos problemas con los que no podríamos lidiar. ¿Oyes lo que estoy diciéndote?

Don era consciente de que al padre de Kiki no podría jugársela. No deseaba que una persona así pudiera tener influencia sobre mí. Pero su advertencia sólo consiguió aumentar mis ganas de tenerla. La invité, junto a su hermano Azheem y su prima Asia, a la fiesta por mi trigésimo aniversario, pero ahí abundaban las mujeres y no le entré.

Decidí que la fiesta seguiría un código de vestimenta. Todo el mundo debía vestir ropa elegante, nada de tejanos. Por descontado, yo hice mi entrada tardía luciendo

tejanos y un par de magníficos brazaletes de diamantes Cartier. Ésa fue una enseñanza de Cus. Siempre debes crear las condiciones para presentarse de un modo inaccesible para el resto. Tú impones las reglas. Esto formaba parte de su guerra psicológica. No podía ser más partidario de confundir al enemigo.

Los padres de Kiki la enviaron a Italia en su penúltimo año en la universidad. Conseguí que me dieran su teléfono y la llamé. Le pedí la dirección y le prometí que iría a visitarla. Sin embargo, en ese momento tuve el accidente de moto y no volví a verla hasta mi combate contra Vargas-Trinidad, celebrado en Las Vegas el 2 de diciembre del año 2000. Se había acreditado para el combate y me la encontré en el *backstage*, junto a los vestuarios. Al verla la levanté en volandas y le di un abrazo. Al día siguiente vino a mi casa y pusimos fin a una espera de cinco años.

Le dije: «Ahora eres mía». Ese mismo día tenía que volar a Phoenix para ponerme a entrenar e hice que me acompañara. Se quedó unos días antes de volar a Nueva York de regreso a casa. No quería que se marchara por lo que, al cabo de pocos días, la llamé y lo organicé para que volviera a Phoenix. Estuvimos así una temporada. Kiki trabajaba como estilista en vídeos musicales, de manera que disponía de flexibilidad para dejarlo todo y reunirse conmigo.

Nos lo pasamos de miedo juntos hasta que me comporté como un canalla y lo jodí todo. Una noche salimos por Las Vegas. Fuimos a cenar al Brown Derby y luego a ver el espectáculo *Kings of Comedy*. Ya eran como las 12.30 de la mañana cuando, de camino a casa, recibí una llamada de la *stripper* con la que estaba viéndome. Al llegar a casa, le dije a Kiki que iba a volver a salir porque había quedado con una amiga. A Kiki le dolió mucho, aunque en ese momento disimuló. Yo simplemente pensaba que la gente debía tolerar este tipo de comportamiento por mi parte. Así había sido a lo largo de toda mi vida. Cuando regresé a la mañana siguiente, ya había hecho las maletas y Darryl estaba a punto de conducirla al aeropuerto.

—¿Adónde vas? —le pregunté—. ¿Te marchas?

—Sí —me dijo.

Durante el año 2001 la llamé en diversas ocasiones para pedirle que viniera a verme, pero se negó a hablarme. Sin embargo, volvimos a vernos en el verano de 2002. La invité al combate contra Lennox Lewis. Acudió una semana antes del evento, y se instaló en la casa que había alquilado. Después de la pelea, aún se quedó una semana más, y se dedicó a lamerme las heridas. A continuación, volamos a Nueva York en un jet privado y fui yo el que se instaló en su apartamento del bajo Manhattan. Vivíamos juntos, aunque en verdad no vivíamos juntos. Prácticamente éramos compañeros de piso. Yo salía por las noches a divertirme. Algunas veces se reunía conmigo en algún club y regresábamos juntos a casa. Aunque hubiera mojado con otra una noche, siempre regresaba a dormir a su casa. Nunca se quejó de nada. Era la dulzura personificada.

Paralelamente había estado viéndome en secreto con Lizz. Una noche le confesé a Kiki que tenía una nueva novia.

—Por supuesto que me disgusta, pero no pienso irme a ninguna parte —me dijo.

Esta actitud cambió de forma brusca. Me imagino que se negó a ser un felpudo. Después de que mantuviéramos una discusión por teléfono, decidió que se había hartado de que utilizara su apartamento para almacenar mis cosas, por lo que metió todo en cajas y lo envió por FedEx a mi casa de Las Vegas. En escasos meses había pasado de vivir con Lisa a hacerlo con Kiki y luego con Luz. Así era mi *modus operandi* por entonces. Vivir con Kiki me hizo darme cuenta por primera vez de que podía ser capaz de hacerlo, que podía comprometerme en serio a vivir con alguien.

Al cabo de poco más de un año, su rabia se había apaciguado y quedábamos para vernos aquí y allá. Independientemente de con quién estuviera saliendo, lo dejaba plantado para estar unos días conmigo. Nos lo pasábamos en grande y luego no volvíamos a vernos en meses o incluso en un año entero. Coincidimos de nuevo en 2004, en mi combate contra Trinidad en el Madison Square Garden, el mismo en el que mi nuevo guardaespaldas vio cómo una buscavidas le metía droga en la bebida. La invité a que se apuntara a la fiesta posterior al combate en un club del Meatpacking district. Kiki vino a sentarse en mi reservado. Yo estaba hablando con unos tipos. En el momento preciso en que Kiki se dio la vuelta un segundo, una chica blanca a la que no había visto en mi vida y que venía de otra fiesta, se sentó sobre mi falda sin decir ni siquiera «hola». Un segundo después, ¡bam!, Kiki me soltó un puñetazo en la cara.

Todo el mundo dio un paso hacia atrás. Zip pensó que podía perder la cabeza y darle una paliza, pero yo la quería. Me eché a reír. Me constaba que había amasado todo ese resentimiento por lo mal que me había portado al irme con Luz, mientras ella se había dedicado a cuidarme tras la pelea contra Lewis.

Después de aquello, pasamos mucho tiempo sin dirigirnos la palabra. Volví a verla en la convención Magic Show, celebrada en Las Vegas a finales de 2005. Me di de bruces con ella cuando iba acompañado de dos adorables señoritas que acababa de conocer esa noche. Durante su estancia en Las Vegas, salimos por ahí y nos lo pasamos tan bien como de costumbre.

Después de instalarme en Las Vegas a resultas de la sentencia por posesión de cocaína en Phoenix, me sentía deprimido. Los médicos de Wonderland me tenían tan medicado que estaba completamente aletargado. Darryl se preocupaba mucho por mí.

—No tienes buena pinta, Mike. ¿Estás bien? —me preguntó—. Escucha, tengo el número de Kiki. Sé que hablar con ella siempre te hace feliz. ¿Qué te parece si os pongo al teléfono?

Así que la llamamos y le pedí que me hiciera una visita. Kiki acababa de romper con un tipo y estaba hecha polvo. Más adelante me contó que empezaba a superar lo nuestro y que le había consultado a su madre si debía venir a verme.

—¿Qué tienes que perder? Siempre te lo pasas en grande con él —le dijo Rita—. Ves a que te levante el ánimo.

Kiki me visitó en enero de 2008. Apenas le heché un vistazo, cambió por

completo la percepción que tenía de ella. *Guau, qué buena está*, pensé. Quizás se debiera al hecho de que por primera vez la miraba con ojos sobrios. Se había convertido en una mujer preciosa. Me interesaba realmente descubrir si yo serviría para estar comprometido con una sola mujer. El problema es que por entonces ambos estábamos bastante deprimidos. Yo me esforzaba por mantenerme limpio tras la rehabilitación y ella llevaba los últimos años enfrentándose a una crisis familiar.

Todo apuntaba a que la administración Bush estaba intentando derrumbar la estructura de poder del Partido Demócrata en Filadelfia. Habían colocado micrófonos en el despacho del alcalde y en el del imán. Dispuestos a hundir al imán y a Rita, aseguraban que la escuela musulmana que dirigían se había apropiado ilícitamente de fondos federales. Habían llegado hasta el extremo de presentar cargos contra Kiki y su hermano por conspiración, fraude postal y robo de fondos federales. A ella le dieron una bofetada extra al añadir un cargo de falso testimonio delante de un jurado. Cada uno de ellos se enfrentaba a una condena de más de cien años. Para empezar, todo el caso era una gilipollez, pero Kiki, su madre, su hermano y su padrastro acabaron condenados. El punto clave era dirimir si Kiki había impartido clases en la escuela que había recibido subsidios del gobierno. Kiki testificó que, hasta donde llegaba su entendimiento, sí lo había hecho. Al fiscal no le pareció suficiente.

—No, es una pregunta de «sí» o «no». ¿Impartió clases?

—Sí, hasta donde llega mi entendimiento —repitió Kiki. La cosa prosiguió así durante un buen rato. Kiki no iba a permitir que ese fiscal la intimidara. Por culpa de esto, acabaron por encontrarla culpable de perjurio, si bien recibió un castigo leve: seis meses de arresto domiciliario. Sin embargo, los federales no habían dado por concluido su acoso, de modo que apelaron la sentencia. Ganaron la apelación, por lo que Kiki recibió una nueva sentencia por el mismo delito por el que ya había cumplido seis meses de arresto domiciliario. Cuando la noticia saltó a la prensa, la echaron del trabajo. En consecuencia, estaba igual de desanimada que yo.

Dedicábamos el día a ver capítulos de *Ley y Orden* por televisión. Yo hibernaba en el sofá, llenándome el estómago de galletas y Dairy Queen. Los medicamentos me mantenían aplacado. Había desaparecido el característico Tyson fanfarrón. Por la noche salíamos de clubs, pero estaba tan poco por la labor que me costaba reconocer a mis amigos de farras.

No era el único que había experimentado un cambio de percepción. Kiki llevaba años creyendo conocerme. Un día entró en mi habitación: me encontró comiendo Cap'n Crunch y jugando a un videojuego.

—Guau, es interesante cómo uno piensa que conoce a alguien cuando la verdad es que no lo conoce en absoluto. Te los imaginas de una manera y no es así para nada. Te comportas de forma completamente opuesta a como eres, Mike —me dijo.

Tras llevar unos días conmigo, Kiki empezó a investigar todos los medicamentos que el personal del centro de rehabilitación me había recetado. La lista comprendía:

Depakote
Cymbalta
Neurontin
Wellbutrin XL
Zyprexa
Tricor
Abilyfi
Zocor

Los dos últimos eran para el colesterol alto y los triglicéridos. El resto para el coco. Uno era un estabilizador del ánimo. Dos eran antidepresivos. Dos eran reguladores del ánimo para el trastorno bipolar. Uno era para el tratamiento de la epilepsia, algo de lo que jamás había sufrido. Kiki me confeccionó un listado con todos los nocivos efectos secundarios que acarrearían estos medicamentos. Tras mostrármela, convine en que debía desintoxicarme de ellos. Kiki salió a conseguirme unas hierbas medicinales para purificarme el organismo.

A las hierbas le añadí mi propio recetario de cocaína. Las pastillas para el coco me transformaban en un zombi, pero la cocaína me ayudaba a operar durante mi disfuncionalidad. Hubiese preferido fumar hierba, pero me resultaba imposible, ya que los de la libertad condicional seguían realizándome pruebas una vez al mes. La hierba se queda en tu organismo, y es detectable en tu orina, por un período superior a seis meses. En mi caso probablemente durante más, ya que estaba convirtiéndome en un obeso mórbido y el THC de la hierba se agarra directamente a las células adiposas. La coca, por el contrario, sólo permanece en tu organismo tres días. Es sin duda la droga más indicada para los que están en libertad condicional.

Kiki voló de regreso a Filadelfia para recibir su nueva sentencia, por lo que pude esconderle el hecho de que me metía coca. El 1 de abril, Día de los Inocentes, Kiki recibió una buena inocentada cuando el juez decidió que debía volver a cumplir con una sentencia de seis meses, aunque esta vez en prisión, no en arresto domiciliario. Todos sufrimos una conmoción. Yo no la quería tener lejos durante medio año. Si bien ya se había preparado para comenzar a cumplir la condena el mismo día del fallo, le concedieron treinta días para poner sus asuntos en orden, de modo que hasta el 1 de mayo no debía ingresar en la cárcel.

En ausencia de Kiki decidí ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos en Henderson. Es una ciudad elegante y de nuevo cuño, pero las reuniones se celebraban en la zona más sórdida. No pude soportar más de una. Tras abandonar el lugar, salí a colocarme. Soy una artista de las recaídas. Si leéis cualquier cosa sobre Alcohólicos Anónimos, enseguida descubriréis que la recaída forma parte de la rehabilitación. La una va con la otra. Sigues teniendo que enfrentarte a tus demonios. El diablo intenta joderme todo el rato. Sabe que soy un artista de la recaída, de aquí que venga a buscarme. Si supiera que soy fuerte, no se atrevería a acercárseme. Al diablo le

consta que no se me escapa que a Dios no le gusto mucho, por lo que desea que me rebele.

Kiki vino a quedarse conmigo hasta su entrega fijada para el 1 de mayo. Alrededor de una semana antes de su marcha, se acercó a hablarme mientras me encontraba viendo la televisión en la planta de abajo.

—Cariño, tenemos que hablar —me dijo con un tono de lo más dramático.

Me recordó a esa escena de la película *Blow* de Johnny Depp en la que la chica viene a contarle que se está muriendo. Yo estaba drogado, por lo que, al dedicarme esa mirada, me asusté una barbaridad. Tuve el convencimiento de que padecía un cáncer.

—No, cariño, no —le dije—. ¿Estás enferma?

—No, estúpido, estoy embarazada.

Sentí como si me sacaran todo el peso del mundo de encima de los hombros. Me habían arrojado al infierno para sacarme al minuto siguiente. Esto no quitaba que no tuviera que soltarle el discursito de marras.

—Este asunto quizás no funcione, ¿entiendes? Soy un negado para el matrimonio. Te adoro, pero no soy monógamo. Nunca más voy a tener dinero. Estoy en bancarrota. No te voy a poder tratar igual que tus estupendos novios anteriores, olvídate de descender de limusinas. Quizás no debas hacer cola en un restaurante, pero ya estás quitándote de la cabeza lucir ropa de diseño que no cuelgue de las tiendas en las que hay rebajas. Voy a ser el novio más arruinado que hayas tenido en toda tu carrera sentimental.

—Bueno, escúchame, no tienes que formar parte de su vida —me dijo.

Ya, claro, la misma mierda de siempre; eso hasta que no llega el bebé y comienzan los apuros y de golpe me encuentro con una jodida citación del juez. Así es como funciona esta mierda.

—Escucha —le dije—. ¿Qué quieres que haga? Voy a ayudarte. Lo haremos juntos. Te entregaré lo mejor de mí.

Lo que sabía que sería un desastre.

—Pero no va a haber ni un ápice de gloria. Ni cámaras ni nada. Las únicas cámaras se encenderán en mi funeral. Vamos a llevar una vida normal. Si te ves dispuesta a hacerlo juntos, quizás funcione.

Mientras permaneció en prisión, hablé poco con Kiki. Volvía a meterme mucha coca al salir de fiesta y Kiki prefería no llamarme y descubrir que me encontraba en un club de *striptease*, teniendo que oír a unas zorras riéndose de fondo. Yo no podía responsabilizarme de lo que deseaba escuchar. Por lo que a mí respecta, ya había lanzado mi compromiso.

—Cuando salgas, vas a ser mi chica. Vamos a ser sólo tú y yo —le dije justo antes de que ingresara. Cuando salgas, voy a estar ahí para ti y para el bebé. No voy a dejar embarazada a nadie y voy a decirles a todas las mujeres que mi chica está fuera y que, tan pronto regrese a casa, todo se habrá acabado.

Básicamente iba a disfrutar de una despedida de soltero de seis meses de duración. Gracias a Dios no pillé el SIDA o alguna cosa. Durante su encierro, a Kiki le molestó ver unas fotos mías con otras mujeres, pero tuvo que tragarse el sapo. A mí también me tocó tragarme algún sapo. Esto es lo que ocurre cuando estás en una relación, que debes apechugar con el equipaje que trae tu pareja. No me sentía avergonzado por nada de lo que hacía, porque vivíamos en dos mundos diferentes. Desconocía quién la llamaba o la iba a visitar, no era de mi incumbencia.

El 18 de mayo se estrenó el documental sobre mí en el Festival de Cannes. En el avión con destino a Cannes iba drogado. Me traje conmigo a una chica de D. C. y no paramos de salir de fiesta. Ella conseguía mujeres y luego ambos nos acostábamos con ellas. Teníamos motivos de celebración: el documental fue recibido con entusiasmo por los críticos del festival. Yo también aporté mi modesta crítica delante de la prensa.

—Es como una tragedia griega. El único problema es que yo soy su protagonista.

De regreso en Las Vegas, seguí de farra *non stop*. Mi amigo Martin y yo teníamos un amigo común llamado Paris, que era un viejo cabronazo de lo más guay. Tenía por lo menos ochenta años y era un traficante de los grandes. Solía trabajar de supervisor de mesas en uno de los casinos del Strip y vestía por sistema de forma impecable. Martin llevaba cuarenta años siendo amigo de él, pero no le gustó que empezara a frecuentarlo porque temía que el asunto de las drogas lo convirtiera en una mala influencia. Martin es un pueblerino de Mississippi. Cuando me veía con un subidón de coca me decía: «¿Se supone que eres la leche en vinagre? No eres una mierda, negro. Subido a esa cocaína, no puedes hacer una mierda. No puedes hacer dinero, no puedes agenciarte una zorra, no puedes conseguir nada, negro».

Incluso Paris trataba de evitarme. Lo llamaba para quedar y, al principio, estuvo normal, hasta que vio cómo me comportaba cuando olía cocaína. Y es que su mercancía era pura.

—Mike, no necesitas nada de esto —me dijo el cabrón arrogante—. Sal con tus amigos blancos y famosos, métete la droga sucia que ellos mueven. No eres suficientemente bueno para esta mierda, necesitas la droga del hombre blanco, Mike.

Al morir Paris, durante su funeral pudimos oír cuáles fueron sus últimas voluntades.

—Martin y Mike Tyson son mis únicos dos amigos. Quiero que ellos hereden mis posesiones terrenales —leyeron en voz alta. ¿Cuáles son las posesiones terrenales de un traficante? Su alijo. De modo que, después del funeral, Martin tomó posesión del alijo de Paris. Martin no paraba de decirme que había sido voluntad de Paris que yo me quedara con su cocaína. Pero cuando se la reclamaba, me soltaba: «Mike, ahora no estás bien. Mi conciencia no me permite entregártela en las actuales circunstancias».

—Pero esa mierda me pertenece, Martin. ¿Cómo puedes negarme algo que es mío? No eres mi padre.

—Chico, simplemente no puedo hacerlo.

Martin es uno de esos cristianos bautistas sureños de la cabeza a los pies. Había cometido todos los pecados que contempla la Biblia, pero estaba dispuesto a morir por Jesús y a matarte por Jesús. Yo estaba convencido de que escondía esa mierda en su casa y la ansiaba tanto que me auto invité a quedarme a dormir una noche.

—Kiki está entre rejas. Me quedo contigo —le dije a Martin.

Tan pronto se hubo marchado a trabajar, empecé a registrar su casa de arriba abajo. Por lo menos tenía un centenar de trajes Stacy Adams colgados en el armario y me puse a rebuscar frenéticamente en cada uno de sus bolsillos para dar con el alijo.

Guau, relájate, Mike, me dije a mí mismo. Estaba tan alterado que sudaba como un cerdo. *A ver, piensa en las técnicas de supervivencia del gueto. Vuelve a tu barrio. Si estuvieras en el gueto, ¿dónde esconderías las drogas?*

Miré dentro de los cañones de sus pistolas. Miré dentro de cada uno de sus zapatos. Miré debajo de la cama, encima de la cama y debajo del colchón. Llegó un momento en que ya me dedicaba a mirar dentro de todos los tarros cuando topé con una pequeña piedra de coca que alguien le había dado veinte años atrás. Se había transformado literalmente en una roca. Todas las bacterias y la suciedad acumuladas a lo largo de dos décadas la habían dejado requemada. Ya ni siquiera era blanca; era de un color grisáceo-verduzco tirando a enfermizo.

Al cabo de pocas horas, llegó la mujer de la limpieza.

Le grité: «¡FUERA! ¡FUERA!».

Era una señora española que no tenía la menor idea de qué hacía ese loco gritándole, por lo que llamó a Martin y él le pidió que regresara al día siguiente.

Al final de la jornada, Martin volvió a casa. La había abandonado sobrio pero, tras pasarse el día entero bebiendo en el trabajo, se presentó bolinga. Vio una bandana tirada en la sala de estar y, después de recogerla, la arrojó furioso al suelo.

—Cabrón, te has traído a una mujer —me dijo.

—No, Martin, no lo he hecho —le dije.

Martin venía acompañado de un chaval del barrio al que siempre le estaba dando dinero para que le hiciera recados.

—Sí, te has beneficiado a una zorra allá atrás —dijo.

Alcé la bandana y me dirigí al chaval.

—Jovencito, como ya debes saber, esto no es una media de mujer sino una bandana.

—Sé lo que es —dijo el chaval.

—En ese caso explícaselo a él.

Martin estaba tan borracho que no era capaz de reconocer la bandana con la que cada noche se cubría el cabello antes de acostarse.

Cuando Martin entró en su dormitorio, le dio un shock.

—¿Qué cojones le ha pasado a mi dormitorio? —me preguntó con tristeza.

Había desmontado el cabezal de la cama. Luego, creyendo que la coca podía estar

escondida en las patas, las había roto. Todos los cajones de la cómoda estaban fuera de sitio y sus contenidos escampados. El armario estaba hecho trizas. Había destruido la casa de ese hombre.

—¿Por qué demonios has hecho todo esto, Mike? —me preguntó.

—Buscaba la coca —le conté.

—La tengo guardada en la caja fuerte de mi oficina. No está aquí.

—¿Por qué simplemente no me lo dijiste, Martin? ¿Por qué no te limitaste a darme el jodido material, tío? Es mío.

—¡Al diablo! No pienso darte una mierda después de lo que has hecho.

Jamás me entregó la coca.

Por entonces estaba tan gordo que rozaba los 163 kilos. Con un aspecto tan repugnante nunca me habría atrevido siquiera a mirar a una chica, eso estando en mis cabales. Ahora bien, si me metía algo de coca obtenía el coraje para entrarle a cualquiera. En un abrir y cerrar de ojos me encontraba acompañado de un puñado de desconocidas creyéndome un Adonis.

Retomé las orgías en mi casa. En mi sala de estar se citaban veinte personas desnudas y a tope de coca sin decir una palabra. Todas las chicas se me acercaban para tocarme, frotarse contra mí y besarme.

Una vez nos habíamos pasado toda la noche de fiesta. Había gente follando por toda la casa. Yo me encontraba en mi dormitorio acompañado por dos mujeres. Llevaba dos días sin dormir cuando, de repente, una tercera mujer entró en la habitación.

—Mike, el agente de tu libertad condicional está fuera, llamando a la puerta.

La polla se me encogió al instante. Tan pronto corrió la voz de que en la entrada esperaba un agente, un tipo que estaba en libertad condicional se vistió a toda velocidad, salió pitando por la puerta de atrás, saltó la verja y corrió despavorido. Yo no dejaba de mirar disimuladamente por la ventana en dirección a la verja de la entrada para comprobar si seguía ahí. Me estaba cagando en los pantalones, pero al cabo de unos minutos se marchó.

Las cosas se volvieron de lo más extrañas cuando empecé a verme con un par de *call girls* en Las Vegas. Cuando salíamos de fiesta hasta tarde por el Strip, nos pillábamos una habitación de hotel para no tener que regresar hasta Henderson. Una vez estaba en la habitación mientras una de las chicas se encontraba ofreciendo un servicio. En vez de fumarme la coca de buena calidad que traía, la esnifé y sentí cómo la nariz se me congelaba. Llamé a la chica. Me cogió el teléfono. De fondo podía oír cómo el cliente estaba follándosela.

—¿Estás bien, cariño? —me dijo.

—Ah, mi nariz se ha congelado. Estoy en la habitación del hotel. Me muero, cariño.

—Métete otra raya —me dijo.

Seguí su consejo.

infierno. Nací en él. Cada vez que di un paso adelante en la vida, supuso un paso para dejar atrás el infierno. Sospecho que una de las razones por las que repartí tanto dinero (y no me refiero a comprarle coches a las prostitutas) fue porque era un crío ignorante y me imaginaba que ésa era una forma de limpiar mis pecados y comprar mi billete de regreso al cielo. Era amable y generoso con la gente porque poseía un alma oscura a resultas de mis pasados actos.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me encanta entretener a la gente, pero sólo soy feliz durante el corto tiempo en que estoy sobre el escenario. Cuando boxeaba también era feliz a ratos, pero mucho de ello se perdió tras la muerte de Cus. Nunca quise ser Iron Mike. Detesto a ese tipo. Pero es el hombre en el que tuve que convertirme para sobrevivir. Pero fui un estúpido por interpretarlo.

A veces ni siquiera sé si estaba hecho para vivir. Creo que soy una aberración de la jodida Naturaleza. Constantemente debo enfrentarme a gente que me dispara y me lanza flechas. Y nadie me oye si grito de dolor. Odio mi vida, me odio a mí mismo. Si tuviera agallas, me suicidaría. En efecto, así es como me siento...

Pero entonces mi princesita Milan entra en la habitación y los nubarrones se disipan.

He aquí mi recompensa por comportarme de forma responsable. Cuando está en el colegio, siempre ando gruñendo pero, en cuanto entra en escena, mi vida cambia por completo. Mi ego se detiene, justo ahí. Reflexiono sobre algunas de las locuras que he cometido, como por ejemplo ese colérico incidente de tráfico en Maryland. Me cabreo mucho conmigo mismo. Por aquel entonces carecía de esperanza. Si esa clase de sensaciones regresaran, ni se me pasa por la cabeza reaccionar igual. No querría que la situación se me fuera de las manos, tal y como ocurrió con mis otros hijos. Jamás podría llegar a perder el control hasta el extremo de poner en peligro a Milan o Rocco. Antes deberían dispararme. Por mis hijos he aprendido a mordermela la lengua. Cuando con frecuencia deseo soltar cosas desagradables, me limito a mordérmela. Me ha llegado la hora de asumir responsabilidades. Este asunto no resulta tan estresante como boxear. Puedo cagarla, pero no es ni de lejos igual de estresante.

No puedo creerme cómo han salido los hijos que tuve con Monica. De joven habría despreciado a chavales así. Lo tuvieron todo, casas bonitas, coches bonitos. Viajes a Europa desde muy pequeños. Sirvientas toda la vida. Las esquinas de las paredes me recuerdan las palizas que me daba mi madre. Mi hijo no tiene este miedo. Siempre pensé que los niños debían realizar sacrificios para conseguir cosas. Así me crió Cus. Si ganas este combate, te doy esto. Lo haga bien o lo haga mal, mi hijo va a conseguir lo que quiera.

Crecí sin cariño ni seguridad. Observo a mis hijos y les provoco llamándolos «flojuchos», pero yo habría sido igual de haber recibido amor. Igual de flojucho. Ey, éste es el modo tardío en que estoy obteniendo cariño. He hecho cosas, como morderle una oreja a Evander, que han provocado que se metan con mis hijos. Sólo es

algo con lo que deben lidiar. Lo que es seguro es que no se han visto tan acosados ni recibido tantas provocaciones como su padre. No los han agarrado en plena calle para apalizarlos. Todos van a colegios privados y, sobre el papel, tienen amigos decentes. Los míos eran chulos y asesinos, atracadores y ladrones.

No tengo ninguna aptitud como padre, ni siquiera a estas alturas. Sé que mi esposa debe considerarme un neanderthal, pero hago lo que puedo. Mis hijos mayores deberían estar agradecidos de no haber tenido a mi padre como padre. No se habría quedado de brazos cruzados esperando un cheque cada final de mes. A sus chicas les decía: «No necesitáis nada de mí. Estáis sentadas sobre vuestra máquina de hacer dinero». Yo jamás le he dicho a nadie que venda su cuerpo. Si mi padre hubiera dejado embarazadas a sus madres, sabrían lo mal que pueden llegar a ir las cosas.

Hablando de niños, continúo cuidando de ese chaval de quince años que hay dentro de mí. Tengo las herramientas, ahora puedo hacerlo. No se ha marchado a ninguna parte. Sigue traumatizado, pero ahora lleva una vida de provecho. Es fantástico. Nunca podía hacer algo así cuando poseía 300 millones de dólares. Crío a mis hijos, soy un marido responsable, no debo preocuparme de transmitirle una enfermedad venérea a mi esposa. Jamás en la vida me he encontrado en una posición así y va a resultar maravilloso. Jamás pensé que fuera de los que sientan la cabeza, me creía merecedor del mundo entero, pero me siento seguro. Aquí es donde quiero estar. Educo a mis hijos y crezco en compañía de mi mujer. Le sienta bien a mi alma. Por eso estoy donde estoy.

No podría volver a salir de noche. Sencillamente no va a ocurrir. Jamás podría volver a ser yo mismo, porque haría infeliz a mucha gente. Creo que estoy en paz gracias a pasar tanto tiempo en casa, al hecho de que a la gente ni se le ocurre que pueda encontrarme en algún sitio haciendo algo que no debería. A veces pienso que mi mujer preferiría que saliera de tanto en tanto. Cuando eres excesivamente casero puedes volverte agotador. No importa quién seas. Es probable que mi auténtico yo desee rodearse de algunos amigos, jugar a los dados, divertirse. Ya no hago cosas así. Divertirse significa hoy pasar tiempo con mi pequeña y conocer mejor a ella y a Rocco. Y, con algo de suerte, estrechar lazos con el resto de mis hijos. En estos momentos mi hija mayor, Mikey, vive conmigo en Las Vegas. Esto ha sido genial. Pero no poseo una gruta reservada para hombres en la cual fumar puros y ver la televisión con los amigos.

Otro motivo para quedarme en casa es evitar relacionarme con la gente del exterior. Antes de emprender la gira promocional de *Una verdad indiscutible* por Estados Unidos, me encerré para no entrar en contacto con gente extraña que me diera malas vibraciones. Salía durante un minuto o dos y regresaba directamente. Cuando salía mucho, me sentía bien pero, al final de la jornada, me encontraba aflojando dinero para cerrar acuerdos judiciales, teniendo que pedir disculpas por televisión a un montón de gente e incluso cumpliendo penas de prisión. Por lo que ya no sigo por ese camino. Me quedo en la jodida casa para evitar altercados. ¿Os podéis

creer esta mierda? Pero es necesario. Cus había programado mi mente para funcionar como un interruptor. Podía estar emocionalmente deshecho y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡bam!, pegaba un cambio. A veces me incomoda salir porque no sé cuándo esa mierda va a hacer click. De verdad que no lo sé. Cuando ando por la calle, tengo mucho miedo de mí mismo, de cómo puedo malinterpretar una situación. Ahora tengo las cosas mucho más bajo control que de joven. De joven estaba programado para pasar siempre a la ofensiva. De aquí que en mi época de campeón me viera implicado en tantas peleas callejeras. Mi ego se sentía atacado. Cus también tenía un ego disparado.

—¿Que este tipo te ha dicho qué? ¿Y tú qué has hecho al respecto?

Yo no era más que un maldito crío y él se ponía en plan: «¿Y tú qué has hecho al respecto?». Ésta es una parte de mí que siempre he querido mantener bien lejos. Nunca sabía qué podía activar esa mierda, incluso un inocuo «Hola, tío» podía hacerlo y entonces, ¡bam!, saltaba la fiera.

Ahora sigo unos horarios bastante patas-arriba. Me acuesto a las seis o las siete, a menos que mi esposa me convenza de ver algo en la tele, en cuyo caso lo hago a las nueve. Me despierto a las doce o a las dos de la madrugada. Me pongo una hora con la bicicleta estática, paso al Treadmaster y luego hago series de cuchillas. Hoy he dedicado dos horas a levantar pesas con las piernas.

Una vez he acabado, Kiki ya se ha levantado. Cuando la veo coger a mis dos bebés y salir de casa, pienso que no van a volver. Éste es hoy mi mayor temor. Mientras está fuera, me invade el terror. Siempre me entristece que mi familia no esté conmigo, la soledad. En el pasado adoraba estar solo, pero eso era antes de tener esta vida familiar. Ahora ni se me cruza por la cabeza hacer algo malo. No querría ir a la cárcel bajo ninguna circunstancia. Mi misión en la vida consiste por completo en cuidar de mi familia y ayudar a aquellos menos afortunados que nosotros. No puedo crearme que sea así.

Dadas las cosas tan espantosas de las que he sido testigo en mi vida, soy muy precavido. No paro de decirle a mi esposa que cierre las puertas con llave, que vaya con mil ojos, que vigile a los operarios. Le hablo de aquella vez en que me encontraba en una casa hablando con unos amigos y, unas horas después de marcharme, me enteré de que los habían matado a todos. Estas historias tan terribles me han afectado la cabeza. Mi mujer cree que estoy completamente loco. Nunca ha conocido a nadie como yo. Si un desconocido entra en mi casa, pienso: *¿Quién es este tipo? ¿Quién lo ha traído?* Una vez se ha marchado, puede que le pida a mi mujer que saque la salvia de cara a purificar la energía de la casa. En la normalidad al límite en la que vivía entraba en una casa a estudiarla y después irrumpían los matones con pistolas y gritando: «Todo el mundo al suelo». Así era la normalidad al límite en la que vivía.

Cuando Kiki y los niños se han marchado, tengo mucho tiempo para pensar. Pienso en la extraña infancia que tuve, dependiendo de mi madre casi todo el tiempo.

¿Cómo pude salirme de un ambiente tan humilde y patético? ¿Cómo pudo un individuo como yo abandonar Brownsville para acabar convirtiéndose en el campeón de los pesos pesados? Cuando repasas la historia, compruebas que el único elemento que tenía en común con la mayoría de campeones era la pobreza. Jack Dempsey era un jodido indigente. Quise agarrarme a eso para que mi historia tuviera sentido pero no cuajó. ¿Cómo conocí a ese tipo llamado Bobby Stewart que me presentó a Cus? ¿Cómo pudo Cus despertarme tal entusiasmo? ¿Cómo pudo mi cabeza hacer click y decir: «Hagámoslo»? ¿Dónde se originó esa forma de pensar? ¿Se debió sencillamente al modo en que de joven solía seguir a los demás? Más adelante mi mente se transformó en puro boxeo.

Cus le contaba a todo el mundo que había sido alcanzado dos veces por un rayo y que iba a tener a otro campeón de los pesos pesados. Pero yo sólo tenía trece años. Cuando me vio por primera vez, no había participado en ningún combate amateur.

Por consiguiente, ¿cómo supo al morir que yo iba a convertirme en esa persona? Nunca me vio ser realmente malvado con nadie. Nunca vio realmente cómo crecía mi confianza y arrogancia sobre el cuadrilátero. Me pregunto qué habría pensado sobre la persona en que me convertí. Era un tipo duro. Comentaba cosas sobre otros boxeadores del tipo: «A este tío le faltan agallas. Deja que se caiga muerto». Cus creía que sobre el cuadrilátero uno debía morir con las botas puestas, uno no abandonaba. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que no hay nada más importante que la vida. No hay trofeo, cinturón ni gloria más importantes que la vida y que la gente a la que amas. Yo solía ser el primero en desear morir con honor sobre el cuadrilátero. Ya no. A eso sólo juegan los capullos. Y probablemente yo fui el mayor capullo que vio este deporte.

Antes de conseguir el cinturón, ya sabía que era el campeón del mundo. Ése era yo. Conservaba esa otra entidad llamada Mike Tyson a la que en verdad no podía descifrar. No sabía quién coño era ese tío. Adopté el rol del súper campeón y jamás descubrí quién había detrás. Daba la impresión de ser el hombre más buscado de America. Los agentes de la libertad condicional pedían informes detallados sobre cada uno de mis movimientos. La gente me temía profundamente. Era una nenaza insignificante, pero proyectaba una imagen de malote. Esto me embriagaba. Siempre estaba intentando demostrar a la gente que no tenía miedo y luego tenía que compensarlo con creces. Pensaba que debía ser duro y malvado, porque Cus había disparado esta mentalidad. «Superior» era su palabra favorita. Yo era un boxeador superior.

Si Cus siguiera vivo, me diría: «Mike, tendrías que estar peleando. ¿Estás loco?». Pero no me arrepiento de nada. Todos los grandes boxeadores, Ray Robinson, Peter Jackson, Joe Gans, Tony Canzoneri, acabaron en una cuneta o fregando los suelos de un maldito hotel. Su pasión por luchar era tan extrema que jamás hicieron planes para el momento de la retirada. Pero fuera lo que fuera por lo que tuvieron que pasar, mereció la pena a cambio de ganar el campeonato. Sólo por haber disfrutado de un

año de la vida padre de Mike Tyson, de la vida de un campeón, habría aceptado ser un vagabundo lamiendo meados de rata en una cloaca.

No quiero que parezca que soy un completo ermitaño. Salgo de casa y hago cosas. Mientras escribíamos este libro, Ratso, mi colaborador, y yo fuimos a ver el cuarto combate entre Pacquiao y Márquez. Poder acompañarme a un combate fue una de las primeras actividades por las que se pudo pujar de cara a recaudar fondos para la fundación Mike Tyson Cares. Dos caballeros mexicanos de lo más amables ganaron la puja y se sentaron junto a Ratso y yo. Aquella fue también la primera aparición pública de Mitt Romney desde las elecciones. Ratso y yo no podíamos creérnoslo cuando lo vimos dirigirse junto a su mujer a unos asientos a pie del cuadrilátero.

—Ey, Mitt, ¡pertenece al cuarenta y siete por ciento! —le grité. Supongo que compartir hogar con una mujer liberal que mira la cadena MSNBC todo el santo día me dejó alguna huella.

—Mitt, llegas un poco tarde a cortejar al votante mexicano —le grité. El público estaba mayoritariamente compuesto de mexicanos que eran fans de Márquez. La pelea fue maravillosa. Fue una de esas noches capaces de recordarle a la gente lo grande que puede llegar a ser el boxeo.

Un mes antes, Kiki, Ratso y yo fuimos a ver a Barbra Streisand en el MGM Grand. Siempre me ha encantado Barbra. De joven leí que su ego habría dejado al de Al Jolson a la altura del betún. Siempre me atraieron las personas con un gran ego, porque Cus solía decir que los mejores llegaban a serlo gracias a los aires de grandeza con que pensaban en sí mismos. El sol siempre se ponía delante de sus ojos. Conocí a Barbra el día que vino a verme al vestuario tras combatir contra Larry Holmes. Era mi idea de una súper estrella. Es muy conmovedora y no lo digo desde una perspectiva étnica o racial. Su música sencillamente le sienta bien a tu alma. Hay gente celosa que critica a personas como ella porque son incapaces de transmitir ese tipo de energía y amor, no pueden tocar los corazones de la gente como lo hace Barbra. Me pasé todo el concierto en una nube. Al acabar, la visitamos en su camerino y nos hicimos una foto con ella y Marie Osmond. Al día siguiente continuaba emocionalmente exhausto. Estar cerca de ella y escucharla cantar fue muy emocionante. Ha significado mucho para mi madre y otra gente importante en mi vida. Verla actuar me hace sentir feliz de estar vivo.

Sin embargo, el simple hecho de ir a aquel concierto supuso un pequeño calvario. Al dirigirnos hacia el espectáculo por el casino, me encontré con chulos y traficantes que eran viejos amigos. Al verme acompañado de mi mujer, supieron que no debían dirigirme la palabra. Les consta que peleo a diario contra mis demonios. Cuando acudo a un sitio así no me detengo hasta llegar a mi destino. Durante la escritura del libro, los tres fuimos a otro espectáculo. Mike Epps estaba haciendo *stand-ups* en el Palms. Mi mujer andaba algo retrasada y no vio que, al sentarme a la mesa, una señora se levantó e intentó darme un abrazo.

—No, no puedo abrazarla —le dije. Por suerte un tipo se había interpuesto entre ambos.

—¿Ha visto cómo acabo de salvarlo? —me dijo guiñándome un ojo.

A Kiki le hubiera dado un ataque al corazón. Es por cosas así que no me gusta salir con frecuencia. Me lo paso mejor relajándome en casa. Resulta divertido salir si me encuentro en una atmósfera controlada, pero la mayoría de las veces la gente anda borracha y puede plantarte cara. Me gustaría decir que hoy soy más protector hacia mi esposa que cuando empezamos a salir, aunque el término correcto es posesivo. Pienso que siempre debo andar protegiéndola, cuando se basta solita para lidiar con los hombres que le entran. A veces me olvido de cómo me toreó cuando le entré muchos años antes de que finalmente conectáramos. Kiki es una dama muy lista y sofisticada. Es una persona de recursos. En ocasiones pienso en ella como si se tratara de mi hija, cuando en nuestra relación yo soy el más crío de los dos.

Siempre que acudo a ver a un artista del espectáculo, me maravilla pertenecer a la misma fraternidad. Si pudiera vivir así el resto de mi vida y continuar pagando las facturas, aceptaría feliz mi destino. Pagar las facturas, no que me pillen, no que me metan en prisión, no verme envuelto en un drama. No me importa no poder dejarles nada a mis hijos, me basta el simple hecho de vivir en un mundo en el que nadie resulta herido. Jamás imaginé que un día me hallaría en una situación tan desesperada y crítica por sobrevivir. Soy un negrata materialista. Algunos malos hábitos son duros de pelar. No quiero ser así, no quiero preocuparme más por mi ropa que por mi salud. Cuando muera quiero tener el funeral más económico jamás visto. Metedme bajo tierra, no quiero ataúd ni nada, lanzadme directamente al hoyo. No me visitéis ni chorradas de éstas. Esto no quita que esté seguro que habrá futuros boxeadores que vendrán a ver mi tumba, igual que hice yo con la de los viejos maestros. Me alegraría que la gente me tratara del mismo modo que yo traté a mis héroes. Quizás al final me haga poner una lápida. En ella podría leerse: «Ahora estoy en paz».

Cuando pienso en Kiki y en mí, continúo sin salir de mi asombro. Nuestro amor floreció en un momento muy adverso. Soy una persona terriblemente difícil con la que convivir. Los que somos del signo astrológico Cáncer nos lo guardamos todo dentro. Suena bien el vivir con alguien con la sensibilidad a flor de piel, pero la verdad es que no tiene nada de bueno. Tanta sensibilidad puede acabar provocándote delirios. Mi mujer me merece todos los elogios por haber sabido esperar a que cambiara mi forma de ser. Aguantar el proceso que me ha conducido a cambiar mi aberrante forma de pensar sobre las mujeres en general ha sido comparable a enfrentarse a la Inquisición Española.

Admiro tantísimo a mi esposa. Consigue que me quiera a mí mismo cuando deseo volarme los sesos. La respeto tanto por lo mucho que quiere que lo nuestro funcione. Si en el pasado hubiese dicho «A la mierda» y se hubiese llevado al bebé a otra parte, yo hubiera sido muy feliz. De verdad que no tengo ni idea de qué me hizo mantenerme leal a esta chica. Ni siquiera sé qué me confirió las fuerzas necesarias

para intentar cambiar el barómetro que llevaba cuarenta años utilizando. Nunca tuve la menor pista sobre lo que supone comprometerse. He estado locamente enamorado de chicas con anterioridad, pero esto no fue obstáculo para que las engañara y fuera desleal tanto emocional como físicamente. Kiki me dotó de las fuerzas que requería para intentar emprender el camino hacia la lealtad. Esto encierra en sí mismo mucha grandeza, aunque el intento no prospere, aunque fracase. Así de compleja es la situación. Debes imaginar lo que obtendrías si fueras esa persona. Entonces te convertirías en un campeón de los logros morales.

A Kiki le estoy infinitamente agradecido. No me importa si mi esposa fue una prostituta con un SIDA en una fase avanzada; seguiría sin merecérmele. Hablo en serio. No me merezco a mi mujer. Posiblemente la consiguiera por ser quien soy y por mis pasados logros, y porque básicamente soy una persona decente, pero de ninguna manera merezco estar con ella. Soy un zángano comparado con ella.

¿Qué sabemos realmente sobre el amor? El amor nos pone bajo sus órdenes, no nosotros a él. Y cuando te pone bajo sus órdenes, debes responder a su llamada. Nadie rechaza la llamada del amor, pese que la naturaleza del amor es despiadada. No sé lo que es el amor, pero padezco sus síntomas: locura y un vínculo absoluto, ambos elevados hasta niveles inconmensurables. Bajo sus órdenes, uno también es capaz de alcanzar el máximo de su potencial. Para alguna gente el amor puede ser como un orgasmo. Para otros lo es la idea del amor, una fantasía que nos esforzamos por agarrar y conservar hasta el fin de nuestros días. A mi mujer le digo que la quiero a cada segundo, pero ¿cómo es mi amor? Mi amor es agotador, mi amor es en ocasiones tóxico, mi amor es lujurioso, mi amor es célibe, mi amor es muchas cosas. El amor sacrifica en su altar al control. Resulta desastroso entregar el control y seguir sin saber por qué motivo lo has hecho, pero estás dispuesto a hacerlo por lo bien que sienta el amor. De todas formas, continuas sin saber si te va a sentar mejor que entregar el control. Así que tienes un pie en el infierno y otro en el cielo. A veces confundimos la lujuria con el amor, porque te hace sentir tan bien que tomas una cosa por otra. El amor es sacrificio, el amor es algo por lo que merece la pena morir y matar. La historia lo ha demostrado. Pero debemos poseer alguna suerte de brújula moral durante nuestra travesía por la vida. Toda la diversión no es buena diversión.

Tengo un libro favorito que procuro leer a diario. Se titula *The world's Greatest Letters. From Ancient Greece to the Twentieth Century*. Me encanta conectar con el pasado de este modo. Uno aprende mucho sobre esta gente leyendo sus cartas. Algunos son tan egocéntricos que no creen que haya nadie capaz de amar como ellos. Muchos son unos obsesos del control y se frustran cuando su amor no se ve correspondido con la suficiente rapidez. Su escritura es tan poética, la forma que tienen de expresarse a través de las palabras te deja sin aliento. Y a veces no significan nada para la persona a la que se dirigen.

Me pongo a llorar leyendo estas cartas. Uno piensa en Napoléon como ese gran líder mundial y luego se lo encuentra escribiendo una carta en la que le ruega a su

amor Josefina que lo acompañe, a lo que ella se niega. Fijaos.

4 de abril de 1796

¿Bajo qué arte has sido capaz de cautivar a todas mis facultades, de concentrar en tu ser mi existencia moral? Es una magia, mi dulce amor, que sólo acabará cuando lo haga yo. Vivir para Josefina, he aquí la historia de mi vida. Intento alcanzarte, me muero por estar cerca de ti. Hubo un tiempo en que me enorgullecí de mi coraje y en ocasiones, al meditar sobre el mal que los hombres podían infligirme, del destino funesto que me aguardaba. Clavaba con firmeza la vista en las mayores desdichas y lo hacía sin pestañear, sin sorprenderme. Pero la idea de que hoy mi Josefina pueda no encontrarse bien, la idea de que pueda estar enferma y, por encima de todo, el cruel y fatídico pensamiento de que pueda amarme menos, marchita mi alma, detiene mi sangre, me lleva a bajar los ojos con tristeza y ni siquiera me deja el coraje que trae la furia y la desesperación. Me he encontrado con frecuencia diciéndome a mí mismo que morir sin arrepentimiento está fuera del alcance del hombre. Hoy, sin embargo, la idea de morir sin haber sido amado por vos, morir sin esa certeza acarrearía la tormenta del infierno, se me antoja la imagen más vívida e impactante de la absoluta aniquilación. Siento el ahogo y la soledad que me traería el que tú, aquella quien el destino ha decretado que me acompañe por el doloroso trayecto de la vida, decidiera un día que yo ya no debo poseer tu corazón. Éste sería el día en que la Naturaleza reseca quedaría despojada de su calor y vegetación. Te amo tanto como lo hacen tus ojos, pero esto no es suficiente, te amo como te amas a ti misma, más de lo que te amas a ti misma, como tus pensamientos, como tu mente, como tu aspecto, como toda tú. Perdóname, dulce amada. Estoy agotado. Es débil la naturaleza de aquel que ama intensamente, de aquel al que amas.

Tu enfermedad es lo que ocupa mi mente día y noche. Carezco de apetito, de sueño, de interés por los amigos, por la gloria, por la patria. Sólo tú, el resto del mundo existe igual que si hubiera sido aniquilado. Valoro el honor ya que tú lo valoras, valoro la victoria ya que te provee de placer, sin ellas lo hubiera dejado todo para arrojarme a tus pies. En tu carta, cariño mío, pon cuidado en transmitirme que tienes el absoluto convencimiento de que te amo más de lo que la imaginación puede concebir. Que estás persuadida del hecho de que cada momento de mi vida lo consagro a ti; que no pasa una hora sin que piense en ti, que jamás me ha entrado en la cabeza la posibilidad de pensar en otra mujer.

¡Adoro lo que dice este tío! Napoleón está loco. ¡Está desquiciado! Napoleón no le importaba un pimiento a Josefina. La misma situación por la que yo pasé con Robin Givens. A veces me llevo el libro al dormitorio y le leo cartas en voz alta a Kiki. Mi favorita es una del gran poeta y dramaturgo alemán Heinrich von Kleist. En el otoño de 1881 se enamoró de una ama de casa llamada Henriette Vogel. Él tenía treinta y cuatro años y ella treinta y uno. Compartían la pasión por la música. Pero Henriette estaba muriéndose de un cáncer uterino. Heinrich era depresivo, pobre y aspiraba a la inmortalidad. Vogel no fue la primera mujer a la que le pidió llevar a cabo un doble pacto suicida, pero fue la primera en decirle que sí. Se pasaron la noche bebiendo vino y café con ron en una pequeña posada. De camino hacia el lago a la mañana siguiente, parecían exultantes. Primero disparó a Henriette y luego se disparó a sí mismo. Ésta es una de las últimas cartas que le escribió:

Mi Jeanette, mi corazoncito, mi querida, mi devota, mi amor, mi cariño, mi dulce, mi vida, mi luz, todo lo bueno, mi sombra, mi castillo, mi acre, mi pasto, mis viñas. Oh sol, oh mi vida, sol, luna, estrella, cielos, mi pasado, mi futuro, mi prometida, mi chica, mi querida amiga, mi ser interior, sangre de mi corazón, estrella interna de mis ojos. ¿Cómo debo llamarte, oh querida? Mi niña dorada, mi perla, mi piedra preciosa, mi corona, mi reina, mi emperadora. Oh querida preciosidad de mi vida, lo más elevado, lo máspreciado, mi bautismo, mis hijos. Tú eres mis obras trágicas, tú eres mi reputación póstuma, tú eres mi otro, una versión mejor de mí mismo, tú eres mi virtud, tú eres mi mérito, tú eres mi esperanza, mi cielo, mi criatura del Señor, tú eres mi mediadora, mi guardiana, mi ángel, mi concubina. Cuánto te amo.

Se la leo en voz alta a Kiki y lloramos juntos. No es poca cosa.

Postsriptum al epílogo

Así pretendía acabar el libro. Kiki y yo con los ojos humedecidos leyendo en la cama cartas de amor de grandes personalidades: mi oscuridad desvanecida, mi espíritu elevándose gracias a las inspiradoras palabras de gigantes de la historia. Pero como ya he señalado en el libro, uno debe vivir con los pies en la Tierra. Y no podría vivir conmigo mismo si mintiera e intentara tapar lo ocurrido en los últimos meses.

Quizás una parte se debió al hecho de mirar dentro de mi alma y escarbar en los rincones más oscuros de mi psique de cara a responder con honestidad a las preguntas sobre mi vida formuladas por Ratso. También pudo ser resultado de la presión tras regresar al mundo del boxeo y subirme de nuevo a un cuadrilátero, esta vez en calidad de promotor y con la idea de respaldar a jóvenes talentos. Por descontado, la imagen negativa de carácter crónico que tengo de mí mismo no necesita mucha munición para actuar y sabotear cualquier atisbo de alegría y felicidad que exista en mi vida.

El caso es que ocurrió y debo contároslo. Más o menos un mes después de acabar mi trabajo con este libro, en abril de 2013, sufrí una recaída, la primera desde enero de 2010. Salí una noche y me tomé una copa. Y luego otra. Y luego otra más. Ya os he contado lo mal, mal bebedor que soy, de modo que fumé un poco de hierba para ablandarme. Cuando aquella noche regresé a casa con Kiki y los niños, me sentí fatal. Aunque no tan terriblemente como para no recaer alguna vez más durante junio y julio de ese mismo año. En agosto, una semana antes del primer combate promocional Iron Mike, retransmitido por la ESPN, tropecé otra vez con la misma piedra.

Mirad, soy un adicto salvaje por lo que, si no sigo los pasos, voy a morir. Así que volví a acudir a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Uno de los pasos más importantes consiste en hacer las paces. De manera que, justo antes del combate inaugural en mi primer evento como promotor, me acerqué a Teddy Atlas, mi antiguo entrenador, el cual ejercía de comentarista para la ESPN. Le extendí la mano y le pedí perdón por la parte de culpa que me correspondía en todo lo ocurrido en Catskill en los ochenta. Llevaba casi veinte años sin hablar con Teddy. Me sintió bien hacer las paces. Me imagino que ese gesto significó mucho para la gente, puesto que fue el tema más comentado, tanto durante los combates como a lo largo de la entrevista que concedí entre ellos.

Llevaba lidiando con muchas sensaciones de culpabilidad y vergüenza por culpa de mis recaídas recientes, por lo que ver a Teddy y hacer las paces pareció empujarme hasta el límite. Me di cuenta de que no podía seguir mintiendo y pretender que seguía limpio; que no me había tomado algunas copas ni fumado unos canutos. Por tanto, al ser preguntado en la rueda de prensa posterior al combate cómo me había sentido al volver a ver a Teddy, tuve que sacarme un peso de encima.

—Sabía que existía la posibilidad de encontrarme aquí con Teddy y mi primera

idea al respecto no fue agradable, porque soy negativo y oscuro. Y quiero hacer cosas malas. Quiero salir yo solo por este barrio (y me señalé la cabeza), y resulta peligroso salir uno solo por este barrio, ¿verdad? Es capaz de matarlos a todos. También a mí. Así que acudí a una reunión de Alcohólicos Anónimos y les expliqué a mis compañeros alcohólicos y yonquis que iba a enfrentarme a esta situación, explicándoles asimismo las sensaciones que me provocaba. Casi como... algo como el conflicto entre los Hatfield y los McCoy, les expliqué. Tomé la decisión correcta. Hice que Cus se sintiera orgulloso de mí. Hice que me sintiera orgulloso de mí mismo.

Me odio a mí mismo. Estoy intentando matarme. Me odio mucho, pero me he sentido orgulloso de mí mismo, y esto es algo que no consigo con frecuencia. Estoy feliz por lo que he hecho. Quizás haya resultado abrumador para Teddy y siga sin pillarlo. Pero debe saber que ha sido un acto sincero. No quiero seguir peleado contigo. Me equivoqué. Lo siento. Me equivoqué. Sólo deseaba pedir disculpas. Las aceptara o no, por lo menos podía morir e ir a la tumba diciendo que me disculpé con todos aquellos a los que herí. Se trata de amar y de perdonar y, de cara a que estos tipos me perdonen —otros tipos—, ya sabes, quiero que la gente me perdone lo que le he hecho.

Soy un hijo de puta. Hice muchas cosas mal y quiero que me perdonen. Así que, de cara a ser perdonado, espero que puedan perdonarme. Quiero cambiar mi vida; ahora quiero vivir una vida diferente. Quiero vivir una vida sobria. No quiero morir. Estoy al borde de la muerte, porque soy un alcohólico salvaje. Guau. Éste es un material de lo más interesante. —En este punto me atraganté. Acto seguido, confesé—. Llevo seis días sin beber ni drogarme. Para mí esto supone un milagro. Les he estado mintiendo a todos aquellos que me han creído sobrio. No lo he estado. Éste es mi sexto día. No voy a tomar nunca más.

Los miembros de la prensa me dedicaron una ovación de pie, pero no significó nada para mí. Nadie te dedica una cuando compartes tu historia en las reuniones.

Esto ocurría el 23 de agosto. Mientras escribo estas líneas, he sumado unos cuantos días de sobriedad. Espero poder mantenerme limpio y sumar más y más días y más y más fichas. Supongo que pequé de arrogante al pensar que podría salir victorioso sin la ayuda de mi equipo de apoyo y de mi familia en Alcohólicos Anónimos, los cuales pertenecen al único club que acepta como miembros a tipos como yo. No quiero morir. Quiero continuar mi carrera como promotor pugilístico. Quiero volver a hacer mi espectáculo de hombre orquesta. Quiero rodar más películas.

Tras mi reciente recaída, no fui una compañía muy halagüeña. Kiki y yo tuvimos muchos momentos duros. Una parte de mí llegó a intentar culpar de mi recaída a la presión de estar casado. Entonces llegaron las galeradas del libro. Al repasarlo con Kiki tuve un renacimiento espiritual. Cuando llegamos a la parte de Exodus nos resultó difícil avanzar. Ambos lloramos hasta no poder más. Y en ese momento tomé

conciencia de por qué estaba casado con Kiki. De golpe supe la respuesta a la pregunta «¿Por qué iba a estar casado alguien como yo?». Me di cuenta de que nuestro matrimonio era más que la unión de Kiki y yo. Debía estar casado con Kiki para completar el legado de Exodus. Mi matrimonio me permitiría hacerlo, al tiempo que fortalecer mis habilidades para ser un buen padre. Ahora soy mejor persona gracias a que Exodus estuvo en mi vida y juro continuar siendo mejor persona ahora que ya no lo está. Deseo realmente profundizar en mi relación con Kiki y ver a mis hijos crecer sanos y felices. Pero no puedo hacer ninguna de estas cosas, a menos que ejerza control sobre mí mismo. Si no estoy bien, no puedo ayudar a nadie, y ansío desesperadamente ponerme bien. Siento un gran dolor y sólo quiero sanarme. Voy a esforzarme al máximo por conseguirlo. Día a día.

Agradecimientos

MIKE DESEA DARLE LAS GRACIAS A:

Cus d'Amato, mi mentor, mi amigo, mi general. Gracias a ti mi vida ha alcanzado cimas que jamás habría imaginado. Sin ti no sé dónde estaría hoy. Mi gratitud hacia ti es inconmensurable. Mientras siga respirando, tu legado perdurará. Nuestros nombres son sinónimos para siempre. Ni pueden mencionar mi nombre sin hacer referencia a tu legado ni mencionar tu nombre sin hacer referencia a mi legado.

Quisiera dar las gracias muy especialmente a Larry «Ratso» Sloman, por ser un «fenómeno» (su palabra favorita, la cual tuve que eliminar numerosas veces del manuscrito) tan guay. Todo este proceso no me resultó necesariamente fácil. Hubo ocasiones en que me fue muy difícil rememorar algunos de los episodios más oscuros de mi vida. Larry, a veces has sido una mosca en la pared que he deseado aplastar, pero siempre has sabido cómo salir zumbando y regresar en un momento más oportuno. Te agradezco la paciencia y la diligencia. Realmente sabes cómo aguantar los golpes. No creo que exista ningún escritor que hubiera sido capaz de hacerlo mejor. A la hora de escribir eres «El Hombre Más Malvado del Planeta». Para mí eres más que un escritor, eres de la familia. Espero que en un futuro cercano podamos colaborar de nuevo juntos en otros muchos proyectos.

Gracias a David Vigliano y a Vigliano Associates por coordinarlo todo. David, eres una gran persona. Eres más que un agente literario. Te considero un amigo.

Gracias a David Rosenthal, editor de Blue Rider Press, por tu paciencia y entusiasmo con este proyecto. Estoy muy agradecido de que creyeras en la visión y que la respaldaras al 100%.

También quisiera dar las gracias a mis representantes legales de Grubman Indursky Shire & Meiselas, P. C., y en particular a Kenny Meiselas, por reunir a un equipo de abogados tan increíble. Gracias a Jonathan Ehrlich por repasar los contratos con el máximo detenimiento.

Gracias a Damon Bingham y a Harlan Werner por dirigirme a Vigliano Associates.

Mi más profundo amor y gratitud a amigos, familia y admiradores por sacar tiempo de sus ajetreadas vidas de cara a compartir historias con Ratso.

Un agradecimiento muy especial a mis hijos: Mikey, Gena, Rayna, Amir, Miguel, Milan y Morocco. Cuanto hago es por vosotros. Te quiero, Exodus Sierra Tyson. Eres mi ángel eterno. No transcurre un día sin que piense en ti. Los cuatro años que compartí contigo en este planeta fueron los mejores de mi vida. Jamás serás olvidado.

Finalmente, gracias a mi querida esposa Kiki por su amor y respaldo incondicionales y por aguantarme. Sé que no siempre es fácil, pero aprecio todo lo que haces. Te amo.

LARRY DESEA DARLE LAS GRACIAS A:

Michael Gerard Tyson. Decir que este proyecto ha supuesto un acto de amor sería quedarse corto. Llevaba deseando trabajar con Mike desde 1994, justo después de que se publicara *Private Parts*, mi colaboración con Howard Stern. Para mí Mike era una de las figuras más interesantes de nuestra cultura y sentía que su historia podía iluminarnos y conmovernos. Mientras Mike cumplía condena en Indiana, le envié un ejemplar de *Ecce Homo*, la autobiografía de Nietzsche, y le propuse que trabajáramos juntos en unas memorias.

En 2008, gracias a una recomendación de su por entonces agente, Harlan Werner, y de la doctora Monica Turner, su ex mujer, Mike me escogió como su colaborador. Como ya han leído en el libro, aquel no era un momento propicio para que Mike trabajara en él, de modo que el proyecto se aplazó. Cuatro años después, Mike se encontraba mucho mejor y arrancamos.

Trabajar con Mike supuso la experiencia más inusual y gratificante que me ha deparado mi carrera como cronista de celebridades. Como ya sabe todo el mundo, es una persona dolorosamente honesta e increíblemente sensible. Cuando surgían determinados temas durante nuestras charlas —su infancia o el papel de Cus d'Amato, su mentor, constituyen dos ejemplos palmarios— Mike se derrumbaba y, a veces, sollozaba de forma incontrolable. Por otro lado, en el transcurso de compartir sus historias favoritas, pegaba un salto, se marcaba un bailecito por la habitación y luego regresaba a mi lado para chocar esos cinco. Probablemente sea la persona sobre la Tierra con la que Mike ha chocado esos cinco más veces y que haya sobrevivido para contarlo. Este hombre no es consciente de la fuerza que atesora.

Mike no es de esas personas que se sientan para relatarte con calma episodios de su vida. Grabé conversaciones con él en su garaje con el arrullo de sus palomas en celo de fondo, en la trastienda de la peluquería a la que suele acudir en el norte de Las Vegas, en el asiento del copiloto de su Escalade de camino a recoger a su hija al colegio y en la tienda de Salvatore Ferragamo en el Caesars de Las Vegas mientras se probaba camisas. Llevaba mi grabadora Casio conmigo a todas horas porque nunca sabía cuándo iba a tener de repente una iluminación sobre Cus o recordar una historia fascinante de su infancia.

Me pasé meses en la casa de Mike en Las Vegas, grabando nuestras charlas, repasando su montaña de documentos legales y entrevistando a algunos de sus socios más cercanos. No es sencillo ni tampoco siempre divertido permanecer tanto tiempo lejos de casa, pero fui adoptado por dos familias en Las Vegas que me hicieron la vida considerablemente más placentera.

Primero debo dar las gracias a la maravillosa familia de Mike. Su esposa, Kiki, es una compañera espectacular para Mike, y ahora mismo no estarían leyendo este libro

si no fuera por ella. La suegra de Mike, Rita; el hermano de Kiki, Azheem, y su esposa, Jahira; y la hija mayor de Mike, Mikey, siempre estuvieron ahí para ayudarme, alimentarme y consolarme cuando Mike se mostraba más interesado en ir de tiendas que en hablar. El asistente de Mike, David Barnes, también conocido como Wayno o Farid, siempre se mostró solícito y listo para hacer cuanto estuviera en su mano. Y los dos hijos pequeños de Mike, Milan y Rocco, fueron por sistema una fuente de diversión y alegría.

Conté con una segunda familia en Las Vegas. Mientras trabajaba con Mike, me alojé en Slammer, el fantástico hogar de mi querido amigo Penn Jillette. Penn; su esposa, Emily Zolten; y sus dos hijos, Moxis y Zolten, fueron los anfitriones más amables que quepa imaginar. Si por la noche estaba aburrido, acudía a ver una actuación de Penn y Teller. Cuando me apetecía ver una película de serie C, las noches de cine casero con Penn y Emily siempre fueron una distracción de lo más bienvenida y alocada.

Estoy en deuda con el conjunto de maravillosos amigos y colegas de Mike que hicieron un hueco en sus apretadas agendas para concederme entrevistas. Gracias a Brian Hamill, Craig Boogie, Calvin Hollins, Eric «EB» Brown, David Chesnoff, Steve «Crocodile» Fitch, David Malone, Frankie Mincieli, Jeff Greene, Hope Hundley, Jackie Rowe, Jay Bright, Lance Sherman, Latondia Lawson, Steve Lott, Mack Smith, Marilyn Murray, Mario Costa, Mark D'Attilio, Darryl Francis, Anthony Pitts, Michael Politz, Rick Bowers, Rodney Tyson, Sean MacFarland, Muhammad Siddeeq, Tom Patti, Tony Anderson, Damon Bingham, Jim Voyles y Jeff Wald. También estamos en deuda con un hombre al que nunca conocimos pero al que sí escuchamos. En una fase muy temprana del proyecto, Mike me puso horas y horas de cintas de Cus, y de amigos y colegas de Cus, hablando con un joven periodista de Catskill llamado Paul Zuckerman. Estas entrevistas fueron una fuente muy valiosa de cara a acceder a la cabeza de Cus en el momento en que Mike acababa de entrar en su vida. Intentamos sin éxito localizar a Zuckerman. Pero es de esperar que su perspicacia para retratar a Cus y sus hábiles entrevistas vean algún día la luz.

Tengo una enorme deuda de gratitud con David Rosenthal, un editor extraordinario, por su infinita paciencia y su sabiduría sensata. Gracias asimismo a todo el equipo de Blue Rider Press, especialmente a la correctora Vanessa Kehren, sin olvidarme de Aileen Boyle, Sarah Hochman, Gregg Kulick, Phoebe Pickering, Brian Ulicky, Joe Benincase, Meredith Dros, Linda Rosenberg, Rob Sternitzky y Eliza Rosenberry.

Siempre debo agradecer a mi maravilloso agente, David Vigliano, su persistencia y consejos, y a su socio Matthew Carlini el encargarse de todas las ediciones extranjeras de este libro.

Éste no sería un libro sobre Mike Tyson si no tuviera que darle las gracias a algunos abogados. Mi abogado de larga trayectoria, la difunta Laurie Rockett, pulió nuestro acuerdo inicial en 2008. Eric Rayman se subió a bordo en 2012 y aportó

mucho al proyecto cuando fue resucitado. Linda Cowen llevó a acabo un gran trabajo repasando el manuscrito para el editor. Y, como siempre, muchas gracias a mi abogado, Charles DeStefano, que siempre está ahí conmigo.

Gracias como de costumbre a la mejor transcriptor que existe, Jill Matheson, por entregarse en cuerpo y alma para cumplir con el plazo acordado. También estoy en deuda con Zachary Zimmerman por su concienzuda labor de investigación. No hubo problema lo suficientemente difícil que no pudiera solucionar surfeando la Red.

Y, por último, siempre estoy en deuda con mi principal familia, Christy Smith-Sloman y Lucy. Capearon el huracán Sandy y comieron crema de cacahuete y gelatina (aunque Lucy se decantó por los aperitivos para perros de crema de cacahuete de la marca Newman) a la luz de las velas, mientras yo me encontraba trabajando a miles de kilómetros. Christy siempre apoya mi trabajo y mis rarezas, y me siento eternamente agradecido por su amor. Y mientras no cese el flujo de los citados aperitivos, Lucy seguirá a mi lado.

Nota

[1] Esta noche puedo notar en el aire cómo se acerca, oh Señor / Me he pasado toda la vida esperando este momento, oh Señor. (*N. del T.*) <<